AGATHA CHRISTIE

POIROT EN EGIPTO

Poirot realiza un viaje de placer por la deslumbrante tierra de los faraones. Pero, como de costumbre, el crimen le sale al paso. En el barco a bordo del cual recorre el Nilo, alguien asesina a Linnet Ridgeway, la mujer más rica de Inglaterra, hermosa muchacha que se encontraba en plena luna de miel. Resulta que en la embarcación han coincidido unas cuantas personas que tienen motivos para matar a Linnet. Aunque la más sospechosa es Jacqueline de Bellefort, antigua novia del marido de Linnet y que, a impulso del despecho, se dedicaba a acosar a la pareja, persiguiéndola por todas partes. Antes de que Poirot empiece a poner en orden sus ideas, nuevas víctimas van cayendo. El laberinto de la acción se hace tan apasionante que hasta Poirot parece incapaz de centrarse y desenmascarar al asesino.

Agatha Christie

Poirot en Egipto

Hércules Poirot - 16

ePub r1.5
Titivillus 19.10.17

Título original: *Death On The Nile*
Agatha Christie, 1937
Traducción: H. C. Granch

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: betatron
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALLERTON (Mistress): Distinguida dama, tía de Juana Southwood y madre de
ALLERTON (Tim): Muchacho sin voluntad, atacado de tuberculosis.
BELLEFORT (Jacqueline): Esbelta y elegante amiga y compañera de colegio de Linnet.
BESSNER (Carlos): Médico eminente, alemán.
BLONDIN (Gastón): Propietario del restaurante de moda Chez ma Tante.
BOURGET (Luisa): Doncella de Linnet.
BOWERS: Señorita de compañía de la otoñal Van Schuyler.
BURNABY: Propietario de Las Tres Coronas.
CARMICHAEL (Guillermo): Abogado y apoderado en Londres de Linnet Ridgeway.
DOYLE (Simon): Novio de Jacqueline Bellefort y más tarde esposo de Linnet.
FANTHORP (Jaime): Abogado y sobrino de Carmichael.
FERGUSON: Joven sociólogo de ideas comunistas.
FLEETWOOD: Maquinista del vapor *Karnak*
MARÍA: Camarera de Linnet Ridgeway.
OTTERBOURNE (Rosalía): Agraciada muchacha, hija de.
OTTERBOURNE (Salomé): Reputada novelista.
PENNINGTON (Andrés): Abogado en los Estados Unidos de los asuntos e intereses de Linnet.
POIROT (Hércules): Afamado detective belga protagonista de esta novela.

RICHETTI (Guido): Arqueólogo italiano.
RACE: Antiguo e íntimo amigo de Poirot.
RIDGEWAY (Linnet): Joven hermosa y acaudalada, la mujer más rica de Inglaterra.
ROBSON (Cornelia): Pariente pobre que acompaña a su tía millonaria durante su viaje a Egipto.
ROCKFORD (Sterndale): Socio de Pennington.
SOUTHWOOD (Juana): Inteligente joven, muy amiga de Linnet.
SCHUYLER (María Van): Anciana aristócrata, tía de Cornelia.
WINDLESHAW (Lord Carlos): Pretendiente de Linnet, antes del matrimonio de ésta.

CAPÍTULO I

I

—¡Linnet Ridgeway!

—¡Es ella misma! —dijo el señor Burnaby, propietario de Las Tres Coronas, dirigiéndose a su compañero.

Ambos se quedaron mirando fijamente, con los ojos formando un círculo y la boca ligeramente entreabierta.

Un Rolls Royce, rojo y sinuoso, acababa de detenerse frente a la oficina de Correos local.

Una muchacha se apeó del automóvil, una muchacha tocada con sombrero y luciendo un vestido que parecía —sólo parecía— sencillísimo. Una muchacha de cabello dorado y rasgos autoritarios. Una muchacha de formas encantadoras. Una muchacha como se veían pocas en Malton-Under-Wode.

Con paso imperioso penetró en la oficina de Correos.

—¡Es ella! —repitió de nuevo el señor Burnaby. Y continuó en voz baja, en tono confidencial—: ¡Posee millones…! Se gastará aquí miles y miles de dólares. Hará construir piscinas, jardines italianos y una sala de baile. Hará derribar la mitad de la casa y la volverá a edificar.

—Traerá dinero a la ciudad —dijo su compañero.

Éste era un individuo flaco. Hablaba con tono gruñón en que se advertía algo de envidia.

El señor Burnaby parecía estar complacidísimo.

—Sí, es una suerte para Malton-Under-Wode. Una gran suerte.

El señor Burnaby asintió, moviendo la cabeza.

—¡Qué diferencia con sir Jorge! —exclamó el otro.

—Los caballos tuvieron la culpa —aseguró su compañero, con indulgencia—. Nunca tuvo suerte.

—¿Cuánto se gastó él en esto?

—Apenas unos sesenta mil dólares, según dicen.

El hombre delgado dejó escapar un silbido.

—Y se asegura que ella se habrá gastado sesenta mil antes de acabar.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre delgado—. ¿De dónde ha sacado tanto dinero?

—De América, por lo que yo he oído. Su madre era hija única de uno de esos groseros millonarios. Como en las películas, ¿sabe?

La muchacha salió de la oficina de Correos y subió al coche.

El hombre delgado la devoró con la mirada mientras ella emprendía la marcha, y murmuró entre dientes:

—No me parece justo que sea tan guapa. Dinero y belleza… es demasiado. Cuando una joven es tan rica como ésa, no tiene derecho a ser bella al mismo tiempo… Y ella es bella al mismo tiempo… ¡Y ella es bella de verdad…! Tiene todo lo que puede apetecer una mujer… ¡No es justo!

II

Extracto de la página de sociedad del *Daily Blague*:

«Entre los asistentes a la cena en Chez Ma Tante tuve ocasión de admirar la belleza de Linnet Ridgeway. A su lado estaban la distinguida señorita Juana Southwood, lord Windleshaw y el señor Tobías Bryce. La señorita Ridgeway, como nadie ignora, es hija de Melhuish Ridgeway y de Ana Hartz. Hereda de su abuelo, Leopoldo Hartz, una inmensa fortuna. La encantadora Linnet es la sensación del momento; se rumorea que en breve se hará público un noviazgo. ¡Lord Windleshaw parecía, en efecto, muy entusiasmado!»

III

La distinguida señorita Juana Southwood dijo:

—Querida, creo que todo esto va a ser sencillamente maravilloso.

Estaba sentada en el dormitorio de Linnet Ridgeway, en Wode Hall. Desde la ventana contemplaba los jardines a sus pies y, más allá, veíase el campo abierto enmarcado por las sombras azules de los bosques.

—Es estupendo esto, ¿verdad? —dijo Linnet.

Apoyó los brazos sobre el antepecho de la ventana. Tenía una expresión ardiente, vivaracha, dinámica. A su lado, Juana Southwood parecía, en cierto modo, algo oscurecida. Era una dama joven, de veintisiete años, con un rostro largo e inteligente y cejas depiladas caprichosamente.

—¿Y has hecho todo esto en tan poco tiempo? Habrás empleado un gran número de arquitectos y además…

—Tres.

—¿Cómo son los arquitectos? No creo haber visto ninguno.

—Estaban bien. A veces los encontraba poco prácticos.

—Querida. ¡Eres encantadora! ¡Tú sí que eres práctica!

Juana cogió una sarta de perlas del tocador.

—Supongo que serán auténticas, ¿verdad, Linnet?

—Naturalmente.

—Esto te parecerá natural a ti, querida, pero no a todo el mundo. Por mucha cultura que posean o aunque se llamasen Woolworth. Amiga mía, parece increíble que estén unidas tan artísticamente. Deben valer una fortuna fabulosa.

—Unas cincuenta mil libras esterlinas a lo más.

—Es una cantidad bastante importante. ¿No tienes miedo de que te las roben?

—No. Las llevo siempre encima… Además están aseguradas.

—Déjame que las luzca en la comida. ¿Quieres, querida?

Linnet esbozó una sonrisa.

—Naturalmente. Si esto te agrada…

—¿Sabes, Linnet? Te envidio, realmente. Tú tienes todo cuanto se te antoja. Hete aquí a los veinte años dueña absoluta de tus propias acciones, con todo el dinero que deseas, belleza y una salud soberbia. ¡Tienes hasta talento! ¿Cuándo cumples los veintiuno?

—En junio próximo. Daré una fiesta de cumpleaños en Londres.

Sonó el teléfono y Linnet acudió presurosa.

—¡Diga…! ¡Diga!

—La señorita de Bellefort desea hablar con usted. ¿Le paso la

comunicación?

—¿Bellefort…? ¡Oh, claro que sí!

Oyóse un chasquido e inmediatamente después una voz de ardiente tono, dulce y apresurada, se dejó oír.

—¡Oiga…! ¿Es la señorita Ridgeway? ¿Linnet?

—¡Jacqueline, querida…! Ya hacía un siglo que no sabía nada de ti.

—En efecto, querida amiga… ¡Es terrible lo que me ocurre…! ¡Tengo que verte inmediatamente!

—¿No puedes venir aquí? Quiero enseñarte un juguete nuevo.

—Me gustaría mucho.

—Bueno, pues cuando quieras, en tren… en coche.

—Iré en seguida. Tengo un dos asientos bastante usado. Lo compré por quince libras y hay días en que marcha estupendamente. Pero tiene sus rarezas. Si no he llegado a la hora del té, es que mi coche ha tenido una de sus rarezas. ¡Hasta luego, querida!

Linnet colgó el receptor. Regresó junto a Juana.

—Es mi antigua amiga Jacqueline de Bellefort. Estuvimos juntas en un colegio, en París. Ha tenido siempre una mala suerte terrible. Su padre es un conde francés, su madre americana… del Sur. Luego su progenitor se fugó con otra mujer y su pobre madre perdió hasta el último céntimo en la quiebra de Wall Street. Jacqueline quedó completamente arruinada. No sé cómo se las habrá arreglado para pasar estos dos años.

Juana estaba ocupada en pulir sus uñas de un color rojo sangriento con el *polissoir* de su amiga. Se hizo hacia atrás en la silla, con la mano extendida, para contemplar el efecto de su obra.

—Querida —dijo arrastrando las palabras—, ¿no crees que eso es demasiado aburrido? Si alguna de mis amigas tuviese una desgracia, yo la abandonaría inmediatamente. A primera vista parece inhumano, pero nos evita un gran número de molestias futuras. Luego te pedirían dinero prestado o te harían acompañarlas a una tienda de modas donde no tendrías más remedio que pagar los trajes que eligiesen. O pintarían pantallas horribles que tú te verías obligada a adquirir. O te harían corbatas de punto.

—Entonces, si yo perdiese mi dinero…, ¿me abandonarías mañana mismo?

—Sí, querida, lo haría. ¡No podrás decir que no soy franca! Sólo me gusta la gente que triunfa. Y lo mismo le pasa a todo el mundo, con la diferencia de que ellos son más hipócritas y no quieren confesarlo. Dicen, por ejemplo, que no pueden aguantar más a María, a Emilia o a Pamela. Sus sufrimientos la hacen tan amargada y tan peculiar… ¡Pobre chica!

—¡Qué cruel eres, Juana!

—Soy positiva, como todo el mundo.

—Yo no soy positiva.

—Tú tienes tus razones. No hay motivo para ser mezquina cuando se tienen apoderados jóvenes y bien parecidos que te envían tus enormes rentas cada cuatro meses.

—Y tú te equivocas respecto a Jacqueline —dijo Linnet—. Ella no es ninguna pedigüeña. Por el contrario, he querido ayudarla varias veces y no me lo ha permitido. Es tan orgullosa como el diablo.

—¡Pero ahora tenía tanta prisa en hablarte! ¡Apostaría que piensa pedirte algo! Ya lo verás.

—Parecía excitada por algo —admitió Linnet—. Jacqueline ha sido siempre excesivamente impulsiva. Una vez le clavó un cortaplumas a alguien.

—¡Querida, eso es estupendo!

—Fue a un chico que martirizaba a un pobre perro. Jacqueline intentó convencerle para que dejase en paz al desgraciado animal. Él no le hizo caso. Entonces ella le empujó con todas sus fuerzas, pero él la aventajaba en vigor y no cedió. Entonces Jacqueline sacó un cortaplumas y se lo clavó hasta la empuñadura. Fue una escena horrorosa.

—Eso iba yo a decirte. ¡Parece peligrosa la chica!

La doncella de Linnet entró en la habitación. Murmurando unas palabras de excusa, tomó un vestido del armario y volvió a salir.

—¿Qué le pasa a María? —preguntó Juana—. Parece que ha estado llorando.

—Pobrecita. ¿No te dije que quería casarse con un individuo que tenía un empleo en Egipto? Ella no sabía gran cosa de él y yo pensé que sería conveniente cerciorarme de sus buenas intenciones. Pues bien, hice practicar averiguaciones y resulta que el *angelito* estaba ya casado y tenía tres hijos.

—¡Cuántos enemigos debes tener, Linnet!

—¿Enemigos? —Linnet parecía sorprendida.

Juana insistió con un movimiento de cabeza y cogió un cigarrillo.

—¡Enemigos querida! ¡Eres tan devastadoramente inteligente! Además eres excesivamente bondadosa y haces todas las buenas acciones que puedes.

Linnet rió de todo corazón.

—¡No tengo un solo enemigo en todo el mundo!

IV

Lord Windleshaw estaba sentado bajo el cedro del jardín. Sus ojos acariciaban las graciosas proporciones de Wode Hall. No había nada que contrastase desagradablemente en sus líneas de antiguo estilo. Los edificios nuevos y los ensanches estaban fuera de la vista por alzarse al otro lado de la esquina. Constituía una visión apacible y bella bañada por la luz de un sol de otoño. Sin embargo, al contemplarlo, no le parecía ver Wode Hall. Lo que admiraba Carlos Windleshaw era una mansión magnífica de puro estilo isabelino, con un parque de gran extensión y un fondo muy sombrío… La residencia habitual de su familia, Charltonbury, y en primer plano se destacaba la figura de una muchacha de cabello brillante color de oro y una expresión ardiente y confiada… ¡Linnet sería la dueña de Charltonbury!

Estaba muy esperanzado… Su negativa no había sido definitiva… Fue tan sólo una petición de plazo… Bien, podía esperar algo más.

¡Cuan conveniente era todo para él! Indudablemente se casaba por dinero, pero no le era tan necesario que tuviese que posponer a todo aquello sus propios sentimientos. Además, amaba a Linnet. Habría deseado hacerla su esposa, aunque se hubiese tratado de una mendiga en vez de ser la mujer más rica de Inglaterra. Pero afortunadamente era la mujer más rica del Reino Unido… Su cerebro elaboraba sin cesar planes para lo futuro. Tal vez llegaría a poseer el condado de Rozdale, restauraría todo el ala derecha del edificio, no tendría necesidad de alquilar sus cotos de caza de Escocia…

Carlos Windleshaw soñaba al sol…

V

Eran las cuatro en punto cuando el desvencijado dos asientos se detuvo con un ruido de arena aplastada. Una muchacha saltó del coche, una criatura esbelta, elegante, con una gran cabellera oscura. Subió apresuradamente los escalones y llamó al timbre.

Pocos minutos más tarde fue conducida al suntuoso gabinete y un mayordomo de aspecto eclesiástico anunció con grave entonación:

—¡La señorita de Bellefort!

—¡Linnet!

—¡Jacqueline!

Windleshaw se apartó a un lado, observando con simpatía aquella figurita orgullosa que se lanzó con los brazos abiertos sobre Linnet.

—Lord Windleshaw… La señorita de Bellefort… Mi mejor amiga.

Una criatura monísima, pensó él… No guapa, en realidad, pero decididamente atractiva con aquella mata de pelo oscuro y rizado y aquellos ojos enormes. Murmuró unas cuantas naderías corteses y se marchó, para dejarlas solas. Jacqueline hizo sonar una castañeta… un gesto que según Linnet lo recordaba, le era característico.

—¡Windleshaw! ¡Windleshaw! Ése es el hombre con quien vas a casarte, según afirman los periódicos. ¿Es verdad?

Linnet murmuró:

—Tal vez.

—¡Ah, querida, cuánto me alegro! Parece excelente.

—¡Oh, no des ya las cosas por hechas! Todavía no me he decidido.

—Claro que no. La reina debe proceder siempre con gran cautela y escrupulosidad a la elección de consorte.

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Pero si es verdad. Tú eres una reina, Linnet. Lo fuiste siempre. *Sa Majesté la reine Linnet.* Y yo soy la favorita de la reina. La dama de honor de su confianza.

—¡Cuántas tonterías dices! Dime, Jacqueline, ¿dónde has estado

todo este tiempo? Desapareciste y no me has escrito ni una sola vez.

—Odio a muerte la escritura. ¿Dónde he estado? Ahogada casi. Sumergida hasta el cuello. He estado trabajando en empleos sumamente groseros, con mujeres más groseras aún.

—Oh, querida, querida…

—¿Que aceptase los favores de mi reina? Pues bien, con franqueza ése es el motivo que me ha hecho venir. No, no para pedirte dinero. ¡No he llegado a esa situación todavía! Pero he venido a solicitar de ti algo mucho más importante aún.

—Adelante.

—Si, en efecto, piensas casarte con ese Windleshaw, tal vez me comprenderás.

Linnet pareció sorprendida durante un minuto. Luego su rostro se aclaró.

—¿Quieres decir, Jacqueline, que…?

—Sí, querida; estoy algo comprometida con un hombre…

—Vaya, vaya. Ya me parecía que estabas en cierto modo demasiado alegre. Siempre lo has estado, desde luego, pero ahora bastante más que de ordinario.

—Esos son mis sentimientos. En efecto.

—Hablame de él.

—Se llama Simon Doyle. Es alto, ancho de hombros, increíblemente simplón y pueril y extraordinariamente adorable. Es pobre… no tiene ni un penique. Es lo que vosotros llamáis un provinciano empobrecido. Es el menor de sus hermanos, con las consecuencias de rigor. Su familia procede de Devonshire. Le gusta el campo y las cosas rústicas. Y estos cinco años últimos los ha pasado en la ciudad, en un despacho de drogas. Ahora han cerrado el establecimiento y me lo han dejado en la calle. ¡Me moriré, de eso estoy segura, si no me caso con él, Linnet…! ¡Me moriré! ¡Me moriré!

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Me moriré de pesar, te lo aseguro. Estoy loca por él y él pinta en las paredes por mí. No podemos vivir el uno sin el otro.

—¡Ay, querida! ¡Buena la has cogido!

—No sé… Es terrible, ¿verdad? Cuando el amor se apodera de una, la entontece y la deja incapaz de pensar en otra cosa que no sea el objetivo amado.

Hizo una pausa. Los ojos oscuros se dilataron adquiriendo una expresión trágica. El cuerpo de la joven se estremeció ligeramente.

—A veces me asusto… Simon y yo fuimos hechos el uno para el otro. Jamás me interesará nadie más. Y tú tienes que ayudarme. Me he enterado que has comprado todo esto y la noticia me ha inspirado una gran idea. Verás, tú necesitarás un administrador… tal vez dos… Pues bien, quiero que des este empleo a Simon.

—¡Oh! —Linnet estaba alarmada.

Jacqueline continuó:

—Conoce todo esto como sus propios dedos. Fue educado en fincas rústicas y tiene una gran práctica. Además, posee grandes conocimientos en negocios. ¡Oh, Linnet, tú le darás ese empleo! ¿Verdad que se lo darás por cariño hacia mí? Si no se porta bien, si demuestra ser poco eficiente, lo echas. Pero sé que no. Desempeñará su cargo a las mil maravillas. Y viviremos en una casita y yo te veré todos los días. El jardín me parecerá entonces cien veces más hermoso.

Se levantó.

—Di que sí, Linnet. Di que sí. Preciosa Linnet. Linnet querida. Di que sí.

—Jacqueline…

—¿Sí?

Linnet estalló en carcajadas.

—¡Jacqueline ridícula! Tráeme al príncipe de tus sueños que yo le vea, y luego hablaremos.

Jacqueline se lanzó sobre su amiga, besándola con frenesí.

—Linnet querida… Eres una verdadera amiga. Ya sabía que lo eres, y que no permitirías que me muriese. Eres lo más encantador de este mundo. ¡Adiós!

—Pero, Jacqueline, tú te quedarás aquí.

—¿Yo? De ninguna manera. Regreso a Londres y mañana volveré con Simon y lo arreglaremos todo. Te encantará. Es una verdadera preciosidad.

—¿No puedes esperar hasta que tomemos el té?

—No, no puedo esperar, Linnet. Estoy demasiado excitada. He de regresar y decírselo a Simon. Sé que estoy loca, querida, pero no puedo evitarlo. El matrimonio me curará; yo así lo espero. Siempre se ha dicho que ejerce saludables efectos sobre temperamentos

como el mío. Me equilibraré pronto.

Volvióse hacia la puerta, se detuvo un momento, luego retrocedió para besarla.

—Querida Linnet… ¡No hay nadie como tú!

VI

El señor Gaston Blondin, propietario del restaurante de moda Chez Ma Tante, no era un hombre a quien le gustara honrar con su presencia a todos los clientes. La riqueza, la belleza, la notoriedad y la aristocracia esperarían en vano ser distinguidas por aquel personaje o siquiera atraer su atención. Sólo en casos excepcionales condescendía el señor Blondin, graciosamente, a saludar a un huésped dándole la bienvenida, a acompañarle a una mesa privilegiada o a cambiar con él las frases de rigor en tales casos.

En esta noche particular, el señor Blondin había ejercido sus prerrogativas reales tres veces: una para una duquesa, otra para un par de la nobleza y la última para un hombrecillo de apariencia cómica con bigotes negros exuberantes y que cualquier observador casual habría creído que hacía muy poco favor a Chez Ma Tante con su presencia.

El señor Blondin, sin embargo, le colmaba materialmente de atenciones.

Aunque hacía sólo media hora que varios clientes se marcharon desesperados por no hallar ni una sola mesa vacía, ahora apareció una misteriosamente y para colmo de milagro situada en posición inmejorable. El señor Blondin condujo a este cliente hacia ella con toda la apariencia de *empressement*.

—Pero, naturalmente, para usted hay siempre una mesa, señor Poirot. Lo que quisiera es que nos honrase más a menudo con su presencia.

Hércules Poirot sonrió recordando aquel incidente, ya pasado, en que un cadáver, un camarero, el propio señor Blondin y una señorita encantadora habían desempeñado un papel importante.

—Es usted muy amable, señor Blondin —dijo.

—¿Está usted solo, señor Poirot?

—Sí, estoy solo.

—¡Oh, bien! Jules confeccionará para usted una minuta que será

un poema… positivamente, un poema. Las mujeres, sobre todo las hermosas, tienen una desventaja: distraen la mente impidiendo que se saboreen bien los manjares. Pero usted paladeará nuestra comida, señor Poirot, se lo prometo. En cuanto al vino… ¡para qué hablar!

Siguió una conversación de técnica gastronómica. El señor Blondin se inclinó un momento bajando el tono de su voz y dijo confidencialmente:

—¿Tiene usted algún asunto entre manos?

—¡Ay, no! Estoy de vacaciones —dijo tristemente—. Hice mis economías cuando podía y ahora poseo medios suficientes para llevar una vida reposada.

—Le envidio.

—No, no; sería poco juicioso envidiarme. Puedo asegurarle que no es todo tan agradable como parece —suspiró—. ¡Cuan verdadero es el adagio que dice que el hombre inventó el trabajo para no tener que pensar!

El señor Blondin levantó las manos.

—¡Hay muchas cosas, señor Poirot! Los viajes, por ejemplo.

—Sí, en efecto, se puede viajar. Ya lo he hecho en muchas ocasiones y me ha sentado bastante bien. Este invierno pienso ir a Egipto. El clima, según dicen, es soberbio. ¡Así escaparé a la tediosa monotonía de las nieblas perpetuas de los tonos grisáceos, de la lluvia que cae incesantemente!

—¡Ah, Egipto! —suspiró el señor Blondin.

—Ahora se puede ir allí evitando el mar, excepto en el obligado paso del canal.

—¡Ah! ¿No le gusta el mar?

Hércules Poirot movió la cabeza y se estremeció imperceptiblemente.

—A mi tampoco —declaró el señor Blondin con simpatía—. ¡Es curioso el efecto que ejerce sobre el estómago!

—Pero sólo sobre ciertos estómagos. Hay personas a quienes el movimiento no les causa la menor impresión. Incluso les gusta

—Una incoherencia del Señor —corroboró el señor Blondin.

Movió tristemente la cabeza y tras expresar un impío pensamiento desapareció.

Camareros de pies ágiles y manos expertas servían las mesas.

Mantequilla, Melba tostada y una cubetita de hielo demostraban que se ofrecía comida de calidad.

La orquesta negra rompió en un éxtasis de notas discordantes. Londres bailaba.

Hércules Poirot observaba, registrando sus impresiones en su cerebro como en un archivo.

¡Cuan aburridos y cansados eran los rostros que veía! Algunos de aquellos hombres se divertían, indudablemente… mientras que una resignación paciente era el sentimiento general exhibido por los rostros de sus acompañantes. Aquella mujer gorda vestida de escarlata parecía radiante de felicidad… Indudablemente, la grasa le proporcionaba un deleite, una satisfacción, que estaban vedados a los que poseían líneas más armónicas. ¡Todo, en esta vida, tiene sus compensaciones!

Una pequeña cantidad de jóvenes, algunos carentes de expresión, otros aburridos, los más definitivamente infelices. ¡Qué absurdo llamar a la juventud el tiempo de la felicidad! ¡La juventud es la edad de mayor vulnerabilidad!

Su mirada se humanizó cuando vino a detenerse sobre cierta pareja en particular. Un par de representantes de los dos sexos decididamente armoniosos. El hombre, alto y de anchos hombros. La mujer, esbelta y delicada. Eran dos cuerpos que se movían en un ritmo perfecto de felicidad por el lugar en que estaban, por la hora y porque salía la dicha a borbotones del interior de ambos.

El baile cesó bruscamente. Las manos palmotearon ruidosamente y los giros continuaron. A los pocos segundos la pareja feliz volvió a la mesa que ocupaban junto a la de Poirot.

La muchacha, roja de placer, reía. Cuando ella se sentó. Hércules pudo contemplar a placer su rostro, que tenía vuelto hacia su compañero.

Había algo, además de la risa, en su rostro.

Hércules Poirot movió la cabeza con aire dubitativo.

«Se interesa demasiado esa pequeña —dijo para sí—. Está en peligro Sí, la amenaza un peligro.»

Luego llegó una palabra a su oído: Egipto.

Ahora percibía sus voces claramente: la juvenil de la muchacha, fresca, arrogante, con un acento nuevo y ligeramente extranjero en la pronunciación de las erres, y el timbre agradable, de tonos bajos,

de su compañero, en que se advertía a un inglés bien educado.

—No estoy vendiendo la piel del oso antes de matarlo, Simon. Te aseguro que Linnet no quiere que nos hundamos.

—¡Que se hunda ella!

—No seas tonto… Es un empleo ideal para ti.

—Hasta cierto punto, yo lo creo también… No tengo la menor duda sobre mi capacidad para desempeñarlo. Y haré todo lo posible por quedar bien… por ti.

La muchacha rió, una risa de pura felicidad.

—Esperemos tres meses para asegurarnos de que no te da el puntapié. Y entonces…

—Y entonces te dotaré con todos los bienes terrenales… Ése será el epílogo.

—Y como ya te dije: iremos a pasar nuestra luna de miel a Egipto. ¡Cueste lo que cueste! Toda mi vida he suspirado por ir a Egipto. El Nilo… las pirámides… la arena…

Dijo él con voz ligeramente indistinta:

—Todo aquello lo veremos juntos, Jacqueline…, juntos. ¿No será maravilloso?

—Eso me estaba preguntando ¿Será tan maravilloso para ti como para mí? ¿Te intereso yo tanto como tú a mí?

La voz de la muchacha tenía un matiz duro, cortante; en sus ojos había algo semejante al miedo.

En la respuesta del hombre se observó la misma dureza:

—No seas absurda, Jacqueline.

Pero la muchacha repitió:

—Yo me pregunto…

Él se encogió de hombros.

Hércules Poirot murmuró para sí:

Un qui aime et une que se laisse aimer. Sí, yo también me lo pregunto.»

VII

Juana Southwood dijo:

—Supongamos que él es terriblemente rústico.

Linnet movió la cabeza.

—No lo será. Puedo confiar en el gusto de Jacqueline.

—¡Ah, Linnet! La verdad se oculta siempre cuando se trata de asuntos amorosos.

Linnet agitó su rubia cabellera con impaciencia. Cambió de tema.

—Tengo que ir a ver al señor Pierce para hablar sobre estos planos.

—¿Planos?

—Sí, hay unas cuantas casas de labor en malas condiciones de salubridad. Voy a hacer que las derriben y trasladaré a sus habitantes a otro sitio más sano.

—¡Qué sanitaria y compasiva eres!

—Tendrían que marcharse de todas maneras. Aquellas chozas habrían estropeado mi nueva piscina…

—¿Y le agradará marcharse a la gente que vive actualmente allí?

—La mayoría de ellos están complacidísimos. Uno o dos se muestran bastante estúpidos, realmente fastidiosos, en suma. Parecen no darse cuenta de la enorme mejoría de la situación que les espera.

—Pero supongo que tú tampoco perderás con eso.

—Mi querida Juana, lo hago en su propio beneficio.

—Naturalmente. Estoy segura de ello. Ganancias comunes…

Linnet frunció el ceño. Juana rió.

—Vamos, muchacha. Confiésalo. Eres una tirana. Una tirana benéfica, si gustas, pero una tirana, al fin y al cabo.

—No tengo nada de tirana.

—Pero te gusta conseguir tus caprichos.

—No es eso precisamente.

—Linnet Ridgeway, ¿puedes mirarme a la cara y decirme honradamente si se ha dado alguna vez el caso de que no hayas podido conseguir tus deseos?

—Muchísimas veces.

—¡Oh, sí! Muchísimas veces… Está bien, pero cita casos concretos. No puedes hacerlo, aunque lo intentes. ¡No hay quien detenga la carrera triunfal de Linnet Ridgeway en su carro de oro!

Linnet dijo secamente:

—¿Crees que soy egoísta?

—No, pero eres irresistible. Tienes el efecto combinado del dinero y la belleza. Todo se inclina a tu paso. Lo que no puedes

comprar con dinero, lo obtienes con una sonrisa. Resultado: Linnet Ridgeway, la muchacha que lo tiene todo.

—No seas ridícula. Juana.

—Dime, ¿no lo tienes todo?

—Supongo que sí… Pero me resulta desagradable oírtelo decir.

—En efecto, es desagradable, querida. Debes de estar terriblemente cansada y *blasée* de todo y por todo. Es decir, todavía no lo estás, pero lo estarás. Entretanto, goza de tu avance triunfal en tu carrera de oro. Pero me pregunto, en realidad me lo pregunto sin cesar, ¿qué ocurrirá el día que llegues a una calle donde te encuentres un cartel que diga: «Prohibido el paso»?

—No digas estupideces, Juana. —Cuando lord Windleshaw se acercó a ellas, Linnet dijo, volviéndose hacia él—: Juana me está diciendo verdaderas obscenidades.

—Despecho, sólo despecho —dijo Juana vagamente, al mismo tiempo que se levantaba del asiento que ocupaba.

No dio excusa alguna para ausentarse. Había leído la advertencia en la mirada de Windleshaw. Éste permaneció silencioso un par de minutos. Luego se lanzó a fondo.

—¿Te has decidido ya, Linnet?

Linnet dijo lentamente:

—¿Me crees tonta? Tal vez, no estando segura, debiera decir: «NO».

Él la interrumpió con un gesto.

—No lo digas. Tendrás tiempo, todo el tiempo que necesites. Pero tengo la seguridad de que seríamos muy felices los dos.

—Mira —el tono de Linnet parecía de excusa casi infantil—. Me estoy divirtiendo mucho, especialmente con esto —hizo un movimiento con la mano—. Quiero convertir Wode Hall en una residencia campestre local; para mí, claro está, y según mis propias iniciativas. Me parece que hasta ahora lo voy consiguiendo, ¿no te parece?

—¡Oh, sí! Es precioso. Maravillosamente proyectado. Es perfecto. Tú eres muy inteligente, Linnet.

Hizo una pausa y continuó:

—Pero te gusta Charltonbury, ¿verdad? Claro es que necesita que se modernice y todas esas cosas, pero tú te encargarías de eso. Te deleitará.

—¡Oh, sí! Charltonbury es magnífico.

Hablaba con espontáneo entusiasmo, pero interiormente experimentó una sensación de súbita frialdad. Algo extraño acababa de herir un sentimiento recóndito, turbando su completa satisfacción por la vida. No analizó este sentimiento inmediatamente, pero cuando Windleshaw entró en la casa escrutó en todos los repliegues de su cerebro.

Charltonbury, sí, aquello era, se había resentido a la mención de Charltonbury. Pero ¿por qué? Charltonbury era modestamente famoso. Ser la dueña del magnífico Charltonbury era una posición envidiable y Windleshaw era un partido muy solicitado.

Naturalmente, él no podía tomar Wode en serio. No podía compararse con Charltonbury. ¡Ah, pero Wode no era suyo! Ella lo vio, lo compró, volvió a reconstruirlo sin preocuparse del dinero que le costaba. Aquello era su propia posesión, su reino.

Pero en cierto modo aquello no existiría si se decidiese a casarse con Windleshaw. ¿Para qué iban a tener dos residencias campestres? Y de las dos. Wode Hall sería la condenada a desaparecer.

Ella misma, Linnet Ridgeway, dejaría también de existir. Se convertiría en la condesa de Windleshaw, llevando a Charltonbury y a su dueño actual una dote apreciable. Sería reina consorte, pero no en propiedad.

«Me estoy volviendo ridícula», se dijo Linnet.

¡Pero era extraño cómo odiaba la idea de abandonar Wode! ¿No había algo más que le hiciese sentir así?

La voz de Jacqueline, con aquella nota monótona y ardiente: «Si no me caso con él, me moriré. Me moriré… Me moriré…»

Y lo decía con convicción, formalmente. ¿Experimentaba ella, Linnet, un sentimiento idéntico hacia Windleshaw? Con seguridad, no. Tal vez no llegaría nunca a ese extremo por nadie. ¡Debía ser maravilloso sentir aquella grandiosidad!

Oyóse el ruido de un coche que se aproximaba, a través de la ventana abierta.

Linnet se lanzó impaciente en su dirección. Debían ser Jacqueline y su novio. Saldría a recibirlos.

Se encontraba en la puerta de la verja cuando Jacqueline y Simon descendieron del automóvil.

—¡Linnet! —Jacqueline corrió hacia ella—; éste es Simon, aquí está Linnet. Es la criatura más maravillosa del mundo…

Linnet vio a un joven alto, de hombros anchísimos, ojos azul oscuro, cabello castaño rizado y una sonrisa atractiva de chiquillo.

Una ardiente sensación de embriaguez se extendió por todas sus venas.

—¿No es todo esto encantador? —dijo—. ¡Venga, Simon, entre y permítame que dé la bienvenida a mi administrador *comme il faut!*

Cuando se volvía para señalar el camino, pensaba: «¡Me siento extraordinariamente feliz! ¡Me gusta el novio de Jacqueline! ¡Me gusta enormemente!» Y luego, con pesar, exclamó como dolida: «¡Qué suerte tiene Jacqueline!»

VIII

Tim Allerton se reclinó perezosamente en su *chaiselongue* y bostezó mirando al mar. Luego lanzó una rápida mirada de soslayo a su madre.

La señora Allerton era una mujer todavía guapa, de cincuenta años de edad y cabellos nevados. Adoptando una expresión de severidad en su boca cuando miraba a su hijo creía poder disimular la extraña afección que sentía hacia él. Los observadores que no la conocían, raramente se dejaban engañar por este gesto, y el mismo Tim veía perfectamente el corazón de su madre a través de este velo de severidad.

Hablaba el joven:

—¿Te gusta Mallorca, de verdad, mamá?

—Pues bien… —la señora Allerton hizo una pausa para reflexionar—. Es barata la vida aquí…

—Y fría —dijo Tim, estremeciéndose levemente.

Era un joven alto, delgado, de cabellos oscuros y pecho estrecho. La boca tenía una expresión de dulzura, ojos tristes y mandíbula indecisa Poseía manos delicadas.

Amenazado de tuberculosis algunos años antes, nunca pudo desarrollarse físicamente. Públicamente, se suponía que se dedicaba a las letras, pero sus íntimos sabían que aquello no pasaba de ser una fantasía y que sus trabajos literarios no fueron jamás aceptados por nadie.

—¿En qué piensas, Tim?

La señora Allerton aguardó expectante la respuesta. Sus ojos negros y brillantes escrutaban suspicaces a su hijo. Tim Allerton hizo una mueca.

—Pensaba en Egipto.

—¿Egipto?

En el tono de la señora Allerton se advertía un asomo de duda.

—Aquello es tibio de verdad, mamita. Con arenas de oro. El Nilo… Me gustaría remontar el curso de aquel río poético. ¿A ti no?

—Claro que me gustaría —dijo la interpelada con sequedad—. Pero Egipto es terriblemente caro, hijo mío. No es para los que tienen que dar muchas vueltas a su dinero antes de gastarlo.

Tim lanzó una carcajada. Se levantó y se desperezó. Parecía haberse llenado de vida nueva en un segundo. Dijo con voz excitada:

—Los gastos correrán de mi cuenta. Sí, mamita. He tenido la suerte de dar un golpecito en la Bolsa con resultados satisfactorios. Me he enterado esta mañana.

—¿Esta mañana? —dijo la señora Allerton con voz cortante—. ¡No tuviste más que una carta y era…!

Se interrumpió, mordiéndose los labios.

Su hijo pareció quedar indeciso sobre si debía tomarlo a broma o enfadarse; eligió lo primero.

—Era de Juana —terminó con frialdad—. Está bien, mamá. Eres la reina de los detectives. El famoso Hércules Poirot tendría que esforzarse para conservar sus laureles si tú decides hacerle la competencia.

La señora Allerton parecía confundida.

—Vi la escritura del sobre por casualidad y…

—¿Y te diste cuenta de que no era de un agente de Bolsa? Estupendo. En honor a la verdad he de decirte que fue ayer cuando lo supe. La escritura de la pobre Juana es bien fácil de reconocer… parece que se quiere salir del sobre, como una araña enloquecida.

—¿Qué dice Juana…? ¿Algo nuevo?

La señora Allerton se esforzó para que su voz sonara de modo casual y ordinario. La amistad entre su hijo y su prima segunda, Juana Southwood, le había irritado siempre. No porque hubiese algo entre ellos, como se repetía incesantemente la buena señora.

Ella sabía perfectamente que no lo había. Nada.

Tim nunca había mostrado ningún interés sentimental hacia su prima Juana, ni ésta hacia él. Su atracción mutua parecía estar cimentada en la afinidad y posesión de amigos conocidos comunes. A los dos les gustaba la gente y criticar a la gente. Juana tenía una lengua cáustica y divertida.

La rigidez de expresión de la señora Allerton cuando Juana estaba presente o cuando recibía una carta suya, no se debía al temor de que su hijo pudiera enamorarse de su prima.

Era otro sentimiento indefinible, tal vez de celos, por el placer indudable que Tim experimentaba cuando se encontraba en compañía de Juana. Él y su madre eran tan excelentes amigos que la sola vista de una mujer que acaparase la atención de Tim le producía una desazón violenta. Creía que su presencia constituía entonces un estorbo para los dos representantes de la nueva generación. Muchas veces los había sorprendido en animada conversación que, al acercarse ella, interrumpían o variaban el tópico. Pero, decididamente, la señora Allerton experimentaba pocas simpatías por su sobrina. La consideraba hipócrita, afectada y esencialmente superficial. Le costaba un esfuerzo extraordinario tener que reprimir los deseos que le acometían de decirle todo esto gritando a pleno pulmón y delante de todo el mundo.

En respuesta a su pregunta, Tim extrajo la carta de uno de sus bolsillos y la ojeó.

—Es una carta bastante larga —observó la madre.

—No dice gran cosa —declaró—. Los Devonish han solicitado el divorcio. El viejo Monty ha sido encarcelado por haber conducido un coche yendo embriagado. Windleshaw se ha marchado a Canadá. Parece que le ha sentado bastante mal que Linnet le diese calabazas. Ella va a contraer matrimonio definitivamente con el administrador de marras.

—¡Es extraordinario! ¿Tan irresistible es el joven?

—No, no. Nada de eso. Es uno de los Doyle, de Devonshire. No tiene ni un céntimo, desde luego, y hasta hace poco estaba prometido a una de las mejores amigas de Linnet. ¡Una cosa bastante fea!

—Yo tampoco creo que se haya portado como debía —declaró la señora Allerton enrojeciendo.

En los ojos de su hijo apareció un relámpago de cariño hacia su madre.

—Ya sé, mamita. Tú no puedes ver con buenos ojos que le soplen a nadie su marido y todas esas cosas indecentes.

—En mis tiempos, respetábamos la propiedad ajena —dijo la señora Allerton—. Sin embargo, ahora la gente cree justo poder tomar lo que tiene al alcance de la mano, sea de quien sea.

Tim sonrió.

—No solamente lo cree, sino que lo hacen. *Vide* Linnet Ridgeway.

—Bueno, pero yo opino que eso es horrible.

Tim guiñó un ojo.

—¡Animo, mamita, tal vez me adhiera a tu opinión! Hasta ahora no se me ha ocurrido jamás seducir a la mujer ni a la novia de un amigo.

—Estoy segura de que jamás harás tal cosa —dijo la señora Allerton. Ingeniosamente, añadió—: Te he educado demasiado bien.

—Así, pues, el mérito es tuyo; no mío.

Sonrió con aburrimiento mientras doblaba la carta y la volvía a meter en el bolsillo.

La señora Allerton pensó:

«La mayoría de las cartas me las ha enseñado siempre. De ésta de Juana, sólo me ha leído párrafos sueltos.»

Expulsó aquel vano pensamiento de su cerebro y decidió, como siempre, conducirse como una señora de su rango.

—¿Se divierte Juana? —preguntó.

—Así, así. Ahora tiene la intención de abrir una tienda de modas en Mayfair.

—Siempre se queja de su situación —dijo la señora Allerton con un timbre de despecho—. Pero lo cierto es que ella alterna con la mejor sociedad y sus vestidos deben costarle un dineral. Siempre va vestida irreprochablemente.

—Sí. En efecto. Probablemente, no los paga. No, mamá, no quiero decir lo que en este momento te está sugiriendo tu cerebro isabelino. Quiero decir literalmente que no paga las facturas.

La señora Allerton suspiró.

—Nunca he comprendido cómo se puede hacer una cosa así.

—Es un don genial —repuso el hijo—. Cuando se tienen gustos

suficientemente extravagantes y se carece de la menor noción del valor del dinero, se conceden a estas personas toda clase de créditos.

—Sí, pero esa persona no tardará en visitar al Tribunal de Quiebras o al de Morosos, como le ocurrió al pobre sir George Wode.

—Parece que sientes compasión por ese viejo palafrenero sólo porque en un baile celebrado en el año 1879 te llamó capullo de rosa.

—Yo no había nacido aún en 1879 —repuso la señora Allerton con gracejo—. Sir George posee unas maneras encantadoras y no te permito que le llames palafrenero.

—He oído algunas historietas divertidísimas sobre él, referidas por personas que le conocen bien.

—A ti y a Juana os importa bien poco la reputación del prójimo. Cualquier cosa os parece divertida aunque se arranque la piel a tiras a seres desgraciados.

Tim enarcó las cejas.

—Mamita, te estás sulfurando. No sabía que Wode era tu favorito.

—Tú no puedes imaginarte lo doloroso que ha sido para él tener que desprenderse de Wode Hall. Experimentaba una profunda pasión por aquel lugar.

Tim reprimió el impulso de responder acerbamente. ¿Quién era él para juzgar, después de todo?

Tras una pausa, dijo pensativo:

—En eso parece que tienes razón. Linnet le invitó a que fuese a ver las modificaciones que se habían efectuado en su antigua residencia y él se negó rotundamente a ir.

—Sí. Ella no le habría invitado si le hubiese conocido mejor.

—Ahora creo que él siente odio invencible contra Linnet… Murmura entre dientes cosas incomprensibles cuando la ve. No puede perdonarle que le haya dado una cantidad tan fabulosa por su propiedad familiar roída por la polilla.

—¿Y tú no eres capaz de comprender eso? —inquirió la señora Allerton con sequedad.

—Francamente —dijo Tim con calma—. No puedo comprenderlo. ¿Por qué vivir en lo pasado? ¿Por qué ese apego

idiota hacia las cosas que se fueron?

—¿Qué colocarías tú en el puesto de esas cosas?

Tim se encogió de hombros.

—Sensaciones, tal vez. Novedades. La alegría de no saber jamás lo que ocurrirá al día siguiente. En vez de heredar un trozo de tierra inútil, prefiero el placer de hacer dinero por mí mismo, empleando mi cerebro y mis aptitudes.

—Un golpecito afortunado en la Bolsa, por ejemplo.

Tim profirió una carcajada.

—¿Por qué no?

—¿Y qué sucedería si tuvieses en la Bolsa una pérdida semejante?

—Eso, mamita, es poco probable. Es inapropiado para hoy… ¿Qué te parece mi plan sobre un viajecito a Egipto?

—Bien.

Él la interrumpió sonriente:

—Entonces de acuerdo. Los dos hemos ansiado siempre visitar Egipto.

—¿Cuándo sugieres que vayamos?

—¡Oh…! El mes próximo. Enero es la época del mejor tiempo allí. Gozaremos de la deliciosa sociedad de este hotel sólo un par de semanas más.

—¡Tim! —exclamó la señora Allerton en tono de reproche. Luego añadió, sonrojándose—: Lamento tener que decirte que prometí a la señora Leech que tú la acompañarías a la comisaría de policía. Ella no comprende una palabra de español.

Tim hizo una mueca.

—¿A causa de su anillo? ¿El rubí rojo sangriento de la hija del veterinario? ¿Persiste en la creencia de que se lo han robado? Iré si tú quieres, pero es ganas de malgastar el tiempo. No conseguirá nada más que originar molestias sin cuento a cualquier desgraciada sirvienta del hotel. Se lo vi perfectamente en el dedo cuando fue a bañarse aquel día. Salió del agua y desde entonces lo echó de menos.

—Ella dice que está segura de que se lo quitó y lo dejó en su tocador.

—Pues no es verdad. Yo lo vi con mis propios ojos. Esa mujer está loca. Si no lo estuviera, no se habría bañado en pleno mes de

diciembre, basándose en que el agua estaba bastante caliente porque el sol brillaba en aquel momento. Y es que le gusta exhibirse en traje de baño.

La señora Allerton murmuró:

—Realmente, creo que renunciaré a bañarme en lo sucesivo.

Tim rió alegremente.

—Tú puedes hacerlo. Das ciento y raya en belleza escultural a las jóvenes de hoy.

La señora Allerton suspiró y dijo:

—Desearía que tuvieses aquí unos cuantos jóvenes más de tu edad que te ayudaran a distraerte.

Tim Allerton movió la cabeza con decisión.

—Pues yo no. Los dos solitos nos hemos arreglado divinamente para ir de un lado a otro divirtiéndonos, sin necesitar a nadie más.

—Pero a ti te hubiese gustado que Juana estuviese aquí.

—Nada de eso —su tono expresaba inesperada resolución—. Te equivocas. Juana me divierte, pero no me gusta. Cuando la tengo demasiado tiempo a mi lado me ataca los nervios. Doy gracias a Dios de que no esté aquí. Me resignaría si pensara no volver a ver a Juana en toda mi vida —añadió casi sin aliento—: No hay más que una mujer en el mundo por quien tengo respeto y admiración a la vez. Creo que tú no ignoras quién es esa persona.

Su madre se ruborizó y pareció confusa. Tim continuó gravemente:

—Hay muy pocas mujeres realmente agradables en este mundo, pero tú eres una de ellas.

IX

En un piso que daba al Central Park, en Nueva York, la señora Robson exclamó mirando a su hija:

—¿No es maravilloso? Eres, en verdad, una mujer de suerte, Cornelia.

Cornelia Robson enrojeció. Era una muchacha grande y tosca, con los ojos oscuros y perrunos.

—¡Oh, será espléndido! —dijo entre dientes.

La solterona señorita Van Schuyler inclinó la cabeza, expresando su satisfacción por esta actitud correcta por parte de sus parientes

pobres.

—Siempre había soñado con un viaje a Europa —suspiró Cornelia—. Sin embargo, jamás creía que mi sueño llegase a convertirse en realidad.

—La señora Bowers vendrá conmigo, como de costumbre —dijo la señorita Van Schuyler—. Pero como dama de compañía la encuentro muy limitada… muy limitada. Hay una infinidad de cosas en que, Cornelia, me serás de gran utilidad.

—Será un placer poder servirle en algo, prima María —dijo Cornelia, en tono ardiente.

—Bien, bien. Entonces estamos de acuerdo —dijo la señorita Van Schuyler—. ¿Quieres buscar a la señorita Bowers, querida? Es la hora de tomar los huevos.

Cornelia salió precipitadamente. Su madre dijo:

—Querida María. ¡No sé cómo agradecértelo! Como tú sabes, yo creo que Cornelia sufre indeciblemente por no tener éxito en sociedad. Esto le hace considerarse mortificada. ¡Si yo hubiese podido llevarla de un sitio a otro! ¡Pero tú sabes cómo quedamos al morir el pobre Eduardo!

—¡Será para mí un verdadero placer llevarla conmigo! —declaró la señorita Van Schuyler—. Cornelia ha sido siempre una muchacha dócil y agradable, amante de las aventuras y no tan egoísta como la mayoría de las jóvenes de hoy.

La señora Robson se levantó y besó cariñosamente el rostro apergaminado y amarillento de su rica parienta.

—Te estoy muy agradecida —declaró.

En la escalera se encontró con una mujer muy bien parecida que llevaba un vaso conteniendo un líquido amarillento y jabonoso.

—¡Vaya, señorita Bowers, se va usted a Europa!

—¡Ah…! Sí, señora Robson.

—Será un viaje encantador.

—Sí. Desde luego. Creo que debe de ser muy divertido.

—¿Ha estado usted antes de ahora en el extranjero?

—¡Ah, sí! El año pasado estuve con la señorita Van Schuyler en París. Pero nunca he estado en Egipto.

La señora Robson hizo una pausa.

—¿Supongo que no habrá peligro alguno? —preguntó, bajando la voz.

La señorita Bowers dijo con su timbre usual:

—¡Oh, no, señora Robson! Yo me encargaré de eso. Iré siempre observando lo que pasa a mi alrededor.

A pesar de esta seguridad, una sombra cruzó el rostro de la señora Robson cuando, lentamente, continuó bajando la escalera.

X

En su despacho de la ciudad, Andrés Pennington se dedicaba a abrir su correo particular.

De pronto su puño se cerró convulsivamente y cayó con ruido sordo sobre la mesa de despacho. Su rostro adquirió un color escarlata y dos abultadas venas se destacaron en su ancha frente.

Oprimió un timbre. Un atildado taquígrafo hizo su aparición con su recomendable rapidez.

—Diga al señor Rockford que suba.

—Sí, señor Pennington.

Pocos momentos más tarde, Sterndale Rockford, el socio de Pennington, entró en el despacho. Ambos hombres tenían algo de parecido. Los dos eran altos, enjutos, con cabellos grises y rostros muy afeitados e inteligentes.

—¿Qué ocurre, Pennington?

Éste levantó la cabeza de la carta que había empezado a leer de nuevo.

—Linnet se ha casado —dijo sin preámbulos.

—¿Qué?

—Has oído bien. Linnet se ha casado.

—¿Cómo…? ¿Cómo…? ¿Por qué no nos lo han dicho hasta ahora?

Pennington lanzó una ojeada al calendario que había sobre la mesa.

—No había contraído matrimonio cuando escribió esta carta. Lo hizo el día 4 por la mañana, es decir, hoy.

Rockford se desplomó en su sillón.

—¡Caramba! ¡Sin avisar! ¿Quién es él?

—Doyle. Simon Doyle.

—¿Qué clase de individuo es ése? ¿Conoces algo de él?

—No. Ella tampoco habla gran cosa de él… —palmoteo sobre

las líneas escritas con caracteres claros e iguales—. Me parece que hay algo raro detrás de todo este asunto. Pero eso no tiene gran importancia. Lo principal es que ella se ha casado.

Las miradas de los dos hombres se encontraron. Rockford hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Esto es cosa de pensarlo mucho —dijo reposadamente.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Eso te iba a preguntar.

Los dos hombres se miraron en silencio. Tras una pausa, dijo Rockford:

—¿Tienes algún plan?

Pennington respondió arrastrando las sílabas:

—El *Normandía* sale hoy de Europa. Uno de nosotros dos tomará pasaje en él.

—¿Estás loco? ¿Qué idea es la tuya?

Pennington dijo con los dientes apretados:

—¡Esos abogados ingleses…! —y se detuvo.

—¿Qué quieres con ellos? ¿Supongo que no irás allí a buscarles camorra?

—¿He dicho, acaso, que quienquiera que sea de nosotros el que vaya, tenga Inglaterra como punto de destino?

—¡Pues no me hagas sufrir más y suelta esa idea tan grande!

Pennington extendió la carta sobre la mesa.

—Linnet se dirige ahora a Egipto a pasar la luna de miel. Permanecerá allí un mes, tal vez más.

—Egipto, ¿eh?

Rockford clavó la mirada en la de su socio.

—¡Egipto! —exclamó—. ¿Ésa es tu idea?

—Sí. Un encuentro casual. Dando una vueltecita Linnet y su marido… atmósfera nupcial. Creo que se puede hacer…

—Ella es muy lista, pero… —Rockford se interrumpió.

Pennington dijo suavemente:

—Ya encontraremos el medio de justificarlo.

Otra vez se encontraron los ojos.

Rockford asintió.

—¡Estupendo, chico!

Pennington miró el reloj.

—El que vaya, ha de darse prisa.

—¡Irás tú! —dijo Rockford súbitamente—. Siempre te has llevado bien con Linnet, tío Andrés. Te cedo la papeleta.

El rostro de Pennington se ensombreció.

—Confío en salirme con la mía.

—Tendrás que hacerlo a cualquier precio. La situación es crítica —repuso malhumorado su socio.

XI

Guillermo Carmichael dijo al joven delgado y peludo que abrió la puerta en respuesta a su llamada:

—Diga al señor Jim que deseo verle.

Jaime Fanthorp penetró en la habitación y lanzó una mirada interrogadora a su tío. El anciano fijó sus ojos en el joven, al mismo tiempo que movía la cabeza gruñendo:

—¡Ah! ¿Eres tú?

—¿No querías hablar conmigo?

—¡Lee esto!

El joven tomó asiento y desplegó la hoja de papel que le entregó su tío.

El anciano le observaba atentamente.

—¿Y bien?

La respuesta fue rápida.

—Me parece muy oscuro, tío.

Otra vez el socio de la firma Carmichael, Grant y Carmichael, emitió un gruñido característico.

Jaime Fanthorp releyó la carta que acababa de llegar de Egipto por avión.

> *«…parece improcedente escribir cartas de negocios en un día como hoy. Hemos pasado una semana en la Casa Mona, luego hemos hecho una expedición al Fayun. Pasado mañana remontaremos el Nilo hasta Luxor y Assuán en un barco de vapor y tal vez lleguemos hasta Kartum. Cuando fuimos a la agencia Cook esta mañana a recoger los*

billetes, ¿qué cree usted que fue lo primero que vi…? A mi apoderado americano Andrés Pennington. Me parece recordar que lo conoció usted hace dos años. Yo no tenía la menor idea de que él estuviese en Egipto y él tampoco podía presumir que me encontraría aquí… ni que estuviese casada. La carta en que yo le contaba mi proyecto de contraer matrimonio no llegó a sus manos Ahora se dispone a remontar el Nilo siguiendo la misma ruta que nosotros. ¿Verdad que es una agradable coincidencia? Muchas gracias por todo lo que ha trabajado en estos tiempos…»

Cuando el joven se disponía a volver la página, el señor Carmichael le recogió la carta.

—Eso es todo —dijo—. El resto no importa. Bien, ¿qué piensas de esto?

Su sobrino reflexionó un instante. Luego dijo:

—Pues… me parece que ese encuentro no tiene nada de casual.

El anciano manifestó su aprobación con un movimiento de cabeza.

—¿Te gustaría dar una vueltecita por Egipto? —preguntó de pronto.

—Si lo crees necesario…

—No hay tiempo que perder.

—Pero, ¿por qué he de ser yo precisamente?

—Piensa un poco y lo acertarás. Linnet Ridgeway no se ha tropezado contigo en su vida. Pennington tampoco te conoce. Si vas en aeroplano, llegarás a tiempo todavía.

—No me gusta nada esta idea, tío. ¿Qué voy a hacer yo allí?

—Emplea tus ojos. Utiliza tus oídos. Usa el cerebro… si es que lo tienes. Y si es necesario… obra.

—No me gusta nada.

—Lo creo, pero no tienes más remedio que hacerlo.

—¿Es, pues, necesario?

—A mi juicio es de importancia vital —dijo el señor Carmichael.

XII

La señora Otterbourne, reajustándose el turbante de tejido indígena que le rodeaba la cabeza, dijo airada:

—No sé por qué no nos hemos marchado ya a Egipto. Estoy más que cansada de Jerusalén.

Como su hija permaneciese silenciosa, añadió:

—Lo menos que podías hacer es responder cuando te preguntan.

Rosalía Otterbourne estaba enfrascada en la contemplación de un periódico ilustrado en que aparecía la reproducción de una fotografía. Al pie de aquélla se leía:

> *«La señora Doyle, que antes de su matrimonio era la bien conocida belleza señorita Linnet Ridgeway. Los señores Doyle pasan la luna de miel en Egipto.»*

Rosalía dijo:

—¿Te gustaría ir a Egipto, mamá?

—¡Claro que si! —exclamó la señora Otterbourne—. Reconozco que no se nos ha tratado aquí muy caballerosamente; mi estancia en este país ha sido una advertencia para el futuro. Pero ya he dicho a todos lo que pienso de ellos. La gente de aquí es impertinente… demasiado impertinente.

La muchacha, suspirando, dijo:

—Este sitio es igual que cualquier otro. Tengo verdaderos deseos de salir de aquí.

—Y esta mañana —continuó la señora Otterbourne— el administrador del hotel ha llevado su impertinencia al extremo de decirme que había comprometido todas las habitaciones por anticipado y que me daba cuarenta y ocho horas de plazo para abandonar las que ocupamos.

—Eso quiere decir que hemos de buscar otro alojamiento.

—Nada de eso. Estoy dispuesta a defender mis derechos.

Rosalía murmuró:

—Creo que debíamos irnos a Egipto. No creo que haya gran diferencia.

—No creo que sea cuestión de vida o muerte —dijo la señora

Otterbourne.

Pero en esto se equivocaba, porque se trataba precisamente de una cuestión de vida o muerte.

CAPÍTULO II

—Ese es Hércules Poirot, el detective —dijo la señora Allerton.

Ella y su hijo se encontraban sentados en sendos sillones de mimbre, brillantemente pintados de escarlata, en el exterior del hotel de las Cataratas de Assuán.

Observaban a las figuras, que se alejaban, de dos personas. Una de ellas, bajita, vestida con un traje de seda cruda, correspondía a un hombre; la otra, alta y delgada, era una mujer.

Tim Allerton se levantó repentinamente.

—¿Qué diablos busca ese hombre aquí?

Su madre rió.

—Querido, pareces muy excitado. ¿Por qué les gustarán a los hombres tanto los crímenes? Yo odio las historias de detectives y no las leo nunca. Pero no creo que el señor Poirot esté aquí por ningún motivo especial. Ha ahorrado una respetable cantidad de dinero y se dedica a vivir. Eso es todo.

—Parece mostrar cierto interés por la muchacha más guapa de la localidad.

La señora Allerton reclinó la cabeza sobre un hombro, mientras observaba las espaldas del señor Poirot y de su compañera.

La muchacha que acompañaba al detective era cuatro dedos más alta que él. Andaba magníficamente, ni demasiado erguida, ni con paso perezoso.

La señora Allerton lanzó una mirada de soslayo a Tim, al tiempo que decía:

—Ella es preciosa, ¿no te parece?

—Es más que preciosa. Lástima que sea tan irascible y huraña.

—Ésa me parece la expresión justa, querido.

—Es un diablillo desagradable, me parece. Pero es bastante agraciada.

El objeto de estas críticas marchaba lentamente al lado de Poirot. Rosalía Otterbourne hacía girar su sombrilla cerrada y en su expresión se leía todo lo que Tim acababa de decir. Parecía a un tiempo huraña y colérica.

Volvieron a la izquierda al llegar a la puerta de la verja del hotel y se adentraron en la fría sombra de los jardines públicos.

Hércules Poirot hablaba alegremente; su expresión era de beatífico buen humor. Llevaba un traje de seda cruda, un sombrero panamá y un espantamoscas cubierto de adornos con mango de ámbar.

—…me encanta —decía—. Y también las rocas negras de Elefantina y el sol y los barquitos que cruzan el río. Sí, es maravilloso estar vivo y gozar de todo esto.

Rosalía respondió con sequedad:

—Debe de ser estupendo todo esto, pero a mí, Assuán sobre todo, me aburre. El hotelucho éste está medio vacío y casi todos sus ocupantes están muy cerca del siglo.

Se interrumpió, mordiéndose los labios.

Hércules Poirot guiñó los ojos.

—Eso es verdad, hija mía. Yo, por ejemplo, tengo ya un pie en la tumba.

—No pensaba en usted —dijo la muchacha—. Lo siento. He sido grosera.

—Nada de eso. Es natural que desee compañeros jóvenes de su misma edad. ¡Ah, aquí hay un joven, por lo menos!

—¿Ése que está siempre sentado con su madre? Me gusta ella; pero él parece sencillamente insoportable, ¡tan presumido!

Poirot sonrió.

—¿A mí me cree presumido, también?

—¡Oh, no!

A ella parecía interesarle poco todo aquello; pero Hércules Poirot lo consideraba bastante divertido. Observó el detective con plácida satisfacción:

—Mis amigos opinan que soy terriblemente presuntuoso.

—¿Ah, sí? —murmuro Rosalía vagamente—. Supongo que usted tiene motivos para serlo. Desgraciadamente, el crimen no me interesa en absoluto.

—Me complace mucho saber que no tiene usted ningún secreto

culpable que ocultar.

Por el momento, la máscara burlona de su rostro se transformó, cuando ella lanzó a su interlocutor una rápida mirada interrogadora.

Poirot fingió no advertirlo y continuó:

—Su señora madre no estuvo presente en el almuerzo. Supongo que no estará indispuesta…

—Este sitio no le sienta muy bien —explicó Rosalía—. Me agradaría salir de aquí.

—Seremos buenos compañeros de viaje, ¿verdad? Vamos juntos a la excursión de Wadi Halfa y a la segunda catarata.

—Sí.

Salieron de la sombra del jardín y siguieron una senda estrecha y polvorienta que bordeaba el río. Cinco vendedores de collares de vidrio, dos de tarjetas postales, tres de escarabajos de yeso, un par de alquiladores de asnos y una cuadrilla de golfillos esperanzados se dirigieron hacia ellos, pregonando sus mercancías.

Hércules Poirot intentó vanamente deshacerse de aquella colmena humana. Rosalía se abrió paso entre ellos andando como si fuese una sonámbula.

—Lo mejor es hacerles creer que somos sordos y mudos —observó.

Entraron en la quinta tienda y Rosalía entregó varios rollos de películas… el único objeto del paseo. Luego salieron de aquel establecimiento y se encaminaron hacia la margen del río.

Uno de los vaporcitos que surcan el Nilo acababa de atracar. Poirot y Rosalía contemplaron con interés a los pasajeros.

—Hay bastantes… ¿eh?

Volvió la cabeza cuando Tim Allerton se unió a ellos. Respiraba fatigosamente, como si hubiese venido corriendo.

Permanecieron silenciosos por un minuto o dos. Luego, Tim dijo:

—Una muchedumbre horrible, como siempre.

—Oh, sí, siempre igual… —comentó Rosalía.

Los tres tenían el aire de superioridad de gente que asiste a la llegada de un tren o de un vapor.

—¡Caramba! —la voz de Tim sonó excitada—. ¡Que me cuelguen si aquélla no es Linnet Ridgeway!

Si aquella información dejó a Poirot insensible, despertó gran

interés en Rosalía.

—¿Dónde está? ¿Es aquélla de blanco?

—Sí. La que va acompañada de aquel hombre alto. Ahora desembarcan. Él es su flamante marido supongo. No me acuerdo de su nombre en este momento.

—Doyle —dijo Rosalía—. Simon Doyle. Lo dicen todos los periódicos. Se meten con ella casi diariamente.

—Sólo porque es la mujer más rica de Inglaterra —observó Tim.

Los tres espectadores observaban silenciosamente la llegada de los pasajeros. Poirot contempló interesado a la objeto de las críticas de sus compañeros. Murmuró:

—Es hermosa.

—Hay personas que lo tienen todo —dijo Rosalía amargamente.

Observábase una expresión de disgusto en la joven cuando Linnet descendía la escala.

Linnet Ridgeway se conducía como si fuese la *vedette* de una revista en escena. Volvióse con leve sonrisa a su acompañante. Éste le respondió y el sonido de su voz pareció interesar a Hércules Poirot. Una lucecita apareció en sus ojos y las cejas formaron dos arcos casi angulares. La pareja pasó a pocos pasos de él. Oyó a Simon Doyle que decía:

—Lo intentaremos y le daremos tiempo. Podemos quedarnos aquí una semana o dos si te parece bien, querida.

La cara del joven tenía una expresión ardiente de adoración casi humilde. La mirada de Poirot escrutó minuciosamente su cuerpo, los hombros cuadrados, el rostro bronceado, los ojos de un azul oscuro, la simplicidad infantil de su sonrisa.

—¡Feliz diablo! —dijo Tim después que hubieron pasado—. Ha tenido la suerte de encontrar una heredera que no tiene adenitis ni pies planos.

—Parecen terriblemente felices —dijo Rosalía con una nota de envidia en la voz. Luego añadió, pero en voz tan baja que Tim no pudo oírlo—: ¡Esto no es justo!

Poirot lo percibió, sin embargo. Frunció el ceño, perplejo. Lanzó una mirada de comprensión a la muchacha.

—Voy a comprar algunas baratijas para mi madre —dijo Tim.

Se quitó el sombrero y se marchó. Poirot y Rosalía emprendieron el camino de regreso al hotel, apartando a su paso

nuevos pregoneros de asnos y collares.

—¿Así, pues, no es justo? —dijo Poirot cortésmente,

La muchacha enrojeció de cólera.

—Ignoro lo que quiere decir.

—No he hecho más que repetir lo que usted ha dicho en voz baja.

Rosalía se encogió de hombros.

—Pues bien, realmente me parece demasiado para una persona. Dinero, belleza, una figura maravillosa y…

Se interrumpió y Poirot terminó por ella:

—¡Y amor! ¿Verdad? Pero tal vez se ha casado sólo por su dinero.

—¿Acaso no vio usted cómo se la comía con los ojos?

—Oh, sí, señorita. Vi todo lo que se podía ver… Pero observé algo que a usted le pasó por alto.

—¿Qué cosa fue?

—Vi, mademoiselle, líneas oscuras bajo los ojos de una mujer. Vi una mano que oprimía el puño de una sombrilla hasta que los nudillos perdieron el color…

Rosalía quedó mirándole con la boca abierta.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que no es oro todo lo que reluce… Quiero decir que aunque esta joven señora es rica, bella y amada hay al mismo tiempo algo que obstaculiza su felicidad. Y sé algo más.

—¿Sí?

—Sí. Sé que en otro sitio y en otro tiempo he oído esa voz… la voz del señor Doyle, y quisiera acordarme de dónde fue.

Pero Rosalía no escuchaba ya. Se había detenido pálida como una muerta. Con el extremo de su sombrilla trazaba líneas sobre la blanca arena. Repentinamente estalló en un arranque de cólera.

—Soy odiosa. Realmente odiosa. Soy mala. Me gustaría quitarle a trozos sus vestidos elegantes y patalearle esa cara encantadora. Estoy como una gata en celo… Pero no lo puedo evitar. Parece tan terriblemente triunfante y segura de sí misma…

Hércules Poirot pareció algo extrañado por la repentina explosión. La asió del brazo y la sacudió ligera y amigablemente.

—*Tenez!*… Después de haber dicho eso se sentirá usted mejor.

—¡La odio! ¡Jamás he odiado tanto a primera vista!

—¡Magnífico!

Rosalía le miró preocupada. Luego desarrugó el ceño y sonrió.

—Bien —dijo Hércules Poirot; y rió también.

Continuaron su camino hacia el hotel como dos buenos amigos.

—Voy a buscar a mamá —anunció Rosalía cuando llegaron al frío vestíbulo.

Poirot se aproximó a la balaustrada de la terraza y se dispuso a contemplar el Nilo. Permaneció unos minutos mirando al río; luego se dirigió a los jardines.

Sentada en un banco, contemplando las aguas del río vio a la muchacha de Chez Ma Tante. La reconoció en seguida. Su rostro, tal como lo vio aquella noche, permanecía indeleblemente grabado en su memoria. Su expresión era ahora muy distinta. Estaba más pálida, más delgada y había líneas en su rostro que denotaban cansancio físico y abatimiento.

El detective retrocedió un paso. Ella no le había visto y quiso observarla sin que ella descubriese su presencia.

Un rostro y una voz. Poirot recordaba ambas cosas. El rostro de la joven y la voz que acababa de oír pocos momentos antes, la voz de un recién casado…

Y mientras Hércules permanecía silencioso observando a la muchacha, se desarrolló la escena siguiente del drama.

Sonaron varias voces. La muchacha se puso en pie. Linnet Doyle y su marido llegaban por el estrecho sendero. La voz de Linnet era feliz y confiada. La expresión de tensión muscular había desaparecido. Linnet era feliz.

La muchacha del banco dio un par de pasos hacia delante.

La feliz pareja se detuvo. Ambos pálidos como la cera.

—¡Hola, Linnet! —dijo Jacqueline de Bellefort—. ¡También estás tú aquí! Parece que nos citamos. ¡Hola, Simon! ¿Cómo te va?

Linnet Ridgeway se apoyó sobre la roca, lanzando un grito ahogado. La agraciada faz de Simon Doyle sufrió una convulsión tremenda, provocada por la rabia. Se lanzó hacia delante como si tuviese el propósito de destrozar entre sus fuertes brazos el cuerpo frágil de la muchacha.

La causante de la escena indicó entonces con un movimiento de cabeza a Hércules Poirot. Simon miró en su dirección y advirtió su presencia.

Dijo torpemente:

—Hola, Jacqueline. No esperaba verte aquí.

Sus palabras carecían de convicción.

La muchacha sonrió, mostrando sus dientes blanquísimos.

—Es una sorpresa, ¿no es cierto? —preguntó.

Luego, con un ligero movimiento de cabeza, se separó de ellos y se adentró en la espesura.

Poirot emprendió delicadamente su marcha en dirección opuesta. Cuando se iba oyó a Linnet Ridgeway que decía:

—Simon, por Dios… ¿No podemos hacer nada?

CAPÍTULO III

Había terminado la comida. En la terraza del hotel de las Cataratas reinaba una suave penumbra. La mayoría de los huéspedes se sentaban ante las mesitas. Simon y Linnet Doyle hicieron su aparición. Entre ellos venía un hombre alto, de cabellos grises y rostro bien afeitado.

El grupo permaneció un momento en la puerta, dudando de la dirección que debían seguir.

Tim Allerton se levantó de la silla en que estaba sentado y se adelantó.

—Seguramente no se acuerda de mí —dijo humorísticamente a Linnet—. Soy primo de Juana Southwood.

—¡Claro que sí! ¡Qué estúpida soy! Usted es Tim Allerton. Éste es mi esposo —Percibíase cierto temblor en la voz… ¿Orgullo…? ¿Vergüenza…? ¿Quién podría decirlo…?—. Y éste es mi apoderado americano, el señor Pennington.

—Debería venir a ver a mi madre.

Pocos minutos después sentábanse juntos. Linnet, en un rincón. Tim y Pennington, a ambos lados de ella, queriendo acaparar su atención. La señora Allerton hablaba a Simon Doyle.

Las hojas de la puerta volvieron a abrirse. Súbita tensión apareció en los rasgos de la hermosa mujer que se sentaba en el rincón, entre los dos hombres. Luego su rostro adquirió una expresión normal cuando vio salir a un hombre de pequeña estatura que atravesó la terraza.

La señora Allerton dijo:

—No es usted la única celebridad de aquí, querida. Ese hombrecillo es Hércules Poirot, el detective…

Había dicho esto con un tono convencional, como si hubiese hablado de un jugador de bridge o algo por el estilo, pero Linnet se

sobresaltó. En sus ojos apareció un brillo de curiosidad.

—¿Hércules Poirot? He oído ya hablar de él, en efecto.

Se hundió en el abismo de sus pensamientos. Los dos hombres a su lado permanecieron silenciosos.

Poirot se dirigió a la balaustrada, pero alguien solicitó su atención.

—¡Siéntese aquí, señor Poirot! Hace una noche encantadora.

—*Mais oui,* es verdaderamente maravillosa —contestó él, obedeciendo.

Sonrió cortésmente a la señora Otterbourne. ¡Qué cantidad de cintajos blancos y qué turbante más ridículo llevaba la buena señora! La señora Otterbourne continuó, con su voz de contralto:

—¡Qué colección de notabilidades tenemos ahora! Espero que no tardaremos en ver los nombres de todos en los periódicos. Célebres bellezas… Novelistas famosos…

Poirot adivinó, mejor que vio, a la huraña muchacha sentada al otro lado con los labios apretados en un gesto de cólera más pronunciado que de ordinario.

—¿Tiene usted ahora alguna novela en proyecto, señora? —preguntó.

La señora Otterbourne volvió a soltar su risita de suficiencia.

—Me estoy volviendo terriblemente perezosa. Pero he de decidirme. Mi público se impacienta y mi editor… pobre hombre… me suplica en cada correo. ¡Hasta cablegramas me dirige! Tiene mucho interés.

Otra vez tuvo él la sensación de un gesto de la muchacha en la oscuridad.

—No me importa anunciarle, señor Poirot, que estoy aquí en busca de ambiente y color local para mi nueva novela, que titularé: «Nieve en la superficie del desierto». Poderoso, sugestivo. Nieve en el desierto… fundida por el primer soplo ardoroso de la pasión.

Rosalía se levantó, murmurando algo entre dientes y se dirigió hacia las sombras del jardín.

—Hay que ser decidida —continuó la señora Otterbourne, agitando el turbante frenéticamente—. Platos fuertes… Éstos son mis libros. Las librerías los anatemizan… Pero no importa… Digo siempre la verdad. ¡El sexo…! ¡Oh, dígame, señor Poirot! ¿Por qué tiene todo el mundo tanto miedo al sexo? ¡El eje del universo! ¿Ha

leído usted mis libros?

—¡Pobre de mí, señora…! Ya debe usted suponer que mi trabajo no me permite… hum… leer novelas.

La señora Otterbourne dijo con confianza:

—Tengo que regalarle un ejemplar de «Bajo la higuera». Espero que lo encontrará significativo. Es muy extenso, pero real…

—Me abruma usted con su amabilidad, señora. Lo leeré con placer.

La señora Otterbourne quedó silenciosa durante un par de minutos. Jugueteó pensativa con un gran collar de cuentas que llevaba rodeando su cuello. Miró rápidamente a su alrededor.

—Voy a traérselo ahora mismo.

—¡Oh, madame! ¡No se moleste, por favor! Luego, más tarde…

—No, no. No es molestia. —Se levantó—. Quiero mostrar a usted…

—¿Qué buscas, mamá?

Rosalía acababa de surgir a su lado.

—Nada, querida. Voy a traer un libro mío a monsieur Poirot.

—¿«La higuera…»? Yo lo traeré.

—Tú no sabes dónde está, querida. Yo iré.

—Sí, lo sé. No te muevas de aquí.

La muchacha cruzó la terraza y penetró en el hotel.

—Permítame que la felicite, madame, por tener una hija tan amable y encantadora —dijo Hércules Poirot, inclinándose.

—¿Rosalía? Sí, sí, no es fea; pero es muy dura, monsieur. No simpatiza con los enfermos. Siempre cree que tiene razón. Se imagina que sabe más acerca de mi enfermedad que yo misma…

Poirot, indicando a un camarero que pasaba, preguntó:

—¿Tomará usted algo, madame? ¿Chartreuse, crema de menta?

La señora Otterbourne movió la cabeza vigorosamente.

—No, no. Soy prácticamente abstemia. Ya habrá tenido ocasión de observar que no bebo más que limonada. No puedo soportar el sabor de los licores espirituosos. Me perjudican.

—Entonces pediré para usted un refresco de limonada.

Dio la orden al camarero que esperaba: un refresco de limón y un benedictine.

Abrióse la puerta del hotel. Rosalía apareció y vino hacia ellos con un libro en la mano.

—¿Qué haces, mamá? —dijo. Su voz carecía de expresión… cosa notable.

—Monsieur Poirot ha pedido esta limonada para mí —explicó su madre.

—Y usted, señorita… ¿No quiere beber alguna cosa fresca?

—¡Nada! —Consciente de su sequedad, añadió inmediatamente —: Nada, gracias.

Poirot tomó la novela que le regalaba la señora Otterbourne. Llevaba aún la sobrecubierta original y representaba a una mujer con cabellos sueltos en el tradicional traje de Eva, con las uñas pintadas de rojo escarlata y extendida sobre una piel de tigre. Junto a ella se alzaba un árbol de hojas semejantes a las de la encina, del que colgaban manzanas de diversos colores.

Se titulaba *Bajo la higuera*, por Salomé Otterbourne. En primera página aparecía un panegírico de la escritora, confeccionado por el editor. Hablaba entusiásticamente del soberbio atrevimiento y del realismo de un estudio sobre la vida amorosa de una mujer moderna. Osado, original, realista, eran los adjetivos empleados con más profusión.

Poirot se inclinó rendidamente y murmuró:

—Me honra usted, madame.

Al alzar la cabeza sus ojos se encontraron con los de la hija de la autora. Involuntariamente se estremeció. Contempló extrañado y dolorido la intensa pena que se reflejaba en ellos.

Poirot alzó entonces el vaso para ocultar sus sentimientos y dijo versallescamente:

—*A votre santé*, madame… mademoiselle.

La señora Otterbourne, bebiendo su limonada a pequeños sorbitos, murmuró:

—¡Qué refrescante! ¡Es deliciosa!

Cayó el silencio sobre ellos. Quedaron mirando las brillantes rocas negras que emergían en el Nilo. Había algo fantástico en ellas a la luz de la luna. Parecían tremendos monstruos prehistóricos con el cuerpo fuera del agua. Llegó una brisa suave, repentina, que murió casi tan súbitamente como llegara.

En el aire había una atmósfera de expectación.

Hércules Poirot posó una mirada sobre la terraza y sus ocupantes. ¿Se equivocaba, o experimentaba allí la misma

sensación? Parecía el momento en que en el teatro se esperaba la salida a escena de la artista predilecta. En aquel instante precisamente la puerta giratoria empezó a dar vueltas con cierto aire de importancia. Todo el mundo cesó de hablar y dirigió su mirada hacia la entrada.

Una muchacha morena, esbelta, en traje de noche color burdeos, apareció. Se detuvo unos segundos y luego atravesó con decisión la terraza y se sentó ante una mesa vacía. No había nada de extraño, nada fuera de lugar en su continente y su conducta, y, sin embargo, tenía algo del estudiado efecto de una entrada en escena.

—¡Bien! —dijo la señora Otterbourne. Dio un movimiento de vaivén a su turbante—. Esa muchacha se cree que es alguien.

Poirot no respondió. Observaba. La muchacha había tomado asiento en un lugar desde donde podía observar de soslayo a Linnet Doyle. Entonces Poirot se dio cuenta de que Linnet, tras inclinarse un momento hacia delante y decir algo a sus acompañantes, se levantó y cambió de sitio. Ahora daba la espalda a la recién llegada.

Poirot movió afirmativamente la cabeza, respondiendo a sus propios pensamientos.

Cinco minutos después, la muchacha del traje de noche de color burdeos se levantó y se trasladó al otro extremo de la terraza. Sentóse allí, fumando y sonriendo en silencio… Era la personificación de la satisfacción en reposo. Pero en todo momento, como si fuese inconscientemente, su mirada estaba fija en la esposa de Simon Doyle.

Transcurrido un cuarto de hora, Linnet Doyle se levantó impetuosamente y penetró en el hotel. Su esposo la siguió.

Jacqueline de Bellefort sonrió y dio media vuelta a la silla en que estaba sentada. Encendió otro cigarrillo y quedó mirando al Nilo con fijeza. Continuaba sonriéndose a sí misma.

CAPÍTULO IV

—Monsieur Poirot.

El aludido se alzó repentinamente. Permanecía en la terraza después de marcharse todos. Abismado en sus propios pensamientos, contemplaba, sin verlas, las grandes rocas negras del Nilo, cuando el sonido de su nombre le volvió a la realidad.

Era una voz de timbre exquisito, firme, encantadora, pero un poco arrogante.

Hércules Poirot se encontró ante los ojos autoritarios de Linnet Doyle. Llevaba una capa de rico terciopelo púrpura sobre su traje de raso blanco y parecía más encantadora, más esplendorosa de lo que Poirot hubiese imaginado nunca.

—¿Es usted monsieur Poirot?

No era una respuesta difícil.

—A sus órdenes, madame.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—Sí, madame. He oído su nombre. Sé exactamente quién es usted.

Linnet hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. No era más que lo que ella había esperado. Continuó con sus maneras encantadoramente aristocráticas.

—¿Quiere tener la bondad de acompañarme al salón de juego, monsieur? Tengo verdadera ansiedad de hablarle a solas.

—Ciertamente, madame.

Emprendió la marcha hacia el hotel. Él la siguió. Fue conducido al desierto salón de juego y, ya dentro, Linnet le hizo un gesto para que cerrase la puerta. Entonces se desplomó en una silla y se sentó frente a él.

Linnet se dirigió al detective sin usar preámbulos de ninguna clase. Con gran fluidez dijo:

—He oído hablar de usted, monsieur. Sé que es usted un hombre inteligentísimo y tengo la necesidad apremiante de un hombre como usted en estos momentos. Tengo la seguridad de que usted me ayudará.

Poirot inclinó la cabeza.

—Me confunde con sus elogios y con su confianza, madame. Pero vea usted, estoy de vacaciones, lo cual quiere decir que no atenderé ningún caso profesional.

—Podríamos llegar a un acuerdo.

No lo dijo en tono ofensivo. Estas palabras expresaban solamente la callada confianza de una joven que jamás había encontrado nada que no pudiese arreglar a su entera satisfacción.

Linnet Doyle continuó:

—Estoy siendo objeto, monsieur Poirot, de una intolerable persecución. ¡Esta persecución estúpida tiene que cesar! Mi opinión era haber puesto en antecedentes a la policía para que ella se encargara del caso, pero, mi… mi marido cree que la policía será ineficaz en este asunto…

—Tal vez si usted me diese más detalles, madame…

—Oh, sí, lo haré. Pero la cosa es bien simple.

Ni una duda, ni un balbuceo. Linnet Doyle tenía un cerebro financiero. Solamente se detuvo un instante para exponer los hechos concisamente.

—Antes de que yo conociese a mi marido, él estaba prometido a la señorita Bellefort. Era también muy amiga mía. Mi marido rompió su proyectado enlace con ella. No congeniaban. Ella, lamento decirlo, lo tomó por lo trágico. Yo lo siento mucho, en verdad, pero estas cosas no pueden evitarse. La señorita Bellefort nos hizo objeto a mí y a mi marido de ciertas… amenazas a las cuales no hicimos el menor caso y que, justo es decir, no ha intentado llevar a cabo. Pero en vez de eso, ha adoptado la extraña idea de seguirnos por dondequiera que vamos.

Poirot enarcó las cejas.

—Es una venganza inaudita.

—Inaudita y ridícula. Pero, al mismo tiempo, es también fastidiosa.

Se mordió los labios.

Poirot sonrió en silencio.

—Sí —dijo tras una pausa—. Me lo imagino. ¿Usted está, según tengo entendido, en viaje de luna de miel?

—Sí, pero como le iba diciendo, se nos presentó por primera vez en Venecia, en casa de Danielli. Creía que se trataba de una mera coincidencia. Algo embarazoso, pero eso fue todo. Luego volvimos a encontrárnosla a bordo del mismo barco que nos condujo a Brindisi. Presumimos que iba a Palestina. La dejamos en el barco, según creíamos, pero cuando llegamos al hotel «Mena» estaba ya allí, esperándonos.

Poirot hizo un gesto de comprensión.

—¿Y ahora?

—Remontamos el Nilo en barco. Casi esperaba encontrarla a bordo. Al ver que no estaba allí, supuse que había cejado en su… chiquillada. Pero cuando desembarcamos aquí, ya estaba esperándonos.

—¿Teme usted entonces que continúe indefinidamente este estado de cosas?

—Sí —hizo una pausa—. Naturalmente, ello ya es bastante idiota. Jacqueline se está poniendo muchas veces en ridículo. Me sorprende que no posea más amor propio… más dignidad.

—Hay veces, madame, en que el orgullo y la dignidad… se dejan a un lado. Existen emociones mucho más… fuertes.

—Sí, es posible —dijo Linnet, impaciente—. Pero… ¿qué ventaja le puede proporcionar esta conducta?

—No siempre se obra en espera de una ventaja.

Algo imperceptible en el tono del detective impresionó a Linnet desagradablemente. Enrojeció y dijo con voz atropellada:

—Tiene usted mucha razón. Pero una discusión de motivos está fuera de lugar. Lo esencial es que eso tiene que terminar.

—¿Y cómo cree usted poder conseguirlo, madame? —preguntó Poirot.

—Bien, naturalmente; mi marido y yo no podemos continuar soportando durante mucho tiempo todo este… fastidio. Debe haber alguna disposición legal en que podamos apoyarnos para impedirlo.

Hablaba impacientemente. Poirot la miró, pensativo, y preguntó:

—¿Le ha hecho objeto de amenazas en público? ¿Ha usado un lenguaje insultante al dirigirse a usted? ¿Ha intentado inflingirle algún daño corporal?

—No.

—Entonces, francamente, madame, no creo que pueda hacer nada contra ella. Si la señorita de Bellefort se complace en visitar ciertos lugares y da la casualidad de que esos lugares son los mismos que usted y su marido visitan…

—¿Luego no puedo hacer nada, absolutamente nada?

La voz de Linnet contenía una nota de incredulidad.

—Nada que yo sepa. Mademoiselle de Bellefort está en su perfecto derecho de obrar como lo hace.

—Pero… esto es enloquecedor. No puedo tolerar tener que transigir con esto.

—La compadezco, madame. Sobre todo porque me imagino que no se ha encontrado muchas veces en la situación de tener que transigir.

Linnet exclamó con el ceño fruncido:

—¡Debe de haber algún modo de evitarlo!

Poirot se encogió de hombros.

—Puede marcharse… irse a otro sitio cualquiera —sugirió Poirot.

—Nos seguiría.

—Posiblemente sí…

—¿Y por qué he de marcharme? ¿Por qué continuar esta vida como si…?

Se interrumpió.

—Exactamente, madame. Como si… Tiene usted razón en lo que piensa.

Poirot cambió de tono. Se inclinó hacia delante. Su voz era confidencial. Dijo suavemente:

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Por qué se preocupa tanto, madame?

—¿Por qué…? Porque esto me enloquece. Porque es irritante hasta el último grado. ¡Le he dicho por qué!

Poirot movió la cabeza negativamente.

—Nada de eso.

—¿Qué quiere usted decir?

Poirot se acomodó en su sillón, cruzó los brazos y empezó a hablar con tono impersonal, conciso.

—Escuche, madame, voy a contarle una historia. Un día, hace

un mes o dos, estaba comiendo en un restaurante de Londres. En una mesa junto a la mía sentábanse dos personas: un hombre y una muchacha. Eran felices o lo aparentaban; estaban enamoradísimos el uno del otro. Hablaban de lo futuro con gran confianza. No es que yo escuchase lo que no me interesaba; pero ellos hablaban en voz alta y no les importaba que les oyesen o no. El hombre me daba la espalda, pero veía perfectamente la cara de la muchacha. Su emoción era intensa. Estaba enamorada, había entregado al hombre su corazón, su alma, y no parecía de esas que aman superficialmente y a menudo. Su amor parecía eterno como la vida y la muerte. Se habían comprometido para casarse y discutían dónde pasarían la luna de miel. Planearon venir a Egipto —hizo una pausa.

Linnet dijo con sequedad:

—¿Y bien?

Poirot continuó:

—Ha transcurrido un mes o dos, pero no puedo olvidar el rostro de la muchacha. Sé que la recordaré si la veo otra vez. Y reconoceré también la voz del hombre. Creo, madame, que usted adivinará dónde oiré esta voz y veré aquel rostro… aquí, en Egipto. El hombre está en su luna de miel… pero con otra mujer.

Linnet habló con voz cortante:

—Bien, ¿y qué? Ya había mencionado yo todo eso.

—Los hechos, sí.

—¿Qué omití entonces?

—La muchacha del restaurante mencionó el nombre de una amiga, una amiga que ella tenía la seguridad de que no la abandonaría. Y esa amiga, creo que era usted misma, madame.

Linnet enrojeció.

—Sí. Ya le dije que habíamos sido amigas.

—Y ella tenía una confianza ciega en usted.

—En efecto.

Hizo una pausa. Luego, como Poirot no parecía dispuesto a continuar hablando, prosiguió:

—Claro que todo esto es muy lamentable, pero no tiene nada de particular. Ha sucedido en todos los tiempos y en todas las ocasiones.

—Sí, desde luego, ha sucedido en todos los tiempos… Usted es

protestante, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Linnet asombrada por esta pregunta.

—Entonces habrá oído leer los pasajes de la Biblia en la iglesia. Oiría hablar del rey David y del rico que tenía enormes rebaños y del pobre que no tenía más que una ovejita blanca… y cómo el rico arrebató al pobre su única oveja. En efecto… son cosas que han sucedido en todos los tiempos, madame.

Linnet se levantó. Los ojos le llameaban de cólera.

—Comprendo perfectamente lo que quiere dar a entender. Que yo le robé el novio a mi amiga. Considerando el asunto sentimentalmente…, que es como las personas de su vieja generación miran estas cosas…, posiblemente es verdad. Pero la realidad estricta es muy distinta. No niego que Jacqueline estuviese locamente enamorada de Simon, pero no puede usted afirmar bajo juramento que Simon lo estuviese de ella. A él le gustaba mucho Jacqueline, pero creo que antes de conocerme ya se había dado cuenta de su error. Considérelo imparcialmente, monsieur. Simon recapacitó y vio que era a mí a quien amaba. ¿Y qué hizo? ¿Debía ser heroicamente noble y desposarse con la mujer a quien ya no amaba en absoluto, y arruinar de esta forma la existencia de tres personas, ya que es dudoso que hubiera podido hacer feliz a Jacqueline en estas circunstancias? Si él hubiese estado casado con ella cuando me conoció, accedo a reconocer que su deber podía haber sido permanecer a su lado, aunque no estoy muy segura de que lo hiciese. Cuando una persona es desgraciada, la otra sufre también. Pero una promesa de matrimonio no es un compromiso real; así, pues, fue necesario hacer frente al conflicto antes de que fuese demasiado tarde… Admito que fue terriblemente doloroso para Jacqueline… pero sucedió así. Era inevitable.

—Ya quisiera saber…

—¿Qué iba a decir?

—Eso es muy razonable, muy lógico, pero no explica una cosa.

—¿Qué cosa?

—Su propia actitud, madame. Mire, esta persecución puede considerarla bajo dos aspectos; puede causarle molestias o puede despertar la piedad al ver cuan terriblemente ha sufrido su amiga ante el cambio súbito de los sentimientos de su novio. Sufrimiento que le ha hecho despreciar todas las conveniencias sociales. Pero no

es así como usted considera su conducta; su relación, madame, le hace mirarla como intolerable, y, ¿por qué…? Sólo por una razón… Porque usted experimenta una sensación de culpabilidad.

Linnet se estremeció de ira.

—¿Cómo se atreve, señor Poirot? Realmente se excede demasiado…

—Es que yo soy muy atrevido, madame. Permítame que le hable con franqueza. Tengo la convicción de que aunque usted quiere disfrazarse los hechos a usted misma, reconoce interiormente que arrebató con toda deliberación el futuro marido a su amiga. Admite usted que se sintió irrefrenablemente atraída hacia él, que vaciló cuando se dio cuenta de que tenía que elegir entre ocultar sus sentimientos o confesarlos. Y la iniciativa partió de usted, madame, no del señor Doyle. Es usted rica, inteligente, encantadora. Pudo haber velado sus encantos, pero por el contrario, los desplegó con toda su enloquecedora magnitud. Usted tenía todo cuanto la vida puede ofrecer. La existencia de su amiga estaba limitada a una sola persona. Usted lo sabía; pero aunque vaciló, no retiró la mano. Por el contrario, la extendió, y, como el rico de la Biblia, se apoderó de la única oveja del pobre.

Hubo un silencio profundo. Linnet se reprimió con un esfuerzo de voluntad y dijo con frialdad:

—Todo esto está fuera de la cuestión.

—No, no, nada de eso. Estoy explicando a usted por qué las apariciones inesperadas de la señorita Bellefort la afligen tanto. Es porque aunque usted diga que sus acciones la ridiculizan, usted, en lo más íntimo de su conciencia, reconoce que ella tiene toda la razón.

—¡Eso no es verdad!

Poirot se encogió de hombros.

—Rehúsa ser sincera consigo misma.

—Nada de eso.

—Quisiera decir también que usted ha tenido una vida feliz, que ha sido generosa y bondadosa en sus acciones con otras personas.

—He intentado serlo.

La cólera y la impaciencia murieron en su rostro. Hablaba ahora con gran simplicidad, sin rencor.

—Es precisamente por esta razón, por lo que el sentimiento de

que ha causado usted un daño a una persona deliberadamente, la mortifica tanto y por lo que le cuesta tanto trabajo admitir el hecho. Perdóneme si he sido impertinente, pero la psicología es el factor más importante en este caso.

Linnet dijo lentamente:

—Aun suponiendo que lo que dice usted sea verdad, cosa que yo no admito…, ¿qué podemos hacer ahora? No se puede modificar lo pasado; hay que aceptar las cosas tal como son.

—Tiene usted un sentido común muy sutil, madame. En efecto, no se puede volver a lo pasado. Hay que aceptar las cosas tal como son. Pero, madame, de esto se deduce también algo… Hay que resignarse a sufrir las consecuencias de las acciones pasadas.

—¿Quiere usted decir, pues, que no podemos hacer nada? —dijo Linnet incrédulamente.

—Debe armarse de valor para afrontarlo, madame. Ésa es mi opinión.

Linnet dijo arrastrando las sílabas:

—¿No podría usted hablar a Jacqueline… a la señorita Bellefort y hacerla entrar en razón?

—Podría hablar con ella, en efecto. Lo haré si usted me lo suplica, pero no confíe en el resultado. Mademoiselle de Bellefort se encuentra bajo la impresión de una idea fija y nadie podrá apartarla de la línea de conducta que se ha trazado.

—Pero usted podrá hacer algo para alejarla de nosotros.

—Tal vez fuese mejor que se marchasen ustedes a Inglaterra cuanto antes y se establecieran en su propia residencia.

—Aun así, creo que Jacqueline sería capaz de seguirnos y seguirme el paso cada vez que yo saliera de casa.

—Es verdad.

—Además —añadió Linnet—, no creo que Simon accediese a huir.

—¿Cuál es la actitud de su esposo?

—Está furioso… simplemente furioso.

Poirot movió la cabeza, algo pensativo.

—¿Le hablará usted?

—Sí, le hablaré. Pero tengo la convicción de que no conseguiré nada.

Linnet dijo con violencia:

—Jacqueline es extraordinaria. Nadie es capaz de adivinar lo que hará.

—Hace un momento me habló usted de ciertas amenazas de que le hizo objeto. ¿Puede decirme en qué consistieron esas amenazas?

Linnet se encogió de hombros.

—Me amenazó… con matarnos a los dos. Jacqueline tiene algo de oriental a veces.

—Ya lo veo —la voz de Poirot era grave.

Linnet se volvió hacia él, intentando persuadirle.

—¿Lo hará usted por mí?

—No, madame —el tono del detective era duro—. No acepto ninguna comisión de usted. Lo haré por interés de la humanidad. Eso es. Estamos en una situación llena de dificultades y de peligros. Haré lo que pueda por esclarecerla… pero no tengo gran confianza en mis probabilidades de éxito.

Linnet Doyle murmuró lentamente:

—¿Y no lo hará por mí?

—No, madame —replicó Hércules Poirot.

CAPÍTULO V

Hércules Poirot encontró a Jacqueline sentada sobre las rocas frente al Nilo. Estaba convencido de que la muchacha no se habría retirado a dormir y que la encontraría en algún sitio de los alrededores del hotel.

Estaba sentada con la barbilla apoyada en las manos. No se molestó en volver la cabeza al oír los pasos de Poirot, que se aproximaba.

—Mademoiselle de Bellefort —dijo Poirot—, ¿quiere permitirme que le diga unas palabras?

Jacqueline volvió la cabeza ligeramente. Una débil sonrisa entreabrió sus labios.

—Ciertamente —dijo—. ¿Es usted monsieur Hércules Poirot, verdad? ¿Me permite, a mi vez, que adivine algo? Obra usted a instancias de la señora Doyle, que le ha prometido una recompensa crecida si logra llevar a cabo su misión.

Poirot tomó asiento junto a la muchacha, en un banco.

—Su suposición, mademoiselle, es correcta en parte —dijo cortésmente—. Acabo de dejar a la señora Doyle. Pero no he aceptado ninguna recompensa, y estrictamente hablando no actúo bajo su influencia, se lo aseguro.

—¡Oh!

Jacqueline lo midió atentamente con la mirada.

—Entonces…, ¿por qué ha venido?

La respuesta de Poirot fue otra pregunta.

—¿Me ha visto usted antes, mademoiselle, alguna vez?

Ella movió la cabeza.

—No, no lo creo.

—Sin embargo, yo sí la he visto a usted. Estuve sentado muy próximo a usted en Chez Ma Tante. Acompañaba a usted el señor

Simon Doyle.

Una nube ensombreció el rostro de la muchacha.

—Recuerdo aquella noche…

—Desde entonces —interrumpió Poirot— han ocurrido muchas cosas.

—En efecto, caballero, han ocurrido muchas cosas.

En su tono se advertía dureza, mezclada con amargura desesperada.

—Mademoiselle, le hablo como amigo. ¡Entierre a sus muertos!

Ella mostró sorpresa.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Olvide lo pasado! ¡Vuelva sus ojos a lo futuro! ¡Lo que se ha hecho, hecho está! Su tristeza, su amargura, no podrán remediarlo.

—Estoy segura de que si siguiera su consejo, Linnet se alegraría mucho.

—No pienso en ella en este momento. ¡Estoy pensando en usted! Usted ha sufrido mucho, indudablemente, pero con lo que está haciendo no conseguirá más que prolongar sus sufrimientos.

La joven movió la cabeza.

—Se equivoca usted. Hay veces… que casi me divierto.

—Pues eso, mademoiselle, es lo peor de todo.

Ella alzó la cabeza, rápida.

—No es usted estúpido —dijo—. Empiezo a creer que intenta usted ser amable.

—Vuelva a casa, mademoiselle. Es usted joven, inteligente… Tiene el mundo frente a usted.

Jacqueline movió la cabeza muy despacio.

—O no me comprende o no quiere comprenderme. Simon es mi mundo.

—El amor no lo es todo, mademoiselle. Sólo cuando somos jóvenes lo creemos así.

—No lo comprende —le lanzó una mirada rápida—. Lo sabe todo, ¿verdad? ¿Ha hablado con Linnet…? Estuvo en el restaurante aquella noche. Simon y yo nos amábamos.

—Sé que usted le amaba.

Jacqueline cogió al vuelo lo que se ocultaba tras las palabras del detective. Repitió con énfasis:

—Nos amábamos. Y yo quería a Linnet… confiaba en ella… Era

mi mejor amiga. Durante toda su vida, Linnet pudo comprar todo lo que le apetecía. Cuando vio a Simon, lo deseó y lo conquistó.

—Y él…, ¿se dejó comprar?

Jacqueline movió lentamente la cabeza.

—No, no es eso precisamente. Si hubiese sido así, yo no estaría aquí ahora… Usted intenta sugerirme que Simon no merece que me preocupe por él. Si hubiese aceptado casarse con Linnet por su dinero, tendría usted razón. Pero no se casó por su dinero… Es más complicado que eso. Hay el embrujo, la atracción física, y el dinero ayuda mucho. Linnet tiene una *atmósfera* propia… Era la reina de un país inexistente, lujuriosa hasta las puntas de los dedos… Tenía el mundo a sus pies. Uno de los más ricos y más envidiados pares de Inglaterra quiso casarse con ella… Y ella se decidió por el oscuro y pobre Simon Doyle… ¿Extraña usted que esto trastornara el seso al desgraciado Simon? —hizo un gesto repentino—. Mire la luna, allí arriba. La ve perfectamente, ¿verdad? Existe en realidad. Pero si apareciese ahora el sol, la luna dejaría de brillar, y usted no lograría verla aunque lo intentase. Así ocurrió… Yo era la luna… Cuando el sol salió, Simon no pudo verme más… Quedó encandilado. No podía ver más que el sol… Linnet.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Así, pues, fue el embrujo, el brillo de Linnet lo que se le subió a la cabeza. Además, intervino también su confianza en sí misma, que difunde confianza a los demás. Simon era… débil tal vez, pero muy simple, muy inocente. Me habría amado a mí si Linnet no hubiese aparecido para subirle en su carro de oro. Y tengo la seguridad de que él no la hubiese amado jamás si ella no se hubiese propuesto que lo hiciera.

—Sí, eso es lo que usted piensa.

—Lo sé. Él me amaba a mí…, me amará siempre.

—¿Ahora también?

Una respuesta rápida pareció alzarse hasta sus labios, pero al llegar a ellos murió. Miró a Poirot y su rostro se tiñó de rojo subido, ardiente. Desvió la mirada, reclinó la cabeza y dijo con voz imperceptible:

—Sí, ya sé. Ahora me odia. Me odia… Pero que tenga cuidado.

Con un gesto rápido hurgó en un saquito de seda que tenía a su lado. Luego sacó la mano. En su palma apareció una pistolita con

puño de nácar… Parecía de juguete.

—Es una cosita preciosa, ¿verdad? —dijo—. Parece demasiado pequeña para ser un arma mortal…, pero lo es. Una de esas balas tan minúsculas puede tronchar la vida de un hombre… o de una mujer. Yo tiro muy bien. Compré este juguetito cuando sucedió *aquello*. Tenía el propósito de matar a una o a otro, pero no llegué a decidirme por cuál de ellos. Los dos a la vez no me habrían proporcionado satisfacción alguna. Si hubiese creído poder asustar a Linnet… Pero ella posee gran valor físico. Es capaz de resistir a cualquier atentado violento. Y entonces… decidí esperar. Esto me seducía cada vez más. Después de todo, podía ejecutar mi primitiva idea a la primera ocasión… Sería preferible esperar y… pensarlo bien. Doquiera que fuesen, por lejos que estuviese el lugar por ellos elegido, me encontrarían; allí donde se considerasen solos para gozar plenamente su felicidad… me verían cuando menos lo esperasen. ¡Y esto hace efecto! Ella no puede hacer nada por evitarlo… Yo me comporto siempre con perfecta urbanidad, con cortesía exquisita… Ni una palabra de reproche, ni una súplica, ni una amenaza… Les estoy envenenando la existencia… Estoy destrozando poco a poco sus nervios.

Poirot asió a la muchacha por el brazo.

—¡Cállese…! ¡Cállese, le digo!

Jacqueline le miró.

—¡Y bien!

Su sonrisa era francamente provocativa.

—¡Señorita: le ruego encarecidamente, le suplico con toda humildad que no continúe en sus propósitos!

—¿Quiere decir que deje a Linnet tranquila?

—Algo más que eso. ¡No abra su corazón al mal!

Una expresión de asombro apareció en los ojos de la muchacha.

Poirot continuó gravemente:

—Porque si lo hace, el mal vendrá… Sí; con toda seguridad: vendrá. Entrará en su corazón, formará en él su morada y a los pocos instantes no habrá fuerza humana que lo desaloje…

—Usted no puede impedírmelo.

—No —asintió Poirot—, no puedo impedírselo.

—Aun en el caso de que intentase matarla, no podría evitarlo usted.

—No, desde luego; pero usted pagaría el precio…

Jacqueline Bellefort soltó una risita.

—No me asusta la muerte. ¿Para qué quiero vivir después de esto? Supongo que usted cree equivocado el matar a una persona que le ha herido de muerte, que le ha robado lo que más quería en este mundo.

—Sí, mademoiselle, creo que matar es un delito imperdonable.

Jacqueline rió de nuevo.

—Entonces no tiene usted más remedio que aprobar mi astuto sistema de venganza. Porque vea usted… mientras produzca su efecto, no usaré la pistola… Pero me da miedo… Hay veces que lo veo todo rojo… En esos momentos desearía con toda mi alma poder hacerla sufrir, enterrando un cuchillo en su corazón… o acercar mi diminuta pistola a su sien y entonces oprimir el gatillo lentamente, suavemente… ¡Oh!… —gritó de súbito.

La exclamación sobresaltó al detective.

—¿Qué es eso, mademoiselle?

Ella había vuelto la cabeza y escudriñaba en la oscuridad.

—Alguien está ahí. Ahora se ha marchado.

Hércules Poirot ojeó minuciosamente los alrededores. El lugar aparecía desierto.

—Aquí, yo diría que no hay nadie más que nosotros, mademoiselle.

Se levantó.

—De todas formas, ya le he dicho todo lo que tenía que decirle. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, monsieur.

Él movió la cabeza tristemente y la siguió hacia el hotel.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, Simon Doyle se acercó a Hércules Poirot cuando éste abandonaba el hotel para dirigirse a la ciudad.

—Buenos días, señor Poirot.

—Buenos días, señor Doyle.

—¿Va usted a la ciudad? ¿Me permite que vaya con usted?

—Ciertamente. Me encantará.

Los dos hombres, andando al mismo paso, atravesaron la verja y penetraron en la fresca sombra de los jardines. Entonces, Simon se quitó la pipa de la boca y habló:

—Tengo entendido que mi mujer celebró anoche una larga conferencia con usted.

—En efecto…

Simon Doyle arrugó el entrecejo. Pertenecía a esa especie de hombres de acción a quienes les resulta difícil traducir sus pensamientos en palabras y les cuesta ímprobos esfuerzos expresarse con claridad.

—Me complace una cosa —dijo—. Le ha hecho comprender que no podemos hacer nada en este asunto.

—No hay ningún medio legal para impedirlo —repuso Poirot.

—Exactamente. Linnet ha sido educada en la creencia de que cualquier dificultad puede referirse automáticamente a la policía.

Poirot inclinó la cabeza gravemente, pero no dijo nada.

—Habló usted con… Jacqueline, con la señorita Bellefort. ¿Verdad?

—Sí, hablé con ella.

—¿Consiguió hacerla entrar en razón?

—Me temo que no.

Simon estalló, iracundo:

—¿No se da ella cuenta de lo que está haciendo? ¿No ve que

ninguna mujer decente se habría comportado así…? ¿Carece de amor propio?

Poirot se encogió de hombros.

—No tiene más idea que el sentimiento de su ofensa —replicó.

—Sí, pero maldita sea, las muchachas decentes no obran así. Admito que se me culpe a mí. La traté muy mal. Comprendería que me odiase y que no quisiese volver a verme. Pero esta persecución de que nos hace objeto es… indecente. ¡Qué espectáculo continuo el suyo! ¿Qué diablos espera conseguir con todo eso?

—Vengarse, tal vez.

—Absurdo. Realmente, comprendería mejor que ella hubiese intentado algo melodramático… como disparar sobre mí o algo por el estilo.

—Usted quiere decir que eso habría sido más propio de ella. Tiene razón.

—Eso es precisamente. Ella tiene la sangre ardiente y un temperamento ingobernable. No me hubiese sorprendido nada de ella en un momento de rabia. Pero este procedimiento como de espionaje… —movió la cabeza.

—Es más sutil. ¡Es inteligente!

Doyle le miró con fijeza.

—No lo comprende, señor. Está destrozando los nervios de Linnet.

—¿Y los de usted?

Simon se le quedó mirando sorprendido.

—¿Los míos? ¡Me gustaría romperle el cuello!

—¿No queda entonces nada en usted de aquel sentimiento de antaño?

—Mi querido señor Poirot, ¿cómo podría explicárselo? Es como la luna cuando sale el sol. Queda uno deslumbrado. Cuando yo vi a Linnet, Jacqueline dejó de existir.

—*Tiens! C'est dróle ça* —murmuró Poirot.

—¿Decía usted?

—Su símil me ha interesado. Eso es todo.

Simon dijo, ruborizándose de nuevo:

—Supongo que Jacqueline le habrá dicho que yo me casé con Linnet por su dinero. Pues bien, ¡eso es una mentira abominable! No me habría casado con nadie por su dinero. Lo que Jacqueline

parece incapaz de comprender es lo insoportable que resulta para un hombre verse incesantemente rodeado de mimos, halagos, caricias empalagosas, como a mí me ocurría con ella.

—*Un qui aime et une que se laisse aimer* —murmuró Poirot.

—¿Eh…? ¿Qué dice usted? ¿Usted no comprende tampoco que aborrezca a una mujer que se interesa por un hombre más que él por ella? —su voz se hacía más ardiente a medida que hablaba—. Un hombre no quiere sentirse dominado en cuerpo y alma. ¡Esa condenada actitud de posesión! «¡Este hombre es mío, me pertenece!» ¡Eso no lo podía soportar, no hay ningún hombre que hubiese podido sufrirlo! Se habría fugado. Habría querido poseer a su mujer… no que ella le hubiese poseído a él.

Se interrumpió y, con dedos que temblaban ligeramente, encendió un cigarrillo.

—¿Y fueron esos sus sentimientos hacia la señorita Jacqueline?

—¿Eh? —Simon quedó mirando al detective y luego añadió—. Pues… sí. Así fue. Ella no se da cuenta de eso. Y yo tampoco se lo habría dicho. Pero ya me estaba cansando y entonces… encontré a Linnet… Ella me allanó el camino. Jamás había visto nada tan encantador. Fue inexplicable. Todo el mundo agasajándola y ella me eligió a mí, pobre diablo.

Su tono era pueril y expresaba un verdadero éxtasis.

—Sí, ya veo —dijo Poirot.

—¿Por qué no toma Jacqueline las cosas como un hombre? —preguntó Simon con resentimiento.

Una sonrisa leve entreabrió los labios de Poirot.

—Tal vez porque ella es una mujer.

—No, no; quiero decir que debiera haber aceptado su derrota como una verdadera deportista. Después de todo, hay que tragar las medicinas por amargas que sean. La falta es sólo mía, lo confieso. Pero así es. Si usted se da cuenta de que ya no le interesa una mujer sería idiota casarse con ella. Y ahora me estoy dando cuenta de que he escapado de una buena al ver la tenacidad y el carácter de Jacqueline.

—¿Usted conoce los proyectos de la señorita Bellefort?

—No… por lo menos… ¿Qué quiere usted decir?

—Usted no ignora que lleva siempre una pistola consigo.

Simon frunció el entrecejo; luego movió la cabeza

negativamente.

—No creo que la use… por ahora. Lo habría hecho antes. Diríase que ya ha pasado el momento psicológico. Se limita a esperar… no sé qué… pero espera…

Poirot se encogió de hombros.

—Tal vez tenga razón —dijo con un marcado acento de duda.

—No temo que Jacqueline se comporte melodramáticamente disparando sobre uno de nosotros, pero este continuo espionaje y esta persecución enloquecerán a Linnet. Le diré el plan que hemos proyectado y tal vez pueda sugerirnos algunos cambios. Para empezar, le diré que he anunciado públicamente que pensamos permanecer aquí diez días. Pero mañana el vapor *Karnak* saldrá de Shellal con destino a Wadi Halfa. Nos proponemos sacar nuestros pasajes con nombres supuestos. Mañana iremos de excursión a Philas. La doncella de Linnet llevará el equipaje. Tomaremos el *Karnak* en Shellal. Cuando Jacqueline se dé cuenta de que no volvemos, será ya demasiado tarde…

—Está bien ideado. Pero supongamos que ella espera aquí hasta que ustedes regresen.

—Tal vez no volvamos. Iremos a Kartum y luego, por vía aérea, a Kenya. Ella no podrá seguirnos por todo el Globo.

—Desde luego, ha de llegar un momento en que lo impidan razones financieras. Ella tiene poco dinero, según tengo entendido.

Simon le miró con admiración.

—¡Es usted endiabladamente inteligente, señor Poirot! Yo no había pensado en eso. En efecto, Jacqueline es pobre.

—Así, pues, no tardará en quedarse exhausta, sin recursos.

—Sí…

Simon parpadeó intranquilo. Aquel pensamiento parecía alarmarle. Poirot le vigilaba.

—No —observó—; no es una idea muy risueña.

Simon barbotó colérico:

—Pero yo no puedo evitarlo —añadió—: ¿Qué le parece mi plan?

—Creo que puede dar resultado. Pero es, indudablemente, una retirada.

Simon enrojeció:

—¿Quiere decir que… huimos? Sí, es verdad. Pero Linnet…

Poirot le miró fijamente. Hizo un gesto de asentimiento.

—Es posible que, como usted dice, sea lo mejor. Pero no olvide que mademoiselle Bellefort no es tonta.

Simon dijo sombríamente:

—Algún día nos plantaremos y le haremos frente. Su actitud no tiene nada de razonable.

—¡Razonable, *mon Dieu*! —exclamó Poirot.

—No hay ninguna razón para que las mujeres no se conduzcan como verdaderos seres racionales —dijo Simon, con aire estólido.

Poirot repuso secamente:

—Con frecuencia es así. Es algo extraordinario. Yo también viajaré en el *Karnak*. Forma parte de mi itinerario.

—¡Oh! —Simon dudó, pero tras un momento de reflexión dijo escogiendo las palabras con cierto embarazo—: ¡Esa decisión no… se deberá… a nuestra causa! Quiero decir… quiero decir… que no quisiera…

Poirot lo desengañó en pocas palabras.

—No, nada de eso. Lo tenía proyectado desde que abandoné Londres. Siempre acostumbro forjar mis planes por anticipado.

—¿No se traslada entonces de un lugar a otro según se le va ocurriendo? ¿No serían así más agradables los viajes?

—Tal vez. Pero para tener éxito en esta vida, hay que cuidar minuciosamente todos los detalles antes de emprender algo.

—Así obran los asesinos más hábiles, supongo —dijo Simon riendo.

—Sí, aunque he de confesar que el crimen más brillante que yo recuerdo y uno de los más difíciles de resolver fue cometido a impulsos del momento psicológico.

Simon rogó, con ingenuidad de chiquillo:

—Espero que nos contará algunos de sus casos a bordo del *Karnak*

—No, eso sería tentar al diablo.

—Pero vale la pena. La señora Allerton dice que sus aventuras son maravillosas. Está deseando asir la ocasión para interrogarle.

—¿La señora Allerton? ¿Es esa señora de cabellos grises, tan atractiva, que tiene un hijo tan cariñoso para ella?

—Sí, ella también vendrá en el *Karnak*

—¿Sabe ella que usted…?

—Claro que no. Nadie lo sabe. He decidido en un principio no confiar en nadie.

—Ése es un sentimiento admirable. Yo lo he adoptado siempre. Y respecto al tercer miembro de su banda, ese señor del cabello gris…

—¿Pennington?

—Sí. ¿Viajará con ustedes?

Simon dijo ceñudo:

—No es muy usual en una luna de miel…, ¿no es eso lo que usted piensa? Pennington es el apoderado americano de Linnet. Nos encontramos con él en El Cairo por casualidad.

—*Ah vraiment!* ¿Me permite una pregunta? ¿Es mayor de edad madame *votre femme?*

—Aún no tiene los veintiuno, pero no tuvo que pedir el consentimiento a nadie para casarse conmigo. Fue la gran sorpresa para Pennington. Partió de Nueva York en el *Germanic* dos días antes de que llegase allí la carta en la que Linnet le notificaba nuestro enlace. Por consiguiente, no sabía una palabra de ello.

—El *Germanic*… —murmuró Poirot.

—Fue la mayor sorpresa de su vida, cuando nos tropezamos con él en El Cairo.

—¡Debió de ser una auténtica coincidencia!

—Sí, y nos enteramos de que él también venía a dar una vuelta por el Nilo… Así, pues, vamos todos juntos. ¿Qué remedio nos quedaba? Además… ha sido un consuelo en ciertos momentos —pareció algo confundido de nuevo—. Vea usted. Linnet estaba siempre intranquila, pensando en que Jacqueline se presentaría cuando menos lo esperásemos. Mientras estábamos solos, esto constituía nuestro único tema de conversación. Andrés Pennington nos es de gran ayuda en este aspecto, porque con él tenemos que hablar de otras cosas.

—¿Su señora no se ha confiado a monsieur Pennington?

—No —la mandíbula de Simon se irguió agresiva—. Esto no le importa a nadie… Además, cuando emprendimos el viaje al Nilo, creíamos que ya habría acabado todo.

Poirot movió la cabeza.

—Todavía no ha terminado. No, el fin no ha llegado aún. Estoy seguro.

—He de decirle, señor Poirot, que no es usted de los que dan ánimos.

Poirot lo midió con la mirada, con un leve sentimiento de irritación. Pensó en su interior: «Los anglosajones no toman en serio más que los juegos. No tienen remedio.»

Linnet Doyle… o Jacqueline de Bellefort… cualquiera de las dos daban al asunto la importancia que tenía. Pero en la actitud de Simon no se veía más que la impaciencia y la cólera del macho.

Dijo tras una pausa:

—Permítame una pregunta impertinente. ¿Partió de usted la idea de venir a Egipto a pasar la luna de miel?

Simon enrojeció.

—No, naturalmente que no. Puede usted dar por descontado que yo habría elegido cualquier otro sitio. Pero Linnet se empeñó. Y, claro… yo… —se interrumpió, confundido.

—Sí, sí, lo comprendo —dijo Poirot gravemente.

Se daba cuenta de que si Linnet se decidía a hacer algo no había quien se lo impidiera.

Se dijo a sí mismo: «Ya he oído el caso relatado por tres partes interesadas. Linnet Doyle… Jacqueline de Bellefort… y Simon Doyle. ¿Cuál dice la verdad?»

CAPÍTULO VII

Simon Doyle y Linnet Ridgeway salieron para su expedición a Philas alrededor de las once de la mañana siguiente. Jacqueline de Bellefort, sentada en el balcón del hotel, les observaba cuando partieron en el pintoresco barco de vela. Lo que ella no vio fue un automóvil cargado con el equipaje y en el cual iba una doncella de lánguida mirada, que atravesó la puerta delantera del hotel y volvió a la derecha en dirección a Shellal.

Hércules Poirot decidió pasar las dos horas que faltaban para el almuerzo en la isla Elefantina, situada frente al hotel.

Descendió hasta el embarcadero. Había dos hombres que subían en aquel momento a uno de los botes del hotel, y Poirot se unió a ellos. Los hombres eran indudablemente desconocidos entre sí. El más joven, de elevada estatura y cabello oscuro, rostro delgado y mandíbula prominente. Llevaba unos pantalones de franela gris, extremadamente sucios, y un jersey de polo, de alto cuello, singularmente inadecuado para aquel clima. El otro era un individuo de mediana edad, ligeramente grueso, que no perdió el tiempo para iniciar una conversación con Poirot en un inglés idiomático, pero un tanto chapurreado. Lejos de tomar parte en la conversación, el más joven de los dos hombres lanzó un gruñido y volviéndoles la espalda se dispuso a admirar la agilidad con que el botero nubio conducía el timón con los pies mientras empleaba las manos en manipular las velas.

El agua estaba como una balsa de aceite. La superficie lisa brillante de las rocas negras reflejaba los rayos del sol y una suave brisa acariciaba sus rostros. Alcanzaron Elefantina en pocos segundos, y en cuanto pusieron los pies sobre la playa, Poirot y su locuaz amigo se dirigieron derechamente al Museo. El último sacó una tarjeta de visita del bolsillo y la alargó a Poirot, inclinándose

levemente. Llevaba la inscripción:

GUIDO RICHETTI
Archeologo

Para no ser menos, Poirot devolvió la reverencia y le entregó su tarjeta. Cumplidas estas formalidades, los dos nombres entraron juntos al Museo, el italiano prorrumpiendo en un torrente de informaciones eruditas. Hablaban ahora en francés.

El joven de los pantalones de franela atravesó distraídamente el Museo, bostezando de vez en cuando y, finalmente, se fue a gozar del aire libre.

Poirot y el signor Richetti le siguieron poco después. El italiano examinaba las ruinas sin dejar de hablar, pero Poirot, observando una sombrilla listada de verde, que reconoció sobre las rocas junto al río, escapó en aquella dirección.

La señora Allerton estaba sentada sobre una gran roca con un cuaderno de notas a un lado y un libro sobre el regazo.

Poirot alzó su sombrero cortésmente y al mismo tiempo la señora Allerton inició la conversación.

—Buenos días —dijo—. Veo que es imposible deshacerse de estos repugnantes niños.

Un grupo de figuras negras la rodeaban, sonriendo todos a la vez, haciéndole muecas y extendiendo las manos implorantes al tiempo que gritaban esperanzados su *Bakshish* a intervalos casi regulares.

Poirot intentó, galante, dispersar el grupo, pero no lo consiguió. Se desparramaron para volver inmediatamente.

—Si yo pudiera estar tranquila en Egipto, me agradaría mucho más —declaró la señora Allerton—. Pero aquí no se puede estar sola… siempre hay alguien molestándome, ofreciéndome burros, collares o expediciones a los pueblos nativos, o a cazar patos o pidiéndome dinero sin rodeos.

—Es su mayor desventaja, es verdad —asintió Poirot.

Extendió el pañuelo y se sentó sobre él sin precaución.

—¿No está su hijo con usted esta mañana? —prosiguió el detective.

—No. Tim tenía que escribir algunas cartas antes de marcharse.

Vamos a llegar hasta la segunda catarata, ¿sabe usted? Será maravilloso el verla.

—Yo también voy.

—Y yo me alegro mucho. Le confieso que estoy encantada de haberle conocido. Cuando estábamos en Mallorca había allí una señora llamada Leech y nos contaba las historias más maravillosas. Perdió un anillo cuando se bañaba, y se lamentaba de que no estuviese usted allí. Tenía la seguridad de que usted lo habría recuperado.

—¡Ah! ¡*Parbleu*, yo jamás he sido buzo!

Ambos rieron cordialmente.

La señora Allerton continuó:

—Le vi a usted desde mi ventana paseando a lo largo de la carretera con Simon Doyle esta mañana. ¿Qué le parece a usted ese joven? Todos estamos excitadísimos por causa suya.

—¡Ah! ¿De veras?

—Si. Ya sabe usted que su enlace con Linnet fue la mayor de las sorpresas. Se suponía que ella iba a contraer matrimonio con lord Windleshaw y de pronto nos enteramos de su unión con ese hombre a quien nadie conocía.

—¿La conoce usted bien, madame?

—No, pero tengo una prima, Juana de Southwood, que es una de sus mejores amigas.

—¡Ah, sí! He leído su nombre en la prensa —quedó silencioso un momento, al cabo del cual prosiguió—: Es una señorita de la buena sociedad que aparece con frecuencia en las informaciones gráficas de la prensa.

—¡Oh, sí! Es muy hábil para hacerse su publicidad.

—¿A usted no le es simpática, madame?

—Ha sido una observación inconveniente por mi parte —la señora Allerton parecía arrepentida—. Mire: yo estoy chapada a la antigua. No me es muy simpática, desde luego. Ella y mi hijo son buenos amigos, sin embargo.

—Ya veo —dijo Poirot.

Su interlocutora le dirigió una mirada rápida. Luego cambió de tópico.

—¡Qué reducido es el número de los jóvenes aquí! Esa preciosa muchacha de cabellos castaños y la atractiva madre del turbante es

la única joven del lugar. Usted ha hablado con ella un buen rato, según he observado. Me interesa bastante esa chica.

—¿Y por qué, madame?

—Porque la compadezco. Creo que sufre… Se experimentan sensaciones extrañas cuando se es joven y sensitiva como esa muchacha.

—Sí. Esa pobre pequeña no es feliz.

—Tim y yo lo llamamos «la joven huraña». He intentado hablar con ella una o dos veces, pero siempre me ha eludido. Sin embargo, creo que va a hacer también la excursión al Nilo y espero que entremos en conversación como compañeros de viaje.

—Sí, es una contingencia posible.

—Yo soy muy comunicativa. La gente me interesa una enormidad. Todos los tipos humanos —hizo una pausa y añadió—: Tim me dijo que esa muchacha morena… la señorita de Bellefort… estaba prometida a Simon Doyle. Debe haber sido embarazoso para ellos este encuentro.

—En efecto, ha sido bastante desagradable.

La señora Allerton le lanzó una mirada chispeante.

—¿Sabe usted…? Podrá parecer una tontería, pero esa muchacha me asusta. Parece… *tan intensa; tan ardiente*.

Poirot movió la cabeza asintiendo.

—No está usted equivocada, madame. Una gran fuerza emotiva es siempre aterradora.

—¿Le interesa también a usted la gente, señor Poirot? ¿O reserva su interés para los criminales en potencia?

—Madame, esa categoría no excluye a gran número de personas.

La señora Allerton parecía sorprendida.

—¿Cree usted eso realmente?

—Sí, cualquiera puede convertirse en un criminal en un momento dado.

—¿Y es eso lo que los diferencia de los criminales natos?

—Naturalmente.

La señora Allerton dudó, antes de preguntar, con una sonrisa en los labios:

—¿También me incluye a mí en esa clasificación?

—Las madres, madame, lo olvidan todo cuando ven a sus hijos en peligro.

Ella dijo gravemente:

—Eso es verdad… Creo que tiene usted razón.

Quedó silenciosa durante un par de minutos. Luego dijo sonriente:

—Estoy intentando imaginar motivos para un crimen imputable a cualquiera de los que se hospedan en este hotel. Es distraidísimo. Simon Doyle, por ejemplo.

—Un crimen simple… Iría directo a su objetivo. No hay sutileza alguna en esto.

—Y por consiguiente sería muy fácil de descubrir toda la trama.

—Sí; no sería ingenioso.

—¿Y la peligrosa muchacha, Jacqueline de Bellefort, podría cometer un asesinato?

—Sí, desde luego, podría.

—Pero usted no está seguro de que lo hiciese.

—No. Esa muchacha me da mucho que pensar.

—No creo que el señor Pennington pudiera cometer uno. ¿Y usted? Parece tan atildado, tan dispéptico… No debe de tener la sangre roja.

—Pero, posiblemente tiene muy desarrollado el instinto de *conservación*.

—Sí. Así lo supongo yo también. ¿Y la pobre señora Otterbourne con su turbante?

—Siempre ha existido la vanidad.

—¿Como motivo de un asesinato? —preguntó la señora Allerton con duda.

—Las causas de los asesinatos son casi siempre triviales, madame.

—¿Cuáles son las más usuales?

—Muy frecuentemente… el dinero. Es decir, el beneficio en sus varias ramificaciones. Luego están la venganza y… el amor… el odio y otras muchas.

—¡Señor Poirot!

—¡Oh, sí! Yo he conocido, madame, casos en que… llamémosle A, ha sido asesinado por B para beneficiar a C. Los asesinatos políticos siguen esa trayectoria. Cuando alguno es considerado dañino para la civilización, lo quitan limpiamente de en medio. Olvidan que la vida y la muerte son atributos de Dios.

Hablaba gravemente.

La señora Allerton dijo en voz baja:

—Me complace oírle eso. De todas formas, Dios escoge sus instrumentos.

—Hay peligro en pensar así, madame.

Ella adoptó un aire más ligero.

—Después de esta conversación, señor Poirot, extraño es que estemos vivos todavía.

Se levantó.

—Tenemos que regresar. Saldremos para la excursión inmediatamente después del almuerzo.

Cuando llegaron al embarcadero, se encontraron al joven del jersey ocupando ya su sitio en el bote. El italiano también estaba esperando. Cuando el botero nubio soltó la vela y el barco se puso en movimiento, Poirot se dirigió cortésmente al extranjero:

—¡Hay cosas maravillosas en Egipto…! ¿No lo cree usted así?

—A mí me dan náuseas.

La señora Allerton se colocó los lentes sobre las narices y lo miró con interés. Poirot dijo:

—¿De veras…? ¿Y por qué?

—Empecemos por las pirámides. Bloques gigantescos de albañilería inútil. Construidos únicamente para demostrar el egoísmo de un rey déspota y megalomaníaco. Piensen en las manos sudorosas que obligaron a trabajar en ellas y que murieron en su tarea. Me siento enfermo cuando pienso en los sufrimientos y torturas que ellas representan.

La señora Allerton dijo animosamente:

—Entonces a usted no le satisface la contemplación de las Pirámides, ni del Partenón, ni las tumbas maravillosas, ni los templos… Sólo le deleitará el saber que la gente puede hacer sus tres comidas diarias y que muere tranquilamente en sus lechos.

El joven lanzó un gruñido en dirección a la señora Allerton.

—Creo que los seres humanos son más importantes que las piedras.

—Pero no duran tanto —observó Hércules Poirot.

—Prefiero ver un trabajador bien alimentado que lo que llaman ustedes obras de arte. Lo que importa es lo futuro, no lo pasado.

Esto fue demasiado para el signor Richetti, que rompió en un

torrente de palabras apasionadas, no muy fácil de seguir.

El joven respondió, diciendo lo que pensaba del sistema capitalista. Habló con virulencia superlativa. Cuando terminó su filípica habían llegado al embarcadero del hotel.

En el vestíbulo del hotel, Poirot encontró a Jacqueline de Bellefort. Iba vestida de amazona. Le hizo una reverencia irónica.

—Voy a montar un burro ¿Me recomienda usted las chozas de los nativos, monsieur?

—¿Es ésa su excursión de hoy, mademoiselle? *Eh bien!* Son pintorescas, pero no invierta todo su dinero en objetos indígenas.

—¡Que son importados de Europa! No, no soy tan tonta para que me engañen.

Con un movimiento de cabeza, la joven salió a la cegadora luz del sol.

Poirot completó su equipaje, cosa muy simple, puesto que todo lo de su pertenencia estaba siempre en el orden más meticuloso. Luego se trasladó al comedor y se enfrentó con el almuerzo. Después del refrigerio los pasajeros tomaron el autobús del hotel, que los llevó a la estación donde habían de alcanzar el expreso diario de El Cairo a Shellal, un trayecto de diez minutos a través del bello país.

Los dos Allerton, Poirot y el joven de los sucios pantalones de franela y el italiano, iban con los pasajeros. La señora Otterbourne y su hija habían salido en la expedición al dique de Philas y se reunirían con ellos en Shellal.

El tren de El Cairo y Luxor llevaba cerca de veinte minutos de retraso. Sin embargo, llegó al fin y siguieron las escenas de precipitada actividad. Porteadores nativos de equipajes que sacaban paquetes del tren, tropezaban a cada momento con otros porteadores que entraban en los coches.

Finalmente, ya casi sin aliento, Poirot se encontró con los equipajes de los Allerton, los suyos y otros que le eran totalmente desconocidos. Tim y su madre se hallaban en algún sitio con el resto de los objetos de su pertenencia.

El coche en que se encontraba Poirot estaba ya ocupado por una señora entrada en años, de cara arrugada, que llevaba un bastón con puño blanco, gran cantidad de diamantes y una expresión de desprecio olímpico para la mayoría del género humano.

Dirigió una mirada aristocrática a Poirot, e inmediatamente después escondió los ojos tras las páginas de una revista americana. Una joven de gran estatura y facciones toscas, de unos treinta años de edad, se sentaba frente a ella. Tenía ojos anhelantes como los de un perro, cabellos descuidados y un aire de querer agradar a todo trance. A intervalos, la señora anciana miraba por encima del periódico y le daba una orden severa.

—Cornelia, recoge las cosas. Cuando lleguemos cuida de la caja en que van mis vestidos. No dejes por ningún motivo que nadie la coja. No olvides mi cortapapeles.

El trayecto en el tren fue brevísimo. A los diez minutos se detuvo frente al muelle en que esperaba el *Karnak*. Las Otterbourne ya estaban a bordo.

El *Karnak* era un barco de vapor más pesado que el Papyrus y el Lotus, los cuales llegan hasta la primera catarata, pero que son demasiado grandes para pasar las barras de la ensenada de Assuán. Los pasajeros subieron a bordo, siendo conducidos a sus camarotes Al no estar el barco lleno completamente, a la mayoría de los expedicionarios les dieron cabinas en cubierta. La parte delantera de esta cubierta estaba ocupada en su totalidad por una especie de salón observatorio completamente cubierto de cristales, desde el cual los pasajeros podían observar el panorama que se extendía ante ellos. En la cubierta inferior había un salón de fumar y en la que había debajo de ésta estaba situado el comedor.

Después de ver los objetos de su posesión dispuestos en su cabina, Poirot volvió a cubierta para observar la salida. Se reunió a Rosalía Otterbourne, que miraba a su lado.

—Ahora vamos a Nubia. ¿Está usted contenta, mademoiselle?

La muchacha exhaló un suspiro profundo.

—Sí. Tengo la sensación de que al fin me alejo de ciertas cosas.

—Excepto de las nuestras, mademoiselle.

Ella se encogió de hombros.

—Hay algo en este país que me hace sentirme… salvaje. Algo que trae a la superficie cosas que hierven en nuestro interior. Todo es tan desproporcionado, tan injusto.

—Usted no debiera juzgar por las apariencias.

Rosalía murmuró:

—Mire… las madres de algunas personas y mire la mía. No hay

Dios, sino Sexo, y Salomé Otterbourne es su profeta —se interrumpió—. No debería decir estas cosas, ¿verdad?

Poirot hizo un gesto con la mano.

—¿A mí? ¿Por qué no? Soy de esos que pueden oírlo todo.

Rosalía dijo:

—¡Qué hombre tan extraordinario es usted! —la boca huraña se rizó en una sonrisa. Pero de pronto recobró su gesto habitual y dijo —: ¡Caramba, aquí está la señora Doyle con su marido! No tenía la menor idea de que viniesen en este barco.

Linnet acababa de emerger de un camarote situado casi en el centro de la cubierta. Simon venía detrás. Poirot estaba casi estupefacto ante su aparición tan radiante, tan confiada.

Simon Doyle también había experimentado un gran cambio. Sonreía abriendo la boca de oreja a oreja y parecía un colegial en vacaciones.

—Esto es magnífico —dijo inclinándose sobre la barandilla—. Empieza a agradarme este viaje; ¿y a ti, Linnet? Cuanto más nos acercamos al corazón de Egipto, menos turista me siento.

Su esposa respondió rápidamente:

—Ya sé. Esto es mucho más salvaje…

Deslizó su mano entre las de su marido. Él las apretó cariñosamente.

—Ya hemos salido, Lin… —murmuró.

El barco abandonaba lentamente el muelle. Iniciaban su viaje de siete días a la segunda catarata y regreso.

Tras ellos sonó una cristalina carcajada. Linnet se volvió. Jacqueline de Bellefort estaba allí también. Parecía divertida.

—¡Hola, Linnet! No pensaba encontrarte aquí. Creí haberte oído decir que permanecerías en Assuán otros diez días. ¡Es una verdadera sorpresa!

—Tú, tú, no… —la lengua de Linnet se trababa. Se esforzó en aparecer en sus labios la mueca de una sonrisa—. Yo tampoco esperaba encontrarte aquí.

—¿No?

Jacqueline se dirigió al otro lado del buque. La presión de la mano de Linnet sobre la de su marido se acentuó.

—Simon… Simon.

Toda la expresión de complacencia y buen humor habían

desaparecido de Doyle. Sus manos se crisparon a pesar de sus esfuerzos por conservar a toda costa la serenidad.

Ambos dieron unos pasos hacia sus camarotes. Sin volver la cabeza, Poirot oyó varias palabras sueltas.

—…imposible volver… lo único… podíamos —y luego la voz de tono más alto de Doyle que decía con obstinación—: No es posible continuar así toda la vida, Linnet. *Tenemos que decidirnos a hacerle frente ahora.*

Algunas horas más tarde empezaba a oscurecer. Poirot estaba en el salón de las vidrieras mirando a proa. El *Karnak* atravesaba una estrecha garganta. Las rocas parecían abalanzarse ferozmente hacia el barco, flotando ingrávidas en el río. Estaban en Nubia.

Oyó un movimiento de roce y al volverse vio a Linnet a su lado. Los dedos de la joven se enlazaban nerviosamente. Jamás la había visto tan agitada. Tenía el aspecto de un niño asustado. Dijo:

—Monsieur Poirot. Tengo miedo… miedo de todo. Nunca me he sentido así. Estas rocas solitarias… este lugar desértico y salvaje… ¿Dónde vamos? ¿Qué va a suceder? Tengo miedo, le digo. Todos me odian. Nunca me había dado cuenta de esto hasta ahora. Siempre he sido buena para la gente… He hecho todo lo que he podido por ellos, y… ahora me odian… todos me odian… Exceptuando a Simon, estoy rodeada de enemigos… Es horrible pensar que todo el mundo me aborrezca…

—Pero, ¿por qué cree usted eso, madame?

Ella movió la cabeza.

—Tal vez sean los nervios. Sufro la sensación de que se cierne un peligro sobre mi cabeza.

Lanzó una mirada a su alrededor. Luego dijo bruscamente:

—¿Cómo terminará todo esto? Nos han cercado, estamos atrapados. No hay salida posible. Tenemos que continuar hasta el fin… No sé ni dónde estoy.

Se desplomó sobre una silla. Poirot la miró gravemente. En sus ojos se leía la mayor compasión.

Linnet continuó:

—¿Cómo se enteró de que veníamos en este barco? ¿Cómo ha podido saberlo?

Poirot movió la cabeza al responder:

—Ella es inteligente, ya lo sabe usted.

—Veo que no nos podremos librar de ella jamás.

Poirot dijo:

—Hay un plan que podían haber aceptado ustedes. Me sorprende que no se les haya ocurrido. Después de todo, madame, el dinero no constituye ningún obstáculo para usted. ¿Por qué no alquilan un *dahabayah* particular?

Linnet movió la cabeza con desesperanza:

—¡Si yo hubiese sabido todo esto…! Pero no lo hicimos. Era difícil… Usted no comprendería la mitad de mis dificultades. He de usar un tacto sumo con Simon —su mirada relampagueaba de impaciencia—. Él es absurdamente sensitivo sobre el dinero… Le molesta que yo tenga tanto… Quería que pasáramos la luna de miel en algún pueblecito de España y pagar él todos los gastos… ¡Como si el dinero importase algo! Los hombres son estúpidos. Hay que acostumbrarlos a vivir cómodamente. La mera idea de un *dahabayah*… le habría encolerizado… Era un dispendio innecesario. Tengo que ir educándole gradualmente.

Alzó la mirada mordiéndose los labios como si se hubiese arrepentido de confiar sus secretos a un extraño.

Se levantó.

—Tengo que cambiarme de traje. Lo siento, monsieur. Me parece que he estado diciendo una sarta de tonterías.

CAPÍTULO VIII

La señora Allerton, sobriamente distinguida en su traje de noche desprovisto de adornos, descendió la escalera de las dos cubiertas para dirigirse al comedor. A la puerta del salón fue alcanzada por su hijo.

—Lo siento, mamita. Creía que llegaba tarde.

—Quisiera saber dónde nos vamos a sentar.

En el comedor había gran cantidad de mesitas. La señora Allerton permaneció en pie hasta que el camarero que estaba atareado aposentando a los expedicionarios pudo atenderla.

—A propósito, invité al señor Poirot a que se sentase a nuestra mesa.

—¿Por qué? —en la voz de Tim se retrataba un profundo disgusto.

—Querido. ¿Te molesta? —preguntó su madre, sorprendida.

—Sí. Es un entrometido y un antipático.

—Oh, no. No pienso como tú.

—De todas formas no me agrada mezclarme con extraños. Encajonados en este cascarón de nuez, este acto de confianza nos proporcionará una infinidad de molestias insoportables. Estará junto a nosotros día y noche.

—Lo siento, querido —dijo la señora Allerton apesadumbrada—. Yo creí que eso te distraería. Ha vivido mucho y sé que te gustan las aventuras detectivescas.

Tim gruñó:

—Quisiera que no te asaltaran más ideas brillantes como ésta. Supongo que ya no podemos evitarlo.

—Realmente, Tim, no sé cómo podríamos…

—Bien. ¡Qué le vamos a hacer! Nos resignaremos.

El camarero llegó en este momento y los condujo a una mesa. En

el rostro de la señora Allerton se veía una expresión de sorpresa al seguirle. Tim acostumbraba a ser paciente y muy tranquilo. Este exabrupto era impropio de él. No existía en él el disgusto tan común de los británicos por los extranjeros y por los forasteros y la confianza invencible que les dominaba ante su presencia.

Cuando ocuparon sus sitios, Hércules Poirot entró rápida y silenciosamente en el salón. Llegó hasta ellos y se detuvo apoyando la mano en el respaldo de la silla que tenía preparada.

—¿Me permite, madame, que me aproveche de su amable invitación?

—¡Naturalmente! ¡Siéntese, señor Poirot!

—Es usted encantadoramente amable, madame.

Inconscientemente observó ella que Poirot lanzó una rápida mirada a su hijo antes de sentarse y que éste no consiguió disfrazar su disgusto. La señora Allerton se dispuso a crear una atmósfera agradable. Cuando hubieron terminado la sopa, recogió la lista de pasajeros que habían colocado al lado del plato.

—Intentemos identificar a los que nos acompañan —dijo animadamente—. Siempre me ha divertido esto.

Empezó a leer.

—La señora Allerton, el señor T. Allerton. ¡Esto es bien fácil! La señorita de Bellefort. La han colocado en la misma mesa que los Otterbourne. ¿Qué hablarán ella y Rosalía? ¿Quién viene después? El doctor Bessner. ¿Quién es capaz de identificar al doctor Bessner?

Su mirada se detuvo sobre una mesa a la que se sentaban cuatro hombres.

—Debe ser aquel grueso de cabeza afeitada y bigote. Supongo que es alemán. ¡Miren con que delectación se toma la sopa!

Aromas delicados de platos suculentos flotaban en el ambiente.

La señora Allerton dijo en voz baja:

—La señorita Bowers. ¿Podríamos adivinar quién es la señorita Bowers? Hay tres o cuatro mujeres. No, dejémoslo por el momento. El señor y la señora Doyle. Sí, los personajes más conspicuos de la expedición. Ella es realmente encantadora y lleva un traje de noche perfecto.

Tim giró en su asiento. Linnet, su esposo y Andrés Pennington ocupaban una mesa del rincón. Linnet llevaba un traje blanco ornado de perlas.

—No puedo comprender por qué las mujeres pagan precios tan exorbitados por sus vestidos. Me parece absurdo.

Su madre, sin responder, procedió al estudio de sus compañeros de viaje.

—El señor Ferguson —leyó la señora Allerton—. Creo adivinar que este señor Ferguson es nuestro amigo anticapitalista… La señora Otterbourne, la señorita Otterbourne… Ya las conocemos. El señor Pennington, alias «el tío Andrés». Es un hombre bien parecido, me parece…

—¡Caramba, mamá!

—Creo que es bien parecido en un sentido desinteresado —dijo la señora Allerton—. Tiene la mandíbula cruel. Probablemente es de la clase de hombres que leemos en los periódicos que trabajan en Wall Street. Debe de ser enormemente rico. Ahora viene el señor Poirot, cuya inteligencia estamos malgastando inútilmente. ¿No podrías proporcionar un crimen a monsieur Poirot, Tim?

Esta pequeña broma no produjo más efecto que irritar todavía más a su hijo. Éste lanzó un gruñido y su madre se apresuró a leer:

—El señor Richetti. Nuestro amigo el arqueólogo italiano. Después tenemos a la señorita Robson, y finalmente a la señorita Van Schuyler. La última bien fácil de determinar. Esa americana vieja y fea que se cree la reina del barco y por lo visto se propone no dirigir la palabra más que a los que considere dignos de merecer su atención. ¿Es maravillosa, verdad? Es una especie de reliquia viviente de los tiempos pretéritos. Las dos mujeres que la acompañan deben ser la señorita Bowers y la señorita Robson. La primera una especie de secretaria… aquella delgada con los lentes… Y la otra es indudablemente una pariente pobre. La joven patética… que está disfrutando de las delicias de un viaje trasatlántico a expensas de ser tratada como una esclava negra. Creo que la Robson es la secretaria y la Bowers la pariente pobre.

—Te equivocas, mamá —dijo Tim, sonriendo. Había recobrado bien repentinamente su buen humor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estuve en el corredor antes de comer y oí a la momia americana que decía a su compañera: «¿Dónde estará la señorita Bowers? Tráemela en seguida, Cornelia.» Y Cornelia salió trotando como un perrito obediente.

—Tengo que hablar con la señorita Van Schuyler —murmuró la señora Allerton.

—Te gruñirá —sonrió Tim.

Los acontecimientos posteriores a la comida carecieron de atractivo para los estudiantes de la naturaleza humana.

El joven sociólogo —que como había adivinado la señora era Ferguson— se retiró al salón de fumar, despreciando la compañía de los pasajeros que se habían trasladado al observatorio de la cubierta superior. La señora Van Schuyler se aseguró el mejor puesto de la sala, sin otro medio que dirigirse firmemente a la mesa en que estaba sentada la señora Otterbourne y decir:

—Tengo la seguridad de que me perdonará, pero me dejé aquí mis labores de ganchillo.

Sometida a la voluntad de aquella mirada hipnótica, el turbante se levantó y dejó el espacio libre. La señorita Van Schuyler tomó inmediatamente posesión de él acompañada de su escolta. La señora Otterbourne se sentó muy cerca de ellas e intentó hacer varias observaciones que fueron acogidas con tan helada cortesía que no tuvo más remedio que desistir. La señorita Van Schuyler se encontró, pues, en su aislamiento de gloria. Los Doyle se sentaron junto a los Allerton. El doctor Bessner retuvo como compañero al silencioso Fanthorp. Y Jacqueline de Bellefort, sola, con un libro. Rosalía Otterbourne estaba inquieta. La señora Allerton le habló un par de veces invitándola a unirse a su grupo, pero la joven respondió desapaciblemente.

Monsieur Hércules Poirot empleó la velada en oír un relato de la misión educativa de la señora Otterbourne.

Cuando se dirigía, ya tarde, a su camarote, se encontró con Jacqueline de Bellefort. Estaba inclinada sobre la barandilla, y cuando volvió la cabeza, el detective observó, sorprendido, las huellas de terrible desesperación que se pintaban en su rostro. Ya no había altanería en su mirada, ni maliciosa provocación, y había perdido el brillo del triunfo.

—Buenas noches, mademoiselle.

—Buenas noches, monsieur Poirot —se detuvo un momento y luego dijo—: ¿Le sorprende encontrarme aquí?

—Mi tristeza es muy superior a mi sorpresa. Ha escogido, mademoiselle, la senda peligrosa. Así como nos hemos embarcado

en este bote, usted se ha embarcado para una travesía particularísima… una travesía sobre un río de corriente rapidísima, entre rocas peligrosas y enfilando otras aguas de desastre fatal.

—¿Por qué dice usted todo eso?

—Porque es verdad. Ha cortado usted los lazos que la unían con la salvación. Ahora dudo que pudiera retroceder aunque lo intentase.

Ella respondió muy lentamente:

—Es verdad.

Luego echó atrás la cabeza.

—Bueno… ¿Y qué? ¡Debemos seguir a nuestra estrella sin preguntarnos adonde nos lleva!

—¡Cuidado, mademoiselle, puede ser una fatal!

Ella rió imitando los gritos de los niños conductores de asnos.

—¡Aquella estrella mala, señor! Aquella estrella cae…

Poco después, en su camarote, el detective se disponía a dormirse cuando un sonido le despertó.

Era la misma voz que Doyle la que oía, que repetía las palabras que había pronunciado aquella misma mañana.

—Tenemos que enfrentarnos ahora…

—«Sí —pensó Poirot—. Tenemos que enfrentarnos ahora…»

Se sentía infinitamente desgraciado.

CAPÍTULO IX

El vapor llegó al día siguiente, de madrugada, a Es-Sebua. Cornelia Robson, con el rostro radiante y un sombrero de anchas alas en la cabeza, fue la primera en saltar a la playa. Cornelia no era simpática a la gente gruñona. Poseía una disposición amable y ansiaba agradar a todas las personas que encontraba a su paso. La visión de Hércules Poirot, vestido de punta en blanco, con un traje de seda cruda, camisa rosada, corbata negra y albo sombrero, no le hizo lanzar un respingo como le habría ocurrido a la señorita Van Schuyler.

Mientras paseaban juntos por una avenida de esfinges, ella respondía complacida a las preguntas convencionales que le dirigía su acompañante.

—¿No vienen sus compañeras a la playa para visitar el templo?

—No. Verá usted. Mi prima María…, es decir, la señorita Van Schuyler…, no acostumbra a madrugar. Tiene que cuidar mucho su salud… Y, como es natural, necesita que la señorita Bowers la acompañe, pues ella es su enfermera. Me dijo que éste no era uno de los mejores templos, pero fue lo suficientemente bondadosa para permitirme venir.

—Ha sido muy benévola con usted —dijo Poirot secamente.

La ingenua Cornelia asintió sin sospechar la intención.

—¡Oh, sí! Ella es muy buena. Ha sido maravilloso que me traiga en este viaje.

—Y a usted le gusta mucho, ¿eh?

—Es encantador, señor. He visto Italia: Venecia, Padua y Pisa. Luego El Cairo. Desgraciadamente la prima María no se encontraba muy bien allí, y no pude salir mucho… y ahora esta excursión maravillosa de Wadi Halfa y regreso.

Poirot dijo sonriendo:

—Usted es feliz por naturaleza, mademoiselle.

Desvió la vista de la joven y miró pensativamente a Rosalía que, silenciosa y ceñuda, paseaba delante de ellos.

—Es muy guapa, ¿verdad? —dijo Cornelia, que observó su gesto —. Sólo que parece siempre disgustada. Eso es muy inglés, naturalmente. Ella no es tan hermosa como la señora Doyle. Creo que la señora Doyle es la mujer más encantadora y más elegante que he conocido en mi vida. Y su esposo atrae hasta la tierra que pisa… ¿Ve aquella señora de cabello gris? Es muy distinguida, prima de un duque, según creo. Hablaba junto a nosotros la otra noche y se lo oí decir. Pero actualmente no posee ningún título.

Continuó charlando sin cesar hasta que el intérprete ordenó un alto y empezó su recitado.

El doctor Bessner, Baedecker en mano, leía para sí en alemán. Prefería la palabra escrita.

Tim Allerton no era de la partida. Su madre acababa de romper el hielo del reservado Fanthorp. Andrés Pennington, con el brazo enlazado con el de Linnet, escuchaba atentamente y parecía muy interesado en la relación que daba el guía en aquel momento.

Chismorreando, la pequeña partida volvió al barco. Otra vez el *Karnak* empezó a deslizarse río arriba. El escenario se iba haciendo menos tétrico. Había palmeras, cultivos.

Este cambio de panorama pareció ejercer bienhechora influencia psíquica sobre cada uno de los pasajeros… Tim Allerton recobró sus buenas maneras. Rosalía perdió gran parte de su hosquedad. Linnet parecía despreocupada y alegre.

Pennington le dijo:

—Es una falta de tacto hablar de negocios a una recién casada en su luna de miel, pero hay un par de cosas…

—¡Caramba, tío Andrés! —Linnet volvía a ser una financiera—. ¿Es que mi matrimonio acaso me ha transformado?

—No sé. Pero quisiera que me firmases varios documentos uno de estos días.

—¿Y por qué no ahora?

Andrés Pennington miró a su alrededor. El rincón del salón observatorio aparecía desierto. La mayoría de los pasajeros estaban en el exterior, en el espacio de la cubierta que se extendía entre el salón de observación y los camarotes. Los únicos ocupantes del

salón eran el señor Ferguson, que bebía cerveza sentado a una pequeña mesa situada en el centro, con las piernas embutidas en mugrientos pantalones de franela, mientras silbaba entre dientes a cada trago; el señor Hércules Poirot, que estaba sentado frente a la ventana de proa admirando el panorama que se extendía ante él, y la señorita Van Schuyler, que leía en un rincón un libro sobre Egipto.

—Estupendo —dijo Andrés Pennington.

Abandonó el salón.

Linnet y Simon se sonrieron… una sonrisa lenta que tardó pocos minutos en trocarse en frases de cariño. Él dijo:

—¿Todo va bien, encanto?

—Sí, por ahora todo va bien… Es extraño lo bien que me encuentro.

Simon dijo con profunda convicción:

—Eres maravillosa.

Pennington regresó. Traía una pila de documentos escritos con letra apretada y menuda.

—¡Dios mío! —exclamó Linnet—. ¿Tengo que firmar todo eso?

—Reconozco que es demasiado. Pero opino que debes llevar tus asuntos al día. Lo primero de todo va a ser el alquilar la propiedad de la Quinta Avenida… luego las concesiones de terrenos en el Oeste.

Continuó hablando, hojeando los papeles y sacando alguno de ellos. Simon bostezó.

La puerta que daba a cubierta se abrió y el señor Fanthorp entró. Miró desorientado a su alrededor y se colocó al lado de Poirot, que miraba las aguas de color azul pálido y las arenas amarillentas que les rodeaban.

—…firma aquí —concluyó Pennington, extendiendo un papel ante Linnet indicándole un espacio.

Linnet cogió el documento y lo ojeó. No pasó de la primera página. Luego, tomando la estilográfica de Pennington, inscribió su nombre: *Linnet Doyle*. Pennington retiró el papel y colocó otro.

Fanthorp se aproximó a ellos. Escrutó a través de la ventana lateral, pareciendo interesarse mucho por algo que sucedía en el banco de arena que pasaban en aquel momento.

—Ésta es la transferencia —dijo Pennington—. No necesitas

leerla.

Pero Linnet la leyó a grandes rasgos. Pennington puso ante ella un tercer papel. De nuevo Linnet se dispuso a enterarse de su contenido.

—Todo está en orden —dijo Pennington—. No es nada de interés. Sólo fraseología de leguleyo.

Simon bostezó de nuevo.

—Querida, supongo que no te leerás todo ese fajo de documentos, ¿verdad? No estarías lista para la hora del almuerzo.

—Papá me enseñó a leerlo todo —explicó Linnet—. Me decía que era muy fácil que en algunos momentos se cometieran errores de redacción.

—No tengo disposición para los negocios —repuso Simon, animosamente— ni nunca la he tenido. Si un individuo me dice que firme, pues firmo. Es el camino más sencillo.

Andrés Pennington le miró pensativamente. De pronto, dijo con sequedad:

—Eso es muy arriesgado a veces, señor Doyle.

—¡Por favor! —replicó Simon—. No soy de los que creen que todo el mundo se ha confabulado contra nosotros para arruinarnos. Si tengo confianza en un individuo, ¿para qué leer lo que me pide que firme? Jamás me han engañado.

Súbitamente, con gran sorpresa por parte de todos los presentes, el silencioso señor Fanthorp giró sobre sí mismo y se dirigió a Linnet.

—Espero que no la molestaré si digo que admiro extraordinariamente su capacidad para los negocios, señora. En mi profesión… soy abogado… encuentro a menudo mujeres desprovistas en absoluto de la menor disposición mercantil. No firmar jamás un documento antes de leerlo, es admirable… admirable… —se inclinó perceptiblemente. Luego, con el rostro rojo como una amapola, se volvió para continuar en su contemplación de las orillas del Nilo. Linnet repuso completamente desconcertada:

—Gracias, muchas gracias —se mordió los labios para reprimir una carcajada. El joven parecía tan extraordinariamente solemne…

Pennington parecía seriamente disgustado. Simon Doyle dudó entre disgustarse o tomarlo a broma. Las orejas del señor Fanthorp

habían adquirido un color purpúreo.

—Otro, por favor —dijo Linnet, sonriendo a Pennington.

Pero Pennington estaba decididamente colérico.

—Creo que debemos dejarlo para otro día —dijo enfurruñado—. Si como dice Simon piensas leer todo esto, no acabarás para la hora del almuerzo. No debemos perdernos la contemplación del panorama que se desarrolla ante nuestros ojos. De todas formas, esos documentos que acabas de firmar eran los más importantes y urgentes. Dejaremos los negocios para otra ocasión más propicia.

—¡Hace un calor terrible aquí! —exclamo Linnet—. Vámonos fuera.

Salieron los tres. Hércules Poirot volvió la cabeza. Su mirada se detuvo sobre la espalda del señor Fanthorp, que había lanzado su cabeza hacia atrás y continuaba silbando entre dientes.

Finalmente Poirot observó la enhiesta figura de la señorita Van Schuyler, majestuosamente sentada en su rincón. La señorita Van Schuyler miraba sin pestañear al señor Ferguson.

La puerta del salón se abrió de par en par y Cornelia Robson entró precipitadamente.

—Has estado por ahí demasiado tiempo —gruñó la anciana—. ¿Dónde has estado?

—Lo siento, prima María. La lana no estaba donde usted me dijo. La encontré en otra caja distinta.

—Hijita mía, no sirves para buscar nada. Sé que tienes buena voluntad, pero no basta. Tienes que procurar ser un poco más inteligente y hacer las cosas con más rapidez. Para esto sólo se necesita concentración.

—Lo siento, prima María. Temo que soy demasiado estúpida.

—Nadie es estúpida si se propone firmemente no serlo. Te he traído conmigo y espero un poco de atención a cambio de mi generosidad.

Cornelia se ruborizó:

—Lo siento mucho, prima María.

—¿Y dónde está la señorita Bowers? Hace diez minutos que debí tomar mis gotas. El doctor dijo que la puntualidad era importantísima.

En este momento entró la señorita Bowers, llevando un vasito con medicina.

—Sus gotas, señorita Van Schuyler.

—Debía haberlas tomado a las once en punto. Si hay algo que detesto en este mundo es la falta de puntualidad.

—Son exactamente las once menos medio minuto —dijo la señorita Bowers mirando su reloj de pulsera.

—En mi reloj son las once y diez.

—Tengo la seguridad de que mi reloj va perfectamente. Es un cronómetro de precisión. Jamás se adelanta ni se atrasa.

La señorita Bowers se mostraba imperturbable.

La señorita Van Schuyler ingirió el contenido del vaso medicinal.

—Me encuentro mucho peor —gruñó.

—Lamento enormemente oírle decir eso —dijo la señorita Bowers. Pero no parecía sentirlo en absoluto. Dio mecánicamente la respuesta correcta.

—Hace demasiado calor aquí —dijo la señorita Van Schuyler—. Prepáreme una silla en cubierta, señorita Bowers. Cornelia, tráeme mis labores. No seas descuidada y procura que no se te caiga nada. Luego quiero que me ayudes a desmadejar la lana.

La procesión salió.

El señor Ferguson suspiró, estiró las piernas y apostrofó al espacio:

—¡Dios mío, cómo me gustaría estrangular a esa vieja!

Poirot le preguntó con interés:

—Le disgusta esa dama, ¿verdad?

—¿Que si me disgusta…? Eso es poco… No hace más que molestar al prójimo. Es un parásito… un parásito desagradable, por cierto. Hay un gran número de personas en este barco sin las cuales podía pasar el mundo perfectamente.

—¿De veras?

—Sí, por ejemplo: esa muchacha que estuvo aquí hace poco firmando transferencias de acciones. Cientos y miles de desgraciados trabajadores matándose por una asquerosa pitanza, sólo para que ella lleve medias de seda y despliegue un lujo inútil. Una de las mujeres más ricas de Inglaterra, según me han dicho… y jamás se habrá ensuciado las manos en toda su vida.

—¿Quién le dijo a usted que era la muchacha más rica de Inglaterra?

El señor Ferguson le dirigió una mirada amenazadora.

—Un hombre a quien usted no ha visto nunca. Un hombre que trabaja con sus propias manos y no se avergüenza de confesarlo. No uno de esos *dandies* que acompañan a usted y que no sirven, ni han servido, ni servirán en su vida para nada.

Su mirada se detuvo desfavorablemente sobre la corbata arqueada y la camisa color rosa de su interlocutor.

—Yo trabajo con mi cerebro y no me avergüenzo de decirlo —replicó Poirot.

El señor Ferguson chascó la lengua.

—Debían fusilarlos a todos —dijo.

—Mi joven amigo —repuso Poirot—, ¡qué pasión tiene usted por la violencia!

—¿Puede usted decirme algo que se pueda hacer sin ella? Debíamos romperlo todo, destruirlo todo, antes de que pudieran comenzar de nuevo.

—Sí, eso es mucho más fácil, mucho más ruidoso y mucho más espectacular.

—¿Qué hace usted para ganar su sustento? Nada. Apostaría cualquier cosa. Sin embargo, tengo la seguridad de que se considerará usted un hombre de la clase media.

—No soy de la clase media. Pertenezco a la clase superior —repuso el detective con leve arrogancia.

—¿Qué es usted?

—Soy detective —dijo Hércules Poirot con el aire de inmodestia del que asegura: soy el rey.

—¡Dios mío! —exclamó el joven completamente desconcertado —. ¿Quiere decir que esa joven cuida su preciosa piel hasta ese extremo?

—No me une relación alguna a los señores Doyle —declaró Poirot orgullosamente—. Soy libre como el aire.

—¿Disfrutando de vacaciones?

—¿Y usted?… ¿No está de vacaciones también?

—¡Vacaciones! —el señor Ferguson emitió un gruñido. Añadió ambiguamente—: Me dedico al estudio de ciertas condiciones.

—Muy interesante —repuso Poirot y se fue a cubierta.

La señorita Van Schuyler se había establecido en el mejor rincón. Cornelia estaba arrodillada ante ella con una madeja de lana

entre las manos extendidas. La señorita Bowers, erguida en su silla, leía el *Saturday Evening Post.*

Poirot se dirigió lentamente a la cubierta inferior. Al dar la vuelta por la cabina del timonel, casi tropezó con una mujer que volvió su rostro en el que se pintaba la sorpresa del encuentro… Un rostro moreno, de latina. Iba elegantemente vestida de negro y acababa de hablar con un hombre de elevada estatura y anchos hombros… Uno de los maquinistas, según todas las apariencias. Observó una expresión extraña en la cara de ambos… culpabilidad y alarma… Poirot se preguntó qué habrían estado hablando. Dio la vuelta alrededor del timón y continuó su paseo hacia la popa. Abrióse la puerta de un camarote y la señora Otterbourne emergió de él y casi cayó en sus brazos. Llevaba un traje de raso color escarlata.

—Lo siento —se excusó—. Mi querido señor Poirot…, lo siento mucho. Las oscilaciones del barco. Nunca he tenido buenas piernas para sobreponerme a este movimiento continuo. Si el barco estuviese quieto alguna vez… —se agarró con todas sus fuerzas al brazo del detective—. No puedo soportar esto… No puedo disfrutar de los viajes por mar como hacen muchos… Y siempre estoy sola… Esta hija mía no me quiere mucho; no comprende lo que su pobre madre está haciendo por ella… —la señora Otterbourne empezó a llorar—. Por ella me he esclavizado… Podría haber sido una *grande amoureuse* y lo he sacrificado todo… todo… ya sin embargo, nadie se interesa por mí… Pero se lo diré a todo el mundo… Publicaré a los cuatro vientos el olvido en que me tiene… la dureza con que me trata… haciéndome venir en este barco… Se lo diré a todos.

Quiso desprenderse del brazo de Poirot para correr hacia el resto de los pasajeros. El detective se lo impidió.

—Ya le dije a su hija que venga con usted, madame. Vuelva a su camarote. Por allí llegará mejor.

—No, quiero decírselo a todo el mundo… a todos los que hay en el barco…

—Es peligroso, madame. El mar está picado. Las olas podrían arrastrarla.

La señora Otterbourne le miró con aire de duda.

—¿Lo cree usted así? ¿De veras?

—Desde luego.

La señora Otterbourne dio un suspiro prolongado, se tambaleó y volvió a entrar en su camarote.

Las narices de Poirot se dilataron de satisfacción. Hizo un movimiento de cabeza y se dirigió al punto en que Rosalía Otterbourne se sentaba entre la señora Allerton y Tim. Les escudriñó con la mirada y dirigiéndose a la joven, dijo:

—Su mamá la necesita, mademoiselle.

Estaba riendo casi felizmente en aquel momento. Al oír a Poirot, su rostro se veló con una sombra. Lanzó una mirada suspicaz al detective y se apresuró a unirse a su madre.

—No puedo comprender a esa chica —dijo la señora Allerton—. Es así de voluble. Un día se siente comunicativa, amigable; al día siguiente se muestra casi grosera.

—La han mimado demasiado y además tiene mal genio —dijo Tim.

La señora Allerton denegó con un gesto.

—No, yo no creo eso. A mí me parece que es desgraciada.

Tim se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que todos tenemos nuestros disgustos familiares.

Su voz sonó dura y cortante.

Oyóse el ruido de pasos apresurados.

—El almuerzo —gritó la señora Allerton alegremente—. Me estoy muriendo de hambre.

Aquella tarde, Poirot observó que la señora Allerton había entablado animada conversación con la señorita Van Schuyler. Cuando pasó frente a ellas, la señora Allerton le guiñó un ojo.

Decía en aquel momento:

—Naturalmente, en el castillo de Calfries, mi amado sobrino, el duque de…

Cornelia, gozando de un corto permiso, había salido a cubierta. Escuchaba al doctor Bessner que la estaba instruyendo, algo pomposamente, sobre Egiptología, leyéndole páginas de Baedecker. Cornelia escuchaba con atención profunda.

Inclinado sobre la barandilla, Tim Allerton decía:

—De todas formas, éste es un mundo infame…

Rosalía Otterbourne respondió:

—Es injusto… Hay personas que lo tienen todo.

Poirot suspiró. Se alegró de no ser joven ya.

CAPÍTULO X

El lunes por la mañana, expresiones variadas de alegría y apreciaciones de toda índole, se oyeron sobre la cubierta del *Karnak*. El barco estaba anclado junto a la orilla y a cincuenta metros de distancia, iluminado por los ardientes rayos del sol, se alzaba un gran templo que sobresalía de la superficie de una roca enorme.

Cornelia Robson habló en tono incoherente:

—¡Oh, señor Poirot…! ¡Eso es maravilloso!

El señor Fanthorp, que se hallaba a su lado, murmuró:

—Muy impresionante… en verdad.

—Es grandioso, ¿eh? —dijo Simon Doyle, desembarcando. Se dirigió confidencialmente a Poirot—: ¿Sabe usted? Yo no entiendo gran cosa de templos y panoramas, pero un sitio como éste debe fascinar a todos los que lo comprenden. Esos viejos faraones deben de haber sido individuos maravillosos.

Los otros se habían alejado. Simon bajó la voz.

—Cada día me alegro más de haber venido a esta excursión. Esto está… bien… está aclarando las cosas. Es extraordinario… pero así es. Linnet ha recobrado el dominio sobre sus nervios. Dice que esto es debido a que al fin se ha dedicado a afrontar la situación.

—Es muy probable —dijo Poirot.

—Dice que cuando vio a Jacqueline a bordo, experimentó primero una sensación de miedo; pero al poco tiempo y casi repentinamente, había cesado esa impresión. Ya no le importa su presencia. Hemos acordado no huir de ella más en lo sucesivo. La encontraremos en su propio terreno y demostraremos que esta persecución no nos molesta ni pizca. Hasta ahora nos ha tenido con el alma en un hilo. Pero en adelante, ya se dará cuenta de que no conseguirá más que se rían de ella.

—Sí, sí… —dijo Poirot, pensativo.

Linnet avanzó sobre cubierta Iba vestida con un traje de color albaricoque oscuro. Sonreía. Saludó a Poirot sin gran entusiasmo. Le hizo una fría inclinación de cabeza y condujo a su marido a otra parte.

La señora Allerton se acercó a Poirot, diciéndole:

—¡Que cambio se ha operado en esa chica! Parecía disgustada, casi desgraciada en Assuán. Hoy parece tan feliz que me hace temer que está «fey».

Antes de que Poirot pudiese responder lo que pensaba, todos los pasajeros fueron llamados al orden. El intérprete oficial se encargó de ellos y la asamblea se dirigió a la playa para visitar Abu Simbel.

Poirot se encontró junto a Andrés Pennington.

—Ésta es su primera visita a Egipto, ¿verdad? —preguntó.

—¿Por qué? No. Estuve aquí en el año 1923. Es decir, estuve en El Cairo. Nunca había remontado el curso del Nilo hasta ahora.

—¿Vino usted a bordo del *Germanic*, según creo? Por lo menos así me lo dijo la señora Doyle.

—En efecto, así es.

—Entonces supongo que habrá conocido a unos amigos míos que venían en el mismo barco… los Fushington Smit.

—No me acuerdo de nadie de ese nombre. La nave venía atestada y tuvimos un tiempo detestable. La mayoría de los pasajeros ni siquiera aparecieron sobre cubierta y la travesía es tan corta, que es difícil saber quién se encontraba a bordo.

—Sí, es verdad. ¡Qué sorpresa tan agradable para usted encontrarse cuando menos se lo esperaba a Linnet y su esposo! Usted no tenía la menor idea de que estaban casados, ¿verdad?

—No. La señora Doyle me había escrito a este respecto, pero la carta llegó a Nueva York después de mi salida y la recibí unos días más tarde de nuestro inesperado encuentro.

—Conoce a Linnet desde hace muchos años, ¿verdad?

—En efecto, monsieur. La conozco desde que era así… —hizo un ademán demostrativo—. Su padre y yo fuimos amigos toda la vida. Melhuish Ridgeway era un hombre notable… y afortunado.

—Su hija entrará en posesión de una fortuna considerable, tengo entendido… ¡Ah, perdón! Tal vez no es muy delicado hablar con usted de estas cuestiones…

Andrés Pennington sonrió.

—Ah, esto lo sabe todo el mundo. Sí, Linnet es una mujer riquísima.

—Supongo que el descenso de los valores de ciertas compañías ha perjudicado también a Linnet en cierto modo, ¿verdad?

Pennington tardó algunos segundos en responder. Dijo finalmente:

—Desde luego. Tiene usted razón en parte. Se atraviesa una situación algo difícil en estos días.

Poirot murmuró:

—Sin embargo, tengo entendido que la señora Doyle está dotada de una gran capacidad para los negocios de toda índole.

—En efecto. Linnet es una muchacha inteligente y práctica.

Se detuvieron. El guía comenzó su disertación sobre el templo construido por el gran Ramsés.

El señor Richetti, desdeñando las observaciones del guía, estaba atareadísimo contemplando atentamente los relieves de los cautivos negros y asirios sobre las bases de los colosos y a ambos lados de la entrada.

Entraron en el templo, donde la partida se dividió en varios grupos.

El doctor Bessner leía con voz profunda en su Baedecker, interrumpiéndose de vez en cuando para traducir lo leído a Cornelia, que trotaba dócilmente a su lado. Esto no duró mucho tiempo. La señora Van Schuyler, entrando asida al brazo de la flemática señorita Bowers, gruñó una orden:

—¡Cornelia, ven aquí!

Y el curso de egiptología bilingüe cesó bajo el peso de las circunstancias.

El doctor Bessner miró a través de sus gruesas gafas a la muchacha que se alejaba.

—Es una muchacha simpatiquísima —observó dirigiéndose a Poirot—. No parece una muerta de hambre como las otras, no… ésta tiene curvas delicadas… Además, le gusta escuchar más que hablar… Es muy inteligente… Da gusto instruirla.

Poirot pensó que el destino de Cornelia era o ser instruida a la fuerza o recibir gruñidos de la anciana prima.

La señorita Bowers, momentáneamente liberada por la llegada

de Cornelia, estaba de pie en el centro del templo mirando a su alrededor despectivamente con sus ojos fríos y mortecinos.

—El guía dice que el nombre de uno de estos dioses era Mut. ¿Qué le parece?

Había un santuario interior en el que cuatro figuras sentadas lo presidían eternamente. Ante ellos hallábanse Linnet y su esposo. Simon dijo repentinamente:

—¡Vámonos de aquí! No me gustan estos cuatro individuos!

Linnet rió, pero cedió.

Salieron del templo y penetraron en la claridad ardiente del exterior.

No tenían el menor deseo de volver al barco y estaban cansados de mirar relieves. Tumbáronse de espaldas en la roca y dejaron que el sol ardiente les acariciara los rostros.

«¡Qué encantador es el sol! —pensó Linnet—. ¡Qué tibio, qué sano! ¡Qué hermoso es sentirse feliz!»

Sus ojos se cerraron. Estaba semidormida por el torbellino de sus pensamientos, que eran como el remolino de las arenas en el desierto. Los de Simon estaban bien abiertos. En su expresión se advertía su contento.

Oyóse un grito… Alguien corría hacia él con los brazos extendidos… gritando algo incomprensible.

Simon permaneció un segundo mirándolo intensamente. Luego, con un repentino impulso, se puso en pie y arrastró a Linnet consigo.

Se salvaron por un milagro. Un trozo de roca enorme se estrelló con hórrido estampido sobre la que ellos ocuparon dos segundos antes. Si Linnet se hubiese quedado donde estaba, habría sido reducida a átomos.

Con los rostros blancos por la emoción, los dos esposos se abrazaron. Hércules Poirot y Tim Allerton corrieron hacia ellos.

—*Ma foi*, madame. Le ha pasado bien cerca.

Los cuatro miraron instintivamente hacia la ingente mole. No se veía a nadie. Pero una especie de senda conducía a la cúspide. Poirot recordó haber visto allí algunos nativos cuando desembarcaron por vez primera. Miró atentamente al marido y a la mujer. Linnet parecía paralizada de estupor. Simon emitió gritos inarticulados de rabia.

—¡Maldita sea…! ¡Que Dios la condene!

Lanzó una mirada rápida a Tim Allerton, que decía:

—¡Caramba, han escapado por bien poco! Lo que hay que averiguar es si esa masa de roca fue impulsada por algún loco o si se desprendió por sí misma.

Linnet, muy pálida, dijo con dificultad:

—Yo creo que ha sido obra de un loco.

—Pudo haberla aplastado como si usted hubiese sido un cascarón. ¿Está segura de no tener enemigos, Linnet?

Linnet intentó dos veces responder a la broma sin conseguirlo. Tenía la lengua adherida al paladar.

Poirot intervino rápidamente:

—Vamos al barco, madame. Debe tomar un antiespasmódico.

Emprendieron la marcha en silencio. Simon apretaba los puños de rabia. Tim intentó decir algunas tonterías para distraer la mente de Linnet del peligro que acababa de correr. Poirot les acompañaba con grave expresión. Y en el preciso instante en que alcanzaba la lancha para subir a bordo, Simon se detuvo paralizado por el asombro. Jacqueline de Bellefort se dirigía a la playa en aquel momento. Vestida de guinda azul, parecía una niña.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró Simon—. ¡Fue un accidente, después de todo!

La cólera huyó de su rostro. Lanzó un suspiro de alivio tan ruidoso que Jacqueline se dio cuenta de que le ocurría algo anormal.

—Buenos días —dijo—. Me temo que voy a llegar demasiado tarde.

Les hizo una inclinación de cabeza y se marchó en dirección al templo.

Simon asió nerviosamente el brazo de Poirot. Los otros dos se habían marchado.

—¡Dios mío! ¡Qué peso me ha quitado de encima! Yo creí que… que…

Poirot movió la cabeza afirmativamente.

—Sé perfectamente lo que usted pensaba.

Pero el detective mismo parecía estar preocupado. Volvió la cabeza y observó atentamente el resto de los pasajeros del barco. La señorita Van Schuyler regresaba con andar cansado y apoyada en el

brazo de la señorita Bowers. Algo más allá, la señora Allerton reía con la señora Otterbourne. No se veía a ninguno de los otros.

Poirot movió la cabeza, mientras seguía lentamente a Simon hacia el barco.

CAPÍTULO XI

—¿Quiere explicarme el significado de la palabra «fey», madame? —preguntó Poirot bruscamente.

La señora Allerton se mostró ligeramente sorprendida. Ella y el detective trepaban lentamente por la roca frente a la segunda catarata. Muchos de los otros habían subido en camellos, pero Poirot rehusó seguir su ejemplo, basándose en el movimiento de los contrahechos animales, que le recordaban el movimiento del barco. La señora Allerton lo había considerado desde el punto de vista de su dignidad personal.

Habían llegado a Wadi Halfa la noche anterior. Durante la mañana, dos lanchas transportaban a toda la partida a la segunda catarata, con excepción del señor Richetti, que insistió en hacer una excursión a un lugar remoto llamado Somma.

—«Fey»… —la señora Allerton inclinó la cabeza hacia un lado, mientras consideraba su respuesta—. Pues bien, es una palabra escocesa, en realidad. Significa una especie de felicidad exaltada, que precede al desastre. Como usted puede imaginar, es demasiado hermoso para ser verdad.

—Agradecidísimo, madame. Ahora lo comprendo. Es raro que dijese usted eso ayer precisamente… y pocos momentos después la señora Doyle escapaba por milagro a la muerte.

—Sí que estuvo cerca…

Poirot cambió el tópico y empezó a hablar de Mallorca, haciendo varias preguntas prácticas con vistas a una posible visita.

En aquel preciso instante, Tim y Rosalía Otterbourne estaban conversando. Tim había estado bromeando sobre su mala suerte. Decía que su condenada salud no era lo suficientemente mala para ser realmente interesante ni lo bastante buena para permitirle hacer la vida que hubiera deseado. Poco dinero… una ocupación por la

cual no sentía vocación alguna…

—Una existencia oscura de gusano —terminó con profundo descontento.

Rosalía dijo bruscamente:

—Tiene usted algo que causa la envidia de muchísima gente.

—¿Y qué cosa es?

—Su madre.

A Tim le sorprendió agradablemente.

—¡Mi madre! Sí, en efecto, es única. Me complace que se haya dado cuenta de lo mucho que vale.

—La creo maravillosa. Parece tan amable…, con esa compostura…, esa calma, como si nada pudiera llegar hasta ella. Sin embargo, está siempre dispuesta a tomarlo a broma…

Tim experimentó una deliciosa sensación de calurosa atracción hacia la joven. Deseó poder devolverle el cumplimiento, mas, desgraciadamente, la señora Otterbourne constituía, en su opinión, una seria amenaza para el mundo. La imposibilidad de responder algo agradable le hizo confundirse.

La señorita Van Schuyler se quedó en la lancha. No se atrevió a arriesgarse a hacer la ascensión ni a pie ni en camello. Dijo con sequedad:

—Siento tener que rogarle que se quede conmigo, señorita Bowers. Tenía el propósito de hacer permanecer a la señorita Cornelia para que usted pudiera marcharse, pero ¡los jóvenes son tan egoístas…! Se escapó sin decirme una palabra. Y hace un momento la he visto hablando con ese grosero y mal educado de Ferguson.

La señorita Bowers dijo en tono confidencial:

—Perfectamente, señorita Van Schuyler.

Miró hacia la partida que ascendía la montaña y dijo:

—La señorita Robson no está ya con ese joven de que usted me habla. La acompaña el doctor Bessner.

La señorita Van Schuyler refunfuñó. Desde que descubriera que el doctor Bessner poseía una gran clínica en Checoslovaquia y reputación europea como médico de moda, estaba dispuesta a mostrarse condescendiente con él. Además, podía necesitar su asistencia profesional antes de terminar el viaje.

Cuando los pasajeros regresaron al *Karnak*, Linnet dio un grito

de sorpresa.

—Un telegrama para mí —dijo.

Lo extendió sobre una mesa después de romper su envoltura.

—¡Caramba! —exclamó—. No comprendo una palabra de esto… Patatas… Acelgas. ¿Qué significa esto, Simon?

Su marido se aproximaba para descifrar el enigma, cuando una voz furiosa se dejó oír.

—Perdóneme, pero ese telegrama es para mí.

Y el señor Richetti se lo arrebató con dureza de la mano, mientras le lanzaba una mirada colérica.

Linnet se quedó sin habla un momento, a consecuencia de la sorpresa. Luego dio la vuelta al sobre.

—¡Oh, Simon, que tonta he sido! Aquí dice Richetti, no Ridgeway… Y ahora recuerdo que mi nombre no es ya Ridgeway tampoco. Tengo que excusarme.

Siguió al arqueólogo hasta la cabina del timonel.

—Lo siento muy de veras, señor Richetti… Vea usted, mi nombre era Ridgeway antes de casarme y no hace mucho que lo hice… Por esta razón…

Se interrumpió. Una sonrisa acudió a sus labios invitando a sonreír al italiano por el *faux pas* de una recién casada. Pero Richetti no estaba para bromas.

Linnet volvió a donde estaba Simon y marcharon juntos a la playa. Poirot, que los observaba, oyó a su lado un profundo suspiro. Volvióse y se encontró con Jacqueline de Bellefort. Tenía las manos engarfiadas en la cuerda de la barandilla. La expresión del rostro de la muchacha le sobresaltó. Ya no era alegre ni maliciosa. Parecía devorada por algún fuego interior.

—Ya ni se recatan… —las palabras salían de sus labios tenues y rápidas—. Ya no puedo alcanzarlos… Ya no les importa si estoy aquí o no. Ya no puedo hacerles daño.

Las manos sobre la barandilla temblaron.

—Mademoiselle.

Ella le interrumpió.

—¡Oh, no, es demasiado tarde para los consejos! Tenía usted razón. No debí venir… Por lo menos en este viaje. ¿Cómo le llamaba usted? ¿Un viaje del espíritu? No puedo retroceder… He de seguir adelante… Y seguiré. No serán felices. Prefiero matarlo…

Se marchó bruscamente. Poirot miró con aire triste cuando se alejaba. De pronto, sintió apoyarse una mano sobre su hombro.

—Su amiga parece estar algo enfurruñada, monsieur Poirot.

El detective se volvió sorprendido al reconocer a un antiguo amigo.

—¡Coronel Race!

El hombre alto, bronceado, sonrió.

—No esperaba verme por aquí, ¿eh?

Hércules Poirot había conocido al coronel Race un año atrás en Londres. Ambos fueron comensales en un extraño banquete, que terminó con el asesinato de su anfitrión. Poirot sabía que Race era un hombre que jamás permanecía inactivo. Siempre podía encontrársele en cualquiera de los confines del imperio en que existiese el menor conato de sublevación contra Gran Bretaña.

—Así pues, está en Wadi Halfa…

—Estoy aquí, en este barco.

—¿Qué quiere usted decir…?

—Que pienso hacer con usted el viaje de regreso a Shellal.

—Eso es muy interesante. ¿Y si bebiéramos algo?

Penetraron en el salón observatorio, ahora casi desierto. Poirot ordenó un whisky para el coronel y una naranjada con mucho azúcar para él.

—De modo que hará usted el viaje de retorno con nosotros —replicó Poirot, mientras sorbía su bebida—. Iría usted mucho más rápido si tomase el correo del gobierno que hace el trayecto sin detenerse de noche.

—Tiene usted razón, como siempre, monsieur Poirot —dijo humorísticamente el coronel.

—¿Le interesan los pasajeros?

—Uno solo de los pasajeros.

—¿Cuál de ellos?

—Desgraciadamente, yo mismo no lo sé.

Poirot parecía estar interesado. Race prosiguió:

—No es posible guardar secretos con usted. Hemos tenido muchas molestias aquí en estos últimos tiempos, tanto en un sentido como en otro. Pero no es a los que capitanean a los insurrectos a los que nos interesa capturar, sino a los que han encendido la mecha de la revolución con su manejos y propagandas. Había tres: uno ha

muerto, el otro está encerrado, pero nos falta el tercero. Un individuo con cinco o seis asesinatos cometidos a sangre fría sobre sus espaldas. Es uno de los agentes a sueldo más inteligentes que han existido jamás. Está en este barco. Lo sé por un párrafo de una carta que ha caído en nuestras manos… Después de descifrarla, decía: «X se encontrará a bordo del *Karnak* desde el 7 al 13 de febrero.» Pero no dice abajo con qué nombre se inscribió al tomar el pasaje.

—¿Posee alguna descripción de su hombre?

—No. Desciende de americanos, islandeses y franceses, es un conglomerado de razas. Lo cual no nos ayuda en nada… ¿Tiene usted alguna idea?

—¿Una idea? No…, todavía no.

La comprensión entre ellos era tan grande, que Race no insistió. Sabía que Poirot no hablaría una palabra a menos que estuviera seguro.

Poirot se frotó la nariz y habló con voz doliente:

—Ocurre algo a bordo de este barco que me inquieta más de lo que quisiera.

Race le miró, inquiriendo detalles.

—Figúrese —dijo Poirot— una persona a quien llamaremos A, que ha ofendido gravemente a otra, B. La persona B ansia vengarse y hace objeto a la otra de sus amenazas.

—¿Están A y B a bordo?

—Precisamente.

—Supongo que B es mujer.

—Exacto.

Race encendió un cigarrillo.

—Yo no me preocuparía. Las personas que dicen a todo el mundo lo que van a hacer, no lo hacen generalmente.

—Y en particular, éste es el caso con las mujeres.

—¿Algo más? —inquirió Race.

—Sí, algo más. Ayer la persona a quien designamos por A escapó de milagro a la muerte. Una muerte que presentaba todos los caracteres de un accidente casual.

—¿Maquinado por B?

—No; ése es el caso. B, probablemente, no ha intervenido para nada.

—Entonces fue un accidente.

—Así lo supongo yo también, pero no me gustan estos accidentes.

—¿Está seguro de que B no se ha mezclado para nada en eso?

—En absoluto.

—Bien. A veces hay coincidencias. ¿Quién es A? Una persona indeseable, sin duda, ¿verdad?

—Por el contrario, es una señora joven, encantadora y rica.

—Parece cosa de novela.

—*Peut-etre*. Pero le digo a usted que no estoy tranquilo, amigo mío. Si no me equivoco, y sería la primera vez que me sucediese…

Race sonrió ante la inmodestia típica del detective.

—Entonces hay motivo para inquietarse. Y ahora, viene usted a añadir otra complicación. Por lo que dice, hay un hombre a bordo del *Karnak* que mata.

—Generalmente no mata a las señoras encantadoras.

Poirot movió la cabeza insatisfecho.

—Tengo miedo, amigo mío —declaró—. Tengo miedo… Hoy he avisado a la señora Doyle, que es la amenazada, que vaya con su marido a Kartum y que no regrese a este barco. Pero no han querido hacerlo. Ruego al Cielo que podamos llegar a Shellal sin que suceda una catástrofe.

—¿No es usted excesivamente pesimista?

Poirot movió la cabeza.

—Tengo miedo —dijo simplemente—. Yo, Hércules Poirot, tengo miedo…

CAPÍTULO XII

Cornelia Robson se hallaba en el interior del templo de Abu Simbel. Era el atardecer del día siguiente… una tarde tranquila y sofocante. El *Karnak* había anclado una vez más en Abu Simbel para permitir otra visita al templo con luz artificial. La diferencia de iluminación era considerable. Cornelia comentaba este hecho, maravillada, con el señor Ferguson, que se encontraba a su lado.

—¡Caramba, se ve mucho mejor ahora! —exclamó la muchacha —. Quisiera que estuviese aquí el doctor Bessner. Él me habría explicado todo.

—Extraño que pueda usted soportar a ese viejo loco —dijo Ferguson ceñudo.

—¿Por qué? Es uno de los hombres más amables que he conocido en mi vida.

—Es un viejo antipático y presuntuoso.

—No debía usted hablar de esa forma.

El joven la asió repentinamente por un brazo. Salían en aquel momento del templo la luna brillaba en el cielo con todo su resplandor.

—¿Por qué soporta usted los fastidios de un gordo repugnante y se deja manejar como si fuese una esclava por una arpía sin entrañas?

—¡Caramba, señor Ferguson!

—¿Es usted tonta acaso? ¿No se da cuenta de que usted es tanto como ella?

—No, no lo soy —repuso la muchacha con sincera convicción.

—No es usted tan rica eso es lo que quiere decir.

—No, no es eso. La prima María posee una buena educación.

—¡Educación! —el joven soltó el brazo de Cornelia tan repentinamente como lo había cogido—. Esa palabra da náuseas.

Cornelia le miró asustada.

—A ella no le satisface que usted hable conmigo, ¿verdad?

Cornelia se ruborizó sin saber qué responder.

—¿Por qué? Porque cree que yo no pertenezco a su clase. ¡Puf! ¿No le da asco eso?

—Me agradaría que no tomase esas cosas tan a pecho, señor Ferguson.

—¿No se da cuenta, usted que es una americana, de que todos hemos nacido iguales y libres?

—De ninguna manera —dijo Cornelia.

—¡Ah, jovencita! Esto forma parte de su naturaleza.

—La prima María dice que los políticos no son caballeros —aseguró Cornelia—; y como es natural, las personas no son todas iguales. Me gustaría haber nacido elegante como la señora Doyle, por ejemplo. Pero no lo soy y creo que no vale la pena pensar en ello.

—¡La señora Doyle! —exclamó Ferguson, con profundo desprecio—. Ésa es una de las mujeres a quienes se debía matar a tiros para que sirviese de escarmiento a las demás.

Volvió la espalda y se marchó. Cornelia se dirigió al barco.

Cuando había alcanzado la lancha, Ferguson volvió a asir su brazo de nuevo.

—Es usted la persona más atractiva del barco. Le ruego que no lo olvide.

Roja de placer, Cornelia llegó al salón observatorio.

La señora Van Schuyler conversaba con el doctor Bessner. Cornelia preguntó con cierta sensación de culpabilidad:

—No he llegado tarde, ¿verdad?

Mirando su reloj la anciana respondió:

—No se puede decir que te hayas apresurado demasiado. ¿Qué has hecho con mi estola de terciopelo?

Cornelia miró a su alrededor.

—¿Voy al camarote a ver si está allí?

—No está. La dejé por aquí después de comer y no me he movido desde entonces.

Cornelia se dedicó a una búsqueda infructuosa.

—No la veo por ninguna parte, prima María.

—¡Eres tonta! —exclamó la señorita Van Schuyler—. Busca por

otros sitios —era una orden, tal como puede dársele a un perro, y Cornelia, con sumisión canina, obedeció.

El silencioso señor Fanthorp, que estaba sentado a una mesa próxima, se levantó y la ayudó. No encontraron la estola.

El día había sido tan insoportablemente caluroso y desagradable, que la mayoría de los excursionistas se retiraron tan pronto como regresaron de la playa de ver el templo. Los Doyle jugaban al bridge con Pennington y Race en una mesa en un rincón. El otro ocupante del salón era Hércules Poirot, que bostezaba sin cesar, con la cabeza echada hacia atrás, sentado a una mesa junto a la puerta. La señorita Van Schuyler, haciendo una salida majestuosa, con Cornelia y la señorita Bowers asistiéndola, se detuvo un instante frente a la mesa de Poirot y éste se incorporó cortésmente, reprimiendo un bostezo. La señorita Van Schuyler dijo:

—Acabo de recordar quién es usted, señor Poirot. Mi antiguo amigo Rufus Van Aldin me ha hablado mucho de usted. Ya me contará usted algunos de sus casos.

Con un movimiento de cabeza amable y condescendiente, prosiguió su camino. Poirot, con los ojos parpadeando de sueño, le hizo una reverencia exagerada. Luego bostezó una vez más. Se sentía pesado y estúpido a causa del sueño. Apenas podía conservar los ojos abiertos. Posó la mirada en su juego. Luego dirigió su vista hacia el joven Fanthorp, que leía un libro. No había nadie más que ellos en el salón.

Abrió la puerta y se dirigió a cubierta. Jacqueline de Bellefort, que entraba en el salón, casi tropezó con él.

—*Pardon, mademoiselle*.

—Tiene usted cara de sueño, monsieur.

—Estoy muerto de sueño —declaró con franqueza—. Casi no puedo abrir los ojos. Ha sido un día extraordinariamente sofocante.

—Sí —parecía pensativa—. Ha sido un día en que las cosas pueden llegar a su desenlace. En que ya no puede uno detenerse.

Hablaba en voz baja y saturada de pasión. No miraba hacia él, sino hacia la playa arenosa. Tenía las manos crispadas, rígidas… De pronto la fuerte tensión se rompió. Dijo:

—Buenas noches, monsieur.

—Buenas noches, mademoiselle.

Sus ojos se encontraron un instante brevísimo. Pensando en ello

al día siguiente, Poirot llegó a la conclusión de que había una súplica muda en aquella mirada. Más tarde, volvió a recordarlo…

Él se dirigió a su camarote y ella penetró en el salón. Cornelia, después de conversar con su prima sobre ciertas fantasías, recogió sus labores y regresó al salón. No sentía la menor necesidad de acostarse. Por el contrario, se sentía completamente despierta y excitada.

El cuarteto de *bridge* estaba completamente silencioso. En otra silla, el callado Fanthorp leía su libro. Cornelia se sentó y empezó a coser.

Súbitamente la puerta se abrió y Jacqueline de Bellefort hizo su aparición. Permaneció un momento en el umbral. Alzó la cabeza y después de llamar a un timbre, pasó frente a Cornelia y tomó asiento.

—¿Estuvo en la playa? —preguntó.

—Sí. Pensé que debía de ser fascinador a la luz de la luna.

—Sí, es una noche encantadora —asintió Jacqueline—. Una verdadera noche de luna de miel.

Sus ojos se dirigieron a la mesa de *bridge*. Detuviéronse un momento sobre Linnet y Doyle.

El camarero llegó en respuesta a la llamada de Jacqueline. Ésta ordenó un doble de ginebra. Cuando daba esta orden, Simon Doyle le lanzó una mirada rápida. Una arruga de ansiedad apareció sobre su entrecejo. Su mujer le dijo:

—Simon, estamos esperando que sirvas las cartas.

Jacqueline empezó a cantar algo entre dientes. Cuando llegó la bebida, cogió la copa diciendo:

—Bien ya está el crimen.

La bebió y pidió otra.

Otra vez Simon apartó la mirada de la mesa de *bridge*. Sus jugadas revelaban su falta de atención. Su compañero, Pennington, le llamó al orden.

Jacqueline empezó a canturrear otra vez. Primero lo hizo en voz baja, luego las palabras se hicieron inteligibles.

—Tenía a su hombre y él la engañó…

—Lo siento —dijo Simon a Pennington—. He sido estúpido por mi parte no seguirle. Eso les da el triunfo.

Linnet se levantó.

—Me estoy durmiendo. Creo que lo mejor es irse a la cama.

—Sí, ya es hora de terminar —dijo el coronel Race.

—Yo creo lo mismo —opinó Pennington.

—¿Vienes, Simon? —preguntó Linnet.

—Ahora mismo no. Voy a beber algo antes —respondió el aludido lentamente.

Linnet movió la cabeza y se ausentó. Race la siguió. Pennington acabó de beber su copa y se marchó asimismo.

—Las jóvenes debemos trasnochar juntas —aseguró Jacqueline a Cornelia.

Luego lanzó atrás la cabeza y profirió una sonora carcajada. Llegó el segundo vaso.

—Beba algo —invitó Jacqueline.

—No, muchas gracias —respondió Cornelia.

Jacqueline echó su silla hacia atrás. Empezó a cantar en voz alta:

—Tenía a su hombre y él la engañó…

El señor Fanthorp volvió una página de *Europa por dentro*.

Simon Doyle recogió una revista.

—Me voy —anunció Cornelia—. Creo que ya es muy tarde.

—Usted no puede irse así. Se lo prohíbo —declaró Jacqueline—. Cuénteme algo sobre usted misma, vamos.

—Bien… no sé… No hay mucho que contar… —la pobre muchacha tartamudeaba—. He vivido siempre en mi casa y no he viajado mucho. Ésta es mi primera escapada.

Jacqueline rió.

—Es usted una persona feliz, ¿verdad? ¡Dios, cómo la envidio!

—¡Oh, de veras…! Pero yo creo… estoy segura…

Indudablemente la señorita Bellefort había bebido demasiado. No era exactamente una novedad para Cornelia. Había visto bastantes borracheras durante la vigencia de la Ley Seca. Pero allí había algo más… Jacqueline de Bellefort hablaba con ella… La miraba a ella. Sin embargo, Cornelia tenía la sensación de que Jacqueline se dirigía a otra persona… Pero no había más que dos personas en el salón: el señor Fanthorp y el señor Doyle. El primero estaba absorto en la lectura de su libro. Simon Doyle, con extraña expresión, tenía una mirada vigilante.

Jacqueline repitió:

—Dígame algo sobre usted misma.

Siempre obediente, Cornelia intentó completar su biografía. Hablaba, hablaba incesantemente, entrando en detalles nimios e innecesarios de su vida diaria. Estaba poco acostumbrada a llevar la voz cantante. Ella había sido siempre la que le tocaba escuchar.

Sin embargo, la señorita Bellefort parecía interesarse por su narración, pues cuando, agotados sus recursos, se detuvo, la otra muchacha le instó:

—Continúe. Cuénteme más…

Y Cornelia prosiguió.

¿Qué hora sería? Con toda seguridad muy tarde. Había estado hablando sin cesar. Si por lo menos sucediese algo definitivo… E inmediatamente, como respuesta a sus deseos, algo sucedió. Sólo que en aquel momento parecía natural…

Jacqueline volvió la cabeza y dijo a Simon Doyle:

—Toca el timbre, Simon. Quiero beber más.

Simon Doyle levantó sus ojos de la revista que leía y respondió secamente:

—Los camareros se han acostado. Es más de la medianoche.

—Te digo que quiero beber más.

—Ya has bebido bastante, Jacqueline —repuso Simon.

Ella se levantó furiosa y le apostrofó:

—¿Qué te importa a ti lo mío?

—Nada —dijo él, encogiéndose de hombros.

Ella se quedó observándolo unos instantes. Luego habló:

—¿Qué te pasa, Simon? ¿Tienes miedo?

Simon no respondió. Volvió a coger la revista.

Cornelia murmuró:

—¡Oh, querida, es demasiado tarde…! Debo…

Jacqueline le dijo:

—No se vaya a acostar. Quiero que quede una mujer conmigo… para ayudarme —rompió a reír de nuevo—. ¿Sabe usted por qué me teme Simon? Cree que voy a contarle la historia de mi vida.

—¡Oh… pues…! —Cornelia vaciló.

—Vea usted, él y yo íbamos a casarnos.

—¿De… ve… ras?

Cornelia era presa de diversas emociones. Estaba tremendamente nerviosa, pero al mismo tiempo sentíase con gusto

asombrada. ¡Cuan culpable le parecía Simon por aquella renuncia!

—Sí. Es una historia muy triste —prosiguió Jacqueline. Su voz suave sonaba débil y burlona—. Me trató con bastante desconsideración. ¿Verdad, Simon?

Simon dijo burlonamente:

—Vete a acostar, Jacqueline. Estás borracha.

—Si estás nervioso, querido Simon, más vale que te vayas de aquí.

Simon Doyle la miró. La mano que asía la revista le temblaba un poco. Pero dijo secamente:

—Me quedo.

Cornelia murmuró por tercera vez:

—Me voy… es demasiado tarde…

—No se irá —aseguró Jacqueline—; usted se quedará aquí para oír lo que voy a decir —la asió por el hombro y la obligó a sentarse en la silla.

—Jacqueline —ordenó Simon con voz cortante—, basta de hacer locuras y acuéstate.

Jacqueline se sentó bruscamente en su asiento. Las palabras fluían de su boca en un torrente suave y susurrante.

—Tienes miedo de que arme un escándalo, ¿eh? Eres tan inglés… tan reticente. Quieres que me comporte decentemente, ¿verdad? Pero a mí no me importa si mi conducta es decente o no. Vale más que te vayas de aquí, porque pienso hablar mucho.

Jim Fanthorp cerró con sumo tiento su libro, bostezó, miró a su reloj, se levantó y salió. Con ello dio pruebas de ser un sajón perfecto.

Jacqueline hizo dar la vuelta a su silla y se enfrentó con Simon.

—¡Condenado idiota! —dijo con voz pastosa—. ¿Crees que puedes tratarme como me has tratado y salirte con la tuya?

Simon Doyle abrió los labios. Lo pensó y los volvió a cerrar. Se sentó y quedó silencioso como si esperase que la explosión de la joven la dejaría exhausta si él no decía nada para provocarla.

La voz de Jacqueline fascinaba a Cornelia, que jamás había tenido ocasión de descubrir emociones de ninguna clase.

—Te dije —dialogaba Jacqueline— que te mataría antes de verte con otra mujer. ¿Crees que no pienso hacer lo que digo? *Estás en un error*. He estado esperando hasta ahora… ¡Tú eres *mi hombre*…! ¿Lo

oyes? Me perteneces…

Simon no pronunció una palabra. La mano de Jacqueline hurgó un momento en su falda. La joven se inclinó hacia delante.

—Te dije que te mataría y pensaba hacerlo tal como te lo decía… —su mano se alzó de pronto con algo que brillaba—. Te mataré como a un perro… como a un perro sarnoso que eres…

Ahora quiso actuar Simon. Dio un salto, pero en aquel momento Jacqueline apretó el gatillo.

Simon se retorció, cayó sobre una silla. Cornelia dio un grito y salió corriendo del salón. Jim Fanthorp estaba en cubierta, inclinado sobre la barandilla. Lo llamó.

—¡Señor Fanthorp! ¡Señor Fanthorp!

Éste corrió hacia la joven. Ella le asió su brazo y dijo incoherentemente:

—¡Le ha herido! ¡Le ha herido!

Simon Doyle yacía aún como había caído. Jacqueline lo miraba como paralizada. Temblaba violentamente y sus ojos dilatados y horrorizados contemplaban fascinados la mancha carmesí que se extendía por el pantalón de Simon, precisamente por debajo de la rodilla, en donde él apretaba con fuerza un pañuelo contra la herida. Ella balbució:

—No tenía la intención… Yo no quería… ¡Oh, Dios mío! De verdad que no…

La pistola se desprendió de sus dedos temblorosos y cayó con ruido sordo sobre la madera del suelo. Ella le dio un puntapié con gran furia. Fue a parar debajo de una otomana.

Simon, con voz débil, exclamó:

—Fanthorp, por todos los santos… alguien viene… Diga que no ha sido nada… Sólo un accidente… No quiero que se promueva un escándalo por esto…

Fanthorp asintió con rápida comprensión. Se dirigió rápidamente hacia la puerta, en donde acababa de aparecer el asustado rostro de un nubio.

—No es nada, nada en absoluto. Fue una broma.

La negra faz parecía dudosa. Luego se tranquilizó. Mostró los dientes en un esbozo de sonrisa. El muchacho desapareció.

Fanthorp volvió.

—Todo va bien. No creo que lo oyese nadie. Sonó como un

taponazo… Ahora, lo que hay que hacer…

Se interrumpió. Jacqueline había empezado a llorar histéricamente.

—¡Ay, Dios mío, quisiera estar muerta… Me mataré… Estaré mejor muerta. ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho?

Cornelia se aproximó a la joven.

—¡Cállese, querida! ¡Cállese!

Simon, con la frente húmeda y el rostro contraído por el dolor, dijo apresuradamente:

—¡Llévensela! ¡Por Dios, sáquenla de aquí! ¡Condúzcala a su camarote, Fanthorp! ¡Usted, señorita Robson, tenga la bondad de traer a su enfermera! —Miró suplicante a ambos—. No la dejen. Cuando hayan llamado a la enfermera, traigan al doctor Bessner. Pero, por Dios vivo, no permitan que esto llegue a oídos de mi mujer.

Jim Fanthorp hizo un gesto de asentimiento comprensivo. Aquel hombre silencioso probaba su sangre fría y su competencia en un caso de emergencia.

Entre él y Cornelia condujeron a la muchacha, que lloraba y forcejeaba, a su camarote. Allí continuó dándoles quehacer.

—Me ahogaré… Me ahogaré… No merezco vivir. ¡Oh, Simon, Simon!

Fanthorp dijo a Cornelia:

—Vaya usted y traiga a la señorita Bowers. Yo me quedaré con ella hasta que usted vuelva.

Tan pronto como se hubo marchado Cornelia, Jacqueline se aferró a Fanthorp.

—Su pierna sangra… está rota… la hemorragia puede matarle. ¡Debo ir a su lado…! ¡Oh, Simon, Simon! ¿Cómo he podido…?

Había alzado la voz. Fanthorp le dijo con seriedad:

—¡No grite! ¡No será nada!

—¡Déjeme! ¡Déjeme que me tire al agua! ¡Quiero matarme!

Fanthorp, asiéndola por los hombros, la obligó a acostarse sobre el lecho.

—No se mueva. No haga tonterías. Serénese. No ha pasado nada, le digo. Cálmese y no diga tonterías.

La muchacha intentó seguir sus consejos, cosa que le tranquilizó; pero dio un suspiro de alivio cuando se entreabrieron las cortinas y

la eficiente señorita Bowers, cubierta con un horrible quimono, entró acompañada por Cornelia.

—Bien, ya estamos —dijo la señorita Bowers bruscamente—. ¿Qué pasa?

Empezó la tarea, sin ningún signo de sorpresa o alarma.

Fanthorp, agradecidísimo, dejó a la muchacha en las competentes manos de la señorita Bowers y se dirigió apresuradamente al camarote ocupado por el doctor Bessner.

Llamó y entró seguidamente.

—¿El doctor Bessner?

Un ronquido terrible terminó y una voz sobresaltada dijo:

—¿Eh? ¿Qué hay?

Fanthorp había encendido ya la luz.

—Es Doyle. Está herido de un tiro. La señorita Bellefort ha disparado contra él. Está en el salón. ¿Puede usted venir?

El grueso doctor reaccionó prontamente. Formuló unas cuantas preguntas lacónicas, se puso las zapatillas y una bata, recogió una cajita provista de artículos de cura y acompañó a Fanthorp al vestíbulo.

Simon había conseguido abrir la ventana que tenía a su lado. Apoyaba la cabeza en ella, inhalando el aire. Su rostro tenía un aspecto cadavérico.

El doctor Bessner se le aproximó.

—¿Ja? ¡Ah! ¿Qué tenemos aquí?

Un pañuelo empapado de sangre yacía en la alfombra y en la alfombra misma aparecía una mancha negra.

El examen del doctor estaba puntuado con exclamaciones y gruñidos teutónicos.

—Sí, esto presenta un cariz feo. El hueso está fracturado. Y una gran pérdida de sangre. Herr Fanthorp, usted y yo debemos trasladarlo a mi camarote. Sí, así. No puede caminar. Tenemos que llevarle así.

Cuando lo alzaban, Cornelia apareció en el umbral.

Al verla, el doctor emitió un gruñido de satisfacción.

—¡Ah! ¿Es usted? Bien. Venga con nosotros. Necesito ayuda. Usted colaborará mejor que mi amigo. Él está algo pálido ya.

Fanthorp lanzó una mirada débil.

—¿Llamó a la señorita Bowers? —preguntó.

El doctor Bessner dirigió una mirada calculadora a Cornelia.

—Usted podrá ayudarnos perfectamente, señorita —anunció—. No se desmayará ni hará ninguna tontería, ¿verdad?

—Puedo hacer lo que usted me diga —respondió Cornelia vivamente

La procesión desfiló por la cubierta. Los diez minutos siguientes fueron puramente quirúrgicos y el señor Fanthorp pasó un mal rato. Estaba avergonzado de la superior fortaleza exhibida a la sazón, por Cornelia.

—Ya está. Es lo mejor que podemos hacer —anunció el doctor Bessner, finalmente—. Se ha portado usted como un héroe, amigo mío —palmoteó con un gesto de aprobación el hombro de Simon Doyle. Luego sacó una jeringuilla.

—Ahora le daré algo para que duerma. Su esposa, ¿qué me dice de ella?

Simon contestó débilmente:

—No es necesario que ella sepa nada hasta por la mañana. Yo… no hay que culpar a Jacqueline… Ha sido culpa mía. La traté ignominiosamente… pobre chiquilla… No sabía lo que hacía…

Bessner movió la cabeza en señal de comprensión.

—Sí, sí, comprendo…

—Fue culpa mía —insistió Simon. Sus ojos se posaron sobre Cornelia—. Alguien… alguien debe quedarse con ella… Podría hacerse daño… la pobre.

El doctor Bessner inyectó la aguja hipodérmica. Cornelia dijo en tono competente:

—Muy bien, señor Doyle. No se preocupe. La señorita Bowers le hará compañía toda la noche…

Una expresión de agradecimiento cruzó el rostro de Simon. Sus ojos se cerraron. De repente los abrió.

—Fanthorp.

—Sí, Doyle.

—La pistola… No debe dejarla en el suelo… Los muchachos la encontrarán por la mañana.

—Muy bien. Iré a recogerla ahora mismo.

Salió del camarote y cruzó la cubierta. La señorita Bowers apareció en la puerta del camarote de Jacqueline.

—Ella está bien ahora —anunció—. Le he dado una inyección de

morfina.

—Pero ¿se quedará usted con ella?

—¡Oh, sí! La morfina excita a algunas personas. Le haré compañía toda la noche.

Fanthorp fue al vestíbulo.

Unos tres minutos después sonó un golpecito en la puerta del camarote del doctor Bessner.

—¿Doctor Bessner?

—¿Sí?

Fanthorp le indicó con una seña que saliera a la cubierta.

—Escuche, no encuentro esa pistola.

—¿Qué dice?

—La pistola. Cayó de la mano de la muchacha. Ella le dio un puntapié y el arma fue a parar debajo de una otomana. ¡La pistola no está ahora debajo de esa otomana!

Se contemplaron mutuamente.

—Pero ¿quién puede haberla cogido?

Fanthorp se encogió de hombros. Bessner dijo:

—Es extraño. Pero no veo lo que podemos hacer.

Perplejos y vagamente alarmados, los dos hombres se separaron.

CAPÍTULO XIII

Hércules Poirot se estaba quitando el jabón de su rostro recién afeitado cuando se oyó un golpecito rápido en la puerta. Seguidamente, el coronel Race entró sin más ceremonias. Cerró la puerta tras sí. Dijo:

—Su instinto acertó. Ha ocurrido.

Poirot se enderezó y preguntó vivamente:

—¿Qué ha ocurrido?

—Linnet Doyle está muerta. De un tiro en la cabeza. Sucedió anoche.

Poirot guardó silencio durante un minuto. En su mente surgieron vivamente la imagen de una muchacha, en un jardín de Assuán, que decía con voz dura, sin tomar aliento: «Me gustaría arrimar mi pistola a su cabeza y simplemente apretar el gatillo», y más reciente, la misma voz que decía: «Tiene una la impresión de que no se puede continuar… la clase de día cuando acaece algo»; y aquella extraña y momentánea llamada en sus ojos. ¿Qué le había sucedido que no respondió a aquella llamada? Había estado ciego, sordo, estúpido, con su falta de sueño…

Race prosiguió:

—Tengo cierta categoría oficial; me llamaron. Lo dejaron todo en mi mano. El barco debe partir dentro de media hora, pero será retrasado hasta que usted me avise. Existe la posibilidad, desde luego, de que el asesino haya venido de tierra.

Poirot movió negativamente la cabeza. Race asintió con un gesto.

—Conforme. Puede descartarse. Bien, es cosa de usted.

Poirot se había estado vistiendo con destreza y celeridad. Dijo:

—Estoy a su disposición.

Los dos hombres salieron a la cubierta.

Race dijo:

—Bessner debe estar allí ya. Un camarero fue a buscarle.

Había cuatro camarotes de lujo dotados de cuarto de baño en el barco. De los dos de babor, uno estaba ocupado por el doctor Bessner; el otro, por Andrés Pennington. En la parte de estribor, el primero lo ocupaba la señorita Van Schuyler; el otro, al lado, Linnet Doyle. El camarote o cuarto de vestir de su esposo era el de la parte de al lado.

Un camarero de rostro blanco como la cera estaba de pie delante de la puerta del camarote de Linnet Doyle. Abrió para que los dos hombres entrasen.

El doctor Bessner estaba inclinado sobre la cama. Alzó la vista y gruñó al ver entrar a los otros.

—¿Qué puede decirnos, doctor? —preguntó Race amablemente.

Bessner se acarició pensativamente la mandíbula.

—¡Ah! Un tiro a bocajarro. Mire, encima mismo de la oreja. Por ahí penetró la bala. Yo diría que es del calibre 22. La pistola fue arrimada a la cabeza Mire esta manchita negra. La piel está chamuscada. Estaba dormida. No hubo lucha. El asesino se aproximó con sigilo en la oscuridad. Y la mató cuando ella yacía en la cama dormida.

—*Ah, non!* —gritó Poirot—. Jacqueline Bellefort avanzando con sigilo en la oscuridad, pistola en mano… No, no, no encaja en este cuadro.

—Pero eso fue lo que ocurrió.

—Sí, sí. No quería decir lo que usted imagina. No le contradecía a usted.

Bessner emitió un gruñido de satisfacción. Poirot se aproximó. Linnet yacía de costado. Su actitud era natural, tranquila. Pero encima de la oreja había un agujerito.

Su mirada se posó sobre la pared pintada de blanco, y contuvo el aliento bruscamente.

La nítida blancura aparecía manchada por una letra grande, una J, garabateada con ingrediente rojizo oscuro.

Poirot lo miró con fijeza, asombrado; luego se inclinó sobre la muchacha muerta y muy suavemente le asió la mano derecha. Un dedo aparecía manchado de rojo oscuro.

Race dijo:

—¿Qué opina usted. Poirot?

—Me pregunta qué opino. *Eh bien*, es muy sencillo, ¿no es verdad? La señora Doyle está agonizando, quiere indicar el nombre del asesino y escribe con el dedo mojado en su propia sangre la letra inicial del nombre de su asesino. ¡Oh, sí! ¡Es muy sencillo!

El doctor fue a hablar, pero un gesto perentorio de Race le detuvo.

—¿De modo que eso le parece a usted? —preguntó lentamente.

Poirot movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, sí. Es, como he dicho, de una simplicidad asombrosa. Tan familiar, ¿no es verdad? ¡Se ha ejecutado tan a menudo en las páginas del crimen! Pero en efecto, ahora eso resulta un poco *vieux jeu*. Nos induce a sospechar que nuestro asesino es algo anticuado.

Race dijo:

—Comprendo. Creía al principio… —Calló.

Poirot dijo con una sonrisa levísima:

—¿Que yo creía en los viejos trucos del melodrama? Pero dispense, doctor, ¿estaba usted a punto de decir…?

Bessner prorrumpió guturalmente:

—¿Qué digo yo? ¡Bah! ¡Digo que es absurdo, una tontería! La pobre señora murió instantáneamente. Eso de meter el dedo en la sangre, y como usted ve, apenas hay sangre, y escribir una J en la pared… ¡Bah! ¡Tontería! ¡La tontería melodramática!

—*C'est infantillage!* —asintió Poirot.

—Pero fue ejecutado con un propósito determinado —sugirió Race.

—Naturalmente.

—¿Qué significa la J?

—La J significa Jacqueline de Bellefort, una señorita que hace menos de una semana me declaró que no desearía nada mejor que… —Hizo una pausa y deliberadamente citó—: «arrimar mi pistola a su cabeza y luego simplemente apretar el dedo…»

Hubo un silencio momentáneo.

—Que es lo mismo que sucedió aquí —observó Race.

Bessner asintió con la cabeza.

—Era una pistola de calibre muy pequeño, como he dicho, probablemente del 22. Desde luego, habrá que extraer el proyectil antes de establecerlo definitivamente.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—No me atrevería a precisar demasiado. Ahora son las ocho. Teniendo en cuenta la temperatura de anoche, diré que ha estado muerta ciertamente desde hace seis horas y probablemente no hace más de ocho.

—Es decir, entre las doce de la noche y las dos de la madrugada.

—Exacto.

Race miró su reloj.

—¿Y su esposo? Supongo que duerme en el camarote de al lado.

—En este momento —declaró Bessner— está dormido en mi camarote.

Los dos hombres le miraron sorprendidos.

Bessner movió varias veces la cabeza.

—¡Ah, sí! Veo que no se lo han dicho. Al señor Doyle le dispararon un tiro anoche en el salón.

—¿Que le dispararon un tiro? ¿Quién?

—La señorita Jacqueline de Bellefort.

Race preguntó vivamente:

—¿Está malherido?

—Sí; tiene el hueso fracturado. He hecho todo lo posible por el momento. Pero es necesario, lo comprenderán ustedes, sacar una radiografía de la fractura lo antes posible y someterle a un tratamiento adecuado, lo cual es imposible a bordo de este barco.

Poirot murmuró:

—Jacqueline de Bellefort.

Sus ojos se dirigieron de nuevo a la J escrita en la pared.

—Si no se puede hacer nada más aquí, por el momento, vayamos abajo. La dirección ha puesto el salón de fumar a nuestra disposición. Tenemos que recoger todos los detalles de lo ocurrido anoche —dijo Race.

Salieron del camarote. Race cerró la puerta con llave.

—Podemos volver después —dijo—. Lo primero que hay que hacer es esclarecer los hechos.

Bajaron a la cubierta inferior, donde encontraron al administrador del *Karnak*

El pobre hombre estaba terriblemente trastornado por lo acaecido y ansioso por dejar el asunto en manos del coronel Race.

—Creo, señor, que no puedo hacer nada mejor que dejar este

asunto en sus manos. He recibido órdenes de ponerme a su disposición en el… el… otro asunto. Si usted se encarga de todo, ordenaré que todo el mundo se ponga a su disposición.

—Muy bien. Para empezar, desearía que esta habitación estuviese reservada para mí y para el señor Poirot durante el curso de las investigaciones.

—Ciertamente, señor.

—Eso es todo, por el momento. Puede usted continuar su trabajo. Caso de necesitarle, sé dónde encontrarle.

Con expresión de alivio, el administrador salió del cuarto.

—Siéntese, Bessner —dijo Race—, y cuéntenos la historia de lo que ocurrió anoche.

Escucharon en silencio.

—Está claro —comentó Race, cuando el otro ya hubo terminado —. La muchacha se preparó para la operación ayudada por una copa a dos. Y finalmente disparó contra el hombre con una pistola del 22. Luego fue al camarote de Linnet Doyle y disparó contra ella también.

El doctor Bessner negó.

—No, no. No lo creo. No creo que eso fuese posible. No escribiría su propia inicial en la pared…, sería ridículo, *nich wahr*?

—Es posible —declaró Race—, si estaba ciegamente loca y celosa como lo parece, quizá querría… añadir su nombre al crimen, por decirlo así.

—No, no. No creo que ella fuese tan… tosca —objetó Poirot.

—En este caso, esa J no tiene más que una explicación. La escribió alguien para hacer recaer las sospechas sobre Jacqueline.

El doctor dijo:

—Sí, y el criminal no tuvo suerte, porque, verá usted, no es sólo improbable que la joven cometiese el asesinato… creo también que es imposible.

—¿Cómo es eso?

Bessner explicó la historia de Jacqueline y luego las circunstancias que indujeron a la señorita Bowers a cuidar de ella.

—Y yo creo, estoy seguro, que la señorita Bowers estuvo en su compañía toda la noche.

—Si eso es así —dijo Race—, simplificaría el caso muchísimo.

Poirot preguntó:

—¿Quién descubrió el crimen?

—La criada de la señora Doyle, Luisa Bourget. Fue a llamar como de costumbre a su ama, la encontró muerta, salió y cayó desmayada en los brazos de un camarero. Éste fue a avisar al administrador, quien vino a verme. Busqué a Bessner y luego fui a verle a usted.

—Hay que comunicárselo a Doyle —dijo Race—. ¿Dice usted que duerme aún.

—Sí, duerme aún en mi camarote. Le di un narcótico anoche.

Race se volvió hacia Poirot.

—Bien —dijo—. No creo que haya necesidad de retener al doctor más tiempo, ¿eh? Muchas gracias, doctor.

Bessner salió. Los dos hombres se miraron.

—Bien, ¿qué opina, Poirot? —preguntó Race—. Usted cuida del caso. Recibiré sus órdenes. Usted dirá lo que debe hacerse.

—*Eh bien* —dijo—. Debemos celebrar la encuesta. En primer lugar creo que debemos verificar la historia de lo acaecido anoche. Es decir, hemos de interrogar a Fanthorp y a la señorita Robson, que fueron los testigos de lo ocurrido. La desaparición de la pistola es muy significativa.

Race envió el recado por el camarero.

—¿Tiene alguna idea? —preguntó Race.

Poirot movió afirmativamente la cabeza.

—Mis ideas resultan contradictorias. No están muy coordinadas todavía. Hay el hecho importante de que esta muchacha odiaba a Linnet Doyle y quería matarla.

—¿La cree capaz de ello?

—Creo que… sí. —La voz de Poirot sonó dudosa.

—Pero ¿no de ese modo? Es lo que le preocupa, ¿no es cierto? No introduciéndose con sigilo en su camarote en la oscuridad para matarla de un tiro mientras dormía. ¿Es la sangre fría con que se cometió el crimen lo que le hace dudar?

—En cierto sentido, sí.

—Usted cree que esa muchacha, Jacqueline de Bellefort, es incapaz de cometer un asesinato premeditado, a sangre fría.

—No estoy muy seguro. Que ella posee suficiente inteligencia para hacerlo, lo creo. Pero dudo que, físicamente, pudiera decidirse a cometer el acto —dijo Poirot.

—Sí, comprendo. Bien, según la historia de Bessner, también habría sido imposible físicamente.

—Si eso es verdad, aclara la cuestión considerablemente. Abriguemos la esperanza de que es verdad.

La puerta se abrió y Fanthorp y Cornelia entraron. Bessner los seguía. Cornelia exclamó:

—¿No es verdaderamente terrible? ¡Pobre señor Doyle!

—Queremos saber exactamente lo que aconteció anoche, señorita Robson —dijo Race.

Cornelia empezó algo confusamente, pero una pregunta o dos de Poirot la ayudaron.

—Ah, sí, ya comprendo. Después del *bridge*, la señora Doyle fue a su camarote. Y yo me pregunto: ¿fue realmente a su camarote o pudo ir a otro sitio?

—Sí que fue —declaró Race—. Yo la vi. Le di las buenas noches en la puerta.

—¿Y la hora?

—Cielos, no podría decirlo —contestó Cornelia.

—Eran las once y veinte —indicó Race.

—Bien. Entonces a las once y veinte la señora Doyle estaba viva y sana. En aquel momento había en el salón… ¿quién?

Fanthorp respondió:

—Doyle estaba allí. Y la señorita Bellefort. La señorita Robson y yo.

—Así es —confirmó Cornelia—. El señor Pennington tomó una copa y luego fue a acostarse.

—Eso fue, ¿cuándo?

—Unos tres o cuatro minutos después.

—¿Antes de las once y media, entonces?

—Oh, sí.

—De modo que quedaron en el salón: usted, la señorita Robson, la señorita Bellefort, el señor Doyle y el señor Fanthorp ¿Qué hacían ustedes?

—El señor Fanthorp leía un libro. Yo me entretenía con unos bordados. La señorita Bellefort estaba… estaba…

Fanthorp acudió en su ayuda.

—Bebiendo más de la cuenta.

—Sí —confirmó Cornelia—. Me hablaba a mí mayormente,

preguntándome cosas de nuestro país. Y ella seguía diciendo cosas. Pero creo que iban dirigidas al señor Doyle. Él se estaba poniendo furioso, pero no dijo nada. Creo que pensó que si callaba tal vez se apaciguaría.

—¿Y ella no se calmó?

Cornelia movió ligeramente la cabeza.

—Intenté marcharme una o dos veces, pero me hizo quedar y yo estaba poniéndome nerviosa. Luego el señor Fanthorp se incorporó y salió…

—La situación era algo violenta —explicó Fanthorp—. Creí que sería mejor salir disimuladamente. La señorita de Bellefort estaba disponiéndose a armar un escándalo.

—Y luego sacó la pistola —continuó Cornelia—. El señor Doyle dio un salto para arrebatársela. La pistola se disparó y le hirió en una pierna. Luego ella empezó a sollozar y a llorar. Yo estaba espantada y salí corriendo tras el señor Fanthorp. Él volvió conmigo y el señor Doyle dijo que no armásemos ningún escándalo. Uno de los camareros, al oír la detonación, subió corriendo. Pero el señor Fanthorp le dijo que no ocurría nada. Luego llevamos a Jacqueline a su camarote y el señor Fanthorp se quedó con ella mientras yo salía a buscar a la señorita Bowers.

—¿A qué hora fue eso?

—¡Cielos, no lo sé!

Fanthorp respondió prontamente:

—Serían las doce y media cuando llegué a mi camarote.

—Quiero estar seguro sobre uno o dos puntos —declaró Poirot —. Después que la señora Doyle salió del salón, ¿alguno de ustedes cuatro salió también?

—No.

—¿Está usted completamente seguro de que la señorita de Bellefort no abandonó el salón?

—Completamente seguro. Ni Doyle, ni la señorita de Bellefort, ni la señorita Robson, ni yo, salimos del salón.

—Bien. Esto establece el hecho de que la señorita de Bellefort no pudo posiblemente haber matado a la señora Doyle antes, digamos, antes de las doce y veinte. Ahora bien, señorita Robson, usted fue a buscar a la señorita Bowers. ¿Estuvo la señorita de Bellefort sola en su camarote durante ese período?

—No, el señor Fanthorp permaneció en su compañía.

—Bien. Hasta ahora la señorita de Bellefort puede presentar una coartada perfecta. La señorita Bowers es la siguiente persona que hay que interrogar. Pero antes de llamarla, desearía conocer su opinión sobre uno o dos puntos. El señor Doyle, dice usted, estaba ansioso porque la señorita de Bellefort no quedase sola. ¿Temía él, cree usted, que ella premeditara entonces algún acto imprudente?

—Ésa es mi opinión —declaró Fanthorp.

—¿Temía él que ella atacase a la señora Doyle?

—No —respondió Fanthorp meneando la cabeza—. No creo que fuese ésa su idea. Creo que temía que ella pudiese… hacerse daño a sí misma.

—¿Un suicidio?

—Sí. Usted verá. Ella estaba serena, pero acongojada por lo que había hecho. Se reprochaba a sí misma. No hacía más que decir que sería mejor que estuviese muerta.

Cornelia dijo tímidamente:

—Creo que él estaba angustiado por ella. Le habló… bondadosamente. Le dijo que era culpa suya, que él la había tratado mal.

—Ahora pasemos a la pistola —continuó Poirot—. ¿Qué se hizo del arma?

—Ella la soltó —declaró Cornelia.

—¿Y después?

Fanthorp explicó que él volvió para buscarla, pero el arma había desaparecido.

—¡Aja! —dijo Poirot—. Ahora llegamos a lo interesante. Hablemos, se lo ruego, con precisión. Descríbame exactamente lo que ocurrió.

—La señorita de Bellefort la dejó caer. Luego la apartó de un puntapié.

—Y fue a parar debajo de una otomana, dice usted. Ahora tenga mucho cuidado. ¿La señorita de Bellefort no recuperó aquella pistola antes de abandonar el salón?

Fanthorp y Cornelia estaban muy seguros sobre este punto.

—Precisamente. Yo procuro ser muy exacto. Cuando la señorita de Bellefort sale del salón, la pistola está debajo de la otomana. Y puesto que la señorita de Bellefort no ha quedado sola, estando en

compañía del señor Fanthorp, no tiene ocasión de recuperar el arma después de salir ella del salón. ¿Qué hora era, señor Fanthorp, cuando volvió a buscarla?

—Poco antes de las doce y media.

—¿Y cuánto tiempo había transcurrido desde que usted y el doctor Bessner sacaron al señor Doyle del salón hasta que usted volvió a buscar la pistola.

—Unos cinco minutos, quizás algo más.

—Entonces en esos cinco minutos, alguien saca la pistola del lugar donde estaba, fuera del alcance de la vista, debajo de la otomana. Ese alguien no fue la señorita de Bellefort. ¿Quién fue? Parece probable que la persona que la cogió fue el asesino de la señora Doyle. Podemos suponer también que esa persona oyó o vio algo de lo ocurrido poco antes.

—No veo cómo saca esa conclusión —objetó Fanthorp.

—Porque —explicó Hércules Poirot— usted acaba de decirme que la pistola estaba fuera del alcance de la vista, debajo de la otomana. Por lo tanto, es difícilmente creíble que fuera descubierta por casualidad. La cogió alguien que sabia que estaba allí. Por consiguiente, ese alguien debe haber presenciado la escena.

Fanthorp sacudió la cabeza.

—No vi a nadie cuando salí a la cubierta, poco antes de dispararse el tiro.

—Ah, pero usted salió por la puerta del lado de estribor.

—Sí. Por el lado donde está mi camarote.

—En tal caso, si hubiese habido alguien en la puerta del lado de babor, mirando por los cristales, ¿usted no le habría visto?

—No —admitió Fanthorp.

—¿Oyó alguien el tiro excepto el muchacho nubio?

—Que yo sepa, no. Verá, las ventanas estaban cerradas. La señorita Van Schuyler notó una corriente de aire a primeras horas de la noche. Las puertas estaban cerradas. Dudo que el disparo fuese oído. Sonaría como el taponazo de un corcho.

Race dijo:

—Que yo sepa, nadie parece haber oído el otro disparo, el tiro que mató a la señora Doyle.

—Eso lo investigaremos dentro de poco —indicó Poirot—. Por el momento, nos ocupamos de mademoiselle de Bellefort. Hemos de

hablar con la señorita Bowers. Primero, antes de que se marchen, me darán ustedes una pequeña información referente a ustedes mismos —agregó dirigiéndose a Cornelia y a Fanthorp—. Así no será necesario volver a llamarles después. Usted primero, monsieur, su nombre entero.

—Jaime Lechdale Fanthorp.

—¿Dirección?

—Glanmore House, Market Dennington, Northamptonshire.

—¿Profesión?

—Soy abogado.

—¿Sus razones para visitar este país?

Hubo una pausa. Por primera vez, el impasible señor Fanthorp apareció desconcertado. Al fin dijo:

—Por… placer.

—¡Aja! —dijo Poirot—. Toma usted vacaciones, ¿eh?

—Sí…

—Muy bien, señor Fanthorp. ¿Quiere darme una breve descripción de sus movimientos de anoche, después de los sucesos que acabamos de relatar?

—Me marché directamente a la cama.

—Eso fue, ¿a…?

—Poco después de las doce y media.

—¿Su camarote es el número veintidós, que está al lado de estribor, el más cercano al salón?

—Sí.

—Le haré una pregunta más. ¿Oyó algo… algo, después de irse a su camarote?

Fanthorp reflexionó.

—Me acosté seguidamente. Me pareció haber oído una especie de chapoteo cuando me quedaba dormido. Nada más.

—¿Oyó una especie de chapoteo? ¿Cerca?

—Realmente no podría decir. Estaba medio dormido ya.

—¿A qué hora fue eso?

—Podría haber sido cerca de la una.

—Gracias, señor Fanthorp. Eso es todo.

Poirot se dirigió a Cornelia.

—Ahora, señorita Robson. ¿Su nombre?

—Cornelia Ruth. Mis señas. The Red House. Bellfield,

Connecticut.

—¿Qué le trajo a usted a Egipto?

—Mi prima María, la señorita Van Schuyler, me trajo con ella de viaje.

—¿Conocía usted al señor Doyle, con anterioridad a ese viaje?

—No.

—¿Qué hizo usted anoche?

—Me fui seguidamente a la cama, después de ayudar al doctor Bessner en la curación de la pierna del señor Doyle.

—¿Su camarote es…?

—El cuarenta y uno, situado en el lado de babor, al lado mismo del de la señorita Bellefort.

—¿Oyó algo?

Cornelia movió negativamente la cabeza.

—No oí nada.

—¿Ningún chapoteo?

—No. Pero no podría oírlo, porque el barco está arrimado a la orilla por mi lado.

—Gracias, señorita Robson. Ahora quizá tendrá la amabilidad de rogar a la señorita Bowers que venga aquí un momento.

Fanthorp y Cornelia salieron.

—Esto parece estar bastante claro —comentó Race—. A menos que tres testigos independientes estén mintiendo, Jacqueline de Bellefort no pudo haber cogido la pistola. Pero alguien lo hizo. Y alguien oyó la escena. Y alguien escribió una J en la pared.

Sonó un golpecito en la puerta. La señorita Bowers entró.

En respuesta a Poirot, dio su nombre, domicilio, etc., añadiendo:

—He estado cuidando a la señorita Van Schuyler desde hace más de dos meses.

—¿La salud de la señorita Van Schuyler está muy delicada?

—Ella no es muy joven, está pensando siempre en su salud y le gusta tener una enfermera a su lado. No tiene nada de particular. Simplemente le gusta que la cuiden y se ocupen de ella. Está dispuesta a pagar estos servicios.

Poirot movió comprensivamente la cabeza. A continuación dijo:

—Tengo entendido que la señorita Robson la fue a buscar a usted anoche.

—Sí, así es.

—¿Quiere decirme exactamente lo que sucedió?

—La señorita me explicó lo ocurrido y la acompañé. Encontré a la señorita de Bellefort en un estado de excitación nerviosa próximo al histerismo.

—¿Pronunció ella algunas amenazas contra la señora Doyle?

—No. Se reprochaba a sí misma. Yo diría que había ingerido una buena cantidad de bebidas espirituosas. Me pareció que no debía dejársela sola. Le di una inyección de morfina y le hice compañía.

—¿La señorita de Bellefort salió de su camarote?

—No, no salió.

—¿Y usted?

—Estuve con ella hasta las primeras horas de esta mañana.

—¿Está segura?

—Completamente segura.

—Gracias, señorita Bowers.

La enfermera salió. Los dos hombres se miraron.

Jacqueline quedaba definitivamente descartada del crimen. ¿Quién mató entonces a Linnet Doyle?

CAPÍTULO XIV

—Alguien robó la pistola. ¡No fue Jacqueline de Bellefort! Alguien sabía lo suficiente para tener el convencimiento de que el crimen sería atribuido a ella. Pero ese alguien no sabía que una enfermera iba a darle una inyección de morfina y pasaría toda la noche con ella. Añadiré otra cosa más. Alguien ya había intentado matar a Linnet Doyle, lanzando una roca por el acantilado. Ese alguien no fue Jacqueline de Bellefort. ¿Quién fue?

El que hablaba era Race. Poirot contestó:

—Sería más sencillo decir quién no pudo haber sido. Ni el señor Doyle, ni la señora Allerton, ni el señor Allerton, ni la señorita Van Schuyler, ni la señorita Bowers. Ninguno de ellos estaban al alcance de la vista.

—¡Hum! —murmuró Race—. Eso deja un campo muy vasto. ¿Y el móvil?

—Ahí es donde espero que el señor Doyle pueda ayudarnos. Han ocurrido varios incidentes.

La puerta se abrió y Jacqueline de Bellefort entró. Estaba palidísima y tropezó al andar.

—Yo no lo hice —declaró. Su voz semejaba a la de una criatura asustada—. Yo no lo hice. Oh, por favor, créame. Todo el mundo pensará que yo lo hice… pero yo no lo hice… Es terrible. Ojalá no hubiese ocurrido. Pude haber matado a Simon anoche… creo que yo estaba loca. Pero yo no hice lo otro.

Se sentó y comenzó a llorar. Poirot le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tranquilícese, tranquilícese. Sabemos que usted no mató a la señora Doyle. Está probado, sí, probado, *mon enfant*. No fue usted.

—Pero, ¿quién lo hizo?

—Esa —declaró Poirot— es la pregunta que nosotros nos

hacemos. ¿Puede ayudarnos en eso, hija mía?

—No sé… no puedo imaginarme… No, no tengo la más remota idea —frunció el ceño—. No —dijo al fin—. No puedo imaginarme a nadie que quisiera verla muerta —su voz titubeo—, excepto yo.

—Dispense un momento —dijo Race—. Se me ocurre una cosa.

Salió precipitadamente de la habitación.

Jacqueline de Bellefort permaneció sentada con la cabeza baja, retorciendo nerviosamente los dedos. Prorrumpió de pronto:

—La muerte es horrible… horrible. Detesto el pensar en ella.

Poirot dijo:

—Sí. No es agradable pensar que ahora, en este mismo momento, alguien se está regocijando por la afortunada ejecución de su plan.

—¡No! ¡Por favor! —exclamó Jacqueline—. Suena horrible del modo como lo expone usted.

—Es verdad.

—Yo… yo quería verla muerta y ella está muerta. Y lo que es peor… murió tal como yo lo dije.

—Sí, mademoiselle. Murió de un tiro en la cabeza.

La joven gritó:

—¡Entonces yo tenía razón, en el hotel de las Cataratas! ¡Alguien escuchaba!

—¡Ah! —Poirot asintió con un movimiento de cabeza—. Me preguntaba si usted recordaba esa coincidencia. Sí, es demasiada coincidencia… que la señora Doyle haya muerto del modo que usted describió.

Jacqueline se estremeció.

—El hombre de aquella noche, ¿quién podría ser?

—¿Está completamente segura de que fue un hombre, mademoiselle?

Jacqueline le miró con sorpresa.

—Sí, desde luego. A lo menos…

—¿Sí, mademoiselle?

Ella enarcó las cejas, entornando los ojos, en un esfuerzo para recordar. Dijo lentamente:

—*Me pareció* que era un hombre…

—¿Pero ahora no está segura de ello?

—No, no puedo estar segura. Simplemente supuse que era un

hombre. Pero realmente no era más que una figura… una sombra.

Hizo una pausa, y como Poirot no dijo nada, preguntó:

—¿Cree que debió de ser una mujer? Pero, ¿es seguro que ninguna de las mujeres de este barco puede haber querido matar a Linnet? ¿Puede usted creerlo?

Poirot movió la cabeza de un lado a otro.

La puerta se abrió y Bessner entró.

—¿Quiere venir a hablar con el señor Doyle, monsieur Poirot? Quiere verle.

Jacqueline se puso en pie de un salto.

—¿Cómo está? ¿Está… bien?

—Naturalmente que no está bien —reprochó el doctor—. Tiene un hueso fracturado.

—¿Pero no morirá? —gritó Jacqueline.

—Ah, ¿quién habla de morirse? Cuando lleguemos a la civilización se le sacará una radiografía y se le someterá a un tratamiento apropiado.

—¡Oh! —las manos de la muchacha se estremecieron convulsivamente. Se hundió de nuevo en su asiento.

Poirot salió acompañando al doctor, y en aquel momento Race se aproximó. Subieron a la cubierta de paseo y fueron al camarote de Bessner.

Simon Doyle yacía sostenido por unos cojines, con una jaula improvisada sobre su pierna.

—Hagan el favor de entrar. El doctor me ha hablado… me ha hablado de Linnet. No puedo creerlo… Simplemente no puedo creerlo… no puedo creer que sea verdad.

—Lo sé. Es un golpe fuerte —dijo Race.

Simon tartamudeó:

—Ustedes saben… Jacqueline no lo hizo. ¡Tengo el convencimiento de que Jacqueline no lo hizo! La situación es grave para ella, pero ella no lo hizo. Ella… estaba algo embriagada anoche, excitada, y por eso me agredió. Pero ella… ella no cometería un *asesinato*… un asesinato a sangre fría.

Poirot dijo dulcemente:

—No se acongoje, señor Doyle. La señorita de Bellefort no mató a su esposa.

—¿No me engaña?

—Pero puesto que no fue la señorita de Bellefort —continuó el detective—, ¿puede usted darnos alguna idea de quién pudo haber sido?

Simon meneó negativamente la cabeza.

—Parece fantástico. Está Windleshaw, desde luego. Linnet le despreció, más o menos, para casarse conmigo… pero no puedo imaginarme a un individuo tan cortés como Windleshaw cometiendo un asesinato; además, está a muchas millas de aquí. Lo mismo puede decirse del viejo sir Jorge Wode, no puede ver a Linnet por el asunto de la casa, le desagradó el modo como ella la iba echando abajo; pero él se encuentra a miles de millas de aquí, en Londres.

—Escuche, señor Doyle —Poirot habló con tono muy serio—. El primer día que yo vine a bordo del *Karnak*, me impresionó una conversación que tuve con su esposa. Estaba muy nerviosa, trastornada, parecía una loca. Me dijo, escuche bien, *que todo el mundo la odiaba*. Declaró que tenía miedo, que no se encontraba segura, como si todas las personas que la rodeaban fuesen sus enemigos.

—Estaba trastornada por haber encontrado a Jacqueline a bordo También lo estaba yo —declaró Simon.

—Es verdad… pero no explica del todo aquellas palabras. Cuando manifestó que estaba rodeada de enemigos, es casi seguro que exageraba, pero ello significaba *más de una persona*.

—Quizá tenga usted razón —reconoció Doyle—. Creo poder explicar eso. Fue un nombre de la lista de los pasajeros lo que la trastornó.

—¿Un nombre que figura en la lista de pasajeros? ¿Qué nombre?

—Verá usted. Ella realmente no me lo dijo. En verdad, yo ni siquiera escuchaba muy atentamente. Yo pensaba en Jacqueline entonces. Según recuerdo, Linnet dijo algo referente a jugar una mala pasada a alguien en asuntos de negocios, y que la ponía nerviosa encontrar a alguien que tuviese inquina a su familia. Verá usted, aunque yo realmente desconozco la historia de su familia muy bien, tengo entendido que la madre de Linnet era hija de un millonario. Su padre era un hombre rico, pero después de su casamiento empezó a especular en la Bolsa. Resultado de esto, naturalmente, algunas personas salieron perjudicadas. Comprenda

usted; la opulencia de un día, al arroyo al día siguiente. Bien, entendí que había alguien a bordo cuyo padre se había enfrentado con el padre de Linnet y había recibido un descalabro financiero. Recuerdo que Linnet decía: «Es horrible cuando la gente odia a una sin conocerla siquiera.»

—Sí —murmuró Poirot pensativamente—. Eso explica lo que ella me dijo. Por primera vez sentíase el peso de su herencia y no sus ventajas. ¿Está usted seguro, señor Doyle, de que ella no mencionó, en aquella ocasión, el nombre de esa persona?

—Realmente no presté mucha atención.

Bessner dijo secamente:

—Ah, pero yo puedo adivinarlo. Hay ciertamente un joven con un agravio a bordo.

—¿Se refiere a Ferguson? —inquirió Poirot.

—Sí. Habló contra la señora Doyle una o dos veces. Yo mismo le he oído.

—¿Qué podemos hacer para averiguarlo? —dijo Simon.

—El coronel Race y yo tenemos que interrogar a todos los pasajeros. Hasta que no hayamos recogido sus declaraciones es imprudente formular una hipótesis. Luego hay la doncella. Tenemos que interrogarla antes que a nadie. Tal vez sería conveniente que lo hiciéramos aquí. La presencia del señor Doyle puede servirnos de ayuda.

—Sí, es una buena idea —aprobó Simon.

—¿Ha estado mucho tiempo al servicio de la señora Doyle?

—Sólo un par de meses.

—¿Tenía madame algunas joyas valiosas?

—Sus perlas. Una vez me dijo que valían unas cuarenta o cincuenta mil libras —se estremeció—. ¡Dios mío! ¿Cree usted que esas malditas perlas…?

—El robo es un posible móvil —declaró Poirot—. De todos modos no parece creíble… Bien, veremos… Llamemos a la criada.

Luisa Bourget era esa misma trigueña, vivaracha, latina, que Poirot vio un día. No parecía nada vivaracha ahora. Había estado llorando y parecía estar asustada. Sin embargo, tenía su rostro una expresión de astucia que no predispuso en su favor a los hombres.

—¿Es usted Luisa Bourget?

—Sí, monsieur.

—¿Cuándo vio usted por última vez a madame Doyle viva?

—Anoche, monsieur. La esperaba en el camarote para desnudarla.

—¿A qué hora era eso?

—Poco después de las diez, monsieur. No puedo decir exactamente qué hora era. Yo desvisto a madame, la pongo en la cama y me marcho.

—Y cuando salió, ¿qué hizo usted?

—Me fui a mi camarote, monsieur, a la cubierta de abajo.

—¡Y no oyó ni vio nada más que pudiera ayudarnos?

—¿Cómo es posible, monsieur?

—Eso, mademoiselle, es usted quien ha de decirlo, no nosotros —replicó Poirot.

—Pero, monsieur, yo no me encontraba cerca… ¿Qué podía yo haber visto u oído? Yo estaba en la cubierta de abajo. Mi camarote está al otro lado del barco. Es imposible que yo haya oído alguna cosa. Naturalmente si yo no hubiese podido dormir, si yo hubiese subido la escalera, entonces quizá podría haber visto al asesino, entrar o salir del camarote de madame, pero tal como es…

Se dirigió apelando a Simon.

—Monsieur, yo le imploro a usted… ¿usted ve cómo es? ¿Qué puedo decir yo?

—Mi buena muchacha —dijo Simon ásperamente—. No sea estúpida. Nadie piensa que usted vio y oyó algo. No tema nada. Yo me cuidaré de usted. Nadie la acusa de nada.

Luisa murmuró:

—Monsieur es muy bueno —y bajó los párpados modestamente.

—¿Hemos de entender, pues, que usted no oyó ni vio nada? —intervino Race afirmando.

—Eso es lo que he dicho, monsieur.

—¿Y no conoce a nadie que tuviera ojeriza a su ama?

Ante la sorpresa de sus oyentes, Luisa movió vigorosamente la cabeza.

—Oh, sí. Eso sí que lo sé.

Poirot interrogó:

—¿Se refiere a mademoiselle de Bellefort?

—A ella ciertamente. Pero no me refiero a ella. *Había* alguien más a bordo que detestaba a madame, que estaba muy furioso por

el modo como ella le había agraviado.

—¡Cielos! —exclamó Simon—. ¿Qué es todo esto?

—¡Sí, sí, sí, es como digo! Me refiero a la anterior criada de madame, a mi antecesora. Había un hombre, uno de los maquinistas de este barco, que quería casarse con ella. Y mi antecesora, que se llamaba María, lo habría hecho. Pero madame Doyle efectuó indagaciones y averiguó que este maquinista, llamado Fleetwood, tenía ya mujer, una mujer de este país. Ella había vuelto a su familia, pero él estaba aún casado con ella. Y así madame dijo todo esto a María y María tuvo un disgusto de muerte, pero no quiso ver más a Fleetwood. Y este Fleetwood se puso furioso, y cuando averiguó que madame Doyle había sido la señorita Linnet Ridgeway me dijo que querría matarla.

—Esto es interesante —comentó Race.

Poirot se dirigió a Simon.

—¿Sabía usted algo de esto?

—Nada en absoluto —respondió Simon, con evidente sinceridad —. Dudo de que Linnet supiese siquiera que el hombre ése estaba en el barco. Probablemente había olvidado el incidente.

Volvióse bruscamente hacia la criada.

—¿Dijo usted algo de esto a la señora Doyle?

—No, monsieur, desde luego que no.

—¿Sabe usted algo de las perlas de su señora? —interrogó Poirot.

—¿Sus perlas? —los ojos de Luisa se dilataron—. Las llevaba anoche.

—¿Las vio usted cuando ella se acostó?

—Sí, monsieur.

—¿Dónde las puso ella?

—Sobre la mesa, como siempre.

—¿Es allí donde las vio usted por última vez?

—Sí, señor.

—¿Las vio usted allí esta mañana?

Una expresión de sobresalto apareció en el rostro de la muchacha.

—*Mon Dieu*, ni siquiera miré. Me aproximé a la cama, vi… vi a madame, y luego grité, salí corriendo por la puerta y luego me desmayé.

Hércules movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Usted no miró; pero yo, yo tengo dos ojos que observan, y no había ninguna perla sobre la mesa, junto a la cama, esta mañana.

CAPÍTULO XV

La observación de Hércules Poirot era exacta. Se ordenó a Luisa Bourget que buscase entre los efectos personales de Linnet. Según ella, todo estaba en orden. Únicamente las perlas habían desaparecido.

Cuando salían del camarote, un camarero estaba esperando para anunciarles que el desayuno había sido servido en el salón de fumar.

Cuando pasaba por la cubierta, Poirot hizo una pausa para mirar por encima del barandal.

—¡Aja! Veo que ha tenido usted una idea.

—Sí. Se me ocurrió de repente, cuando Fanthorp me mencionó que le parecía haber oído un chapoteo, que a mí también me despertó anoche un chapoteo. Es muy posible que, después del asesinato, el asesino arrojase la pistola por la borda.

Poirot murmuró lentamente:

—¿Realmente cree que eso es posible?

—Es una sugerencia. Después de todo, la pistola no estaba ya en el camarote. Es lo primero que busqué.

—De todos modos —dijo Poirot— es increíble que la hayan tirado por la borda.

—¿Dónde está entonces? —preguntó Race.

—Si no está en el camarote de la señora Doyle, hay, lógicamente, tan sólo un sitio donde pudiera estar.

—¿Dónde es eso?

—En el camarote de Jacqueline.

—Sí. Comprendo… —se detuvo de repente—. Ella ha salido del camarote. ¿Vamos a dar un vistazo?

—No, amigo mío, esto sería precipitado. Quizá no la han puesto aún allí…

—¿Qué le parece si iniciamos inmediatamente un registro de todo el barco?

—Esto revelaría nuestros propósitos. Debemos actuar con suma cautela. Nuestra posición es muy delicada, por el momento. Discutamos el caso mientras nos desayunamos.

Race asintió. Entraron en el salón.

—¿Bien? —dijo Race, mientras se servía una taza de café—. Tenemos dos pistas. La desaparición de las perlas. Y el maquinista Fleetwood. En cuanto a las perlas, el robo parece ser el móvil más indicado, pero… ignoro si usted convendrá conmigo…

Poirot dijo rápidamente:

—¿Escogieron un momento extraño?

—Exacto. Robar las perlas en un viaje como éste, invita a un registro minucioso de todas las personas que hay a bordo. ¿Cómo, pues, podría el ladrón abrigar la esperanza de largarse con el botín?

—¿Podría haber saltado a tierra para esconderlo?

—La compañía tiene siempre un vigilante en la orilla.

—Entonces no es factible. ¿Se cometió el crimen para desviar la atención del robo? No, esto no tiene sentido común; es profundamente insatisfactorio. Pero, ¿y si suponemos que la señora Doyle despertó y sorprendió al ladrón *in fraganti?*

—En este caso eso también parece ilógico… Sabe usted, tengo una idea referente a esas perlas… y sin embargo… no… imposible. Porque si mi idea es acertada, las perlas no habrían desaparecido. Dígame, ¿qué opina usted de la criada?

—Me pregunté —contestó Race, lentamente— si ella sabía algo más de lo que declaró…

—Ah, ¿usted también tuvo esa impresión?

—Francamente, no es una muchacha simpática.

Hércules Poirot asintió.

—Sí, no me fiaría de ella.

—¿Cree que está complicada en el asesinato?

—No, no diría eso.

—¿En el robo de las perlas entonces?

—Eso es más probable. Hace muy poco tiempo que sirve a la señora Doyle. Pudo ser un miembro de una banda que se especializara en robos de joyas. En tal caso hay a menudo una sirvienta con excelentes referencias. Por desgracia no estamos en

situación de obtener información sobre estos puntos. Y sin embargo, esa explicación no me satisface del todo… Esas perlas, *ah sacre!,* mi idea debe ser acertada. No obstante, nadie sería tan imbécil… —se interrumpió.

—¿Qué opina usted de ese maquinista?

—Tenemos que interrogarle. Es posible que tengamos ahí la solución. Si la historia de Luisa Bourget es verdad, ese individuo tenía un motivo definido para vengarse. Pudo haber oído la escena que se desarrolló entre Jacqueline y el señor Doyle, y cuando ellos salieron del salón, pudo entrar y apoderarse de la pistola. Sí, todo es posible. Y esa letra J escrita con sangre. Eso también concordaría exactamente con una naturaleza simple y algo grosera.

—En realidad, ¿es la persona que buscamos?

—Sí… solamente… Reconozco mis debilidades. Se ha dicho de mí que me gusta complicar, hacer difícil un caso. Esta solución que usted me ofrece es demasiado sencilla… demasiado fácil. No puedo avenirme a que realmente sucediera así. Y sin embargo, puede ser puro prejuicio por mi parte…

—Bueno; sería mejor que convoquemos al sujeto aquí.

Race pulsó el timbre y dio una orden.

—¿Alguna otra posibilidad? —dijo luego.

—Muchas, amigo mío. Hay, por ejemplo, el síndico norteamericano.

—¿Pennington?

—Sí, Pennington. Hubo una escena algo extraña el otro día aquí.

Narró lo sucedido.

—Como usted ve es significativo. Madame quería leer todos los documentos antes de firmar. En consecuencia, él se excusó y lo aplazó para otro día. Luego, el marido hace una observación muy significativa.

—¿Qué fue ello?

—Dijo: «Yo nunca leo nada. Firmo donde me dicen que firme.» ¿Percibe usted el significado de esto? Pennington lo percibió. Lo vi en sus ojos. Miró a Doyle como si le hubiera asaltado una nueva idea. Imagínese usted que ha sido nombrado depositario administrador de la fortuna de la hija de un hombre inmensamente rico. Emplea usted tal vez ese dinero para especular. Sé que es así en todas las novelas detectivescas, pero también se leen esas cosas

en la Prensa. Sucede, amigo mío, sucede y con frecuencia.

—No lo discuto —observó Race.

—Aún hay, quizá, tiempo para cubrirse especulando desesperadamente. Su pupila no es todavía mayor de edad. Y luego… ¡ella se casa! ¡El dominio pasa de sus manos a las de ella en un momento! ¡Un desastre! Pero todavía hay una posibilidad. Ella parte en viaje de luna de miel. Quizás obrará descuidadamente respecto a los negocios, al dinero. Un documento casual deslizado entre otros, firmado sin leer. Pero Linnet Doyle no era esa clase de mujer. Luna de miel o no, era una mujer de negocios. Luego su esposo formula una observación y una nueva idea asalta la mente de ese hombre desesperado que busca una salida a su ruina. Si Linnet Doyle muriese, su fortuna pasaría a su marido… y él sería una presa fácil, un niño en las manos de un hombre astuto como Andrés Pennington. Coronel, le digo a usted, que vi el pensamiento cruzar por la cabeza de Pennington: «Si no tuviera que entendérmelas más que con Doyle…» Esto es lo que pensaba.

—Es posible —dijo Race secamente—. Pero usted no posee pruebas.

—¡Ay, no!

—Luego está el joven Ferguson —indicó Race—. Habla muy amargamente. No es que dé importancia a las palabras; no es que me guíe por lo que hablan. No obstante, él podría ser el sujeto cuyo padre arruinó el viejo Ridgeway. Esto parece algo complicado, algo así como traído por los cabellos, pero es posible. Hay gente que cavila algunas veces sobre agravios pasados.

Hizo una pausa y añadió:

—Y está mi sujeto.

—Sí, está su «sujeto», como usted le llama.

—Es un individuo capaz de asesinar —dijo Race—. Lo sabemos. Por otra parte, no veo cómo puede haberse topado con Linnet Doyle. Sus esferas no se tocan.

Poirot dijo lentamente:

—A menos que, casualmente, ella haya conseguido pruebas que demuestren su identidad.

—Es posible, pero parece ser muy improbable —sonó un golpe en la puerta—. Ah, ahí tenemos a nuestro aspirante a bígamo.

Fleetwood era un hombretón de aspecto truculento.

Miró recelosamente del uno al otro al entrar en la habitación. Poirot reconoció que era el hombre que estuvo hablando con Luisa Bourget.

Fleetwood dijo receloso:

—¿Querían verme?

—Sí —respondió Race—. ¿Probablemente conoce que se cometió un asesinato a bordo de este barco anoche?

Fleetwood asintió con la cabeza.

—Y creo que es cierto que usted tenía motivos para estar furioso contra la mujer asesinada.

Una expresión de alarma surgió en los ojos del maquinista.

—¿Quién le dijo eso?

—Usted consideraba que la señora Doyle intervino entre usted y una joven.

—Sé quién lo ha dicho: esa tunante y embustera de francesa. Esa mujer es una solemne embustera.

—Pero esa historia da la casualidad de que es toda ella verdad.

—¡Es todo una mentira!

—Dice usted eso aunque todavía ignora de qué se trata.

El hombre se sonrojo y resopló.

—¿Es verdad? ¿No es cierto que usted iba a casarse con esa muchacha, María, y que ella rompió las relaciones cuando descubrió que usted era un hombre casado ya? ¿Es cierto eso?

—¿Qué le importa a ella?

—Usted quiere decir que qué le importa a la señora Doyle. Bien, usted sabe que la bigamia es la bigamia.

—No se trata de eso. Me casé con una de las indígenas. No resultó bien. Ella volvió al lado de su familia. Ni la he visto desde hace doce años.

—Sin embargo, estaba casado con ella.

El individuo permaneció mudo.

—¿La señora Doyle, o la señorita Ridgeway, como entonces se llamaba, descubrió esto? —preguntó Race.

—¡Sí, maldita sea! Metió la nariz donde nadie la llamaba. Sí, es verdad que le tenía inquina. ¡Pero si usted piensa que soy un asesino, si cree que yo la maté de un tiro, se equivoca!

—¿Dónde estuvo usted anoche entre las doce y las dos?

—En mi litera, dormido; y mi compañero se lo dirá también.

—Veremos —dijo Race. Despidió al individuo con un gesto breve—. Eso es todo.

—*Eh bien?* —dijo Poirot cuando la puerta se cerró tras Fleetwood.

—Cuenta una historia verídica. Está nervioso desde luego, pero no indebidamente. Tendremos que investigar su coartada, aunque supongo que no será decisiva. Su compañero estaba probablemente dormido y este individuo pudo haber entrado y salido si le hubiese antojado. Depende de si alguien le vio —dijo Race.

—Sí, hay que investigar eso.

—A continuación —observó Race— hemos de comprobar si alguien oyó alguna cosa que pudiera darnos una pista de la hora del crimen. Bessner declara que debió ocurrir entre las doce y las dos. Parece razonable esperar que alguien de entre los pasajeros haya oído el disparo, aunque no reconociera lo que fue. ¿Y usted?

—Yo dormí como un tronco. No oí nada, absolutamente nada.

—Es una lástima —comentó Race—. Ahora les toca a los Allerton. Ordenaré al camarero que los llame.

La señora Allerton entró vivamente.

—Es horrible —dijo, al aceptar la silla que Poirot le ofreció—. Apenas puedo creerlo. Esa preciosa criatura joven, bella y rica, está muerta. Casi no puedo creerlo todavía.

—Comprendo sus sentimientos, madame —dijo Poirot, con simpatía.

—Me alegro de que usted se encuentre a bordo —declaró la señora Allerton, simplemente—. Usted será capaz de descubrir quién la mató. Me alegro mucho de que no haya sido esa pobre y trágica muchacha.

—¿Se refiere usted a la señorita Bellefort? ¿Quién le ha dicho que no fue ella?

—Cornelia Robson —dijo la señora Allerton con una leve sonrisa —. ¿Usted sabe? Ella está emocionada por lo acaecido. Es la única cosa emocionante que le ocurrirá. Pero es tan simpática que le da vergüenza regocijarse por ello. Cree que es horrible por su parte. Pero no debo ser indiscreta. Usted quiere hacerme preguntas.

—Si hace el favor… ¿A qué hora se acostó usted, madame?

—Poco después de las diez y media.

—¿Y se durmió en seguida?

—Sí.

—¿Y oyó algo durante la noche?

—Sí, me pareció oír un chapoteo y alguien que corría… o fue al revés. No estoy muy segura. Tuve la idea vaga de que alguien había caído al mar.

—¿Sabe usted a qué hora fue eso?

—No; temo que no. Pero no creo que fuera mucho después de quedarme dormida. Quiero decir, que fue dentro de la primera hora, más o menos.

—¡Ay, madame! Eso no es muy concreto.

—No, ya lo sé que no lo es. Pero es inútil que yo trate de adivinar. Más aún, cuando no tengo ni la más vaga idea.

—¿Y eso es todo cuanto usted puede decirnos, madame?

—Temo que sí.

—¿Conocía usted a la señora Doyle de antes?

—No. Timoteo la conocía. Y había oído hablar mucho de ella, por medio de una prima nuestra, Juana Southwood, pero nunca le había hablado hasta que nos encontramos en Assuán.

—Debo hacerle otra pregunta, madame.

La señora Allerton murmuró con una leve sonrisa:

—Me encantaría que me hiciese alguna pregunta indiscreta…

—Es ésta: ¿Usted o su familia sufrieron alguna vez alguna pérdida económica a causa de las operaciones del padre de la señora Doyle, Melhuish Ridgeway?

—¡Oh, no! Los intereses de la familia no sufrieron nunca, excepto por una mengua…

—Muchas gracias, madame. ¿Tendría usted la bondad de rogarle a su hijo que venga?

Tim dijo frívolamente cuando su madre se le aproximó:

—¿Ya está terminado el tormento? ¡Ahora me toca a mí! ¿Qué te preguntaron?

—Solamente si oí alguna cosa anoche —respondió la señora Allerton—; pero desgraciadamente no oí nada. No acierto a comprender por qué no oí nada. Después de todo, el camarote de Linnet está muy cerca del mío; no hay más que otro, entre el de ella y el mío. Yo diría que debiera haber oído el disparo. Anda, Tim, te esperan.

Poirot le repitió la pregunta a Tim. Este respondió:

—Me acosté temprano, a eso de las diez y media, y leí un poco. Apagué la luz poco después de las once.

—¿Oyó algo después de eso?

—Oí la voz de un hombre dando las buenas noches, no muy lejos.

—Ése era yo, haciéndolo a la señora Doyle —dijo Race.

—Sí. Después de eso me quedé dormido. Luego, más tarde oí una especie de tumulto y alguien llamando a Fanthorp.

—Era la señorita Robson, cuando salió corriendo del salón de observación.

—Sí, supongo que fue eso. Y luego muchas voces distintas y después alguien corriendo por la cubierta. Y acto seguido oí al viejo Bessner gritando «¡Cuidado!» y «No vaya demasiado aprisa.»

—¿Oyó un chapoteo?

—Algo por el estilo.

—¿Está seguro de que no fue un disparo lo que oyó usted?

—Sí. Supongo que pudo haber sido… Oí el estampido de un corcho. Quizás eso fue el disparo. Tal vez imaginé el chapoteo al relacionar la idea del corcho con un líquido vertiéndose en un vaso… Sé que tuve la vaga impresión de que se celebraba alguna reunión o fiesta.

—¿Algo más después de eso?

—Oí a Fanthorp moviéndose en su camarote de al lado.

—¿Y después de eso?

—Después de eso me quedé dormido.

—¿No oyó nada más?

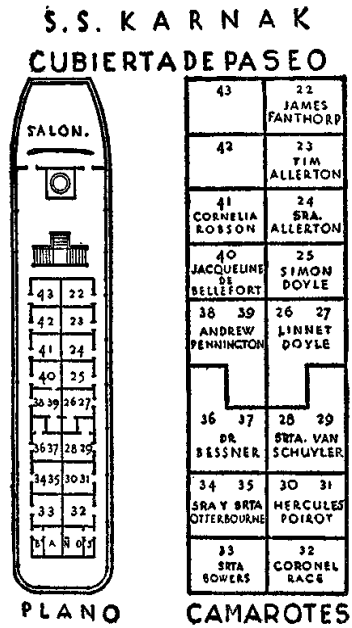
—Nada, en absoluto.

—Gracias, señor Allerton.

Tim se levantó y salió del camarote.

CAPÍTULO XVI

Race examinó pensativamente un plano de la cubierta de paseo del *Karnak*. Fanthorp, el joven Allerton, la señora Allerton. Luego un camarote vacío: el de Simon Doyle.



¿Quién estaba al otro lado de la señora Doyle? La vieja señora americana. Si alguien oyó algo debería haber sido ella.

La señora Van Schuyler entró en el camarote.

Race se incorporó e hizo una reverencia.

—Sentimos molestar, señorita Van Schuyler. Es usted muy amable. Haga el favor de tomar asiento.

La señorita Van Schuyler dijo:

—Me desagrada que se me mezcle en esto. Me incomoda.

—Muy bien, muy bien. Estaba diciendo el señor Poirot que cuanto antes tomásemos su declaración, tanto mejor sería, y así no será usted molestada más.

—Me alegro de que ustedes comprendan mis sentimientos. No estoy habituada a nada de esta clase de cosas.

Poirot dijo con tono dulce:

—Precisamente, mademoiselle. Por eso deseamos librarla de toda esta molestia lo antes posible. Ahora, usted se acostó anoche…, ¿a qué hora?

—Las diez de la noche es mi hora acostumbrada. Anoche, algo más tarde, pues Cornelia Robson, muy desconsideradamente, me hizo esperar.

—*Tres bien*, mademoiselle. ¿Qué oyó después de recogerse?

La señorita Van Schuyler respondió:

—Tengo un sueño muy ligero.

—*A merveille!* Es muy afortunado para nosotros.

—Me despertó esa joven tan llamativa, la criada de la señora Doyle, que dijo: *«Bonne nuit,* madame.»

—¿Y después?

—Me dormí de nuevo. Desperté pensando que alguien estaba en mi camarote, pero me percaté que era en el camarote de al lado.

—¿En el camarote de la señora Doyle?

—Sí. Luego oí a alguien en la cubierta y después un chapoteo.

—¿No tiene idea de la hora que era?

—Puedo decirle la hora exacta. Era la una y diez.

—¿Está segura?

—Sí. Consulté mi relojito, que está junto a mi cama.

—¿No oyó un tiro?

—No, nada de eso.

—Pero, ¿sería posible que fuese un disparo lo que la despertó?

—Es posible —admitió de mala gana.

—¿Y no tiene idea de lo que causó el ruido del chapoteo que usted oyó?

—Lo sé perfectamente.

El coronel se irguió en su asiento, alerta.

—¿Usted lo sabe?

—Ciertamente. No me gustó ese ruido de alguien merodeando cerca de mi camarote. Me levanté y fui a la puerta. La señorita Otterbourne estaba inclinada sobre el barandal. Acababa de tirar algo al agua.

—¿La señorita Otterbourne?

Race estaba realmente sorprendido.

—Sí.

—¿Está segura que era ella?

—Le vi la cara claramente.

—¿Ella no la vio a usted?

—Creo que no.

Poirot se inclinó hacia delante.

—¿Y qué aspecto tenía su cara, mademoiselle?

—Parecía muy trastornada.

Race y Poirot cambiaron una mirada rápida.

—¿Y luego? —apuntó Race.

—La señorita Otterbourne se dirigió hacia la popa y yo volví a la cama.

Se oyó un golpe en la puerta y el administrador entró. Llevaba en la mano un bulto chorreando agua.

—Lo hemos encontrado, coronel.

Race cogió el paquete. Desenvolvió pliegue tras pliegue el terciopelo mojado. De él cayó un pañuelo basto, con manchas de color rosa, envuelto en torno de una pistolita de puño de nácar.

Race lanzó a Poirot una mirada maliciosa de triunfo.

—¿Usted ve? Mi idea era acertada. Yo tenía razón. Fue tirada por la borda.

Mostró la pistola sobre la palma de la mano.

—¿Qué dice usted, monsieur Poirot? ¿Es ésta la pistola que usted vio en el hotel de Las Cataratas aquella noche?

El detective la examinó con sumo cuidado; luego dijo con voz reposada:

—Sí, ésa es. Tiene el trabajo de ornamento y las iniciales J. B., un *article de luxe*, una producción muy femenina, pero no por ello deja de ser una arma mortífera.

—Del 22 —murmuró Race. Sacó el cargador—. Dos balas disparadas. Sí, no cabe duda.

La señorita Van Schuyler tosió significativamente.

—¿Y mi estola de terciopelo? —preguntó.

—¿Su estola, mademoiselle?

—Sí, ésa es mi estola de terciopelo; la que tiene usted ahí.

Race recogió los pliegues de tejido chorreando.

—¿Esto es asunto suyo, señorita Van Schuyler?

—¡Ciertamente, es mío! —exclamó la anciana señora—. La eché de menos anoche. Pregunté a todo el mundo si la habían visto.

—¿Dónde la vio usted la última vez, señorita Van Schuyler? —preguntó Race.

—La tuve en el salón anoche. Cuando me fui a la cama, no pude encontrarla por ninguna parte.

—¿Se da cuenta usted para qué se ha usado?

La extendió, indicando con un dedo el chamuscado y varios agujeritos.

—El asesino envolvió con ella la pistola para amortiguar el ruido del disparo.

—¡Qué impertinencia! —dijo la señora Van Schuyler.

Race dijo:

—Le agradeceré que me diga, señorita Van Schuyler, el tiempo que hace que conoce a la señora Doyle y si eran íntimas las relaciones que tenía con ella.

—No tenía ninguna clase de relaciones anteriormente.

—Pero ¿usted la conoce?

—Desde luego; conocía quién era ella.

—Pero sus familias no se conocían.

—Como familia siempre nos hemos enorgullecido de ser selectos, coronel Race. Mi querida madre no habría pensado ni por asomo en visitar a nadie de la familia Hartz, quienes, aparte de su dinero, no eran nadie.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir, señorita Van Schuyler?

—No tengo nada que añadir a lo que he dicho.

Se puso en pie y salió.

—Esa es su historia —observó Race— y no saldrá de ella. Puede ser verdad. No sé. Pero… ¿Rosalía Otterbourne? No esperaba semejante cosa.

Poirot movió la cabeza con aire de perplejidad. Luego asestó de pronto un puñetazo sobre la mesa.

—Pero esto no tiene ni pies ni cabeza —exclamó.

Race le miró.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que hasta un punto todo parece claro. Alguien quería matar a Linnet Doyle. Alguien oyó la escena del salón anoche. Alguien se introdujo sigilosamente allí y se apoderó de la pistola de Jacqueline de Bellefort, recuérdelo bien. Alguien mató a la señora Doyle con esa pistola y escribió la letra J en la pared. Todo está claro, ¿no es verdad? Todo apuntaba a Jacqueline de Bellefort, señalándola como la asesina. ¿Y luego qué hace el asesino? ¿Dejar la pistola de Jacqueline de Bellefort, para que la encuentre cualquiera? No, él o ella, tira la pistola, esa prueba comprometedora particular, por la borda, al agua. ¿Por qué, amigo mío, por qué?

—Es extraño —murmuró Race.

—Es más que extraño… ¡es imposible!

—¡No es imposible, puesto que ocurrió!

—No quiero decir eso. Quiero decir que la *concatenación de los acontecimientos es imposible*. Hay algo que está equivocado.

CAPÍTULO XVII

El coronel Race miró con curiosidad a su compañero. Respetaba, tenía motivos para ello, el cerebro de Hércules Poirot. Sin embargo, por el momento, no comprendía el proceso mental del otro.

No obstante, no formuló ninguna protesta. Continuó discutiendo el asunto.

—¿Qué hay que hacer a continuación?

—Interrogar a la señorita Otterbourne.

Rosalía Otterbourne entró de mala gana. No aparecía nerviosa ni asustada; simplemente, mal dispuesta y huraña.

—Bien —dijo—, ¿qué desean?

—Estamos investigando la muerte de la señora Doyle —replicó Race.

Rosalía asintió con la cabeza.

—¿Quiere decirnos lo que hizo usted anoche?

—Mamá y yo nos acostamos temprano, antes de la once. No oímos nada de particular, excepto algo de ruido en la parte exterior del camarote del doctor Bessner. Oí la voz del alemán. Desde luego no supe de qué se trataba hasta esta misma mañana.

—¿No oyó usted un disparo?

—No.

—¿Está segura?

Rosalía le miró con fijeza.

—¿Qué quiere usted decir? Desde luego que estoy segura de ello.

—¿Y usted, por ejemplo, no fue al lado de estribor del barco y tiró algo al agua?

El rostro de la muchacha se coloreó.

—¿Hay algo que prohíba tirar cosas por la borda?

—No, desde luego que no. ¿Entonces usted lo hizo?

—No, no. No salí del camarote.

—Entonces si alguien dice que la vio a usted…

—¿Quién dice que me vio?

—La señorita Van Schuyler.

—¿La señorita Van Schuyler?

—Sí. La señorita Van Schuyler declara que se asomó a la puerta de su camarote y vio a usted arrojar alguna cosa al agua.

Rosalía dijo claramente:

—Eso es mentira —luego, como si le asaltara repentinamente una luminosa idea, preguntó—: ¿A qué hora fue eso?

Fue Poirot quien contestó.

—Eran la una y diez, mademoiselle.

Ella movió pensativamente la cabeza. Preguntó:

—¿Vio algo más?

Poirot la miró con curiosidad.

—Ver, no. Pero oyó algo.

—¿Qué oyó?

—Alguien que andaba dentro del camarote de la señora Doyle.

—Comprendo —murmuró Rosalía.

Estaba pálida como un muerto.

—¿E insiste en decir que usted no tiró nada por la borda, mademoiselle?

—¿Por qué diablos había yo de correr de un lado a otro tirando cosas por la borda?

—Podría haber una razón… una razón ingenua.

—¿Ingenua? —dijo la muchacha vivamente.

—Eso es lo que he dicho. Sabe usted, mademoiselle, alguna cosa fue tirada por la borda anoche, por alguien que no era inocente.

Race mostró el bulto de terciopelo manchado, abriéndolo para exhibir su contenido.

Rosalía Otterbourne se echó hacia atrás.

—¿Fue con eso… con lo que la mataron?

—Sí, mademoiselle.

—¿Y usted cree que yo… yo lo hice? ¡Qué tontería! ¿A santo de qué habría de querer matar a Linnet Doyle? ¡Ni siquiera la conocía! —se echó a reír y se irguió desdeñosamente—. Todo esto es demasiado ridículo.

—Recuerde, señorita Otterbourne —dijo Race—, que la señorita

Van Schuyler está dispuesta a jurar que vio su rostro claramente a la luz de la luna.

Rosalía volvió a reír.

—Esa vieja gata. Probablemente está medio ciega. No fue a mí a quien vio —hizo una pausa—. ¿Puedo marcharme ahora?

Race asintió con la cabeza y Rosalía Otterbourne salió de la habitación. Los ojos de los dos hombres se encontraron. Race encendió un pitillo.

—Eso tenemos: una contradicción rotunda. ¿A cuál de ellas hemos de creer?

Poirot meneó la cabeza.

—Tengo la idea de que ninguna habla con franqueza.

—Eso es lo peor de nuestra labor —dijo Race, desalentado—. Tantas personas callan la verdad por motivos francamente fútiles… ¿Qué hacemos ahora? ¿Continuar el interrogatorio de los pasajeros?

—Creo que sí.

La señora Otterbourne sucedió a su hija. Corroboró la declaración de Rosalía de que ambas se acostaron antes de las once. Ella misma no oyó nada de interés durante la noche. No podía decir si Rosalía salió del camarote o no. Sobre el tema del crimen estaba inclinada a extenderse.

—Sus sugerencias han sido muy útiles, señora Otterbourne —exclamó Race al terminar ella su declaración—. Tenemos que continuar nuestra labor ahora. Un millón de gracias.

La escoltó galantemente hasta la puerta y volvió enjugándose la frente.

—¡Qué mujer más venenosa! ¡Uf! ¿Por qué no la ha matado alguien?

—Puede suceder todavía —le consoló Poirot.

—Tal vez eso sería razonable. ¿Quién nos queda? Pennington lo reservaremos para el final. Richetti y Ferguson.

El señor Richetti estaba muy voluble, muy agitado.

—¡Pero, qué horror, qué infamia, una mujer tan joven y tan hermosa… en verdad, un crimen inhumano!

Sus respuestas fueron rápidas. Se había acostado temprano, muy temprano. En realidad, inmediatamente después de cenar. Había leído durante un rato un folleto, habiendo apagado la luz poco antes de las once. No oyó ningún disparo. Ningún sonido como el

estampido de un corcho. Lo único que oyó, pero eso fue más tarde, en medio de la noche, fue un chapoteo, un chapoteo grande, cerca de la puerta de su camarote.

—Su camarote está en la cubierta inferior, en la parte de estribor, ¿no es así?

—Sí, sí, así es. Y yo oí el fuerte chapoteo.

—¿Puede usted decirnos a qué hora fue eso?

—Fue una hora después de dormirme… Quizá dos horas.

—¿A eso de la una y diez, por ejemplo?

—Podría ser muy bien, sí.

Salió el señor Richetti, gesticulando ampliamente.

Pasaron a interrogar al señor Ferguson.

—¡Cuanto jaleo por este asunto! —se mofó—. ¿Y qué importa realmente? Hay una cantidad enorme de mujeres de más en el mundo.

Race dijo fríamente:

—¿Puede darnos una referencia de sus movimientos de anoche, señor Ferguson?

—No veo por qué he de dársela. Pero no tengo ningún inconveniente. Estuve dando vueltas. Fui a tierra con la señorita Robson. Cuando ella volvió al barco yo di unas vueltas por mi cuenta durante un rato. Volví y me acosté a eso de medianoche.

—Su camarote está en la cubierta inferior, en el lado de estribor…

—Sí. No estoy arriba como los potentados.

—¿Oyó un disparo? Podía haber sonado como el estampido de un corcho.

—Sí, creo que oí algo parecido. No recuerdo cuándo… antes de quedarme dormido. Pero había mucha gente de pie entonces, corriendo por la cubierta superior.

—Eso fue, probablemente, el tiro disparado por la señorita de Bellefort. ¿No oyó otro?

Ferguson negó con la cabeza.

—¿Ni un chapoteo?

—¿Un chapoteo? Sí, creo haber oído un chapoteo. Pero había tanto ruido que no puedo estar seguro de que lo fuera.

—¿Salió usted de su camarote durante la noche?

—No, no salí. Y no tomé parte en la buena obra; mala suerte.

—Vamos, vamos, señor Ferguson, no se comporte como un chiquillo.

El joven reaccionó con furia:

—¿Por qué no he de decir lo que pienso? Creo en la violencia.

—Pero usted no practica lo que predica —murmuro Poirot—. Me pregunto… —se inclinó hacia delante—. Fue ese hombre, Fleetwood, ¿no es cierto, quien dijo a usted que Linnet Doyle era una de las mujeres más ricas de Inglaterra?

—¿Qué tiene que ver Fleetwood con esto?

—Fleetwood, amigo mío, tenía un motivo excelente para matar a Linnet Doyle. Le tenía una inquina particular.

El señor Ferguson saltó de su asiento como el muñeco en una caja de resorte.

—De modo que ése es su propósito, ¿no es así? —interpeló iracundo—, achacárselo a un pobre diablo como Fleetwood, que no puede defenderse, que no tiene dinero para conseguir un abogado. Pero le digo esto: si intenta culpar a Fleetwood, tendrá que vérselas conmigo, se lo aseguro.

—¿Y quién es usted, exactamente? —preguntó Poirot, con voz dulce.

El señor Ferguson enrojeció.

—Puedo ponerme al lado de mis amigos, de todos modos —dijo ásperamente.

—Bien, señor Ferguson, creo que eso es todo lo que necesitamos ahora —dijo Race.

Cuando la puerta se cerró detrás de Ferguson, observó inesperadamente:

—Es un cachorro simpático, ¿eh?

—¿No cree usted que es el individuo que buscamos? —preguntó Poirot.

—Difícilmente. Abordaremos a Pennington.

CAPÍTULO XVIII

Andrés Pennington exhibió todas las reacciones convencionales de pena y conmoción. Race preguntó:

—Para empezar, señor Pennington, ¿oyó usted algo anoche?

—No, señor; no puedo decir que oí algo. Mi camarote está a la derecha del ocupado por el doctor Bessner, números 38 y 39, y oí cierta conmoción por allí cerca a eso de medianoche.

—¿No oyó nada más? ¿Ningún disparo?

—Nada en absoluto.

—¿Y se acostó?

—Debe de haber sido después de las once —inclinóse hacia delante—. No creo que sea una noticia para ustedes saber que corren muchos rumores a bordo. Esa muchacha medio francesa… Jacqueline de Bellefort. Hay algo sospechoso ahí.

Poirot dijo:

—¿Cree usted que, en su opinión, Jacqueline de Bellefort mató a la señora Doyle?

—Eso es lo que me parece. Desde luego, yo no sé nada…

—¡Desgraciadamente, nosotros sabemos algo!

—¿Eh? —Pennigton se sobresaltó.

—Sabemos que es completamente imposible que la señorita de Bellefort haya matado a la señora Doyle.

Explicó con toda minuciosidad las circunstancias. Pennington parecía reacio a aceptarlas.

—Convengo en que las circunstancias la favorecen, pero esta enfermera… apuesto a que no estuvo despierta toda la noche… Se quedó dormida y la muchacha entró y salió sin ser vista.

—Difícilmente, señor Pennington. Ella le administró un opiado fuerte. De todos modos, una enfermera acostumbra dormir ligeramente y despertar cuando su paciente despierta.

—Todo eso me parece sospechoso, increíble —declaró Pennington.

Race dijo de un modo autoritario:

—Ha de creerme, señor Pennington, cuando le digo que hemos examinado todas las posibilidades muy cuidadosamente. Ahora abrigamos la esperanza de que usted pueda ayudarnos.

—¿Yo?

—Sí. Usted era un íntimo amigo de la muerta. Usted conoce las circunstancias de su vida. Con toda probabilidad, mucho mejor que su esposo, puesto que él la conoció tan sólo hace unos meses. Usted debiera saber, por ejemplo, de alguien que tuviese algún resentimiento contra ella; usted debería saber, además, si había alguien que tuviese un motivo para desear su muerte.

Andrés Pennington se pasó la lengua por sus labios, secos.

—Le aseguro a usted que no tengo la menor idea. Linnet fue educada en Inglaterra y conozco muy poco del ambiente que la rodeaba.

—Sin embargo —musitó Poirot—, había alguien a bordo interesado en la muerte de la señora Doyle. Ella escapó milagrosamente antes, como recordará, en este mismo lugar, cuando aquella roca cayó… ¡ah!, pero ¿quizá usted no se encontraba allí?

—No. Yo estaba en el templo en ese momento.

—La señora Doyle mencionó a alguien de a bordo que estaba resentido, no contra ella personalmente, sino contra su familia. ¿Sabe usted quién puede ser? —continuó Race.

—No. No tengo la menor idea.

—¿Ella no se lo mencionó a usted?

—No.

—Era usted un amigo íntimo de su padre. ¿No recuerda alguna operación comercial suya que pudo haber arruinado a su adversario?

—No; ningún caso sobresaliente. Tales operaciones eran frecuentes, desde luego, pero no recuerdo a nadie que profiriera amenazas… nada por el estilo.

—En resumen, señor Pennington, ¿no puede usted ayudarnos?

—Así lo parece. Deploro mi imposibilidad.

Race cambió una mirada con Poirot; luego dijo:

—Lo siento. Habíamos abrigado alguna esperanza.

Se levantó en señal de que la entrevista había terminado.

Andrés Pennington dijo:

—Como Doyle está imposibilitado, espero que él querrá que yo me encargue de lo que sea necesario hacer. Perdone, coronel, ¿pero qué piensa hacer?

—Cuando salgamos de aquí, iremos directamente a Shellal, para llegar allí mañana por la mañana.

—¿Y el cadáver?

—Será trasladado a una de las cámaras frigoríficas.

Andrés Pennington inclinó la cabeza. Luego abandonó la habitación.

—El señor Pennington —observó Race— no estaba muy tranquilo.

Poirot asintió con la cabeza.

—Y —dijo— el señor Pennington estaba lo bastante trastornado para decirnos una mentira estúpida. Él no estaba en el templo de Abú Simbel cuando aquella roca cayó. Puedo jurarlo. Yo acababa de llegar de allí.

—Una mentira muy estúpida —asintió Race— y muy reveladora.

—Mas por el momento —sonrió Poirot—, podemos tratarle con guante blanco.

—Exacto —corroboró Race.

Sonó un leve chirrido bajo sus pies. El *Karnak* partía rumbo a Shellal.

—Las perlas —dijo Race—, es lo que hay que aclarar a continuación.

—¿Tiene un plan?

—Sí. Servirán el almuerzo dentro de media hora. Después de la comida, propongo anunciar, simplemente mencionar el hecho, que las perlas han sido robadas y que ruego que todo el mundo permanezca en el comedor mientras se efectúa un registro.

—Está bien pensado. Quien cogió las perlas todavía las tiene. No avisando de antemano, no habría posibilidad de que, poseídos de pánico, las tiren por la borda.

Race empujó algunas hojas de papel hacia él. Murmuró con tono de excusa:

—Me gusta hacer un breve resumen de los hechos a medida que

voy tratando. Evita la confusión que se sigue.

—Hace usted bien —replicó Poirot.

—¿Hay algo que no esté de acuerdo?

Poirot cogió las hojas. Estaban encabezadas:

ASESINATO DE LA SEÑORA DOYLE

«La señora Doyle fue vista viva por su criada Luisa Bourget. Hora: 11.30 aproximadamente.

«Desde las 11.30 a las 12.30, los siguientes, tienen coartadas: Cornelia Robson, Jaime Fanthorp, Simon Doyle, Jacqueline de Bellefort, nadie más, pero el crimen fue ciertamente cometido después de esa hora, dado que es prácticamente seguro que la pistola usada fue la de Jacqueline de Bellefort, la cual estaba entonces en su bolso. Que no se empleó su pistola no parece absolutamente seguro hasta después de efectuarse el examen *post mortem* y frente a la bala, pero puede tomarse como probable.

«Probable curso de los acontecimientos: X, asesino, fue testigo de la escena entre Jacqueline y Simon Doyle en el salón de observación y notó que la pistola fue a parar debajo de la otomana. Después que el salón quedó desierto, X se posesionó de la pistola siendo la idea de él, o de ella, que se creyera que Jacqueline era la autora del crimen. A base de esta hipótesis, ciertas personas han quedado automáticamente libres de sospechas.

»*Cornelia Robson*, puesto que no tuvo ocasión de apoderarse de la pistola antes de que Jaime Fanthorp volviera para buscarla.

»La señora Bowers, igualmente.

»El doctor Bessner, igualmente.

»Pero Fanthorp no queda definitivamente excluido de sospechas, puesto que pudo meterse en el bolsillo la pistola mientras declaraba que no pudo encontrarla.
»Cualquiera otra persona pudo coger la pistola durante ese intervalo de diez minutos.
»**Posibles móviles del asesinato:**
»*Andrés Pennington*. Esto se basa en lo suposición de que es culpable de prácticas fraudulentas. Existen pocas pruebas en favor de esta suposición, pero bastantes para justificar el formular una acusación contra él.
»Objeciones a la hipótesis de la culpabilidad de Pennington: *¿Por qué tiró la pistola por la borda, dado que constituía una pista valiosa contra J. B.*?
»*Fleetwood*. Móvil: Venganza. Fleetwood se consideraba perjudicado por Linnet Doyle. Pudo oír la escena y observar la posición de la pistola. Puede haber cogido la pistola porque era un arma útil, más bien que por el deseo de hacer recaer la culpabilidad sobre Jacqueline. Pero *si tal fue el caso, ¿por qué escribió J con sangre en la pared*?
»Pañuelo barato encontrado con pistola, es más probable que haya pertenecido a un hombre como *Fleetwood* que a uno de los pasajeros de buena posición.
»*Rosalía Otterbourne*. ¿Hemos de aceptar la declaración de la Schuyler o la negativa de Rosalía? Algo fue tirado por la borda a aquella hora y ese algo fue presumiblemente la pistola envuelta en la estola de terciopelo.
»*Puntos que observar*. ¿Tenía algún móvil Rosalía? Puede no haber sentido simpatía por Linnet Doyle y hasta puede haber estado

envidiosa de ella, mas como móvil del asesinato parece muy inadecuado. La prueba contra ella puede ser convincente sólo si descubrimos un móvil adecuado. Que sepamos, no existía ninguna amistad o lazo anterior entre Rosalía y Linnet.

»*La señorita Van Schuyler*. La estola de terciopelo en que la pistola estaba envuelta pertenece a la señorita Van Schuyler. Según su declaración, la vio la última vez en el salón de observación. Llamó la atención sobre su pérdida durante la noche y se efectuó una búsqueda sin éxito. ¿Cómo llegó esa estola a manos de X? ¿Hurtó X la estola a primera hora de la noche? De ser así, ¿por qué? Nadie podría decir de antemano que iba a ocurrir una escena entre Jacqueline y Simon Doyle. ¿Encontró X la estola en el salón cuando fue a recoger la pistola de debajo de la otomana? De ser así, ¿por qué no se encontró cuando se efectuó la búsqueda? *¿No salió nunca de manos de la señorita Van Schuyler*? Es decir:

»*¿Mató la señorita Van Schuyler a Linnet Doyle?* ¿Su acusación contra Rosalía Otterbourne fue una mentira deliberada? ¿Si ella la mató, cuál fue su móvil?

»**Otras posibilidades:**

»*Robo como móvil*. Posible, dado que las perlas desaparecieron y Linnet las llevaba anoche.

»*Alguien tenía inquina a la familia Ridgeway*. Posible; de nuevo faltan las pruebas.

»Sabemos que hay un hombre peligroso a bordo, un asesino. Hemos de relacionar a un hombre capaz de matar, con una muerte. ¿Acaso no están relacionados los dos? Pero tendríamos que demostrar que Linnet Doyle

poseía un conocimiento peligroso concerniente a este hombre.

»*Conclusiones*. Podemos agrupar a las personas que hay a bordo en dos clases: las que tenían motivo posible o contra las cuales no hay pruebas concretas y las que, por lo que sabemos, están libres de sospechas.

«**GRUPO I**:

«Andrés Pennington

«Fleetwood

«Rosalía Otterbourne

«La señorita Van Schuyler

«Luisa Bourget (¿Robo?)

«Ferguson (¿Político?)»

«**GRUPO II**

«La señora Allerton

«Timoteo Allerton

«Cornelia Robson

«La señorita Bowers

«El doctor Bessner

«El señor Richetti

«La señora Otterbourne

«Jaime Fanthorp.»

Poirot empujó el papel hacia atrás.

—Es muy exacto, muy justo, lo que usted ha escrito ahí.

—¿Está usted conforme con ello?

—Sí.

—Y ahora, ¿cuál es su aportación?

—¿Por qué tiraron la pistola por la borda?

—¿Eso es todo?

—Por el momento, sí. Hasta que encontremos una respuesta satisfactoria a esa pregunta, no se ve nada que tenga sentido. Ése es, debe ser, el punto de partida. Observará usted, amigo mío, que en su sumario no ha intentado contestar a ese punto.

—Pánico —murmuró Race.

Poirot meneó la cabeza en señal de perplejidad. Cogió la estola

de terciopelo empapada y la alisó sobre la mesa. Su dedo indicó las señales de chamuscamiento y los agujeros quemados.

—Dígame, amigo mío —dijo de repente—; usted conoce mejor que yo las armas. ¿Este material, envuelto alrededor de una pistola, produciría alguna diferencia en el amortiguamiento del sonido?

—No, no produciría ninguna diferencia. No como un silenciador, por ejemplo.

Poirot asintió con la cabeza. Continuó:

—Un hombre, ciertamente un hombre muy conocedor de las armas de fuego sabría eso. Pero una mujer, una mujer no lo sabría.

—Esa pistola no haría mucho ruido —dijo Race—. Simplemente un chasquido, un ruido seco, eso es todo. Habiendo otro ruido alrededor, hay diez probabilidades contra una de que no se notaría.

—Sí, he pensado en eso.

Recogió el pañuelo y lo examinó.

—Un pañuelo de hombre, pero no el de un caballero. Treinta centavos, todo lo más.

—La clase de pañuelo que usaría un hombre como Fleetwood.

—Si. Andrés Pennington, he observado, usa un pañuelo de seda muy hermoso.

—¿Ferguson? —sugirió Race.

—Posiblemente. Pero entonces sería un pañuelo de colores brillantes.

—Lo usó en vez de un guante, supongo, para sujetar la pistola y evitar las huellas dactilares —añadió Race en tono de broma—: La Pista del Pañuelo Ruborizante.

—¡Ah, sí! El color de una *jeune fille*, ¿no es verdad? —lo depositó sobre la mesa y volvió a la estola, examinando de nuevo las señales de la pólvora—. De todos modos —murmuró—, es muy extraño…

—¿El qué?

—*Cette pauvre madame Doyle,* tendida ahí tan pacíficamente… Con el agujerito en la cabeza. ¿Recuerda qué aspecto tenía?

Race le miró con curiosidad.

—Tengo una idea que trata de decirme algo —observó—, pero no tengo la menor sospecha de lo que puede ser.

CAPÍTULO XIX

Sonó un golpe en la puerta.

—Adelante —invitó Race.

Un camarero entró.

—Dispense, señor —dijo a Poirot—, pero el señor Doyle pregunta por usted.

—Voy —se dirigió al camarote de Bessner.

Simon, con el rostro enrojecido y febril, estaba apoyado en dos cojines.

—Es usted muy amable al venir, señor Poirot. Escuche, deseo pedirle algo.

—¿Sí?

—Se trata… Se trata de Jacqueline. Quiero verla. ¿Cree usted… tendrá inconveniente… cree usted… si usted le rogase que viniese a verme? Usted sabe, he estado pensando. Esa desgraciada chiquilla, es tan sólo una chiquilla, después de todo, y la traté muy mal… y… —calló tartamudeando.

—¿Desea ver a mademoiselle Jacqueline? Se la traeré.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

Poirot fue en busca de la muchacha. Encontró a Jacqueline de Bellefort sentada en un rincón del salón de observación.

—¿Quiere usted venir conmigo, mademoiselle? El señor Doyle quiere verla.

—¿Simon? ¿Quiere verme… a mí? —se movió incrédula.

—¿Quiere usted venir, mademoiselle?

—Yo… sí, desde luego.

Le acompañó dócil como una criatura.

Poirot entró en el camarote.

—Aquí esta mademoiselle.

Ella entró detrás, vaciló y se quedó inmóvil, muda, con los ojos

clavados en el rostro de Simon.

—Hola, Jacqueline.

Él también estaba embarazado. Continuó:

—Has sido muy amable al venir. Quería decir… quiero decir…

—Simon… yo no maté a Linnet. Tú sabes que yo no hice eso… Yo… yo… estaba loca anoche. ¡Oh! ¿Podrás perdonarme?

—Desde luego. No sufras. No temas nada. Eso es lo que yo quería decir. Me figuré que estarías preocupada, ¿sabes…?

—¿Preocupada? ¡Oh, Simon!

—Para eso quería verte. No temas, chiquilla. Te enojaste un poco anoche. Habías bebido un poquitín de más… Todo eso es muy natural.

—¡Oh, Simon! Podría haberte matado…

—Tú no. No con un juguete como aquél…

—¡Y tu pierna! Quizá no podrás caminar nunca más…

—Escucha, Jacqueline, no seas tontina. Tan pronto como lleguemos a Assuán me sacarán una radiografía y extraerán esa bala de hojalata y todo quedará bien.

Jacqueline se arrodilló junto a la cama de Simon, ocultando el rostro entre las manos y sollozando.

Simon le acarició la cabeza. El detective salió del camarote.

Oyó algunos murmullos entrecortados cuando salía…

—¿Cómo podía yo ser tan mala…? ¡Oh, Simon! ¡Cuánto lo siento…!

Fuera, Cornelia Robson se apoyaba en la baranda. Volvió la cabeza.

—¡Oh! ¿Es usted, señor Poirot? Es terrible que haga un día tan hermoso.

Poirot contempló el cielo.

—Cuando el sol brilla, no se puede ver la luna —observó—. Pero cuando el sol se pone… ¡ah!, cuando el sol se pone…

—¿Qué dice?

—Que cuando el sol se ponga, veremos la luna. Es así, ¿no es cierto?

—Sí, sí, ciertamente.

Ella le miró dudosa. Poirot rió suavemente.

—Digo imbecilidades —explicó—. No haga caso.

Dirigióse pausadamente hacia la popa del barco. Al pasar

delante del camarote siguiente, se detuvo un instante. Percibió fragmentos de frases pronunciadas dentro.

—Eres una desgraciada; después de todo lo que he hecho por ti, no tienes ninguna consideración por tu desgraciada madre… No tienes idea de lo que sufro…

Los labios de Poirot se pusieron rígidos. Alzó una mano y llamó.

Hubo un silencio impresionante, y luego la voz de la señora Otterbourne preguntó:

—¿Qué hay?

—¿Está la señorita Rosalía aquí?

Rosalía apareció en el umbral. Poirot se impresionó al ver su aspecto. Tenía ojeras y líneas trazadas en torno de la boca.

—¿Qué quiere? —preguntó ásperamente.

—El placer de unos minutos de conversación con usted, mademoiselle. ¿Quiere hacer el favor de venir?

—¿Por qué he de ir yo con usted?

—Se lo suplico, mademoiselle.

—¡Oh! Supongo que… —salió a cubierta, cerrando la puerta detrás de ella—. ¿Bien?

Poirot la asió suavemente del brazo y la llevó a lo largo de la cubierta en dirección de la popa. Pasaron delante de los cuartos de baño y doblaron el ángulo. Tenían la parte de la popa libre para ellos.

Poirot puso los codos sobre la baranda. Rosalía permaneció derecha y tiesa.

—Podría formularle a usted algunas preguntas, mademoiselle, mas no creo que, por el momento, usted accediera a responderlas.

—Me parece una pérdida de tiempo que me traiga aquí entonces.

—Usted está habituada, mademoiselle, a soportar su propia carga… Pero no puede hacer eso demasiado tiempo. La tensión resulta muy fuerte. Para usted, mademoiselle, la tensión está haciéndose demasiado grande.

—No sé de qué está hablando.

—Estoy hablando de hechos, mademoiselle, de hechos sencillos y feos. Llamemos al pan pan y al vino vino, y digámoslo en una frase breve. Su madre bebe, mademoiselle.

Rosalía no contestó. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Por una

vez, estaba desconcertada.

—No hay necesidad de que me hable, mademoiselle. Yo estaba interesado, en Assuán, en las relaciones existentes entre ustedes. Vi al instante que, a pesar de sus observaciones poco filiales, cuidadosamente estudiadas, usted estaba, en realidad, protegiéndola apasionadamente de algo. Pronto averigüé qué era ese algo. Lo descubrí mucho antes de encontrar a su madre, una mañana, en un inconfundible estado de embriaguez. Además, su caso, según pude ver, era de secretos ataques de borrachera. Estaba usted contendiendo con él valerosamente. No obstante, ella tenía la astucia del borracho secreto. Ella adquirió un suministro secreto de bebidas alcohólicas y logró esconderlo. No me sorprendería que usted hubiese descubierto el escondrijo ayer. En consecuencia, anoche, tan pronto como su madre se quedó dormida, usted salió con el contenido del escondrijo, fue a la otra parte del barco, dado que su lado estaba junto a la orilla, y lo tiró por la borda al Nilo. No me equivoco, ¿verdad?

—No se equivoca usted —Rosalía habló con súbita pailón—. ¡Supongo que fui una necia al no decirlo! Pero no quería que se enterase todo el mundo. Lo tiraría todo al río. Y parecía tan estúpido… quiero decir… que yo…

—¿Tan estúpido que sospechasen que usted había cometido un asesinato?

Rosalía asintió con la cabeza. Luego estalló de nuevo:

—He procurado tanto… que nadie se enterase… Realmente no es culpa de ella. Se desanimó. Sus libros ya no se vendían. La afectó muchísimo. Y en consecuencia, empezó a beber. Durante mucho tiempo no supe por qué estaba tan extraña. Luego, cuando lo descubrí, intenté impedirlo. Dejaba de beber durante un tiempo y luego, de repente, comenzaba de nuevo y se producían escenas y riñas con la gente. Era terrible. Tenia que vigilarla siempre, apartarla… Y entonces empezó a enojarse por ello conmigo. Se ha vuelto en contra mía. Creo que a veces hasta me odia…

—*Pauvre petite!* —dijo Poirot.

Rosalía dijo lentamente:

—Es un alivio hablar de ello. Usted… usted siempre ha sido bondadoso conmigo, señor Poirot. Temo haber sido grosera con usted muy a menudo.

—La *politesse* no es necesaria entre amigos.

En el rostro de ella reapareció de repente una expresión de recelo.

—¿Va… va usted a contárselo a todo el mundo? Presumo que tendrá que hacerlo por culpa de esas malditas botellas que tiré por la borda.

—No, no, no es necesario. Simplemente, dígame lo que yo quiero saber. ¿A qué hora fue esto? ¿A la una y diez?

—Aproximadamente a esa hora. No recuerdo exactamente.

—Y ahora dígame, mademoiselle. La señorita Van Schuyler la vio a usted. ¿Usted la vio a ella?

—No, no la vi.

—Ella dice que se asomó a la puerta de su camarote.

—No creo que pudiera haberla visto. Yo, simplemente, miré a lo largo de la cubierta y luego al río.

—¿Vio usted a alguien cuando escrutó la cubierta?

Hubo una pausa, una pausa larga. Rosalía fruncía el ceño. Parecía estar pensando seriamente. Finalmente meneó decididamente la cabeza.

—No —declaró—. No vi a nadie.

Hércules Poirot movió lentamente la cabeza. Pero sus ojos tenían una expresión grave.

CAPÍTULO XX

Los pasajeros entraron en el comedor de uno en uno y de manera sumisa. Tim Allerton llegó unos minutos después que su madre se hubo sentado en su puesto. Estaba malhumorado.

—¡Ojalá no se me hubiese ocurrido jamás hacer este viaje! —gruñó.

Poirot se sentó a la mesa, haciendo una reverencia a la señora Allerton.

—Llego un poco tarde —dijo.

—Supongo que habrá estado ocupado —indicó la señora Allerton.

—Sí. He estado muy ocupado.

Ordenó una botella de vino.

—Somos católicos en nuestros gustos —declaró la señora Allerton—. Usted siempre bebe vino; Tim, whisky y sifón, y yo pruebo las diferentes clases de aguas minerales, alternadamente.

—*Tiens!* —murmuró Poirot. La contempló un momento. Murmuró para sí: «Es una idea…»

Luego, con un impaciente encogimiento de hombros, apartó la repentina preocupación que le habla atormentado y empezó a charlar frívolamente sobre los temas.

—¿Está gravemente herido el señor Doyle? —inquirió la señora Allerton.

—Sí, la herida es bastante grave. El doctor Bessner está ansioso por llegar a Assuán para sacarle una radiografía de la pierna y extraerle la bala. Pero abriga la esperanza de que no quedará cojo permanentemente.

—¡Pobre Simon! —murmuró la señora Allerton—. Espero que él no esté demasiado enojado con esa pobre niña.

—¿Con mademoiselle Jacqueline? Por el contrario. Está lleno de

ansiedad por ella. —Se volvió hacia Timoteo—: ¿Sabe usted? Se trata de un pequeño problema de psicología lo que ha sucedido con ellos. Cuando mademoiselle los seguía de lugar en lugar, él estaba furioso, pero ahora que ella le ha disparado un tiro y herido peligrosamente, quizá dejándolo cojo para el resto de su vida, toda su furia se ha evaporado. ¿Comprende usted eso?

—Sí —respondió Tim, pensativamente—. Creo que sí. Lo primero lo ponía a él en ridículo…

—Dígame, la prima de madame Doyle, la señorita Juana Southwood, ¿se parecía a madame Doyle?

—Se equivoca usted, señor Poirot. Era prima nuestra y amiga de Linnet.

—¡Ah! Dispense, estaba confundido. Es una joven muy conocida. Hace tiempo estoy interesado en ello.

—¿Por qué? —inquirió Tim ásperamente.

Poirot se incorporó para hacer una reverencia a Jacqueline de Bellefort, que acababa de entrar y pasó delante de la mesa para dirigirse hacia la suya. Sus mejillas estaban rojas y sus ojos brillantes. Respiraba entrecortadamente. Al volver a sentarse, Poirot pareció haber olvidado la pregunta de Tim. Murmuró vagamente:

—Me pregunto si todas las señoritas que poseen joyas valiosas en gran número, son tan descuidadas como lo era madame Doyle.

—¿Es cierto, pues, que las robaron? —preguntó la señora Allerton.

—¿Quién se lo ha dicho, madame?

—Ferguson lo dijo —respondió Tim.

—Es verdad.

—Supongo —dijo la señora Allerton nerviosamente— que esto significa una serie de molestias y cosas desagradables para todos nosotros. Tim lo afirma.

Su hijo frunció el ceño. Pero Poirot se había vuelto hacia él.

—¡Ah! ¿Tal vez usted ha tenido alguna experiencia anterior? ¿Ha estado en una casa donde se ha perpetrado un robo?

—Nunca —repuso Tim.

—¡Oh, sí, querido! Estabas en casa de los Pennington aquella vez cuando robaron los diamantes de aquella horrible mujer.

—Siempre enredas las cosas, mamá. ¡Me encontraba allí cuando se descubrió que los diamantes que ella lucía alrededor de su cuello

de toro eran de pasta, falsos! ¡La sustitución fue hecha probablemente unos cuantos meses antes! En realidad, mucha gente decía que ella misma lo había hecho.

Poirot cambió precipitadamente el tema. Tenía el propósito de efectuar una compra importante en una de las tiendas de Assuán. Algunas telas atractivas, de oro y púrpura, en uno de los establecimientos indios. Desde luego, habría que pagar derechos de Aduana…

—Me han dicho que pueden, ¿cómo se dice?, expedírmelas. Y que el coste no será muy elevado. ¿Cree usted que llegarán bien?

La señora Allerton dijo que mucha gente, así lo había oído decir, se hacía mandar los géneros a Inglaterra y que todo llegaba perfectamente.

—Bien. Entonces haré eso. ¡Pero las molestias que uno sufre si le llega un paquete de Inglaterra! ¿Ha tenido alguna experiencia de esto? ¿Le han llegado algunos paquetes durante su viaje?

—Creo que no. ¿Hemos recibido algunos, Tim? Recibimos libros de vez en cuando, pero desde luego, no producen ninguna molestia.

—¡Ah, no! Los libros es diferente.

Se había servido el postre. Ahora, sin previo aviso, el coronel Race se puso en pie y pronunció su discurso.

Refirió las circunstancias del crimen y anunció el robo de las perlas. Iba a efectuarse un registro del barco y agradecería a todos los pasajeros que permaneciesen en el salón hasta que todo esto hubiese acabado. Luego, si los pasajeros consentían, como él estaba seguro de que así sería, ellos mismos tendrían la bondad de someterse a un registro.

Poirot llegó al lado de Race y murmuró algo a su oído cuando éste se disponía a salir del comedor. Race escuchó. Asintió con la cabeza e hizo una señal al camarero.

Le dijo unas palabras. Luego, junto con Poirot, salió a cubierta, cerrando la puerta detrás de él.

—No es mala su idea —declaró Race—. Pronto veremos el resultado.

La puerta del comedor se abrió y el mismo camarero a quien hablaron un poco antes salió. Saludó a Race y dijo:

—Hay una señora que dice que es urgente que ella le hable a usted inmediatamente, sin tardanza. No puede esperar más.

—¡Ah! —El rostro de Race se llenó de satisfacción—. ¿Quién es?

—La señorita Bowers, señor.

Una ligera sombra de sorpresa apareció en el rostro de Race. Dijo:

—Llévela al salón de fumar. Que no salga nadie más.

—Muy bien, señor.

Volvió al comedor. Poirot y Race fueron al salón de fumar.

—Bowers, ¿eh? —murmuró Race.

Apenas habían entrado en el salón cuando el camarero reapareció seguido de la señorita Bowers. La introdujo y salió.

—¿Bien, señorita Bowers? —El coronel Race la miró interrogante—. ¿Qué hay?

La señorita Bowers tenía el mismo aire tranquilo y sereno de siempre.

—Me perdonará usted, coronel Race —dijo—. Pero dadas las circunstancias, he pensado que lo mejor sería hablarle a usted inmediatamente —abrió su bolso negro— y devolverle esto.

Sacó un collar y lo depositó sobre la mesa.

CAPÍTULO XXI

Si la señorita Bowers hubiera sido de la clase de mujeres que disfrutan creando una sensación, habría sido recompensada ampliamente por el resultado de su acción.

Un gesto de asombro cruzó por el rostro del coronel Race cuando recogió las perlas de la mesa.

—Esto es sumamente extraordinario —declaró—. ¿Quiere tener la bondad de explicarse, señorita Bowers?

—Naturalmente. A eso he venido. Me fue difícil decidir lo que me convendría hacer. La familia quiere, naturalmente, evitar el escándalo y confía en mi discreción, pero las circunstancias son tan extraordinarias que no me dejan ninguna opción. Por supuesto, al no encontrar nada en los camarotes sometería a un registro a los pasajeros, y si encontrasen las perlas en mi poder la situación sería delicada, y, de todos modos, se averiguaría la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Tomó usted estas perlas del camarote de la señora Doyle?

—¡Oh, no, coronel Race! Desde luego que no. La señorita Van Schuyler las cogió.

—¿La señorita Van Schuyler?

—Sí. Ella no puede remediarlo, ¿sabe usted?, pero ella… coge cosas. Especialmente, joyas. Realmente, por esto estoy siempre alerta y afortunadamente no ha habido ningún incidente desde que he estado con ella. Hay que estar siempre alerta. Y ella ocultaba las cosas siempre en el mismo sitio, envueltas en un par de medias, y por tanto no es muy difícil descubrirla. Todas las mañanas las miro. Desde luego, tengo el sueño ligero y siempre duermo a su lado y con la puerta contigua abierta, si es en un hotel, de modo que usualmente siempre la oigo… Luego la sigo y la persuado a que vuelva a la cama. Por supuesto, ha sido algo más difícil a bordo de

un barco. Pero habitualmente no lo hace de noche. Se trata más bien de coger cosas que ella ve abandonadas. Naturalmente, las perlas ejercen una gran atracción sobre ella.

La señorita Bowers dejó de hablar.

—¿Cómo descubrió que habían sido sustraídas?

—Estaban en sus medias esta mañana. Naturalmente sabía de quién eran. Las he visto a menudo. Fui a restituirlas a su sitio, esperando que la señora Doyle no se habría levantado todavía y no habría descubierto su pérdida. Pero había un camarero de pie allí y me dijo lo del asesinato y que no podía entrar nadie. Puedo asegurarle que he pasado una mañana muy desagradable cavilando lo que podía hacer. Usted comprende, la familia Van Schuyler es tan distinguida… Sería un horror que esto apareciese en los periódicos. Pero no será necesario, ¿verdad?

—Depende de las circunstancias —respondió el coronel Race cautelosamente—. Pero desde luego haremos cuanto sea posible por usted. ¿Qué dice a esto la señorita Van Schuyler?

—¡Oh!, lo negará. Como siempre. Dice que algunas personas malvadas lo han puesto allí. No confiesa nunca que ha cogido algo. Por eso si se la coge a tiempo, vuelve a la cama como un corderito. Dice que salió a contemplar la luna o algo por el estilo.

—¿La señorita Robson conoce esta… flaqueza?

—No. Su madre lo sabe, pero ella es una muchacha de pocas luces y su madre pensó que sería mejor que no supiese nada.

—Tenemos que darle las gracias, mademoiselle, por venir a nosotros tan pronto —dijo Poirot.

—Espero que he hecho bien.

—Puede estar segura de que así es.

—Verá usted, habiendo ocurrido un asesinato también…

El coronel Race la interrumpió. Su voz sonó grave.

—Señorita Bowers. Voy a hacerle una pregunta y deseo hacerle comprender que es necesario que la responda usted verazmente. La señorita Van Schuyler sufre un trastorno mental hasta el punto de ser cleptómana. ¿Tiene también tendencias homicidas?

—¡Oh, no! Nada de eso. Puede usted creerme. La vieja señorita sería incapaz de hacer daño a una mosca.

La respuesta fue pronunciada con tanta seguridad que, al parecer, no había que preguntar más. Sin embargo, Poirot intercaló

una pregunta suave:

—¿Sufre la señorita de sordera?

—En realidad sí, señor Poirot. Aunque no es cosa que se nota, si usted habla con ella. Pero con frecuencia no oye cuando una persona entra en una habitación. Cosas por el estilo.

—¿Cree usted que oyó a alguien moviéndose por el camarote de la señora Doyle, que está situado al lado del suyo?

—No lo creo. Verá usted, la litera está al otro lado del camarote, no arrimada a la pared divisoria. No, no creo que oyese nada.

Race preguntó:

—¿Quizá volverá usted al comedor a esperar en compañía de los demás?

Le abrió la puerta y la siguió con la mirada mientras ella descendía y entraba en el comedor. Luego cerró la puerta y volvió a la mesa. Poirot había cogido las perlas.

—Bien —dijo Race, ceñudo—. Esa reacción se produjo muy pronto. Es una joven muy astuta y calculadora, muy capaz de tenernos pendientes de alguna otra cosa, si lo cree conveniente. ¿Qué opina de la señorita Van Schuyler ahora? No creo que podamos eliminarla de los posibles sospechosos Ella *podría* muy bien haber cometido el asesinato para apoderarse de esas perlas. No podemos aceptar la palabra de la enfermera. Ella está dispuesta a favorecer a la familia

—Podemos creer, a mi entender, que esa parte de la historia de la vieja dama es cierta. Ella, en efecto, se asomó a la puerta de su camarote y vio a Rosalía Otterbourne. Pero no creo que oyese nada ni a nadie en el camarote de Linnet Doyle. Creo que, sencillamente, se asomaba preparándose para ir a sustraer las perlas.

—¿La muchacha Otterbourne estaba allí entonces?

—Sí. Tirando las bebidas de la madre al río.

—¡De modo que era eso! Ha de ser un tormento para la joven.

—Sí, su vida no ha sido muy alegre, *cette pauvre petite Rosalie*.

—Bien, me alegro de que esto esté aclarado. ¿Ella no vio ni oyó nada?

—Se lo pregunté. Respondió, al cabo de unos veinte segundos, que no vio a nadie.

—¿Eh? —Race frunció el ceño.

—Sí, es muy sugestivo.

—Si Linnet fue muerta a eso de la una y diez, después de cesar los ruidos del barco, me asombra que nadie oyera el tiro. Concedo que una pistola como esa no haría gran ruido, pero de todos modos, hasta un simple taponazo de un corcho debiera haberse oído. Pero ahora comienzo a comprenderlo mejor. El camarote del lado de delante de ella estaba desocupado, dado que su marido se encontraba en el camarote del doctor Bessner. El de la parte de popa estaba ocupado por la Van Schuyler, que es sorda. Esto deja solamente…

Hizo una pausa y miró a Poirot, que movió afirmativamente la cabeza.

—El camarote contiguo al de ella, al otro lado del barco. En otras palabras: Pennington. Al parecer siempre volvemos a él.

—¡Volveremos a él pronto, sin guante blanco! ¡Ah, sí! Quiero tener ese gusto.

—Entretanto, será mejor que continuemos el registro del barco. Las perlas constituyen aún una excusa conveniente aunque las hayan restituido. No es probable que la señorita Bowers anuncie el hecho.

—¡Ah, las perlas!

Poirot las puso contra la luz una vez más. Luego, con un suspiro, las arrojó sobre la mesa.

—Surgen más complicaciones, amigo mío —declaró—. No soy un experto en piedras preciosas, pero he visto muchas en mis tiempos y estoy bastante seguro de lo que digo. *Estas perlas son tan sólo una hábil imitación.*

CAPÍTULO XXII

El coronel Race juró enérgicamente.

—Este maldito caso se embrolla cada vez más. —Cogió las perlas —. ¿No habrá sufrido un error? A mí me parecen buenas.

—Son una bonísima imitación…

—¿Adonde nos conduce eso? Supongo que Linnet Doyle no se mandó hacer un collar de imitación para viajar con él para seguridad. Muchas mujeres lo hacen.

—No, no creo. Yo estuve admirando las perlas de la señora Doyle la primera noche, en el barco, y por su maravilloso lustre tengo el convencimiento de que usaba las legítimas entonces.

—Esto presenta dos posibilidades. Primera, que la señorita Van Schuyler sustrajo tan sólo el collar falso después de que las perlas legítimas las robó alguna otra persona. Segunda, que la historia de la cleptómana es pura invención. O la señorita Bowers es una ladrona e inventó rápidamente la historia y aplacó las sospechas entregando las perlas falsas, o bien todos ellos están complicados. Es decir, son una banda de hábiles ladrones de joyas que pasan bajo el disfraz de una familia norteamericana muy distinguida.

—Sí —murmuró Poirot—. Es difícil decirlo. Pero apuntaré una cosa: hacer una copia perfecta y exacta de las perlas, con broche y todo, lo suficientemente bien para poder engañar a la señora Doyle, es una realización técnica muy hábil. No era posible ejecutarlo apresuradamente. Quien copió esas perlas debe haber tenido una buena ocasión para estudiar el original.

Race se puso en pie.

—Es inútil hablar de eso ahora. Continuaremos la operación. Hemos de encontrar las perlas legítimas. Al mismo tiempo hemos de tener los ojos abiertos.

Registraron primeramente los camarotes de la cubierta inferior.

El del señor Richetti contenía varias obras arqueológicas en diferentes lenguas, un surtido variado de ropa, lociones para el cabello de perfume muy fuerte y dos cartas personales: una de su hermana residente en Roma. Sus pañuelos eran todos de seda de colores.

Pasaron al camarote de Ferguson.

Había un surtido de literatura comunista, muchas instantáneas, Erewhom, de Samuel Butlet, y una edición económica del Diario de Pepy. Sus efectos personales no eran muchos, la mayor parte de las ropas que había estaban rotas y sucias; la ropa interior, por el contrario, era de muy buena calidad. Los pañuelos eran de lienzo muy caro.

—Algunas discrepancias interesantes —murmuró Poirot.

Race asintió.

—Parece extraño que no haya ninguna carta personal, papeles, etcétera.

—Sí, esto da que pensar. Ferguson es un joven muy extraño.

Contempló pensativo un anillo de sello que tenía en la mano, antes de ponerlo en el cajón donde lo encontraron.

Fueron al camarote ocupado por Luisa Bourget. La doncella comía después que los otros pasajeros, pero Race había ordenado que la buscasen y la llevasen al comedor a reunirse con los otros. Un camarero les salió al encuentro.

—Lo siento, señor —se excusó—. Pero no he podido encontrar a la joven por ninguna parte. No sé adonde puede haber ido.

Race miró en el camarote. Estaba desierto. Subieron a la cubierta de paseo y empezaron por el lado de estribor. El primer camarote era el ocupado por Jaime Fanthorp. Allí estaba todo cuanto había en orden meticuloso. Él viajaba con pocas cosas, pero todo cuanto tenía era de buena calidad.

—No hay ninguna carta —musitó Poirot pensativamente—. Nuestro señor Fanthorp tiene mucho cuidado en destruir su correspondencia.

Pasaron al camarote de Timoteo Allerton, que estaba contiguo.

Había allí pruebas de un espíritu anglocatólico, un exquisito tríptico y un gran rosario de madera tallada. Además de las ropas personales, había un manuscrito incompleto, con muchas anotaciones, y una buena colección de libros, la mayoría de ellos

publicados recientemente. Había también una cantidad numerosa de cartas tiradas de cualquier manera en un cajón. Poirot, que nunca tenía el menor escrúpulo en leer correspondencia ajena, las examinó. Observó que entre ellas no había ninguna de Juana Southwood. Cogió un tubo de secotina, lo retuvo distraídamente entre los dedos un minuto o dos y luego dijo:

—Prosigamos.

—No hay pañuelos baratos —dijo Race, reponiendo rápidamente el contenido del cajón.

A continuación visitaron el camarote de la señora Allerton. Estaba exquisitamente aseado y un olor suave y anticuado a lavanda saturaba el lugar. El registro terminó pronto. Race observó cuando salían:

—Es una mujer simpática.

El siguiente camarote había sido usado a modo de tocador por Simon Doyle. Sus efectos personales más necesarios, pijamas, artículos de tocador, etc., habían sido trasladados al camarote de Bessner, pero el resto estaba aún allí: dos maletas de cuero grandes y un saco de viaje. Había algunas ropas en el armario.

—Miraremos cuidadosamente aquí, amigo mío —dijo Poirot—, pues es muy posible que el ladrón haya escondido las perlas aquí.

—¿Lo cree usted probable?

—Sí. ¡Fíjese! El ladrón, ella o él, quienquiera que sea, debe saber que tarde o temprano se efectuará un registro y en consecuencia un escondrijo en su camarote, de él o de ella, sería sobremanera imprudente. Los salones públicos presentan otras dificultades. Pero aquí hay un camarote perteneciente a un hombre *que no puede visitarlo personalmente.* En consecuencia, si se encuentran aquí las perlas, no nos dicen nada en absoluto.

Pero el registro más meticuloso no logró revelar el menor rastro del collar desaparecido.

El camarote de Linnet Doyle había sido cerrado después de trasladar el cadáver, pero Race tenía la llave. Abrió la puerta y los dos hombres entraron.

A excepción del traslado del cuerpo de la muchacha, el camarote estaba exactamente igual como lo estaba por la mañana.

—Poirot —dijo Race—, si se puede encontrar alguna cosa, por Dios, empiece. Si hay alguien que pueda encontrar algo, ése es

usted. Lo sé.

—¿Esta vez no se refiere a las perlas?

—No… El asesinato es lo principal. Es posible que hubiéramos olvidado alguna cosa esta mañana.

Rápidamente, con habilidad, Poirot inició el registro. Se arrodilló y escrutó el suelo palmo a palmo. Examinó la cama. Inspeccionó rápidamente el armario y la cómoda. Escudriñó el baúl y las dos maletas. Dio un vistazo al tocador. Finalmente enfocó la atención en el lavabo; había varias cremas, polvos y lociones para la cara. Pero lo único que parecía interesar a Poirot fue una de dos botellitas de Nailex Rosa que estaba vacía, excepción de una o dos gotas de líquido rosa oscuro, en el fondo. La otra, del mismo tamaño pero con la etiqueta Nailex Púrpura, estaba casi llena. Poirot sacó el corcho de la botella vacía y luego de la llena y olisqueó las dos delicadamente.

—Amigo mío, no hemos tenido suerte. El asesino no ha sido muy servicial. No ha dejado caer, para que nosotros lo encontremos, el gemelo de los puños, la colilla de un pitillo, la ceniza de un puro o, en el caso de una mujer, el pañuelo de pintura para los labios o alguna peineta.

—¿Tan sólo la botellita de esmalte para las uñas?

Poirot se encogió de hombros.

—He de preguntar a la doncella. Hay algo… sí… extraño ahí.

—¿Adonde diablos habrá ido esa muchacha? —murmuró Race.

Salieron del camarote cerrando con llave tras de ellos y pasaron al de la señorita Van Schuyler.

Allí también había toda clase de objetos lujosos; costosos artículos de tocador, equipaje muy bueno, cierto número de cartas y documentos particulares bien ordenados.

El camarote de al lado era el doble del ocupado por Poirot, y al otro lado de éste, el de Race.

—No es muy fácil esconderlas en alguno de ellos —dijo el coronel.

—Es posible. Una vez, en el Expreso de Oriente, investigué un asesinato. Se trataba de un kimono. Había desaparecido y, sin embargo, debía estar en el tren. Lo encontré. ¿Dónde cree usted? *En mi propia maleta cerrada con llave.* ¡Ah! ¡Fue una verdadera impertinencia!

—Bien, veamos si alguien ha sido impertinente con nosotros en esta ocasión.

Pero el ladrón de las perlas no había sido impertinente con Hércules Poirot ni con el coronel Race. Cerca de la popa inspeccionaron minuciosamente el camarote de la señorita Bowers, pero no encontraron nada de naturaleza sospechosa. Sus pañuelos eran de lienzo corriente y tenían una inicial.

A continuación fueron al camarote de los Otterbourne. Allí también Poirot practicó un registro muy minucioso, sin resultado.

El camarote siguiente fue el del doctor Bessner. Simon Doyle yacía con una bandeja de alimentos a su lado, sin tocar.

Tenía un aspecto febril y mucho peor que durante la mañana. Poirot comprendió la ansiedad del doctor Bessner por llevar a su paciente lo antes posible al hospital para tratarlo debidamente

El pequeño belga explicó lo que él y Race estaban haciendo y Simon movió la cabeza en señal de aprobación. Al saber que la señorita Bowers había devuelto las perlas y que éstas habían resultado falsas, expresó el mayor asombro.

—¿Está usted seguro, señor Doyle, de que su esposa no poseía un collar falso que se trajo de viaje, en lugar del legítimo?

Simon movió decisivamente la cabeza.

—Oh, no. Estoy completamente seguro de eso. Linnet adoraba sus perlas y las llevaba a todas partes. Estaban aseguradas contra todo posible riesgo y en consecuencia era un poco descuidada.

—Entonces debemos proseguir nuestra búsqueda.

Comenzó a abrir cajones. Race atacó una maleta. Simon miró con asombro.

—Escuche, ¿seguramente que no sospechan que el viejo Bessner las robó?

Poirot se encogió de hombros.

—Podría ser. Después de todo, ¿qué sabemos del doctor Bessner? Únicamente lo que él manifiesta.

—Pero él no podía haberlas escondido aquí sin que yo lo viera.

—Él no podía haber escondido nada, hoy, sin que usted lo viese. Pero ignoramos cuándo se verificó la sustitución. Puede haber efectuado el cambio hace días.

—No se me había ocurrido.

El camarote siguiente fue el de Pennington. Los dos hombres

emplearon algún tiempo en la búsqueda. En particular, Poirot y Race examinaron minuciosamente un cajón lleno de documentos legales y comerciales, requiriendo muchos de ellos la firma de Linnet.

Race movió lúgubremente la cabeza.

—Al parecer todo esto está en orden.

—Sin embargo, el individuo ese no es idiota de nacimiento. Si hubiese aquí algún documento comprometedor, poderes o algo por el estilo, los habría destruido.

—Así es.

Poirot levantó un pesado revólver marca Colt del cajón superior de la cómoda, lo miró y lo volvió a su sitio.

—Al parecer, hay aún alguna gente que viaja con revólveres —murmuró.

Cuando salían del camarote de Pennington, Poirot sugirió que Race registrase los camarotes restantes, ocupados por Jacqueline y Cornelia, y dos desocupados situados en el extremo, mientras él hablaba unas palabras con Simon Doyle.

En consecuencia volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en el camarote del doctor Bessner.

Simon dijo:

—Escuche, he estado pensando. Estoy completamente seguro de que esas perlas no eran falsas ayer.

—¿Por qué eso, señor Doyle?

—Porque… Linnet —se estremeció al pronunciar el nombre de su esposa— las estuvo acariciando poco antes de comer y habló de ellas. Tengo el convencimiento de que ella habría sabido si eran una imitación.

—Sin embargo, era una buena imitación. Dígame, ¿la señora Doyle tenía la costumbre de dejarlas a alguien? ¿Se las prestó, por ejemplo, a alguna amiga en alguna ocasión?

—Verá usted, señor Poirot, me resultaría difícil decir… Yo… pues no hace mucho tiempo que conozco a Linnet.

—¿Ella nunca, nunca —la voz de Poirot se tornó muy suave—, nunca, por ejemplo, se las prestó a mademoiselle de Bellefort?

—¿Qué quiere usted decir? —el rostro de Simon enrojeció—. ¿Qué pretende usted? ¿Que Jacqueline robó las perlas? Ella no hizo tal cosa. Estoy dispuesto a jurarlo. Jacqueline es muy recta. La mera

idea de que ella pueda ser una ladrona es ridícula.

—*Oh, la, la, la!* —dijo Poirot inesperadamente—. Mi sugerencia ha removido el nido de avispas adormecidas al parecer.

La puerta se abrió y entró Race.

—Nada —dijo bruscamente—. Bien, tampoco lo esperábamos. Ahí vienen los camareros con el informe del resultado del registro de los pasajeros.

Un camarero y una camarera aparecieron en el umbral. El primero dijo:

—Nada, señor.

—¿Alguno de los señores objetó?

—Tan sólo el señor italiano. Protestó bastante. Manifestó que era un deshonor, algo por el estilo. Tenía una pistola encima.

—¿Qué clase de pistola?

—Una automática, marca Mauser, del calibre 25.

—Los italianos son muy vehementes —dijo Simon—. Richetti se indignó en Wadi Halfa con una equivocación que hubo con un telegrama. Estuvo grosero con Linnet.

Race se dirigió a la camarera. Era una mujer guapa y corpulenta.

—Nada en ninguna de las señoras, señor. Protestaron bastante, excepto la señora Allerton. A propósito, la señorita Rosalía Otterbourne tenía una pistolita en su bolso.

—¿De qué clase?

—Muy diminuta, señor, con un puño de nácar. Una especie de juguete.

Race abrió los ojos asombrado.

—Qué caso más diabólico —murmuró—. Creí que habíamos descartado las sospechas de su parte y ahora…, ¿acaso todas las muchachas de este condenado barco llevan pistolas con puño de nácar?

Hizo una pregunta a la camarera.

—¿Objetó algo o mostró sentimiento cuando usted halló esa pistola?

—No creo que ella lo notase. Yo estaba vuelta de espaldas cuando registraba los bolsos.

—Sin embargo, ella debe haber sabido que usted la encontraría. No lo entiendo. ¿Y la doncella?

—Hemos buscado por todo el barco. No podemos encontrarla

por ninguna parte.

Race dijo pensativo:

—Ella podría haber robado las perlas. Es la única persona que tenía amplias facilidades para mandar hacer una imitación.

Se dirigió a la camarera una vez más.

—¿Cuándo la vieron por última vez?

—Una media hora antes de tocar la campana para el almuerzo, señor.

—Daremos un vistazo a su camarote —dijo Race—. Esto puede decirnos algo.

Abrió la marcha en dirección a la cubierta de abajo. Poirot le siguió. Abrieron la puerta del camarote y entraron.

Luisa Bourget, cuyo oficio era tener en orden los efectos personales ajenos, se había marchado de vacaciones. Diversos artículos aparecían esparcidos sobre la cómoda, una maleta estaba abierta con algunas ropas colgando por un costado de ella, impidiendo que se cerrase; varias prendas interiores pendían de los respaldos de las sillas.

Mientras Poirot abría los cajones del tocador, Race examinaba la maleta.

Los zapatos de Luisa estaban alineados a lo largo de la cama. Uno de ellos, de charol, parecía descansar de una manera extraordinaria, casi sin soporte. Era tan extraño que atrajo la atención de Race. Éste cerró la maleta y se inclinó sobre la hilera de zapatos. Luego emitió una exclamación.

Poirot giró sobre sus talones.

—*Qu'est ce qu'il y a?*

Race respondió ceñudo:

—No ha desaparecido. *Ella está aquí… debajo de la cama…*

CAPÍTULO XXIII

El cuerpo de la muerta que en vida fuera Luisa Bourget yacía en el suelo del camarote. Los dos hombres se inclinaron sobre ella. Race se enderezó primero.

—Ha sido muerta hace cosa de una hora, en mi opinión. Llamaremos a Bessner. Apuñalada en la espalda. La muerte fue casi instantánea. No tiene muy bonito aspecto, ¿no es verdad?

El rostro oscuro y felino aparecía convulsionado al parecer de sorpresa y furia, los labios retorcidos mostraban los dientes.

Poirot se inclinó y suavemente alzó la mano derecha. La mano tenía algo entre los dedos. Desprendió la cosa y se la ofreció a Race.

—¿Ve lo que es?

—Dinero —dijo Race.

—El ángulo de un billete de mil francos, me imagino.

—Está claro lo que ha sucedido —declaró Race—. Ella sabía algo y estaba haciendo víctima de un chantaje al asesino. Esta mañana creímos que esta muchacha había hablado con toda franqueza.

Poirot exclamó.

—¡Hemos sido unos idiotas, unos necios! Deberíamos haber sabido. ¿Qué dijo? *«¿Qué podía haber visto y oído yo? Yo estaba en la cubierta de abajo. Naturalmente, si no hubiese podido dormir, si hubiese subido la escalera, entonces quizá podría haber visto a ese asesino, a ese monstruo, entrar o salir del camarote de madame, pero tal como es…»* ¡Desde luego esto es lo que sucedió! ¡Ella subió! Vio a alguien entrar en el camarote de Linnet Doyle… o salir. Y por su codicia, su insensata codicia, yace aquí…

—Y no estamos más cerca de conocer la verdad —terminó Race, malhumorado.

—No, no. Sabemos mucho más ahora. Sabemos, lo sabemos

todo. Sólo que lo que sabemos parece increíble… Sin embargo, debe de ser así… ¡Bah! Qué necio fui esta mañana. Los dos creíamos que ella ocultaba algo y, sin embargo, no se nos ocurrió el motivo lógico: chantaje.

—Tiene que haber exigido dinero inmediatamente, para callarse —dijo Race—. Con amenazas. El asesino viene a su camarote, le da el dinero y luego…

—Y luego —agregó Poirot— ella lo cuenta. Oh, sí, conozco a esa clase de gente. Ella contaría el dinero y mientras lo contaba estaba desprevenida. El asesino atacó. Habiéndolo ejecutado con éxito, recogió el dinero y huyó, sin observar que este ángulo de uno de los billetes estaba roto.

—Podemos atraparlo por este dato —murmuró Race, con esperanza.

—Lo dudo —manifestó Poirot—. Examinará esos billetes y probablemente observará la rotura. Desde luego, si fuera de disposición parsimoniosa, no destruiría un billete de mil, pero me temo mucho que su temperamento sea el opuesto.

—¿Cómo saca usted esta conclusión?

—Este crimen y el asesinato de la señora Doyle exigían ciertas cualidades…, valor, audacia, audaz ejecución, acción relampagueante…, y esas cualidades no están de acuerdo con una disposición prudente y ahorrativa.

Race meneó tristemente la cabeza.

—Haré que Bessner venga —dijo.

El examen del grueso doctor no ocupó mucho tiempo.

—Ha estado muerta desde hace más de una hora —anunció—. La muerte fue muy rápida, inmediata.

—¿Qué arma cree que se utilizó?

—Eso es muy interesante. Fue algo muy delgado, muy agudo, muy delicado, como un bisturí de los que yo poseo.

—Supongo —dijo Race suavemente— que ninguno de sus cuchillos ha… desaparecido, doctor.

—¿Qué dice usted? ¿Cree usted que yo, Carlos Bessner, tan bien conocido en todo Austria, con mis clínicas, con tantos pacientes aristocráticos, que yo he matado a una vulgar *femme de chambre?* ¡Ah, es ridículo, absurdo lo que usted dice! Ninguna de mis herramientas ha desaparecido, ni una sola. Todas están aquí, en sus

sitios. Puede usted verlo por sí mismo. No olvidaré este insulto a mi profesión.

El doctor Bessner cerró con violencia su caja de instrumentos, la tiró y salió furioso del camarote.

—¡Uy! —dijo Simon—. Han sacado ustedes de sus casillas al viejo doctor.

—Es lamentable.

—Andan ustedes despistados. El viejo Bessner es una excelente persona.

—¿Quieren hacer el favor de salir de mi camarote ahora? Tengo que cambiarle la venda a la pierna de mi paciente.

La señorita Bowers había entrado con él y esperaba, erguida, en actitud profesional, que los otros saliesen.

Race y Poirot salieron sumisos. Race murmuró algo y se alejó. Poirot dobló hacia la izquierda. Oyó unos trozos de conversación femenina, una risa. Jacqueline y Rosalía estaban en el camarote de ésta.

La puerta estaba abierta y las dos muchachas estaban de pie cerca de ella. Cuando su sombra cayó sobre ellas alzaron la vista. Vio la sonrisa de Rosalía Otterbourne por primera vez —una sonrisa tímida y acogedora—, algo insegura, como de alguien que hace una cosa nueva y poco familiar.

—¿Hablaban ustedes del escándalo, mademoiselle? —le preguntó.

—No, señor —respondió Rosalía—. En realidad, comparábamos la pintura para los labios.

—*Les chiffons d'aujourd'hui* —murmuró Poirot.

Pero había algo mecánico en su sonrisa, y Jacqueline de Bellefort, más rápida y más observadora que Rosalía, lo vio. Ella dejó la barrita de labios y salió a cubierta.

—¿Ha ocurrido algo?

—Como usted adivina, mademoiselle, ha ocurrido algo.

—¿Qué?

—Otra muerte —declaró Poirot.

Rosalía contuvo el aliento. Poirot observaba atentamente. Observó en los ojos de la muchacha una expresión de alarma y consternación un minuto o dos.

—La doncella de la señora Doyle ha sido asesinada —dijo

bruscamente.

—¿Asesinada? —gritó Jacqueline—. *¿Asesinada*, dice usted?

—Sí, eso es lo que dije —aunque la respuesta iba dirigida a ella, observaba a Rosalía. A ésta habló a continuación—: Verá usted, esta doncella vio algo que no debía ver. Y así fue silenciada para el caso de que no callara.

—¿Qué vio?

De nuevo fue Jacqueline quien preguntó y otra vez la respuesta de Poirot fue dirigida a Rosalía. Era una extraña escena triangular.

—No cabe duda de lo que ella vio —declaró Poirot—. Vio a alguien entrar y salir del camarote de Linnet Doyle aquella noche fatal.

—¿Dijo lo que vio? —inquirió Rosalía.

Suave, tristemente, Poirot meneó la cabeza.

Se oyeron unos pasos en la cubierta. Era Cornelia Robson, desorbitados los ojos y sobresaltada.

—¡Oh, Jacqueline! —gritó—. Ha ocurrido una cosa terrible. Otra cosa horrible.

Jacqueline se volvió hacia Cornelia. Las dos avanzaron unos pasos. Casi inconscientemente Poirot y Rosalía avanzaron también en la otra dirección. Rosalía preguntó desesperada:

—¿Por qué me mira? ¿Qué piensa usted?

—Me hace usted dos preguntas. Yo le formularé una, a mi vez: *¿Por qué no me dice usted toda la verdad, mademoiselle?*

—No sé lo que usted quiere decir. Se lo dije todo… esta mañana.

—No, hay cosas que no me dijo. No me dijo usted que lleva en su bolso una pistolita con un puño de nácar. No me dijo todo lo que vio aquella noche.

Ella enrojeció. Luego dijo con sequedad:

—No es verdad. Yo no tengo ningún revólver.

—No dije un revólver. Dije una pistolita que usted lleva en su bolso.

Ella giró sobre sus talones, entró como una flecha en su camarote y salió de nuevo; luego depositó el bolso gris en sus manos.

—Está usted diciendo tonterías. Mire usted mismo, si quiere.

Poirot abrió el bolso. No había ninguna pistola dentro. Devolvió el bolso a la muchacha, viendo su mirada despectiva y triunfal.

—No —dijo en tono suave—. No está ahí.

—Ya lo ve. No siempre tiene razón, señor Poirot. Y también se equivoca respecto a esas cosas ridículas que ha dicho.

—No, no lo creo.

—Es usted irritador —golpeó indignada con el pie en el suelo—. Se le mete una idea en la cabeza y no hay quien se la quite.

—Porque quiero saber la verdad.

—¿Cuál es la verdad? Parece usted conocerla mejor que yo.

Poirot dijo:

—¿Quiere usted decirme lo que vio? Si no me equivoco, ¿quiere confesar que tengo razón? Le diré lo que pienso. Creo que cuando dobló por la popa del barco, se detuvo involuntariamente porque vio a un hombre salir de un camarote situado en el centro de la cubierta, del camarote de Linnet Doyle, como usted se percató al día siguiente, y le vio salir, cerrar la puerta detrás de él y alejarse y luego quizás… entrar en *uno de los camarotes del extremo.*

Ella no respondió.

Poirot dijo:

—Quizá se figura que es mejor no hablar. Quizá tema que si habla, la matarán a usted también.

Durante un momento el detective creyó que ella había picado en el cebo, que la acusación contra su valor había triunfado donde unos argumentos más sutiles fracasan.

Sus labios se abrieron, temblaron.

—No vi a nadie —contestó Rosalía Otterbourne.

CAPÍTULO XXIV

La señorita Bowers salió del camarote del doctor Bessner, alisándose los puños de sus muñecas. Jacqueline dejó bruscamente a Cornelia y se aproximó a la enfermera.

—¿Cómo está él? —preguntó.

La señorita Bowers aparecía consternada.

—He de confesar que sentiré un alivio cuando podamos sacarle una radiografía y se le extraiga la bala. ¿Cuándo cree que llegaremos a Shellal, señor Poirot?

—Mañana por la mañana.

Jacqueline asió el brazo de la señorita Bowers y lo sacudió:

—¿Va a morirse? ¿Va a morirse?

—Oh, no, señorita Jacqueline. Es decir, espero que no. La herida en sí no es peligrosa. Pero no cabe duda de que es preciso hacerle una radiografía cuanto antes.

Jacqueline se volvió a tientas, cegada por las lágrimas, hacia su camarote. Una mano debajo del codo la sostenía y guiaba. Alzó la vista y a través de las lágrimas vio a Poirot a su lado. Se apoyó en él un poco y él la guió a través de la puerta del camarote. Ella se hundió en la cama y las lágrimas manaron más abundantes.

Poirot se encogió de hombros. Meneó tristemente la cabeza.

—¡Yo lo habré matado! Y le amo tanto…

Poirot suspiró:

—Demasiado…

Fue lo que pensó hacía mucho tiempo en el restaurante del señor Blondin. Eso pensó ahora. Titubeando dijo:

—De todos modos, no se guíe por lo que dice la señorita Bowers. ¡Las enfermeras son siempre tétricas! La enfermera de noche está siempre asombrada de que su paciente esté vivo por la noche, la enfermera de día, siempre se sorprende de que el paciente esté vivo

por la mañana. Así son las enfermeras del hospital. Saben demasiado.

Jacqueline, a través de sus lágrimas, dijo:

—¿Trata de consolarme, señor Poirot?

—¡Eh, *bon Dieu*, sabe lo que trato de hacer! Usted ni debería haber emprendido este viaje.

—Ojalá no lo hubiese hecho. Ha sido horrible. Pero… pronto terminará, ahora.

—*Mais oui, mais oui.*

—Y Simon irá al hospital y le someterán a un buen tratamiento y todo saldrá bien.

—¡Habla usted como una criatura! *¡Y vivieron felizmente para siempre jamás!* Eso es, ¿no es verdad?

—Señor, no he querido decir…

—Es demasiado pronto para pensar en semejante cosa. Es la frase hipócrita adecuada, ¿no es cierto? Pero usted tiene algo de latina, mademoiselle Jacqueline. Usted debería admitir los hechos, aunque no parezcan decorosos. *Le roi est mort, vive le roi!* El sol se ha puesto y la luna sale, ¿no es verdad?

—Usted no comprende. Él está apenado por mí, sufre porque sabe que estoy atormentada de pensar que le he herido gravemente.

Poirot meneó la cabeza.

—Ah, bien —dijo Poirot—. La piedad es un sentimiento elevado.

Salió de nuevo a cubierta. El coronel Race pasaba y le abordó al instante.

—Poirot. Buen muchacho. Le necesito. Tengo una idea —enlazando su brazo por entre el de Poirot, se lo llevó por la cubierta —. Simplemente una observación casual de Doyle. No me di cuenta entonces. Algo de un *telegrama*.

—*Tiens, c'est vrai…!*

—Nada de particular, quizá, pero no se puede dejar ningún terreno inexplorado. Dos asesinatos y todavía estamos a oscuras

Poirot meneó la cabeza.

—No, no a oscuras. Al contrario.

Race le miró con curiosidad.

—¿Tiene alguna idea?

—Más que una idea. *Estoy seguro.*

—¿Desde cuándo?

—Desde la muerte de la doncella, Luisa Bourget.

—Pero, ¿usted cree saberlo? —Race le miró con curiosidad—. Usted no lo diría si no estuviese seguro. Por mi parte, yo no puedo decir que lo veo claro. Tengo mis sospechas, desde luego.

—Usted es un gran hombre, mi coronel. Usted no dice: «Dígame, qué es lo que piensa.» Usted sabe que si pudiese hablar, lo haría. Pero antes hay que establecer muchas cosas. Pero piense un instante en las líneas que voy a indicar. Hay ciertos puntos… Hay una declaración de mademoiselle de Bellefort de que alguien oyó nuestra conversación aquella noche en el jardín de Assuán. Hay la declaración del señor Timoteo Allerton respecto a lo que oyó e hizo en la noche del crimen. Hay las respuestas significativas de Luisa Bourget a nuestras preguntas de esta mañana. Hay el hecho de que la señora Allerton bebe agua, que su hijo bebe whisky y soda y que yo bebo vino. Añada botellitas de esmalte para las uñas y el proverbio que yo cité. Y finalmente llegamos al punto culminante del caso: que la pistola estaba envuelta en un pañuelo tosco y una estola de terciopelo y había sido tirada por la borda…

Race permaneció silencioso y luego sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No lo veo. Pero me parece adivinar adonde apunta. Mas, por lo que veo, no creo que pueda dar resultado.

—Pero sí, pero sí, usted está viendo solamente la mitad de la verdad. Y recuerde esto: hemos de empezar de nuevo, dado que nuestra primera concepción de la historia era enteramente equivocada. Esto es lo que algunas personas no quieren hacer. Conciben una hipótesis y quieren que todo encaje en ella. Si algún dato o pormenor no encaja en la hipótesis, la rechazan. Pero siempre *los hechos que no encajan* son los significativos. Desde un principio, me di cuenta de la *importancia de que la pistola desapareciese del escenario del crimen.* Sabía que debía significar algo, pero lo que ese algo era lo comprendí tan sólo hace media hora.

—¡Yo todavía no lo veo!

—¡Pero lo verá! Solamente reflexione a lo largo de las líneas que he indicado. Y ahora aclaremos este punto de un telegrama. Es decir, si el *Herr Doktor* nos quiere recibir.

El doctor Bessner estaba aún de humor de perros. En respuesta a la llamada apareció en el umbral con un rostro ceñudo.

—¿Qué hay? ¿Una vez más quieren ver a mi paciente? Ya les he

dicho que no es prudente. Tiene fiebre. Ya ha tenido demasiada excitación hoy.

—Solamente una pregunta —manifestó Race—. Nada más, se lo aseguro.

Con un gruñido de descontento el doctor se apartó y los dos hombres entraron en el camarote. El doctor, gruñendo para sí, pasó por su lado.

—Volveré dentro de tres minutos —dijo—. Y luego, decididamente, se marcharán ustedes.

Simon Doyle miró de uno a otro de los dos interrogantes.

—Sí —dijo—. ¿Qué hay?

—Poca cosa. Una cosa de poca importancia —dijo Race—. Hace poco, cuando los camareros me dieron el informe, mencionaron que el señor Richetti había objetado escandalosamente. Manifestó usted que no le sorprendía, pues usted conocía que era hombre de mal genio y que estuvo en una ocasión grosero con su esposa acerca de un telegrama. ¿Puede contarnos eso?

—Fácilmente. Fue en Wadi Halfa. Acabábamos de regresar de la Segunda Catarata. Linnet pensó que había visto un telegrama para ella en el mostrador. Había olvidado que ya no se llamaba Ridgeway: y Richetti y Ridgeway son algo parecidos cuando están escritos en una escritura atroz. Así ella lo abrió, no lo entendió, y estaba descifrándolo cuando este Richetti llegó, se lo arrancó de la mano y empezó a farfullar poseído de rabia. Ella fue a excusarse y él estuvo horriblemente grosero con ella.

—¿Y sabe usted, señor Doyle, lo que decía aquel telegrama?

—Sí, Linnet leyó parte de él en voz alta. Decía…

Hizo una pausa. Hubo una conmoción fuera. Una voz estridente se aproximaba rápidamente.

—¿Dónde están el señor Poirot y el coronel Race? ¡Tengo que verles *inmediatamente!* Es muy importante Tengo una información de importancia vital. Yo… ¿Están con el señor Doyle?

Bessner no había cerrado la puerta. Tan sólo la cortina colgaba a través del umbral abierto. La señora Otterbourne la echó a un lado y entró como un ciclón. Tenía la faz enrojecida, el andar vacilante y su palabra insegura.

—Señor Doyle —dijo drásticamente—. ¡Sé quien mató a su esposa!

—¿Qué?

Simon la miró con asombro. También los otros dos la miraron.

La señora Otterbourne les lanzó una mirada de triunfo. Era feliz, gloriosamente dichosa.

Race dijo ásperamente:

—¿He de entender que usted posee pruebas de quién asesinó a la señora Doyle?

La señora Otterbourne se sentó en una silla y se inclinó hacia delante moviendo vigorosamente la cabeza.

—Ciertamente, las poseo. ¿Convendrán conmigo, no es cierto, *que quien mató a Luisa Bourget mató también a Linnet* Doyle? ¿Que los dos crímenes fueron ejecutados por una misma mano?

—Sí, sí —dijo Simon con impaciencia—. Desde luego, es comprensible. Continúe.

—Entonces mi información es válida. Sé quién mató a Luisa Bourget, por tanto sé quién mató a Linnet Doyle.

—¿Quiere decir que tiene una hipótesis acerca de quién mató a Luisa Bourget? —sugirió Race, escéptico.

—No; lo sé de cierto. Yo vi a esa persona con mis propios ojos.

Simon, enfurecido, gritó:

—Por amor de Dios, comience desde el principio. Dice usted que conoce a la persona que mató a Luisa Bourget.

La señora Otterbourne asintió con la cabeza.

—Les diré exactamente lo que ocurrió. Fue cuando bajé a almorzar. Apenas tenía ganas de comer. El horror de la reciente tragedia… bien, no necesito entrar en eso. Cuando estaba a mitad de camino, recordé que había dejado algo en el camarote. Dije a Rosalía que se adelantase, que continuase sin mí. Así lo hizo.

La cortina de la puerta se movió ligeramente como si el viento la levantara, pero ninguno de los tres lo observó.

—Yo… —la señora Otterbourne calló. La cuestión era delicada —. Yo… tenía que ver a uno de la tripulación, del barco. Él tenía que darme algo que yo necesitaba, pero no quería que mi hija lo supiese; ella suele ser muy fastidiosa a veces…

La cortina de la puerta volvió a moverse. Entre ella y la puerta algo relució. La señora Otterbourne continuó:

—Yo tenía que bajar a la cubierta de abajo y allí encontraría al hombre esperándome. Cuando yo caminaba por la cubierta, la

puerta de un camarote se abrió y alguien se asomó. Era una muchacha, Luisa Bourget, o como se llamara. Parecía esperar a alguien. Al verme, pareció tener una decepción y entró de nuevo bruscamente en el camarote. No le di importancia en aquel momento. Continué andando como he dicho y recibí… el paquete del hombre. Luego volví sobre mis pasos. En el preciso momento en que doblaba el ángulo, vi a alguien llamar a la puerta de la doncella y entrar en el camarote.

Race interrumpió:

—Y esa persona era…

¡Bang!

El ruido de la explosión llenó el camarote. Se sintió un olor acre a humo. La señora Otterbourne se volvió lentamente de lado como en suprema pregunta, luego su cuerpo se desplomó hacia delante y cayó al suelo con ruido sordo. De detrás de su oreja, la sangre manaba de un agujerito redondo.

Hubo un momento de estupefacción.

Luego Race y Poirot se pusieron en pie de un salto. El cuerpo de la mujer dificultó un poco sus movimientos. Race se inclinó sobre ella mientras Poirot saltaba como un gato en dirección a la puerta y salía a cubierta. La cubierta estaba desierta. En el suelo, delante del umbral, había un revólver grande, marca Colt.

Poirot miró en ambas direcciones. La cubierta aparecía desierta. Echó a correr hacia la popa. Al doblar el ángulo, topó con Timoteo Allerton que venía del lado opuesto.

—¿Qué diablos fue eso? —gritó Timoteo, jadeante.

Poirot gritó bruscamente:

—¿Encontró a alguien cuando usted venía aquí?

—¿Que si vi a alguien…? No.

—Entonces acompáñeme —asió al joven del brazo y volvió sobre sus pasos.

Un grupo numeroso se había congregado ya. Rosalía, Jacqueline y Cornelia habían salido corriendo de sus camarotes. Más gente llegaba al salón: Ferguson, Jaime Fanthorp y la señora Allerton.

—¿Tiene usted guantes? —preguntó Poirot.

Timoteo rebuscó.

—Sí, los tengo.

Poirot se los arrebató, se los puso y se inclinó para examinar el

revólver. Race lo imitó. Los otros miraban, conteniendo el aliento.

Race dijo, señalando el revólver.

—Me parece haber visto esta arma no hace mucho tiempo. Sin embargo, debo asegurarme.

Llamó a la puerta del camarote de Pennington. No hubo respuesta. El camarote estaba desierto. Race fue al cajón de la derecha de la cómoda y lo abrió. El revólver había desaparecido.

—Esto lo decide —murmuró el coronel—. ¿Dónde estará Pennington?

Salieron de nuevo a la cubierta. La señora Allerton se había unido al grupo y Poirot se unió rápidamente a ella.

—Madame, llévese a la señorita Otterbourne y cuídela. Su madre —consultó a Race con la mirada y éste asintió con la cabeza — ha sido asesinada.

El doctor Bessner llegó precipitadamente.

—*Gott im Himmel!* ¿Qué hay ahora?

Le abrieron paso. Race indicó el camarote. Bessner entró.

—Busque a Pennington —dijo el coronel—. ¿Hay alguna huella dactilar en ese revólver?

—Ninguna —respondió el detective.

Encontraron a Pennington en la cubierta de abajo. Estaba sentado en el saloncito, escribiendo cartas.

—¿Hay alguna novedad? —inquirió.

—¿No oyó un disparo?

—¡Cómo! Ahora que usted lo menciona creo haber oído una especie de *bang*. Pero no se me ocurrió… ¿A quién han matado?

—A la señora Otterbourne.

—¿A la señora Otterbourne? —la voz de Pennington sonó asombrada—. Me sorprende usted. La señora Otterbourne —meneó la cabeza—. No lo entiendo —bajó la voz—. Me parece, señores, que tenemos a bordo un loco homicida. Debernos organizar un sistema defensivo.

—Señor Pennington —dijo el coronel—, ¿cuánto tiempo ha estado usted en este salón?

—Déjeme ver —Pennigton se acarició la barbilla—. Diría que unos veinte minutos, más o menos.

—¿Y no ha salido durante este tiempo?

—¡Cómo! No, ciertamente que no.

—Verá usted, señor Pennington —dijo Race—. La señora Otterbourne ha sido asesinada con el revólver de usted.

CAPÍTULO XXV

El señor Pennington se quedó estupefacto, muy impresionado. No podía llegar a creerlo.

—¡Cómo, señores! —dijo—, éste es un asunto muy serio. Muy serio, en verdad.

—Sumamente serio para usted, señor Pennington —aseguró fríamente Race.

—¿Para mí? —Pennington enarcó las cejas, sobresaltado—. Pero, señores, estaba sentado tranquilamente aquí cuando dispararon ese tiro.

—¿Tiene usted, quizás, un testigo para probar eso?

Pennington meneó la cabeza.

—No… no… no lo creo. Pero es claramente imposible que yo haya subido a la cubierta de arriba, que haya asesinado a esa pobre mujer, ¿y por qué había de matarla, yo después de todo?, y luego haya bajado sin que nadie me viera. Siempre hay mucha gente paseando por la cubierta a esta hora del día.

—¿Cómo explica que hayan usado su pistola?

—Temo que sea culpa mía. Poco después de embarcar hubo una conversación en el salón de noche, lo recuerdo, acerca de armas de fuego. Y mencioné que yo siempre llevaba un revólver cuando viajaba.

—¿Quién había allí?

—No lo recuerdo exactamente. La mayoría de los pasajeros, me parece. Mucha gente, de todos modos —meneó tristemente la cabeza—. Sí, ciertamente, es culpa mía.

Poirot dijo:

—Señor Pennington, desearía discutir ciertos aspectos del caso con usted. ¿Quiere venir a mi camarote dentro de media hora?

—Encantado.

Pennington no parecía verdaderamente estar encantado. Su voz no lo indicaba. Tampoco su rostro. Race y Poirot cambiaron una mirada y salieron bruscamente del saloncito.

—Es un viejo muy astuto —dijo Race—. Pero está asustado, ¿eh?

—Sí, no está muy contento nuestro señor Pennington —asintió Poirot.

Al llegar a la cubierta de paseo, la señora Allerton salió de su camarote y al ver a Poirot hizo una seña imperiosa.

—*Madame?*

—¡Esa pobre criatura! Dígame, señor Poirot, ¿hay algún camarote doble, que lo pueda compartir con ella? Ella no debe volver al que compartía con su madre, y el mío es para una sola persona.

—Eso tiene arreglo, madame. Es usted muy buena.

—Es pura decencia. Además, la muchacha me es muy simpática. Siempre me ha gustado.

—¿Está muy… muy afectada?

—Terriblemente. Parece que simplemente adoraba a esa detestable mujer. Esto es lo más patético. Timoteo dice que cree que ella bebía. ¿Es verdad?

Poirot asintió con la cabeza.

—Oh, bien, pobre mujer. No hay que juzgarla, supongo, pero esa muchacha debe de haber llevado una vida terrible.

—Así es, madame. Es muy orgullosa y muy leal.

—Sí, eso me gusta: la lealtad, quiero decir. Está pasada de moda hoy día. Esa muchacha tiene un carácter extraño: orgullosa, reservada, terca y terriblemente cariñosa en el fondo.

—Veo que la he entregado a buenas manos, madame.

—Sí, no se preocupe. Me cuidaré de ella. Se inclinó a buscar mi compañía de una manera patética.

La señora Allerton volvió a su camarote. Poirot volvió al lugar de la tragedia. Cornelia estaba aún de pie en la cubierta, con los ojos dilatados. Dijo:

—No lo entiendo, señor Poirot. ¿Cómo escapó la persona que la mató sin que la viéramos?

—Sí, ¿cómo? —preguntó Jacqueline.

—¡Ah! —dijo Poirot—. No fue una desaparición tan misteriosa como usted piensa, mademoiselle. El asesino pudo marcharse por

tres caminos distintos.

Jacqueline tenía una expresión intrigada.

—¿Tres? —preguntó.

—Pudo irse por la derecha o por la izquierda, pero no veo otro modo —murmuró Cornelia.

Jacqueline frunció el ceño también. Luego, el ceño se despejó. Dijo:

—El señor Poirot quiere decir, querida, que pudo descolgarse por la baranda y bajar rápidamente a la otra cubierta.

—¡Cielos! —estalló Cornelia—. No se me había ocurrido. No obstante, tendría que haberlo hecho muy ágilmente. Supongo que pudo hacerlo.

—Fácilmente —dijo Timoteo Allerton—. Recuerde que siempre hay un minuto de estupefacción después de una cosa como ésta: se oye un disparo y queda uno paralizado durante un segundo o dos.

Race salió del camarote de Bessner y dijo autoritariamente:

—¿Harían el favor de alejarse? Queremos sacar el cuerpo.

Todos se alejaron obedientemente. Poirot se fue con ellos. Cornelia, tras los primeros pasos, le dijo en tono triste y serio:

—Jamás olvidaré mientras viva este viaje… Tres muertes… Es como vivir una pesadilla.

Ferguson se encontraba cerca de ella y la oyó. Dijo en tono agresivo:

—Eso es porque usted está demasiado civilizada. Debería ver la muerte como lo hace el oriental. Es un mero incidente, que apenas se nota.

Cornelia dijo:

—Todo esto está muy bien; esas pobres criaturas no están civilizadas.

—No, y buena cosa es. La educación ha desvitalizado a las razas blancas. Mire a América: está embarcada en una orgía de cultura. Sencillamente repugnante.

—Creo que está diciendo tonterías —replicó Cornelia, enrojeciendo—. Yo asistía a las conferencias sobre Arte Griego y el Renacimiento y fui a algunas sobre Mujeres Famosas de la Historia Universal.

El señor Ferguson gimió:

—¡Arte Griego! ¡El Renacimiento! ¡Mujeres Famosas de la

Historia! Me dan náuseas oyéndola. Es el futuro lo que tiene importancia, mujer, no lo pasado. Tres mujeres están muertas en este barco… bien, ¿qué importa? No constituyen ninguna pérdida. ¡Linnet Doyle y su dinero! La doncella francesa: un parásito. La señora Otterbourne: una mujer tonta e inútil… ¿Cree que a alguien realmente le importa que estén muertas o no? Yo no lo creo.

—¡Entonces usted se equivoca! —apostrofó Cornelia—. Y me da nauseas oírle hablar, como si nada tuviese importancia más que usted.

El señor Ferguson retrocedió un paso. Se mesó los cabellos con vehemencia.

—Renuncio —dijo—. Es usted increíble. No tiene usted ni la más leve chispa de despecho femenino —volvióse hacia Poirot—. ¿Sabe usted, señor, que el padre de Cornelia fue arruinado por el de Linnet Ridgeway? ¿Y acaso la muchacha rechina los dientes cuando ve a la heredera exhibiendo perlas y modas de París?

—Me resentí, sí, un instante. Papá murió de desaliento, porque no había triunfado.

—¡Se resintió un momento!

Cornelia se volvió contra él.

—Bien, ¿no acaba de decir que lo futuro es lo que tiene importancia, no lo pasado? Todo esto ocurrió en lo pasado, ¿no es verdad? Ha terminado.

—Me pilló ahí —dijo Ferguson—. Cornelia Robson, es usted la única mujer simpática que he conocido en mi vida. ¿Quiere casarse conmigo?

—Creo que está usted procediendo de una manera ridícula —dijo Cornelia, enrojeciendo—. Debería ser un poco más serio.

—¿Quiere decir que no hablo en serio al proponerlo o quiere decir que no tengo carácter serio?

—Las dos cosas, pero realmente me refiero al carácter. Usted se burla de todas las cosas serias. De la educación, de la cultura y… y… de la muerte.

Se interrumpió, enrojeció de nuevo y entró precipitadamente en su camarote.

Ferguson la siguió estupefacto con la mirada.

—¡Maldita sea la muchacha! Creo que lo dijo en serio… Ella quiere un hombre que *inspire confianza*. De confianza… ¡oh, dioses!

—hizo una pausa y luego dijo, en tono de curiosidad—: ¿Qué le pasa, señor Poirot? Está usted muy absorto en sus pensamientos.

Poirot dio un respingo.

—Medito, eso es todo; medito.

—«Meditación sobre la Muerte. La Muerte, la guadaña diezmadora», por Hércules Poirot.

—Señor Ferguson —dijo Poirot—, es usted un joven muy impertinente.

—Tiene que dispensarme. Me gusta atacar a las instituciones establecidas.

—¿Y yo soy una institución establecida?

—Precisamente. ¿Qué opina usted de esa muchacha?

—Creo que es una joven de carácter sólido.

—Tiene usted razón. Tiene sangre. Parece sumisa, mansa, pero no lo es. Tiene valor. Ella es… maldición… quiero a esa muchacha. Quizá no haría mal en abordar a la vieja. Si pudiese ponerla en contra mía, tal vez influiría en Cornelia.

Giró en redondo y entró en el salón de observación.

La señorita Van Schuyler estaba sentada en su rincón de costumbre. Tenia un aspecto más arrogante que de ordinario. Estaba haciendo ganchillo.

Ferguson se aproximó a ella. Hércules Poirot, entrando disimuladamente, tomó asiento a distancia discreta y pareció quedar absorto en una revista.

—Buenas tardes, señorita Van Schuyler.

La señorita Van Schuyler alzó la vista un segundo, tornó a bajarla y murmuró glacialmente:

—¡Hum!, buenas tardes.

—Escuche, señorita Van Schuyler. Quiero hablarle a usted acerca de una cosa bastante importante. Es esto: deseo casarme con su sobrina.

—Debe usted de estar loco, joven.

—De ningún modo. Estoy resuelto a casarme con ella. ¡Le he pedido a ella que se case conmigo!

—¿Sí? Y supongo que ella le habrá mandado a paseo.

—Me rehusó.

—Naturalmente.

—De ningún modo es «naturalmente». Continuaré pidiéndoselo

hasta que acceda.

—Puedo asegurarle, señor, que yo tomaré medidas para que mi joven sobrina no esté sometida a su persecución.

—¿Qué tiene usted en contra de mí?

Dijo la señorita Van Schuyler, en tono mordaz:

—Yo diría que eso es muy obvio, señor… hum… no conozco su nombre.

—Ferguson.

—Señor Ferguson —la señorita Van Schuyler pronunció el nombre con clara repugnancia—. Semejante idea está descartada.

—¿Quiere decir —dijo Ferguson— que yo no soy bastante bueno para ella?

La señorita Van Schuyler no respondió.

—Tengo dos piernas, dos brazos, buena salud y un cerebro bastante razonable. ¿Qué de mal me encuentra en eso?

—Hay lo que se llama posición social, señor Ferguson.

La puerta se abrió y Cornelia entró. Se detuvo en seco al ver a su temible prima María conversando con su presunto pretendiente.

El atroz y ofensivo señor Ferguson volvió la cabeza sonrió ampliamente y llamó:

—Venga, Cornelia Estoy pidiendo su mano del modo más convencional.

—¡Cornelia! —tronó la señorita Van Schuyler y su voz era verdaderamente terrible—, ¿has alentado, has incitado a este joven?

—Yo, no, desde luego… a lo menos… no exactamente… quiero decir…

—Ella no me ha alentado —declaró Ferguson, ayudándola—; yo lo he hecho todo. Ella realmente tiene un corazón muy bondadoso. Cornelia, su tía dice que yo no soy bastante bueno para usted. Eso, desde luego, es verdad, pero no del modo que ella quiere decir. Mi naturaleza moral ciertamente no iguala a la suya, pero su argumento es que yo estoy socialmente por debajo de usted.

—Eso, creo yo, es igualmente obvio para Cornelia —dijo la señorita Van Schuyler.

—¿Sí? —el señor Ferguson le dirigió una mirada escrutadora—. ¿Por eso no quiere casarse conmigo?

—No, no es eso —Cornelia se ruborizó—. Si usted me gustase, me casaría, no importa quién fuese usted.

Las lágrimas amenazaron con abrumarla. Salió precipitadamente del salón.

—En conjunto —dijo el señor Ferguson— no está demasiado mal como principio —se reclinó en su silla, miró al techo, silbó, cruzó las rodillas y observó—: Todavía la llamaré tía.

—Salga de este salón al instante, señor, o llamaré al camarero.

—He pagado mi billete —replicó el señor Ferguson— y no puede echarme del salón público. Pero la complaceré —se dirigió pausadamente hacia la puerta y salió.

Ahogándose de rabia, la señorita Van Schuyler se incorporó. Poirot, emergiendo discretamente de detrás de la revista que tenía en las manos, se puso en pie de un salto y la saludó reverente.

—Muchas gracias, señor Poirot. Si tuviera la bondad de decirle a la señorita Bowers que venga… Estoy indispuesta. ¡Ese insolente joven!

—Es algo excéntrico —dijo Poirot—. Como casi todos los de la familia. Demasiado mimado, desde luego. Siempre inclinado a batirse con los molinos de viento. —Añadió en tono indiferente—: Usted le reconoció, ¿no es cierto?

—¿Que le reconocí?

—Sí, es el joven lord Dawlish. Inmensamente rico, desde luego. Pero se hizo comunista en Oxford.

La señorita Van Schuyler, mostrando en su rostro un campo de batalla de emociones antagónicas, dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que usted sabe esto, señor Poirot?

Poirot se encogió de hombros.

—Vi una fotografía en un periódico, y observé el parecido. Luego encontré un anillo, un sello, con un escudo de armas grabado en él. Oh, no cabe duda, se lo aseguro.

Tuvo un momento de júbilo leyendo las expresiones que se sucedieron en la cara de la dama. Finalmente, con una graciosa inclinación de cabeza, ella dijo:

—Le estoy muy agradecida, señor Poirot.

Poirot la siguió con la mirada cuando ella salió del salón y sonrió. Luego se sentó y su rostro se tornó grave de nuevo. Estaba absorto en sus pensamientos. De vez en cuando movía afirmativamente la cabeza.

—*Mon ami* —murmuró al fin—. Todo encaja.

CAPÍTULO XXVI

Race le encontró sentado todavía allí.

—Bien, Poirot, ¿qué hay? Pennington llegará dentro de diez minutos. Dejo esto en sus manos.

—Primero haga buscar a Fanthorp.

—¿Fanthorp? —preguntó Race sorprendido.

—Sí. Llévelo a mi camarote.

Race asintió y salió. Poirot fue a su camarote. Race llegó con el joven Fanthorp un minuto después. Poirot indicó unas sillas y ofreció cigarrillos.

—Ahora, señor Fanthorp —dijo—, vamos a nuestro asunto. Observo que usa la misma corbata que usa mi amigo Hastings.

—Exacto. Es la corbata de la Vieja Escuela.

—Debe usted comprender que aunque soy extranjero, conozco algo el punto de vista inglés. Sé, por ejemplo, que hay «cosas que se hacen» y «cosas que no se hacen».

—No decimos esa clase de cosas hoy día, señor.

—Tal vez no, pero queda la costumbre. ¡La Vieja Escuela! Es la corbata de la Vieja Escuela y hay ciertas cosas, lo sé por experiencia, que la corbata de la Vieja Escuela no hace. Una de esas cosas, señor Fanthorp, es entrometerse en una conversación particular cuando no se conoce a las personas que la sostienen.

»Pero el otro día, señor Fanthorp, *eso es exactamente lo que usted hizo*. Ciertas personas estaban efectuando tranquilamente algunos negocios particulares en el salón de observación. Usted se aproximó, evidentemente con el propósito de oír de qué se hablaba, y poco después usted se volvió y felicitó a la señora Doyle sobre la solidez de sus métodos comerciales.

Poirot continuó sin esperar comentario.

—¡Ahora bien, señor Fanthorp, esa no es la conducta de una

persona que lleva una corbata que usa mi amigo Hastings! ¡Hastings es todo delicadeza, moriría de vergüenza antes de hacer semejante cosa! Por tanto, teniendo en cuenta que usted es muy joven para permitirse el lujo de un viaje como éste, que es usted miembro del despacho de un abogado de pueblo y, por lo tanto, probablemente, no exageradamente rico, y que usted no muestra señales de enfermedad reciente, yo me pregunto, y se lo estoy preguntando: ¿Cuál es el motivo de su presencia en este barco?

—Me niego a darle ninguna clase de información, señor Poirot. Realmente creo que debe usted estar loco.

—No estoy loco. Estoy en mi juicio. ¿Dónde está la casa donde trabaja? En Northampton, no muy lejos de Wode Hall. ¿Qué conversación intentó usted oír? Una conversación referente a documentos legales. ¿Cuál fue el objeto de la observación que usted emitió con evidente embarazo y malestar? Su objeto era impedir que la señora Doyle firmase un documento sin leerlo.

»En este barco ha habido un asesinato y consecutivamente a ese asesinato han ocurrido otros dos crímenes en rápida sucesión. Si además le facilito a usted la información de que el arma que mató a la señora Otterbourne era un revólver propiedad del señor Andrés Pennington, entonces quizá comprenderá usted que tiene el deber de decirnos todo cuanto sepa.

—Muy bien. ¿Qué desea saber?

—¿Por qué vino usted a este viaje?

—Mi tío, el coronel Carmichael, el abogado inglés de la señora Doyle, me mandó. Él se cuida de muchísimos de los asuntos de ella. De este modo, sostenía correspondencia con el señor Andrés Pennington, que era depositario americano. Varios pequeños incidentes, no puedo enumerarlos todos, hicieron que mi tío sospechase que las cosas no iban tal como debían ir.

—En lenguaje claro y llano —dijo Race—, su tío sospechaba que Pennington era un bribón.

Jaime Fanthorp asintió con la cabeza, con una leve sonrisa en el rostro.

—Usted lo pone más crudamente de lo que yo lo haría, pero la idea es ésa. Varias excusas hechas por Pennington, ciertas explicaciones plausibles de la disposición de fondos, despertaron el recelo de mi tío.

«Mientras estas sospechas eran nebulosas, la señorita Ridgeway se casó inesperadamente y se marchó en viaje de luna de miel a Egipto. El casamiento quitó un peso de encima a mi tío, pues sabía que a su regreso a Inglaterra la herencia tendría que liquidarse y entregarse.

»No obstante, en una carta que ella le escribió a él desde El Cairo, mencionó casualmente que se había encontrado inesperadamente con Andrés Pennington. Las sospechas de mi tío se agudizaron. Tenía el convencimiento de que Pennington, tal vez encontrándose en una posición desesperada, iba a tratar de conseguir algunas firmas de ella, con lo cual podría encubrir sus desfalcos. Dado que mi tío no podía presentarle a ella ninguna prueba, se encontraba en una posición muy delicada. Lo único que pudo pensar fue mandarme allí en avión, con instrucciones de descubrir lo que se tramaba. Yo tenía que estar alerta y obrar sumariamente, si era necesario, o sea, una misión desagradable, se lo aseguro. En realidad, en la ocasión que usted menciona tuve que comportarme más o menos como un canalla. Fue embarazoso, pero en conjunto quedé satisfecho del resultado.

—¿Quiere decir que puso en guardia a la señora Doyle? —inquirió Race.

—No tanto como eso. Pero creo que alarmé a Pennington. Tuve el convencimiento de que no intentaría ninguna bribonada durante algún tiempo, y para entonces yo esperaba intimar lo bastante con la señora y el señor Doyle para transmitirle alguna especie de aviso. En realidad me proponía hacerlo por mediación de Doyle. La señora Doyle apreciaba tanto al señor Pennington que habría sido embarazoso sugerirle a ella alguna cosa. Habría sido más fácil abordar al marido.

—¿Quiere darme su opinión sobre un punto, señor Fanthorp? Si usted se propusiera estafar a alguien, ¿escogería a la señora Doyle o a su marido como víctima?

Fanthorp esbozó una sonrisa.

—Al señor Doyle, siempre; Linnet Doyle era muy sagaz en cuestiones de negocios.

—De acuerdo —dijo Poirot. Miró a Race—. Ahí el móvil.

—Pero todo esto es pura conjetura. No es ninguna prueba.

—¡Ah, bah! ¡Conseguiremos las pruebas!

—¿Cómo?

—Posiblemente del mismo Pennington.

—Lo dudo —murmuró Fanthorp.

Race consultó su reloj.

—Debe llegar de un momento a otro.

Jaime Fanthorp comprendió al instante. Se marchó.

Dos minutos después, Andrés Pennigton hizo su aparición.

—Bien, señores —dijo—; aquí estoy.

—Le rogamos que viniese aquí, señor Pennigton —empezó Poirot—, porque es evidente que usted tiene un interés especial en el caso.

Pennington enarcó ligeramente las cejas.

—¿Sí?

—Así es. Usted ha conocido a Linnet Ridgeway, según tengo entendido, desde niña.

—Oh, eso… —su rostro se alteró—; dispense, no lo oí bien. Sí, como les dije esta mañana, he conocido a Linnet desde que era una criatura.

—Era usted tan íntimo de su padre que a su muerte le nombró guardián de los negocios de su hija y depositario de la vasta fortuna que ella heredó.

—Algo así —la cautela tornaba—. Yo no era el único depositario, naturalmente; otras personas estaban asociadas conmigo.

—¿Que han muerto desde entonces?

—Dos de ellas, sí. La otra, el señor Sterndale Rockford, mi socio, está vivo.

—La señorita Ridgeway, según tengo entendido, no era mayor de edad todavía cuando se casó.

—Habría cumplido los veintiún años el próximo julio.

—Y en el curso normal de las cosas, ¿habría entrado en posesión de su fortuna?

—Sí.

—¿Pero su casamiento precipitó las cosas?

—Ustedes me dispensarán, señores, pero, ¿hasta qué punto les importa a ustedes todo esto?

—Si le desagrada responder a las preguntas…

—No se trata de que me desagrade. No importa lo que me

pregunten. Pero no veo por ningún lado la pertinencia de todo esto.

—Oh, pero desgraciadamente, señor Pennigton… —Poirot se inclinó hacia delante—, existe la cuestión del móvil. Al considerar esto hay que tener en cuenta las cuestiones financieras.

Pennington dijo malhumorado:

—Según el testamento de Ridgeway, Linnet tomaría posesión de su fortuna cuando cumpliera los veintiún años o cuando se casara.

—¿Sin ninguna condición?

—Sin ninguna condición.

—Y se trata de un asunto, según me han asegurado, de millones.

—Millones son.

—Su responsabilidad, señor Pennington, y la de su socio, ha sido muy grave.

—Estamos habituados a la responsabilidad. No nos preocupa lo más mínimo.

—¡Quién sabe!

—¿Qué demonios quiere usted decir?

Poirot respondió con aire de franqueza encantadora:

—Me preguntaba, señor Pennington, si el súbito casamiento de Linnet Ridgeway causó alguna consternación en su oficina.

—¿Consternación? ¿Qué quiere usted decir?

—Algo muy sencillo. ¿Los asuntos de Linnet Doyle están en el orden perfecto que deben estar?

—Están en el perfecto orden.

—¿No se alarmó usted tanto cuando llegó la súbita noticia del casamiento de Linnet Ridgeway que corrió usted precipitadamente hacia Europa en el primer barco y simuló un encuentro fortuito en Egipto?

Pennington se volvió hacia ellos. Había recobrado la serenidad.

—¡Lo que usted dice es pura teoría! Ni siquiera sabía que Linnet Ridgeway estaba casada hasta que me la encontré en El Cairo. Me quedé asombrado Su carta no llegó a mis manos por cuestión de un día en Nueva York. Fue reexpedida y la recibí una semana después.

—Vino usted en el *Germanic*, creo que dijo.

—Así es.

—¿Y la carta llegó a Nueva York después de la partida del *Germanic*?

—¿Cuántas veces he de repetirlo?

—Es extraño —dijo Poirot.

—¿Qué es extraño?

—Que en su equipaje no hay ninguna etiqueta del *Germanic*. Las únicas etiquetas recientes del viaje transatlántico son las del *Normandie*. El *Normandie*, según recuerdo, zarpó dos días después del *Germanic*.

Durante un momento el otro quedó desconcertado. Titubeó.

El coronel Race lo sospechó con efecto evidente:

—Vamos, señor Pennington —dijo—. Tenemos varias razones para creer que usted viajó en el *Normandie*, y no en el *Germanic*, como ha dicho usted. En este caso, usted recibió la carta de la señora Doyle antes de partir de Nueva York. Es inútil negarlo, pues lo más fácil del mundo es comprobarlo en las compañías de navegación.

—He de inclinarme ante ustedes, señores. Han sido demasiado hábiles para mí. Pero yo tenía motivos para obrar como lo hice.

—Sin duda.

—Bien —Pennington suspiró—. Hablaré claro. Se realizaban algunas operaciones sospechosas en Inglaterra. Me alarmaron. Yo no podía hacer gran cosa por carta. Lo mejor era venir y verlo personalmente.

—¿Qué quiere decir con «operaciones sospechosas»?

—Tengo mis motivos para creer que estafaban a Linnet.

—¿Quién?

—Su abogado inglés. Ahora, eso no es la clase de acusación que se puede formular fácilmente. Decidí venir y comprobarlo.

—Eso acredita su vigilancia. Pero, ¿por qué ese pequeño engaño de no haber recibido la carta?

—Bien —Pennington extendió las manos—. No puede uno entrometerse con una pareja en luna de miel sin dar una explicación. Pensé que sería mejor fingir que el encuentro era casual.

—En realidad, todas sus emociones fueron motivadas por puro desinterés —dijo el coronel Race.

—Usted lo ha dicho, coronel.

Hubo una pausa. Race miró a Poirot. El hombrecillo se inclinó hacia delante.

—Señor Pennington, no creemos una palabra de su historia.

—¡Maldición! ¿Y qué demonios creen ustedes?

—Nosotros creemos que el inesperado casamiento de Linnet Ridgeway le puso a usted en un apuro financiero, que usted vino precipitadamente con el objeto de encontrar algún medio para salir del apuro en que se encontraba, es decir, algún modo de ganar tiempo. Que con ese propósito *in mente*, usted procuró obtener la firma de la señora Doyle para ciertos documentos, y fracasó. Que en el viaje por el Nilo, cuando caminaba usted a lo largo del acantilado de Abu Simbel, desprendió usted una roca que cayó y por un pelo no tocó a su objetivo…

»Creemos que la misma clase de circunstancias ocurrió en el viaje de vuelta, es decir, se presentó una ocasión de suprimir a la señora Doyle *en el momento en que su muerte, sin duda, sería atribuida a la acción de otra persona*. No sólo lo creemos sino que *sabemos* que fue su revólver el que mató a una mujer que estaba a punto de revelarnos el nombre de la persona que ella tenía motivos para creer que mató a Linnet Doyle y a Luisa Bourget…

—¡Maldición! —la exclamación interrumpió el chorro de elocuencia de Poirot—. ¿Qué pretende usted? ¿Está usted loco? ¿Qué motivos tenía yo para matar a Linnet? Yo no iba a recibir su dinero; éste iría a parar a manos de su marido. ¿Por qué no se mete usted con él? Él ha de beneficiarse, no yo.

Race dijo en tono glacial:

—Doyle no salió nunca del salón la noche de la tragedia hasta que fue herido en la pierna. La imposibilidad de que caminase un paso después de eso, pueden atestiguarla un doctor y una enfermera, ambos testigos de confianza e independientes. Simon Doyle no pudo haber matado a su esposa. Él no pudo haber matado a Luisa Bourget. Ciertamente, no mató a la señora Otterbourne. Usted lo sabe tan bien como nosotros.

—Yo sé que no la maté —la voz de Pennington sonaba más calmada—. Todo lo que digo es: ¿por qué razón me reprocha injustamente cuando yo no me beneficio por su muerte?

—Pero, querido señor —la voz de Poirot era suave como el runruneo de un gato— eso es materia de opinión. La señora Doyle era una mujer de negocios muy hábil, conocedora de sus asuntos y muy hábil para descubrir cualquier irregularidad. Tan pronto como ella tomara el gobierno de su propiedad, lo que haría a su regreso a

Inglaterra, sus sospechas tendrían que despertarse. Pero ahora que ella está muerta y que su marido, como acaba de apuntar, hereda, *el asunto es diferente*. Simon Doyle no sabe nada de los asuntos de su esposa, excepto que ella era una mujer muy rica. Es una persona de disposición confiada. Usted encontrará fácil poner unas relaciones complicadas ante él, enredar el asunto en una red de cifras y retardar la liquidación con el argumento de las formalidades legales y la reciente depresión. *Creo que significa una diferencia considerable para usted el trato con él o con su esposa.*

Pennington se encogió de hombros.

—Sus ideas son fantásticas.

—El tiempo lo demostrará.

—¿Qué ha dicho usted?

—He dicho: «El tiempo lo demostrará». Éste es un asunto de tres muertes, tres asesinatos. La ley exigirá que se practique una investigación a fondo del estado de la herencia de la señora Doyle —observó el súbito hundimiento de los hombros de Pennington y comprendió que había triunfado. Las sospechas de Jaime Fanthorp estaban fundadas. Poirot continuó—: Usted ha jugado y ha perdido. Es inútil seguir fingiendo.

—Usted no comprende —murmuró Pennington—. Ha sido esta baja de valores. Wall Street ha estado loco. Pero yo había preparado una recuperación. Con suerte, todo estaría arreglado para mediados de junio.

—Supongo —musitó Poirot— que la roca fue una súbita tentación. Usted se imaginó que no le veía nadie.

—Fue un accidente. Juro que fue una pura casualidad —el hombre se inclinó hacia delante, el rostro contraído y los ojos aterrorizados—. Tropecé y caí contra ella. Juro que fue un accidente.

Los dos hombres no dijeron nada.

—No pueden ustedes achacarme eso, señores. Fue un accidente. ¡Y no fui yo quien la mato! ¿Oyen ustedes? No pueden ustedes achacarme eso tampoco y nunca lo harán.

CAPÍTULO XXVII

Cuando la puerta se cerró detrás del abogado, Race exhaló un profundo suspiro.

—Logramos más de lo que suponíamos. Una confesión de fraude. Una confesión de intento de asesinato. Es imposible ir más allá. Un hombre confesará, más o menos, haber intentado un asesinato, pero no conseguirá usted que confiese el hecho real.

—A veces puede hacerse —musitó Poirot.

—¿Tiene un plan?

El detective asintió con la cabeza. Luego dijo:

—El jardín de Assuán. Las declaraciones del señor Allerton. Las dos botellas de esmalte para las uñas. Mi botella de vino. La estola de terciopelo. El pañuelo manchado. La pistola que se dejó en el lugar del crimen. La muerte de Luisa. La muerte de la señora Otterbourne… Sí, todo está ahí. ¡Pennington no lo hizo, Race!

—¿Qué? —Race se sobresaltó.

—Pennington no lo hizo. Tenía el motivo, sí. Tenía la voluntad de hacerlo; de acuerdo. Llegó hasta a intentarlo. *Mais c'est tout.* Hacía falta algo para el crimen que Pennington no tenía. Éste es un crimen que requiere audacia, una ejecución rápida e implacable, valor, indiferencia al peligro y un cerebro calculador e ingenioso. Pennington no posee esos atributos. Él no podía cometer un crimen a menos que supiese que estaba seguro. ¡Este crimen no era seguro! Pendía del filo de una navaja de afeitar.

—Creo que tiene usted razón —declaró Race.

—Eso creo. Hay una o dos cosas… ese telegrama, por ejemplo, que Linnet Doyle leyó. Me gustaría aclarar ese punto.

—¡Por Júpiter, olvidamos preguntárselo a Doyle! Nos estaba hablando de ello cuando la pobre señora Otterbourne se presentó. Volveremos a preguntárselo.

—Dentro de poco. Primeramente deseo hablar a alguien más.

—¿A quién?

—A Tim Allerton.

—¿Allerton? Bien, le traeremos —oprimió un botón y mandó al camarero con un mensaje.

Tim Allerton entró con aire interrogante.

—El camarero me dijo que usted quería verme.

—Así es, señor Allerton. Siéntese.

—¿Puedo servirle en algo? —inquirió en tono cortés, pero no entusiasta.

—En cierto sentido, quizá —respondió Poirot—. Lo que yo realmente deseo es que escuche.

—Ciertamente. Yo no soy el mejor oyente del mundo. Puede esperar de mí que diga: «¡U-a!» a tiempo oportuno.

—Eso es muy satisfactorio. «¡U-a!» será muy expresivo. *Eh bien!*; comencemos. Cuando los conocí a usted y a su madre en Assuán, señor Allerton, me atrajo su compañía muchísimo. Para empezar, declararé que su madre es una de las personas más encantadoras que jamás he conocido…

El rostro cansado se contrajo un instante, una sombra de expresión apareció en él.

—Ella es… única —dijo.

—Pero la segunda cosa que me interesó fue la mención de cierta dama.

—¿Realmente?

—Sí, una señorita, Juana Southwood. Vea usted; yo había oído mencionar recientemente ese nombre —hizo una pausa y continuó —: Durante los tres últimos años se han cometido ciertos robos de joyas que han fastidiado grandemente a Scotland Yard. Son lo que puede denominarse «robos de sociedad». El método es usualmente el mismo: la sustitución de una imitación de una joya por el original. Mi amigo el jefe inspector Japp, llegó a la conclusión de que los robos no eran obra de una persona, sino de dos que trabajaban juntas muy hábilmente. Estaba convencido, por el conocimiento íntimo que revelaban, de que los robos eran obra de personas de buena posición. Y, finalmente, su atención se enfocó sobre la señorita Juana Southwood. Todas las víctimas habían sido amigas o conocidas de ella y en todos los casos había tenido en sus

manos, o le habían prestado, la joya en cuestión. También su tren de vida estaba muy por encima de su renta. Por otra parte, estaba claro que el robo, es decir, la sustitución, no había sido realizada por ella. En algunos casos ella había estado ausente de Inglaterra durante el periodo en que la alhaja había sido repuesta. Así gradualmente, una idea fue tomando cuerpo en la mente del inspector Japp. La señorita Southwood estuvo en un tiempo asociada a una Corporación de Joyería Moderna. Él sospechaba que ella manejaba las joyas en cuestión, hacía unos dibujos de todas ellas, las hacía copiar por algún joyero humilde, pero deshonesto, y que la tercera parte de la operación consistía en la sustitución por otra persona, alguien que podía probarse que nunca tuvo en sus manos las joyas y que jamás se mezcló en la operación de las copias o imitaciones de piedras preciosas. Japp desconocía absolutamente a la otra persona.

»Ciertas cosas que dijo usted en su conversación me interesaron. Un anillo que desapareció cuando usted estuvo en Mallorca; el hecho de que usted había estado en una fiesta particular, donde ocurrió una de esas sustituciones falsas y su íntima asociación con la señorita Southwood. También había el hecho de que usted, evidentemente, advirtió mi presencia e intentó que su madre fuese menos cordial conmigo. Esto, desde luego, pudo haber sido una antipatía personal, pero pensé que no era ése el caso. Usted estaba demasiado ansioso para tratar de ocultar su antipatía bajo unos modales muy cordiales.

»*Eh bien!*; después del asesinato de Linnet Doyle, se descubrió que sus perlas habían desaparecido. Comprenderá usted que al instante pensé en usted. Pero no estoy satisfecho del todo. Pues si usted trabaja, como sospecho, con la señorita Southwood, que era íntima amiga de la señora Doyle, entonces la sustitución sería el método empleado, no un robo descarado. Pero entonces se restituyen inesperadamente las perlas, y ¿qué descubro? Que las perlas no son legítimas, sino que son falsas.

»Supe entonces quién es el verdadero ladrón. Era el collar falso el que fue robado y devuelto, una imitación que usted había cambiado previamente por el collar legítimo.

Miró al joven que tenía delante. Tim estaba blanco bajo su rostro curtido. No era un luchador tan bueno como Pennington.

Dijo con un esfuerzo para sostener sus maneras burlonas:

—¿De veras? Y si es así, ¿qué hice con ellas?

—También lo sé.

El rostro del joven se alteró.

—No hay más que un lugar donde puedan estar —prosiguió Poirot lentamente—. He reflexionado y mi juicio me dice que así es. Esas perlas, señor Allerton, están escondidas en un rosario que cuelga de su camarote. Las cuentas del rosario están talladas de una manera muy elaborada. Creo que usted lo mandó hacer especialmente. Esas cuentas se desenroscan, aunque nadie pensaría en tal cosa al mirarlas. Dentro de cada una de ellas hay una perla pegada con secotina. La mayoría de los investigadores policíacos suelen respetar los símbolos religiosos, a menos que haya eminentemente algo extraño en ellos. Usted contaba con eso. Procuré averiguar cómo la señorita Southwood le mandó el collar falso a usted. Debe de haberlo hecho, puesto que usted vino aquí desde Mallorca al saber que la señora Doyle estaría aquí en su luna de miel. Tengo la creencia de que fue mandado en un libro, habiéndose hecho un agujero cuadrado recortando las páginas en el centro. Un libro se remite con los extremos abiertos y prácticamente nunca lo abren en Correos.

Hubo una pausa, una larga pausa. Luego Tim dijo quedamente:

—¡Ha vencido usted! Ha sido una partida magnífica. Pero ha terminado por fin. Ya no hay nada que hacer, supongo, más que aguantar y sufrir las consecuencias.

Poirot asintió.

—¿Se da usted perfecta cuenta de que le vieron aquella noche?

—¿Que me vieron? —preguntó Tim, sobresaltado.

—Sí, la noche que Linnet Doyle murió, alguien le vio a usted salir de su camarote después de la una de la madrugada.

—Escuche —dijo Tim—, usted no cree… ¡no fui yo quien la mató! ¡Lo juro! Haber escogido precisamente esa noche… ¡Cielos, es terrible!

—Sí —asintió Poirot—, debe usted de haber pasado unos momentos angustiosos. Pero ahora que se ha descubierto la verdad, tal vez pueda ayudarnos. ¿Estaba la señora Doyle viva o muerta cuando usted robó las perlas?

—No lo sé —respondió Tim roncamente—. ¡Pongo a Dios por

testigo, señor Poirot, no lo sé! Había averiguado dónde las dejaba de noche, sobre la mesita, junto a la cama. Entré con sigilo, busqué a tientas y las cogí, deposité las otras y salí. Suponía, desde luego, que ella estaba dormida.

—¿La oyó usted respirar? ¿Seguramente escucharía eso?

—Estaba muy silencioso, muy silencioso, en verdad. No recuerdo haberla oído respirar…

—¿Notó algún olor a humo en el aire, como debería haberlo si se hubiese disparado un arma de fuego recientemente?

—No lo creo. No lo recuerdo.

—Entonces no hemos adelantado nada.

—¿Quién me vio? —preguntó Tim con curiosidad.

—Rosalía Otterbourne. Ella venía del otro lado del barco y le vio salir del camarote de Linnet Doyle e ir al suyo.

—De modo que ella fue quien se lo dijo.

—Dispense, ella no me lo dijo.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—¡Porque yo soy Hércules Poirot! ¡No necesito que me lo digan! Cuando la interrogué, ¿sabe usted lo que me dijo? Esto: *«No vi a nadie.»* Y mintió.

—Pero, ¿por qué?

—Quizá porque pensó que el hombre que ella vio era el asesino. Así parecía.

—Esto me parece mayor motivo para decirlo.

—Al parecer, ella no lo creía así.

—Es una muchacha extraordinaria —dijo Tim con una nota extraña en la voz—. Debe de haber sufrido mucho con esa madre suya.

—Sí, la vida no ha sido fácil para ella.

—¡Pobre criatura! —murmuró Tim. Se volvió hacia Race—. Bien, señor, ¿a dónde vamos a parar de aquí? Confieso haber tomado las perlas del camarote de Linnet y usted las encontrará precisamente donde ustedes dicen que están. Soy culpable Pero en lo tocante a la señorita Southwood, no confieso nada. No tiene usted ninguna prueba contra ella. Cómo llegó a mis manos el collar falso, es asunto mío.

—Una actitud muy correcta —murmuró Poirot.

—¡Siempre el caballero! —dijo Tim en un rasgo humorístico—.

¡Tal vez pueda usted imaginarse lo molesto que fue para mi encontrar a mi madre tan amiga de usted! No soy un criminal lo bastante endurecido para departir amigable y alegremente con un detective poco antes de dar un golpe bastante arriesgado. Algunas personas pueden cobrar ánimos con ello. Yo no.

—Pero no le impidió intentarlo.

—No podía acobardarme hasta ese extremo. El cambio tendría que realizarse alguna vez y se me presentó una ocasión única en este barco: un camarote con dos puertas y Linnet tan preocupada con sus asuntos que no era probable que descubriese el cambio.

—Me pregunto si esto fue tan…

—¿Qué quiere decir?

Poirot pulsó el timbre.

—Voy a preguntarle a la señorita Otterbourne si quiere venir un momento.

Tim frunció el ceño, pero no dijo una sola palabra. Un camarero llegó, recibió la orden y salió con el mensaje.

Rosalía llegó unos minutos después. Sus ojos, enrojecidos por el reciente llanto, se dilataron al ver a Tim, pero su anterior actitud recelosa y retadora había desaparecido. Tomó asiento y con docilidad miró a Race y a Poirot.

—Sentimos molestarla, señorita Otterbourne —disculpóse Race con voz dulce. Estaba algo enojado con Poirot.

—No importa —contestó la muchacha.

—Es necesario aclarar uno o dos puntos —dijo Poirot—. Cuando le pregunté si vio a alguien en la cubierta de estribor a la una y diez de esta madrugada, su respuesta fue que no vio a nadie. Afortunadamente he podido descubrir la verdad sin su ayuda. El señor Allerton ha confesado que estuvo en el camarote de Linnet Doyle, anoche.

Ella lanzó una rápida mirada a Tim. Éste, con el rostro ceñudo, asintió con la cabeza.

—¿La hora exacta, señor Allerton?

—Exacta —respondió Tim.

Rosalía le miraba con asombro. Sus labios temblaron visiblemente.

—Pero usted no… usted no…

—No, yo no la maté —dijo el joven rápidamente—. Soy un

ladrón, pero no un asesino.

—La historia del señor Allerton —dijo Poirot— es que entró en el camarote anoche y cambió un collar de perlas falsas por las legítimas.

—¿Usted hizo eso? —preguntó Rosalía.

—Si —corroboró Tim.

Hubo una pausa. El coronel Race se movió, nervioso. Poirot dijo en voz extraña:

—Esa, como digo, es la historia del señor Allerton, en parte, confirmada por su declaración. Es decir, existe la prueba de que él visitó el camarote de Linnet Doyle anoche, pero no hay pruebas que demuestren por qué lo hizo.

Tim lo miró con asombro.

—¡Pero usted lo sabe!

—¿Qué sé yo?

—Pues… usted sabe que yo cogí las perlas.

—*Mais oui, mais oui.* Yo sé que tiene las perlas, *pero* no sé cuándo las cogió. Puede haber sido antes de la noche pasada. Acaba usted de decir que Linnet Doyle no habría notado la sustitución. No estoy seguro de eso. Suponiendo que anoche amenazó con denunciar el hecho y que usted sabía que ella tenía verdaderamente esa intención… Y suponiendo que usted oyó la escena del salón entre Jacqueline de Bellefort y Simon Doyle, y tan pronto como el salón quedó desierto usted entró y se apoderó de la pistola; y luego, una hora más tarde, cuando en el barco reinaba la calma, usted penetró sigilosamente en el camarote de Linnet Doyle y se aseguró de que no se efectuaría la denuncia…

—¡Dios mío! —exclamó Tim. Desde su rostro pálido, dos ojos torturados miraron mudos, alucinados, a Poirot.

—Pero —continuó éste— alguien más le vio a usted, la muchacha Luisa. Al día siguiente, ella fue a verle y quiso hacerle víctima de un chantaje. Debía usted pagar generosamente, o bien ella denunciaría lo que sabía. Usted comprendió que someterse a un chantaje sería el principio del fin. Fingió usted asentir, acordaron una cita para que usted fuese al camarote de ella, poco antes del desayuno, con el dinero. Entonces, cuando ella contaba los billetes, usted la acuchilló.

»Pero de nuevo la suerte estuvo en contra de usted. Alguien le

vio ir al camarote de la muchacha… —se volvió hacia Rosalía—. Su madre. Tuve usted que actuar otra vez con gran peligro, temerariamente, pero era la única posibilidad. Oyó usted a Pennington hablar de su revólver. Entró usted en su camarote, se apoderó del arma, escuchó fuera del camarote del doctor Bessner y mató a la señora Otterbourne antes de que ella pudiese revelar su nombre…

—¡No! —gritó vivamente Rosalía—. ¡Él no lo hizo! ¡Él no lo hizo!

—Después de eso, usted hizo *la única cosa que podía hacer*: corrió hacia la popa, y cuando yo corrí tras de usted, había usted doblado y simuló venir en dirección *opuesta*. Usted había manejado el revólver con guantes, esos guantes estaban en su bolsillo cuando yo se los pedí…

Tim interrumpió:

—¡Juro ante Dios que eso no es verdad, ni una sola palabra de ello! —Pero su voz temblorosa no convenció.

Fue entonces cuando Rosalía Otterbourne les sorprendió.

—¡Desde luego que no es verdad! ¡Y el señor Poirot lo sabe! Lo dice por algún motivo suyo.

—Mademoiselle es demasiado inteligente. Pero ¿usted convendrá en que era un buen caso?

—¡Qué demonios…! —Tim empezó con creciente furia, pero Poirot alzó una mano.

—Hay un caso muy bueno contra usted, señor Allerton. Quería que usted se diese cuenta de ello. Ahora le diré alguna cosa más desagradable. *Todavía no he examinado aquel rosario en su camarote*. Puede ser que cuando lo haga, *no encuentre nada allí*. Las perlas fueron sustraídas por una cleptómana que las ha restituido desde entonces. Están en una cajita sobre la mesa junto a la puerta, si es que quiere examinarlas bien con mademoiselle.

—Gracias —dijo—. No tendrá que ofrecerme otra ocasión para vivir rectamente.

Abrió la puerta para la muchacha. Ella pasó y, recogiendo la cajita de cartón, él la siguió. Echaron a andar juntos, uno al lado del otro. Tim abrió la caja, sacó el collar de perlas falsas y lo arrojó al Nilo.

—Ya está —dijo—. Eso ha desaparecido. Cuando devuelva la

caja a Poirot, contendrá el collar legítimo. ¡Qué necio he sido!

—En primer lugar —dijo Rosalía en voz baja—, ¿por qué hizo eso? ¿Cómo llegó a hacer eso?

—¿Cómo empecé, quiere decir? ¡Oh, no lo sé! Por aburrimiento, por pereza, por diversión. Es un modo mucho más atractivo de ganarse la vida que estar dándole vuelta a la noria de un empleo. Le debe parecer a usted muy sórdido, pero esto tenía cierta atracción… el riesgo, supongo.

—Creo comprender.

—Sí, pero usted no lo haría jamás.

—No —declaró sencillamente—. Yo no lo haría.

—¡Oh, querida, es usted tan adorable! —dijo él—. ¿Por qué no quiso decir que me vio anoche?

—Pensé que sospecharían de usted.

—¿Sospechó usted de mí?

—No. No podía creer que usted matara a una persona.

—No. Yo no estoy hecho de la madera que los asesinos están hechos. No soy más que un miserable y vulgar ladronzuelo.

—No diga eso.

Él la cogió la mano.

—Rosalía, ¿sabría usted… sabría usted lo que quiero decir? ¿O me despreciaría siempre y me lo echaría en cara?

—Hay cosas —contestó ella, sonriendo levemente— que usted podría arrojarme en cara también…

—¡Rosalía, querida…!

Pero ella se contuvo un minuto más.

—Está… Juana…

Tim dio un grito.

—¿Juana? Es usted tan mala como mamá. No me importa un pito Juana.

—No es necesario que su madre lo sepa nunca —dijo Rosalía después de una pausa.

—No estoy seguro. Creo que se lo diré. Mamá es muy valiente. Tiene mucho aguante. Sí, creo que voy a destrozar sus ilusiones maternales. Sentirá tanto alivio al saber que mis relaciones con Juana eran puramente comerciales, que me lo perdonará todo.

Habían llegado al camarote de la señora Allerton y Timoteo llamó con firmeza en la puerta. Se abrió ésta y la señora Allerton

apareció en el umbral.

—Rosalía y yo… —anunció Tim. Hizo una pausa.

—¡Oh!, queridos —dijo la señora Allerton. Abrazó a Rosalía—. Mi querida, mi pequeña niña… Siempre he abrigado la esperanza… pero Tim es tan fastidioso… y fingía que no te quería. ¡Pero desde luego, yo lo veía todo!

—Ha sido usted tan buena conmigo… siempre. Yo deseaba… — Se interrumpió y sollozó feliz en el hombro de la señora Allerton.

CAPÍTULO XXVIII

Cuando la puerta se cerró detrás de Tim y Rosalía, Poirot dirigió una mirada tímida, de disculpa, al coronel Race. El coronel estaba algo ceñudo.

—Consentirá usted mi arreglo, ¿eh? —suplicó Poirot—. Es irregular. Sé que es irregular, en efecto; pero tengo en alta consideración la felicidad humana.

—No tiene ninguna consideración por la mía —replicó Race.

—Esa *jeune fille*; siento ternura hacia ella, y ella ama al joven. Será un casamiento excelente; ella posee la energía que él necesita; la madre la quiere.

—En realidad, el casamiento se ha arreglado por el Cielo y Hércules Poirot. Todo lo que yo he de hacer es transigir.

—Pero, *mon ami*, ya le dije que era todo conjetura de mi parte.

—Por mi parte, está bien —declaró—. ¡No soy un maldito policía, gracias a Dios! Me atrevo a decir que el joven idiota irá recto ahora. La muchacha es recta. ¡No; de lo que me quejaba es del tratamiento que me da a mí! ¡Soy un hombre paciente, pero mi paciencia tiene límites! ¿Sabe usted quién cometió los tres asesinatos en este barco, o no?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué andar con tantos rodeos?

—¿Cree que yo simplemente me divierto con estas cosas, con los resultados incompletos? ¿Y le molesta? Pero no es eso. Una vez fue profesionalmente en una expedición arqueológica y aprendí algo. En el curso de una excavación, alguna cosa sale a la superficie, se limpia todo, muy cuidadosamente, a su alrededor. Se quita la tierra suelta, se rasca aquí y allí con un cuchillo hasta que, finalmente, se encuentra el objeto allí solo, dispuesto a ser extraído y fotografiado sin ninguna materia extraña que sirva de confusión. Eso es lo que

he tratado de hacer: quitar toda la materia extraña con el objeto de que pudiéramos ver la verdad, la verdad desnuda y brillante.

—Bien —dijo Race—. Veamos la verdad desnuda y brillante. No fue Pennington. No fue el joven Allerton. Supongo que no fue Fleetwood. Oigamos quién fue.

—Voy a decírselo, mi amigo.

Llamaron a la puerta. Race profirió una maldición ahogada. Eran el doctor Bessner y Cornelia. Esta última estaba acongojada.

—¡Oh, coronel Race! —exclamó—. La señorita Bowers acaba de decirme lo de prima María. Ha sido un golpe terrible. Dijo que no podía soportar la responsabilidad más tiempo y que sería mejor que yo lo supiese por ser yo una de la familia. No podía dar crédito a mis oídos al principio, pero el doctor Bessner se ha portado maravillosamente.

—No, no —protestó el doctor.

—Ha sido tan bondadoso, explicándomelo todo, y diciéndome que realmente hay personas que no pueden remediarlo. Tiene algunos cleptómanos en su clínica. Y me ha explicado que muy a menudo obedece a una neurosis profundamente arraigada —Cornelia repitió las palabras con temor—. Está arraigado profundamente en el subconsciente; a veces se trata de una cosita que ocurrió en la niñez. Y ha curado a mucha gente haciendo recordar lo pasado y lo que aquella cosita era. —Cornelia hizo una pausa, cobró aliento y prosiguió—: Pero me quita el sosiego pensar que todo eso puede divulgarse. Sería terrible en Nueva York. Todos los periódicos hablarían del caso. Prima María y mamá y todo el mundo, no podrían ya levantar la cabeza.

Race suspiro.

—No se atormente. Ésta es una Casa del Silencio.

—Perdón, coronel Race, ¿qué decía?

—Trataba de decir que todo, menos un asesinato, se calla aquí.

—¡Oh! —Cornelia entrelazó las manos—. ¡Qué alivio! He estado muy preocupada.

—Tiene usted el corazón demasiado tierno —dijo el doctor Bessner, dándole unas palmaditas en el hombro. Dijo a los otros—: Posee una naturaleza muy sensitiva y bella.

—¡Oh! Realmente, no. Es usted demasiado bondadoso.

—¿Han visto al señor Ferguson? —murmuró Poirot.

Cornelia se ruborizó.

—No. Pero prima María ha estado hablando de él.

—Al parecer, el joven es un aristócrata —dijo el doctor Bessner —. He de confesar que no lo parece. Sus ropas son horribles. Ni por un momento parece ser un hombre bien criado.

—¿Y qué opina usted, mademoiselle?

—Creo que debe estar completamente loco —respondió Cornelia.

Poirot se dirigió al doctor.

—¿Cómo está su paciente?

—*Ach*, admirablemente. Acabo de tranquilizar a la pequeña Fraulein de Bellefort.

—Puesto que Doyle se encuentra bien, no hay motivo para que no vayamos a reanudar nuestra conversación de esta tarde. Nos hablaba de un telegrama —dijo el coronel Race.

El corpachón de Bessner paseó de un lado a otro.

—¡Jo, jo, jo, fue muy cómico! Doyle me habló de ello. Era un telegrama que hablaba de verduras, patatas, berenjenas, cebollas…

Con una exclamación ahogada, Race se irguió en su silla.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿De modo que es eso? ¡Richetti! —Giró la vista mirando a tres rostros que no le comprendían—. Una nueva clave: fue usada en la rebelión sudafricana. Patatas significan ametralladoras, berenjenas son explosivos de alta potencia, etc. ¡Richetti es tan arqueólogo como yo! Es un agitador peligrosísimo, un hombre que ha matado más de una vez; y aun juraría que ha matado otra vez. La señora Doyle abrió el telegrama por error. Si *ella repitiese alguna vez lo que contenía, delante de mi, él sabría que le descubriría* —se volvió hacia Poirot—: ¿Tengo razón? —le preguntó —. ¿Es Richetti el hombre?

—Él es su hombre —dijo Poirot—. Siempre he pensado que ese individuo era sospechoso. Representaba su papel demasiado a la perfección; era todo arqueología, apenas era ser humano. —Hizo una pausa y agregó—: Pero no fue Richetti quien mató a Linnet Doyle. Durante algún tiempo he sabido lo que puedo llamar la «primera parte» del crimen. Conozco la segunda parte también. El cuadro está completo. Pero ha de comprender que aunque sé lo que debe de haber sucedido, *no poseo ninguna prueba de que sucedió*. Intelectualmente, el caso es satisfactorio. No hay más que una

esperanza: una confesión del asesino.

El doctor Bessner alzó los hombros escépticamente.

—*Ach*! Pero eso… sería un milagro.

—No lo creo. No en estas circunstancias.

—Pero, ¿quién es? —gritó Cornelia—. ¿No va a decírnoslo?

La mirada de Poirot escrutó a los tres. Race, sonriendo sardónicamente; Bessner, con aire escéptico aún; Cornelia con la boca abierta, mirándole con ojos ávidos.

—*Mais oui* —declaró—. Me gusta tener auditorio, he de confesarlo. Soy un hombre lleno de vanidad. Me gusta decir: «¡Vean que listo es Hércules Poirot!»

Race se movió un poco en su silla.

—Bien —dijo suavemente—; díganos cuan listo es Hércules Poirot.

—Para empezar —dijo Poirot, moviendo tristemente la cabeza —, he de confesar que fui un estúpido, increíblemente estúpido. Para mí el obstáculo era la pistola, la pistola de Jacqueline Bellefort. ¿Por qué dejaron la pistola en el lugar del crimen? La idea del asesino era evidentemente la de comprometerla. Entonces, ¿por qué se la llevó el asesino? Fui un estúpido que me imaginé toda clase de motivos fantásticos. El asesino se la llevó porque *tenía* que llevársela, porque no tenía opción.

CAPÍTULO XXIX

—Usted y yo, amigo mío —Poirot se inclinó hacia el coronel—, iniciamos nuestras investigaciones con una idea preconcebida. Esa idea era que el crimen cometido fue perpetrado de repente, sin ningún plan preliminar. Alguien deseaba suprimir a Linnet Doyle y aprovecho la oportunidad de hacerlo en un momento en que el crimen casi seguramente sería atribuido a Jacqueline de Bellefort. Por tanto se deducía que la persona en cuestión oyó la escena que hubo entre Jacqueline y Simon Doyle y se apoderó de la pistola después que los otros salieron del salón.

»Pero amigos míos, *si esa idea preconcebida era equivocada*, el aspecto del caso cambiaba. ¡Y era equivocada! No era ése un crimen espontáneo, cometido de repente. Fue, por el contrario, planeado muy cuidadosamente, con todos los detalles elaborados punto por punto de antemano, hasta la misma narcotización de la botella de vino de Hércules Poirot la noche en cuestión. ¡Sí, así es! Me narcotizaron para que no hubiese posibilidad de que yo participase en los acontecimientos de la noche. Eso se me ocurrió como posibilidad. Yo bebo vino, mis dos compañeros de mesa beben whisky y agua mineral respectivamente. Nada más fácil que echar una dosis de un narcótico inofensivo en mi botella de vino, las botellas están sobre las mesas todo el día. Pero rechacé ese pensamiento, había hecho un día caluroso, yo estaba muy cansado, no era en verdad extraordinario que me hubiese dormido por una vez con sueño pesado en vez de un ligero duermevela habitual.

»Vean ustedes, todavía me dominaba esa idea preconcebida. Si yo había sido narcotizado, indicaba una premeditación, significaría que antes de las siete y media, la hora en que se sirve la cena, el crimen ya había quedado decidido… Y eso, siempre desde el punto de vista de la idea preconcebida, era absurdo.

»El primer golpe a la idea preconcebida fue cuando la pistola fue recuperada del Nilo. Si no nos equivocamos en nuestras suposiciones, la pistola no se debería haber tirado por la borda nunca. Y había de seguir algo más —Poirot se dirigió al doctor Bessner—. Usted, doctor Bessner, examinó el cadáver de Linnet Doyle. Recordará que la herida presentaba señales de chamuscamiento, es decir, que la pistola fue arrimada a la cabeza antes de disparar.

Bessner asintió.

—Sí, exacto.

—Pero cuando se encontró la pistola, estaba envuelta en una estola de terciopelo y ese terciopelo presentaba señales de que dispararon a través de sus pliegues, al parecer bajo la impresión de que eso amortiguaría el sonido del disparo. Pero si la pistola fue disparada a través del terciopelo, no habría habido ninguna señal de chamuscamiento en la piel de la víctima. Por consiguiente, el disparo hecho a través de la estola no pudo ser el disparo que mató a Linnet Doyle. ¿Pudo haber sido el otro tiro, que disparó Jacqueline de Bellefort contra Simon? Tampoco, pues hubo dos testigos de aquel disparo y estamos enterados de lo ocurrido. Parecía ser, por tanto, que se disparó un tercer tiro, del cual no sabemos nada. Pero tan sólo dos tiros fueron disparados por aquella pistola y no aparecía ninguna indicación o señal de disparo.

»Aquí nos encontramos frente a una circunstancia inexplicable, muy extraña. El siguiente punto interesante fue que en el camarote de Linnet Doyle encontré dos botellines de esmalte para uñas. Ahora bien, las damas suelen cambiar con frecuencia el color de las uñas, pero hasta entonces las uñas de Linnet Doyle habían exhibido siempre el color encarnado, un rojo oscuro profundo. La otra botellita ostentaba una etiqueta que decía Rosa, que es un tono rosado pálido, pero las pocas gotas restantes no eran de un color rosado pálido sino de un rojo brillante. Tuve la curiosidad de destaparla y oler. ¡En vez del habitual olor fuerte de las gotas de pera, la botellita olía a vinagre! Es decir, sugería que la gota o dos de líquido que contenía eran de tinta roja. Desde luego, no hay razón para que la señora Doyle no haya tenido un frasquito de tinta roja, pero habría sido más natural que la tinta roja hubiese estado en una botella de tinta roja que en una botellita de esmalte para

uñas. Sugería una relación con el pañuelo. La tinta roja se lava fácilmente, pero siempre deja una mancha rosada pálida.

«Quizá yo habría llegado a descubrir la verdad con estas ligeras indicaciones, pero ocurrió un incidente que hizo inútil toda duda. Luisa Bourget fue muerta en circunstancias que señalaban inconfundiblemente el hecho de que ella había estado haciendo víctima de un chantaje al asesino. No sólo había un fragmento de un billete de mil francos en su mano crispada, sino que recordé algunas palabras significativas que ella empleara esta mañana.

»Escuchen atentamente, pues aquí está el enigma del caso. Cuando le pregunté si vio algo la noche anterior, me dio esta respuesta extraña: «Naturalmente, si no hubiera podido dormir, si hubiese subido la escalera, entonces quizá podría haber visto a este asesino, a ese monstruo, entrar o salir del camarote de madame…». Ahora bien, ¿qué nos decía esto?

Bessner, arrugando la nariz en señal de interés intelectual, replicó prontamente:

—Le decía que ella había *subido* la escalera.

—No, no; usted no ve el punto. ¿Por qué había de decirnos eso a *nosotros*?

—Para transmitir una sugestión.

—Mas ¿por qué *insinuarlo a nosotros*? Si ella conoce quién es el asesino, tiene dos caminos a elegir: decirnos la verdad o callarse y exigir dinero de la persona en cuestión. Pero no hace ninguna de las dos cosas.

»No dice prontamente: «No vi a nadie. Estaba dormida.»; tampoco declara: «Sí, vi a alguien y era tal o cual persona.» ¿A santo de qué usar ese embrollo de palabras significativas e indeterminadas? *Parbleu!*, ¡no hay más que una sola razón! Ella está *aludiendo al asesino*; por tanto, el asesino debe haber estado en aquel momento. Pero además de mí y el coronel Race, no había más que dos personas presentes, Simon Doyle y el doctor Bessner.

El doctor se puso en pie de un salto rugiendo.

—¡Ah! ¿Qué dice usted? ¿Me acusa? ¿Otra vez? Pero es ridículo, despreciable.

—Estése quieto —dijo Poirot bruscamente—. Le estoy diciendo lo que pensé en aquel momento. No personalicemos.

—No quiere decir que él piensa que sea usted ahora —dijo

Cornelia en tono tranquilizador.

—En consecuencia —continuó Poirot rápidamente—, el caso se presentaba entre elegir a Simon Doyle o al doctor Bessner. Pero ¿qué motivo tenía el doctor para matar a Linnet Doyle? Ninguno, *que yo sepa*. ¿Y Simon Doyle? ¡Pero eso era imposible! Había muchos testigos que podían jurar que Doyle no salió del salón aquella noche hasta que ocurrió la riña. Después fue herido y físicamente le habría sido del todo imposible haberlo hecho. ¿Poseía ya testimonios excelentes entre esos puntos? Sí, tenía los testimonios de la señorita Robson, de Jaime Fanthorp y de Jacqueline de Bellefort referente al primero; y tenía los testimonios profesionales del doctor Bessner y de la señorita Bowers, relativos al otro. No había duda posible.

»Por lo tanto, el doctor *debía* de ser el culpable. En favor de esta hipótesis existía el hecho de que la doncella fue acuchillada con un bisturí. Por otra parte, Bessner llamó deliberadamente la atención sobre la importancia de este hecho.

»Y luego, amigos míos, descubrí un segundo hecho, indiscutible. La suposición de Luisa Bourget no podía haberse referido al doctor Bessner, porque *ella podía perfectamente haberle hablado privadamente a cualquier hora que hubiese querido*. Había otra persona y una persona solamente que respondía a su necesidad: ¡Simon Doyle! Simon Doyle estaba herido, le asistía constantemente un médico, estaba en el camarote de ese médico. Para él por tanto iban destinadas aquellas palabras ambiguas, caso de que no se le presentara otra ocasión. Y recuerdo que continuó, volviéndose hacia él: «Monsieur, le imploro, ¿usted ve cómo es? ¿Qué puedo decir yo?» Y su respuesta: «Nadie cree que usted oyó o vio algo. No se preocupe. Yo me cuidaré de usted. Nadie la acusa de nada.» ¡Era eso la seguridad que ella buscaba y la consiguió!

Bessner emitió un resoplido colosal.

—*Ach*! ¡Es tonto usted! ¿Cree usted que un hombre con un hueso fracturado y la pierna entablillada puede andar por el barco acuchillando a la gente? Le digo a usted que es *imposible* que Simon Doyle saliese de su camarote.

—Lo sé —dijo Poirot con tono suave—. Es muy verdad. La cosa era imposible. ¡Era imposible… pero también verdad! No podía haber *más que un sólo significado lógico* tras las palabras de Luisa

Bourget.

»En consecuencia volví al principio y examiné el crimen a la luz de estos nuevos datos. ¿Era posible que en el período anterior a la riña Simon Doyle hubiese salido del salón y los otros lo hubiesen olvidado o no lo hubiesen notado? No podía ver que esto fuese posible. ¿Podía pasarse por alto el testimonio profesional del doctor Bessner y el de la señorita Bowers? Volví a creer que no. Pero recordé que *había una laguna entre las dos*. Simon estuvo solo en el salón durante un período de cinco minutos y el testimonio del doctor Bessner era aplicable tan sólo al tiempo *posterior a ese período*. Durante ese intervalo tuvimos al testimonio de apariencia visual y aunque era lógico, ya no era seguro. ¿Qué se había visto, descontando las suposiciones?

»La señorita Robson había visto a la señorita Bellefort disparar su pistola, había visto a Simon Doyle desplomarse sobre una silla, le había visto aplicarse un pañuelo a la pierna y que ese pañuelo se iba empapando gradualmente de rojo. ¿Qué vio y oyó el señor Fanthorp? Oyó un disparo, encontró a Doyle con un pañuelo empapado de sangre aplicado a la pierna. ¿Qué ocurrió entonces? Doyle había insistido en que se llevasen a la señorita de Bellefort y en que no la dejasen a solas. Después, sugirió que Fanthorp buscase al doctor.

»En consecuencia, la señorita Robson y el señor Fanthorp salieron con la señorita de Bellefort y durante los cinco minutos siguientes estuvieron ocupados en el lado de babor. Dos minutos es todo lo que Doyle necesita. Coge la pistola de debajo de la otomana, sale con sigilo, descalzo, penetra en el camarote de su esposa, se aproxima sigiloso mientras ella duerme, le dispara un tiro en la cabeza, pone la botella que contenía la tinta encarnada en el lavabo, no se le debe encontrar encima a él. Vuelve corriendo, coge la estola de terciopelo de la señorita Van Schuyler, que él ha escondido al lado de la silla, envuelve la pistola en ella y se dispara un tiro en la pierna. La silla en que se desploma, de verdadero dolor esta vez, está junto a una ventana. Alza el bastidor y arroja la pistola, envuelta con el pañuelo delator y la estola de terciopelo, al Nilo.

—¡Imposible! —exclamó Race.

—No es imposible. Recuerde el testimonio de Tim Allerton. Él

oyó una especie de taponazo seguido de un chapoteo. Y oyó algo más: las pisadas de un hombre que pasaba corriendo por delante de su puerta. *Pero nadie debería haber estado corriendo por el lado de estribor de la cubierta*. Lo que oyó fueron los pies, con calcetines, sin zapatos, de Simon Doyle corriendo por delante de su camarote.

—Todavía digo que es imposible —dijo Race—. Nadie podía realizar toda esa serie de operaciones de modo tan veloz, especialmente un individuo como Doyle, que es sujeto de procesos mentales lentos.

—¡Pero muy rápido y diestro en sus movimientos físicos!

—Es cierto. Pero no sería capaz de planear todo eso.

—Pero él no lo proyectó, amigo mío. Ahí es donde nos equivocamos. Parecía ser un crimen ejecutado de repente, pero no fue un acto cometido de repente. Como digo, fue una operación planeada hábilmente. No podía ser una *casualidad* que Simon Doyle tuviese una botella de tinta roja en el bolsillo. No, fue adrede. No fue casual que tuviese un pañuelo sencillo, sin marcar, encima. No fue una casualidad que el pie de la señorita Bellefort de un puntapié metiese la pistola debajo de la otomana, donde no se la veía y sería olvidada hasta más tarde.

—¿Jacqueline?

—Ciertamente. ¡Las dos mitades del asesinato! ¿Qué dio a Simon una coartada? El tiro disparado por Jacqueline. ¿Qué dio a Jacqueline su coartada? La insistencia de Simon que acabó con una enfermera que permaneció con ella toda la noche. Allí, entre los dos, tiene usted las cualidades: el cerebro frío e ingenioso de Jacqueline que planea la operación y el hombre de acción que la ejecuta, sin omisión de ningún detalle, con increíble rapidez.

»Examínelo detenidamente y observará que responde a cada pregunta. Simon Doyle y Jacqueline habían sido novios. Comprenda que todavía son amantes y está claro: Simón suprime a su esposa rica, hereda su dinero y pasado un tiempo se casará con su antiguo amor. Todo planeado. La persecución de la señora Doyle por Jacqueline forma parte del plan. Como la fingida rabia de Simon. Sin embargo, había momentos en que esa unión amenazaba romperse.

»Una vez me habló de mujeres dominadoras, con verdadera amargura. Yo debería haber *comprendido que se refería a su esposa,*

no a Jacqueline. Luego sus maneras en público hacia su esposa. Un inglés corriente, inarticulado, como Simon Doyle, se siente embarazado cuando tiene que mostrar algún afecto. Simon no era en realidad un buen actor. Exageraba la nota del marido devoto. La conversación que tuve con Jacqueline de Bellefort cuando ella simuló que alguien nos había escuchado. Yo no vi a nadie. ¡Y no había nadie! Pero esto resultaría útil más adelante. Luego, una noche, en este barco, me pareció oír a Simon y a Linnet fuera de mi camarote. Él decía: «Tenemos que llevarlo adelante ahora.» Era Doyle, sin ningún género de duda. Pero hablaba con Jacqueline.

»El drama final fue planeado y calculado perfectamente. Había una dosis de un narcótico para mí en caso de que yo metiese la nariz en el asunto; había la selección de la señorita Robson como testigo: el exagerado remordimiento e histerismo de la señorita Bellefort. Hizo mucho ruido para el caso de que se oyera el disparo. *En verité*, fue una idea extraordinariamente hábil. Jacqueline dice que ha pegado un tiro a Doyle, la señorita Robson lo confirma, Fanthorp igualmente; y cuando se examina la pierna de Doyle, se encuentra que, en efecto, tiene un balazo. ¡Parece irrefutable! Para los dos, existe una coartada perfecta; a costa, es cierto, de cierta cantidad de dolor y riesgo que ha de sufrir Simon Doyle; pero es necesario que su herida le imposibilite.

»Luego el plan falla. Luisa Bourget estaba desvelada. Subía la escalera y vio a Simon Doyle correr hacia el camarote de su esposa y luego regresar. Es fácil reconstruir lo sucedido, al día siguiente. En consecuencia, ella exige dinero y firma su propia sentencia de muerte.

—Pero el señor Doyle no pudo matarla —objetó Cornelia.

—No, el otro socio ejecutó el asesinato. Tan pronto como puede. Simon pide ver a Jacqueline. Hasta llega a rogarme que los deje solos. Él le cuenta el nuevo problema. Han de obrar inmediatamente. Él sabe dónde guarda los escalpelos el doctor Bessner. Después del crimen, limpia el escalpelo y lo devuelve. Luego, muy tarde, Jacqueline de Bellefort entra precipitadamente en el comedor a almorzar.

»Sin embargo, no todo marcha bien. *Pues la señora Otterbourne ha visto a Jacqueline entrar en el camarote de Luisa Bourget*. Y va inmediatamente a contárselo a Simon. Jacqueline es la asesina.

Recuerden cómo gritó Simon a la pobre mujer. Nervios, pensamos. Pero la puerta estaba abierta y él estaba procurando comunicar a su cómplice la existencia del peligro. Ella oyó y actuó como el relámpago. Recordó que Pennington había hablado de un revólver. Se apoderó de él, se aproximó con sigilo a la puerta, escuchó, y en el momento crítico, disparó. Se jactó una vez de que era una buena tiradora y su jactancia no era vana.

»*Observé* después del tercer crimen que abríanse tres caminos por donde el asesino pudo escapar. Quería decir que pudo marchar a la popa, en cuyo caso Tim Allerton era el criminal, o pudo haber saltado por el costado, muy improbable, o entrar en un camarote. El camarote de Jacqueline era el segundo después del de Bessner. No tuvo más que tirar el revólver, meterse en el camarote, arreglarse el cabello y echarse en la litera. Era arriesgado, pero constituía la única posibilidad de salir con bien.

Hubo un silencio, luego Race preguntó:

—¿Qué sucedió a la primera bala disparada por la muchacha contra Doyle?

—Creo que fue a aplastarse en la mesa. Hay allí un agujero hecho recientemente. Creo que Doyle tuvo tiempo de extraerlo con un cortaplumas y arrojarlo por la ventana. Tenía, desde luego, un cartucho de más, para que pareciese que no se habían disparado más que dos tiros.

—Pensaban en todo —dijo Race—. Es horrible.

Poirot estaba silencioso. Pero no era un silencio modesto. Sus ojos parecían decir:

«Se equivoca. No pensaron en Hércules Poirot.»

En voz alta dijo:

—Y ahora, doctor, iremos a charlar con su paciente…

CAPÍTULO XXX

Mucho más tarde, aquella noche, Hércules llamó a la puerta de un camarote. Una voz dijo: «Adelante», y el detective entró. Jacqueline de Bellefort estaba sentada en una silla. En otra silla, arrimada a la pared, hallábase sentada la corpulenta camarera.

Los ojos de Jacqueline escrutaron, pensativos, a Poirot. Ella hizo un gesto hacia la camarera.

—¿Puede marcharse?

Poirot hizo una seña con la cabeza a la mujer y ella salió.

Acto seguido el detective arrimó una silla y tomó asiento cerca de Jacqueline. Ninguno de los dos habló. El rostro de Poirot estaba triste. Al fin fue la muchacha quien habló primero.

—Bien —dijo—. ¡Todo ha terminado! Fue usted demasiado hábil para nosotros, señor Poirot.

Poirot exhaló un suspiro. Extendió las manos. Estaba mudo.

—De todos modos —murmuró Jacqueline, pensativamente—, no veo que posea usted muchas pruebas. Desde luego, tenía usted razón, pero si le hubiésemos despistado, engañado…

—De ninguna otra manera, mademoiselle, podía haber sucedido.

—Eso es bastante prueba para un cerebro lógico, pero no creo que hubiera convencido a un jurado. ¡Oh!, bueno, ya no hay remedio. Sorprendió usted a Simon y él mismo se descubrió. Perdió la cabeza el pobre corderito y lo confesó todo. No sabe perder.

—Pero usted, mademoiselle, sabe perder.

—Oh, sí, yo sé perder —le miró. Dijo impulsivamente—: ¡No se moleste tanto, señor Poirot! En lo que me atañe, quiero decir. Usted se aturde, ¿no es cierto?

—Sí, mademoiselle.

—Pero, ¿no se le habría ocurrido dejarme escapar?

Hércules Poirot dijo quedamente:

—No.

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento.

—No, es inútil ser sentimental. Podría volverlo a hacer… Ya no soy una persona que ofrezca seguridad. Yo misma lo noto… —continuó meditabunda—. Es horriblemente fácil matar a la gente… Y se comienza a pensar que no importa… Que sólo uno mismo es lo que tiene importancia. Esto es peligroso —hizo una pausa y agregó con una sonrisita—: Hizo usted cuanto pudo por mí. Aquella noche en Assuán me dijo que no abriese mi corazón al mal… ¿Conocía entonces lo que yo me proponía realizar?

Él meneó la cabeza.

—Yo no sabía que lo que yo decía era verdad.

—Era verdad… Pude haberme detenido entonces. Ya lo intenté. Pude haber dicho a Simon que no quería continuar… Pero entonces quizá… Bien. ¿Le gustaría saber la historia? ¿Desde un principio?

—Si le place contármela, mademoiselle…

—Creo que quiero contársela. Todo era en verdad bien sencillo. Simon y yo nos amábamos…

—Y para usted, el amor habría sido bastante, pero no para él.

—Tal vez pueda usted exponerlo de ese modo. Pero no comprende del todo a Simon. Siempre ha querido tener dinero. Le gustan todas las cosas que se pueden adquirir con dinero: los caballos y los yates, y el deporte, cosas muy bonitas todas ellas.

»De todos modos no trató de casarse con una mujer rica y horrible. No era de esa clase de hombres. Luego nos conocimos y esto, al parecer, arregló las cosas. Solamente que no podíamos ver cuándo podríamos casarnos. Tenía un buen empleo, pero lo perdió. En cierto modo, fue culpa suya. Trató de hacer alguna cosa muy viva con dinero y le descubrieron. No creo que realmente tuviese el propósito de ser deshonesto. Sencillamente pensó que era una cosa que la gente de la City hacía.

Un temblor pasó por el rostro del oyente, pero guardó silencio.

—Entonces pensé en Linnet y su nueva casa de campo, y fui a verla. Usted sabe, señor Poirot, yo adoraba a Linnet. Era mi mejor amiga y jamás se me ocurrió ni en sueños que surgiera alguna cosa entre nosotras. Pensé que tenía mucha suerte de ser tan rica. Podría variar nuestra situación, la de Simon y la mía, si le diese un empleo. Y ella amablemente me dijo que llevase a Simon. Fue entonces

cuando usted nos vio aquella noche en Chez Ma Tante. Estábamos derrochando la mar de dinero, aunque no nos podíamos permitir ese lujo.

La muchacha hizo una pausa y luego, en el mismo tono, prosiguió:

—Lo que voy a decir ahora es la auténtica verdad, señor Poirot. Aunque Linnet esté muerta, no altera la verdad. Por eso no lo siento mucho por ella. Ella se propuso arrebatarme a mi Simon. ¡Es la verdad! No creo que vacilase ni un minuto. Yo era su amiga, pero eso a ella no le importaba. Simplemente, se chifló por Simon.

»Y a Simon no le importaba ni un comino ella. Le hablé a usted mucho sobre el hechizo, la fascinación, pero por supuesto, no era verdad. Él no quería a Linnet. Pensaba que era muy hermosa, pero dominadora, y aborrecía a las mujeres dominadoras. Todo esto le embarazaba mucho. Pero le gustaba la idea de su dinero.

»Desde luego, yo vi eso… Y finalmente sugerí que sería una buena idea si se desembarazaba de mí y se casaba con Linnet. Pero él rechazó la idea. Dijo que, aunque con dinero, sería un infierno estar casado con ella. Manifestó que su idea de tener dinero era tenerlo él, manejarlo él y no tener una esposa rica que fuese la dueña. «Yo sería una especie de Príncipe Consorte», me dijo. También declaró que no quería a nadie más que a mí…

»Me parece saber cuándo se le ocurrió la idea. Un día me dijo:

»—Si tuviese suerte me casaría con ella, y ella moriría al cabo de un año y me dejaría la pasta.

»Entonces una expresión extraña apareció en sus ojos. Fue cuando primeramente pensó en ello…

»Hablaba mucho: de lo conveniente que sería si Linnet muriese. Dije que era una idea terrible y entonces se calló. Luego, un día, le encontré leyendo un capítulo dedicado al arsénico. Le reproché y se echó a reír. Me dijo: «El que nada arriesga, nada tiene. Es la única vez en mi vida que estaré cerca de que llegue a mi poder una buena cantidad de dinero.»

Al cabo de un rato comprendí que se había decidido, y me espanté. ¡Porque me di cuenta de que jamás sería capaz de hacerlo con éxito! Él es tan simple, tan infantil… Carece de imaginación, desconoce las sutilidades. Probablemente le habría suministrado una dosis excesiva de arsénico y habría dicho al doctor que murió

de una gastritis. Siempre se imaginaba que las cosas le saldrían bien.

»Así yo tuve que tomar parte en los hechos, para cuidarme de él…

»Pensé sin cesar, con el objeto de elaborar un plan. Me pareció que la base de la idea debía ser una especie de coartada doble. Oiga bien: si Simon y yo pudiésemos dar muestras de alguna manera de que nos aborrecíamos, esas muestras nos salvarían. Sería fácil para mí fingir que odiaba a Simon. Era una cosa muy posible, dadas las circunstancias. Luego, si se mataba a Linnet, probablemente sospecharían de mí; en consecuencia, sería preferible que sospechasen seguidamente. Elaboramos los detalles poco a poco. Yo quería que en el caso de que el plan fracasase, me culpasen a mí y no a Simon. Pero Simon estaba preocupado por mí.

»Trazamos nuestro plan cuidadosamente. Aun así, Simon escribió una J con sangre, lo cual fue melodramático. Pero salió bien.

Poirot asintió:

—Sí, no fue culpa suya que Luisa Bourget no pudiera dormir aquella noche… ¿Y después, mademoiselle?

Ella sostuvo la mirada de Poirot.

—Sí —dijo—. Es horrible, ¿no es verdad? ¡No puedo creer que yo lo hice! Ahora sé lo que usted quería decir con abrir el corazón al demonio… Sabe usted perfectamente lo que acaeció. Luisa manifestó a Simon que ella estaba enterada. Simon consiguió que usted me llevase a él. Tan pronto como estuvimos solos, me contó lo sucedido. Me dijo lo que yo tenía que hacer. Ni siquiera me horroricé. Me asusté tanto… Eso es lo que hace el crimen… Simon y yo estábamos seguros, completamente seguros, de no ser por esa miserable chantajista francesa. Cogí todo el dinero que pude. Fingí que me sometía. ¡Y cuando ella contaba el dinero, lo hice! Fue muy fácil, tan horrorosamente fácil…

»Aun entonces no estábamos seguros. La señora Otterbourne me había visto. Salió a la cubierta con aire de triunfo, buscándoles a usted y al coronel. No tuve tiempo para pensar. Obré como un relámpago. Era casi emocionante. Sabía que era cuestión de vida o muerte aquella vez.

Hizo una pausa de nuevo.

—¿Recuerda cuando entró usted en mi camarote después? Dijo que no sabía por qué había ido. Yo estaba aterrada. Pensé que Simon iba a morir…

—Y yo lo esperaba —dijo Poirot.

Jacqueline asintió.

—Sí, habría sido mejor para él.

—Ése no es mi pensamiento.

Jacqueline miró la severidad del rostro del detective. Dijo suavemente:

—No se preocupe por mí, señor Poirot. Después de todo, he vivido sufriendo siempre. Si hubiéramos triunfado, yo habría sido feliz y habría disfrutado de la vida, y es probable que nunca me hubiera arrepentido. Tal como es… Bien —añadió—, hay que enfrentarse con la horrible realidad.

»Supongo que la camarera está a mi servicio para cuidar de que no me ahorque o ingiera alguna cápsula milagrosa de ácido prúsico, como siempre hace la gente en los libros. No tenga miedo. No haré tal cosa. Será más fácil para Simon si yo continúo a su lado.

Poirot se incorporó. Jacqueline se alzó también. Dijo con una súbita sonrisa:

—¿Recuerda cuando le dije que yo tenía que seguir mi estrella? Dijo usted que podía ser una estrella falsa, y yo repliqué: «Esa estrella mala, esa estrella caerá». Yo no lo dudaba.

Poirot salió a la cubierta con la risa de la muchacha retumbando aún en sus oídos.

CAPÍTULO XXXI

Amanecía cuando entraban en Shellal. Las rocas descendían a la orilla del agua. Poirot murmuró:

—*Quel pays sauvage…!*

—Bien —dijo Race—; hemos terminado nuestra labor. He dispuesto que desembarquen primero. Me alegro de haberle atrapado. Es un sujeto escurridizo. Se nos ha escabullido docenas de veces. —Continuó—: Hemos de buscar una camilla para Doyle. Es extraordinario cómo se ha desmoralizado.

—No tan extraordinario —dijo Poirot—. Ese tipo infantil de criminal es habitualmente muy vano. ¡Una vez que se le pincha la burbuja de su presunción se desvanece!

—Merece la horca —dijo Race—. Es un bribón de sangre fría. Lo siento por la muchacha, pero no se puede hacer nada.

Poirot meneó la cabeza.

—La gente dice que el amor lo justifica todo, pero eso no es cierto…

Cornelia Robson se aproximó a Poirot.

—¡Oh! —dijo—. Ya estamos llegando. —Hizo una pausa y agregó—: He estado con ella.

—¿Con la señorita de Bellefort?

—Me pareció que era terrible que estuviese encerrada con aquella camarera. Prima María está muy enojada.

La señorita Van Schuyler descendía lentamente por la cubierta en dirección a ellos. Sus ojos centelleaban de furia.

—¡Cornelia! —bufó—, te has portado de una manera atroz. Te mandaré ahora mismo a casa.

Cornelia contuvo el aliento.

—Lo siento, prima María, pero yo no me voy a casa. Voy a casarme.

Ferguson se aproximó viniendo del rincón de la cubierta y dijo:

—¿Qué es lo que oigo, Cornelia? ¡No es verdad!

—Es verdad —dijo Cornelia—. Voy a casarme con el doctor Bessner. Él me lo pidió anoche.

—¿Y por qué se casa con él? —preguntó Ferguson, furioso—. ¿Simplemente porque es rico?

—¡No! —replicó Cornelia, indignada—. Me gusta. Es bondadoso y muy sabio. Y siempre me he interesado por los enfermos y las clínicas. Y llevaré una vida maravillosa con él.

Ella se alejó. Ferguson dijo a Poirot:

—¿Cree usted que habla en serio?

—Ciertamente.

—Esa muchacha está loca —dijo Ferguson.

Los ojos de Poirot chispearon.

—Es una mujer de espíritu original —dijo—. Probablemente es la primera vez que usted ha conocido una mujer así.

El barco atracó. Un cordón se había formado en torno de los pasajeros. Se les dijo que esperasen antes de desembarcar.

Richetti, moreno y ceñudo, fue conducido a tierra por dos maquinistas. Luego, tras cierto retraso, trajeron una camilla. Simon Doyle fue llevado por la cubierta a la pasarela.

Parecía otro hombre distinto, asustado, receloso, desaparecido todo su aire de muchacho.

Jacqueline de Bellefort le siguió. Una camarera caminaba al lado de ella. Estaba pálida, pero fuera de esto tenía el mismo aspecto que de ordinario. Se aproximó a la camilla.

—Hola, Simon —dijo.

Él alzó la vista rápidamente. El viejo aire de muchacho volvió a su rostro durante un momento.

—Lo estropeé todo —dijo—. ¡Perdí la cabeza y lo confesé todo! Lo siento, Jacqueline. Te he vendido.

Ella sonrió.

—No importa, Simon —dijo—. Era un juego de necios y hemos perdido. Eso es todo.

Se apartó a un lado. El camillero alzó los palos de la camilla.

Jacqueline se inclinó y se ató el cordón del zapato. Luego su mano fue a la parte superior de su media y se enderezó con algo en la mano.

Hubo un estampido.

Simon Doyle se estremeció convulsivamente y luego se quedó quieto.

Jacqueline de Bellefort asintió con la cabeza. Permaneció un segundo pistola en mano. Dirigió a Poirot una sonrisa fugaz. Luego, cuando Race saltó hacia delante, ella se volvió el reluciente juguete contra su corazón y apretó el percutor.

Se desplomó hecha un ovillo.

Race gritó:

—¿De dónde diablos sacó esa pistola?

Poirot notó una mano en su brazo. La señora Allerton dijo suavemente:

—¿Usted lo sabía?

Él asintió.

—Ella tenía un par de pistolas. Me di cuenta cuando oí que habían encontrado una en el bolso de Rosalía Otterbourne el día del registro. Jacqueline estaba sentada en la misma mesa que ella. Cuando se percató de que iba a efectuarse un registro, la metió en el bolso de la otra muchacha. Después fue al camarote de Rosalía y la recuperó luego de distraer su atención con una comparación de barritas para los labios. Como ella y su camarote habían sido registrados ayer, no se creyó necesario hacerlo de nuevo.

La señora Allerton dijo:

—¿Quería usted que ella hiciese lo que ha hecho?

—Sí. Pero no quiso suicidarse sola. Por eso Simon Doyle ha tenido una muerte más dulce de lo que se merecía.

La señora Allerton se estremeció.

—El amor puede ser una cosa espantosa.

—Por eso la mayoría de las grandes historias de amor son tragedias.

Los ojos de la señora Allerton se posaron sobre Tim y Rosalía, que estaban de pie al sol, y dijo con voz súbita y apasionada:

—Pero gracias a Dios, hay felicidad en el mundo.

—Como usted dice, madame, demos gracias a Dios por ello.

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio

que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de místerio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.